LA GAYA CIENCIA

FRIEDRICH NIETZSCHE

La gaya ciencia nos sitúa en el umbral del pensamiento nietzscheano, pues en ella Nietzsche aún está ensamblando lo que constituirá la mayor peculiaridad de su obra. En el mismo escribir, fragmentario y vacilante, se ven surgir los temas que después estarán en el centro de su filosofía. Ya había atravesado el profundo valle del que injustamente se ha dicho a menudo que era su profeta: el nihilismo, tan estrechamente ligado a la creencia positivista de la ciencia, como a la creencia metafísica del cristianismo. Por esto, en este libro ambos constituirán el blanco de su lucha contra el desdoblamiento del mundo, contra «toda metafísica y física que supone un final… todo anhelo predominantemente estético o religioso en un mundo aparte, un más allá».

Friedrich Nietzsche

La gaya ciencia

Título original: *Die fröhliche Wissenschaft*
Friedrich Nietzsche, 1882
Traducción: José Carlos Mardomingo Sierra
Prólogo: Agustín Izquierdo
Diseño de portada: ElCavernas

Editor digital: ElCavernas
ePub base r1.1

«El poeta y sabio tiene la amistad de todas las cosas y todas le están consagradas, todas las vivencias le son útiles, todos los días santos, todos los hombres divinos».

EMERSON.

[Lema de la edición de 1882]

Vivo en mi propia casa, nunca he limitado en nada a nadie, y me he reído de todo maestro que no sabía reírse de sí mismo.

Sobre la puerta de mi casa.

[Lema de la edición de 1887]

PRÓLOGO

NIETZSCHE redactó el manuscrito de *La gaya ciencia* durante el invierno de 1881-82. Sin embargo, en una carta dirigida a Lou Salomé a mediados de 1882, el filósofo escribe que es la obra de seis años y que contiene todo su librepensamiento. Cuando se lo envió al editor, tuvo sus dudas sobre el escrito, pues recordó que sus amigos esperaban de él un verdadero libro y no un conjunto de notas, diálogos, parábolas sin una conexión aparente. Por eso, *La gaya ciencia* no es un libro para ser leído como un tratado, donde cada parte presupone la anterior, sino para divagar, ir de un lado a otro despreocupadamente, pues en él no hay un orden impuesto ni un sentido en su disposición. La obra contiene multitud de temas que, en ocasiones, son tratados a lo largo de varios aforismos seguidos, pero que luego se esconden para volver a surgir otra vez, en distintas formulaciones o expresiones, delimitando y dando una forma más precisa a esos temas, con el objetivo principal de que quien lo escribe pueda librarse de sus pensamientos, como confiesa el autor en uno de los aforismos. Es un libro que, hablando de cosas del conocimiento, lo hace, sin embargo, en un tono desenfadado, juguetón, dejándose ir por donde le lleva el capricho del pensamiento de su autor. Ese tono ligero se debe, según escribe el filósofo en el prólogo, a que en ese momento de su vida acaba por fin de librarse de una carga que venía arrastrando desde su juventud y que con el paso de los años se le iba haciendo insoportable: el romanticismo, representado sobre todo por la filosofía pesimista de Schopenhauer y la música dramática de Wagner.

El pensamiento liberador del filósofo, y que da la clave de lo que es un conocimiento alegre, lo plasma Nietzsche en el aforismo 324: «Que la vida

es un experimento del que conoce» y no una obligación, algo fatídico. Solo así, haciendo de la filosofía un conocimiento que nos lleva a regiones desconocidas e inexploradas a través de peligros, de batallas, derrotas y victorias, se puede alcanzar una vida en la que uno puede reír alegremente, con valentía, manteniendo la mirada fija y el paso firme ante los peligros que puedan aparecer en el experimento en que se convierte la propia persona que se dedica a conocer, es decir, el filósofo.

Ahora bien, ¿qué significa que la actividad del filósofo haga de él mismo un experimento, que considere sus vivencias como un ensayo científico, y a sí mismo como un animal de laboratorio? Respondiendo de un modo: que el que conoce no esté sometido a una disciplina o convicción exterior, sino que conozca de un modo libre y sin presupuestos. Es la forma tardía que adopta el espíritu libre, o sencillamente el filósofo, que empezó a liberarse de toda imposición exterior, como la teología, a través del uso libre de la razón. Sin embargo, esa razón o sensatez con que miraban el mundo los primeros espíritus libres en el Renacimiento aparece en esta transformación del pensar libre como la disciplina de la que hay que liberarse también para abandonar la tristeza y la oscuridad.

La racionalidad se muestra ante la mirada de Nietzsche no como una forma en la que se describen las cosas de una manera adecuada y exacta. La razón parece más bien una forma subjetiva de organización cerebral que se distingue sobre todo por un elevado grado de disciplina. Esa sensatez que emana de someter nuestra cabeza a una determinada disciplina era lo más apreciado entre los hombres racionales que solo admitían lo que entraba dentro del «sano sentido común» y mostraban una hostilidad inusitada contra todo exceso de la fantasía. La ausencia de disciplina cerebral hace que entre en escena la demencia, es decir, el capricho en el sentir y en el pensar, la alegría del sinsentido y lo absurdo, Ahora bien, la demencia, advierte Nietzsche, no se contrapone a la verdad, es decir, a una representación racional que pinta el mundo fielmente, sino más bien a una obligación de pensar, creer de una determinada manera. Esto es, la racionalidad no es más que una convención en el sentir y en el pensar sin relación con ninguna supuesta realidad. Es solo una fe frente a otros tipos

de fe. Que la disciplina del cerebro sea común a los miembros de una comunidad se lleva a cabo generalmente gracias a su un carácter obligatorio: hay que ser racional o sensato, pues de otro modo se corre el riesgo de ser castigado; hay que abrazar la fe por deber.

Nietzsche asocia esa estructuración cerebral a la conservación de la especie, es decir, la considera algo útil. En esa estructura todas las pulsiones aparecen subordinadas a la pulsión del conocimiento, que, sin embargo, no terminan siendo aniquiladas sino simplemente acalladas, sin posibilidad de expresarse. El que sigue la norma está convencido de que tienen que mandarle, en esto consiste la esencia del creyente. Lo contrario del no creyente, que determina su placer en la autodeterminación, expulsando de sí toda fe, con lo que hace posible la libertad de la voluntad y de espíritu. La fe, o la sumisión a la norma, implica para Nietzsche un ritmo fisiológico que se resume en la lentitud de los procesos psíquicos, los que creen ejecutan la danza al ritmo que marca su fe, que los mantiene unidos, de modo que surge una imagen de las cosas idéntica en todos ellos. El no creyente, en cambio, debido a su agilidad mental, no soporta esa lentitud que impone el seguimiento de la norma. Esos hombres son, entre otros, los artistas, que rompen la norma y escapan de la disciplina por su gusto por la demencia, que «tiene un ritmo muy alegre». Por tanto, la sensatez o la insensatez viene determinada, en último término, por la fisiología de cada uno, por la que esta le exige: la seriedad o la alegría, la lentitud a la rapidez de los procesos internos. El prejuicio del que se somete a la disciplina consiste en identificar el pensamiento con la seriedad y en desposeer de todo valor a todo pensamiento que contenga alegría, es «el prejuicio de la bestia negra contra la gaya ciencia». (327).

Así, solo es posible reírse de sí mismo cuando uno se libera de la idea de que el conocimiento es una actividad sometida a obligaciones y se alcanza la irresponsabilidad, en este punto la risa encuentra la sabiduría. Ahora bien, esa liberación e irresponsabilidad significa abandonar toda forma de disciplina. La economía de la sensatez produce numerosos mandatos que crean la ilusión de un sentido en la existencia, lo que impide que esta aparezca como lo que es: algo insensato y disparatado, que provoca

la risa, la risa de la propia existencia. Al proporcionar a esta un sentido o finalidad, la razón crea en el hombre la necesidad de encontrar un motivo para vivir, convirtiéndolo, según expresión de Nietzsche, en un animal fantástico en busca de razones, de una seriedad ficticia que diluye toda la alegría propia de lo insensato, de la ausencia de fines y de sentido, pues la fe en la vida que crean la moral y la religión es algo que hay tomar en serio y de lo que está prohibido reírse en absoluto.

La sensatez o la insensatez, como se ha dicho, solo dependen de un ritmo fisiológico y no de ser más o menos realistas, de una proximidad o lejanía de la realidad, pues para Nietzsche la conciencia, aparte de ser lo más imperfecto y débil del mundo orgánico, es siempre una conciencia de la apariencia, un soñar despierto; según una norma, en el caso del creyente, o libremente, en el caso de quien ha alcanzado la irresponsabilidad. Por tanto, detrás de las imágenes que se mueven en nuestra conciencia no hay nada en absoluto, ninguna «X», ningún enigma, como decía Schopenhauer; detrás de la máscara no vive nadie. Así no hay nada que se contraponga a la apariencia y lo que se expresa en la apariencia no es una realidad, sino todo el pasado de un ser sensible. La apariencia es «lo que actúa y vive» y no hay nada más que actúe y viva. Conocer se reduce, por tanto, a soñar, a ejecutar su propia danza. Para Nietzsche, lo que permite que el ensueño de cada soñador sea comunicable y universal es su encadenamiento. Así, continúa el filósofo en el aforismo 57, nuestras sensaciones o impresiones de un objeto no contienen nada de realidad, son todas producto de la fantasía, una fantasía que se ha ido formando a lo largo del tiempo no solo en la especie humana, sino también en su pasado como mero animal sin conciencia. Una cosa no es, por tanto, más que el conjunto de consideraciones y valoraciones que se forjan alrededor de una palabra, y nada más, que al fijarse se tornan en esencia, se toman por realidad, pero cuyo origen es la apariencia y la ilusión.

Nietzsche constata entonces el carácter ilusorio de todas nuestras representaciones. Solo reconociendo este fenómeno es posible hacer de la existencia algo soportable, para ello se hace necesario mostrar también el carácter arbitrario y fantástico de lo que pretende ser verdadero. Para que

uno mismo pueda jugar y liberarse de la obligación, hay que estar por encima de la verdad que pretenden imponer el conocimiento y la moral. En cuanto al primero, dice Nietzsche que el intelecto se limita a crear errores, algunos de ellos se transmiten por herencia. Por tanto, la fuerza del conocimiento no puede residir en una verdad, sino en la edad que tenga ese error producido por el intelecto, su grado de asimilación y que se haya constituido en una condición de vida. Así, lo que se tiene por verdadero no es otra cosa más que una representación muy antigua que se ha ido formando a lo largo de la existencia de la especie y de lo orgánico en general. Además, todas las nociones lógicas que propone el conocimiento como reales son fruto del engaño que supone atributos en el mundo y en el hombre, que solo tienen su origen en las pulsiones, como la idea de permanencia, sustancia, causa, efecto, etc. La propia filosofía llegó a ver que todo el universo de la lógica tiene su nacimiento en las pulsiones, en el reino de lo ilógico. Con el descubrimiento de este origen, quedaron en entredicho las propiedades que el conocimiento atribuía al hombre, como el hecho de que la razón fuera algo autónomo y que tuviera su origen en sí misma. La lucha intelectual se convirtió así en «ocupación, estímulo, profesión, deber, dignidad», y la fe o el examen en un poder. El que las pulsiones quedaran organizadas de tal manera que todas se supeditaran al instinto de conocimiento es lo propio de la actividad de la moral, pues valora y ordena las diversas pulsiones.

De este modo, describir el mundo según las categorías lógicas no es más que un modo de fantasear como otro cualquiera que ayuda a mantener un cierto tipo de vida; pero el mundo, para Nietzsche, no es nada lógico ni moral, sino que es un auténtico caos, en el sentido de que carece de forma, de estructura, de orden. Pensar el mundo bajo las categorías de la lógica es concederle atributos que no tiene, es crear un mundo imaginario, pues el universo, según Nietzsche, no es ni un ser vivo, ni una máquina diseñada con una finalidad y donde están ausentes toda causa y toda meta. Tampoco es ni bello ni perfecto, pues no entra dentro de nuestros juicios estéticos o morales, ni tiene ley alguna, ni sustancia, ni materia. Concebir el mundo con un sentido significa, para el filósofo, pensarlo desde el presupuesto de

la existencia de Dios; por eso no basta, para alcanzar la liberación o la alegría en el saber, anunciar la muerte de Dios, sino que hay que destruir también las consecuencias implícitas de la noción de Dios.

La muerte de Dios es uno de los principales temas considerados en este libro. La lucha de los espíritus libres contra la autoridad religiosa se venía librando desde siglos antes de que Nietzsche emprendiera su propia batalla contra la religión. Varias son las figuras que toma el combatiente antirreligioso: el filósofo de la naturaleza del Renacimiento, el libertino erudito del época barroca y el filósofo (*le philosophe*) que surge con el Siglo de las Luces. A lo largo de toda esta guerra, llena de escamaruzas, emboscadas e incursiones, el bando antirreligioso siempre ha izado el estandarte de la razón. Este era el instrumento por excelencia usado para examinar las creencias y los dogmas religiosos, que se iban desvaneciendo a medida que eran iluminados por las luces de la razón. Nietzsche constata, por tanto, un proceso histórico de la inteligencia europea que sin cesar iba dejando sin argumentos racionales a cualquier idea de religión, al tiempo que iba desdivinizando diferentes aspectos de la existencia. Nietzsche pensaba que la victoria sobre la religión era incompleta, pues aunque se hubiera negado la existencia de Dios, su larga sombra seguía extendiéndose sobre los espíritus modernos de Europa. La muerte de la divinidad aparece en el pensamiento nietzscheano como el mayor de los acontecimientos recientes de la historia europea, y es consecuencia de la propia educación europea, que se ha fundado principalmente sobre la noción de verdad. La filosofía medieval intentó aunar la fe y la razón para dar una explicación racional de todas las creencias religiosas. Sin embargo, esa razón que quiso fundamentar la fe se fue haciendo cada vez más exigente, más fina y penetrante y terminó por desgarrar todo el suntuoso velo de la creencia que había tejido la propia razón; después de esto, se consideraron la fe y la razón como actividades contrarias e incompatibles, la razón «terminó prohibiendo la *mentira* de la creencia en Dios… Se ve lo que verdaderamente ha vencido al Dios cristiano: la moral cristiana misma, el concepto de veracidad entendido en un sentido cada vez más riguroso». (357).

Que la guerra contra el cristianismo no ha terminado, que la muerte de Dios no se ha llegado consumar en el espíritu europeo, Nietzsche lo expresa de varias maneras en este libro que el lector tiene entre sus manos. Así, en «Nuevas luchas», el filósofo escribe que, aunque el Buda haya muerto, su sombre sigue proyectándose en numerosas cavernas, es necesario, pues, vencer la sombra de dios. En «El hombre loco», un demente entra en un mercado buscando a Dios y constata que ya ha muerto; sin embargo, observa que el anuncio de esta muerte es demasiado prematuro y que nadie entiende su verdadero significado, pues «las hazañas necesitan tiempo, también después de hechas, para ser vistas y oídas». Por último, en «Lo que sucede con nuestra jovialidad», la noticia de la muerte de Dios aparece más que como un final como el comienzo de un largo y azaroso viaje para los filósofos y los espíritus libres, pues ante ellos se abre un nuevo mar.

El significado de la muerte de Dios se comprende mejor si se relaciona con el problema del valor de la existencia. Para Nietzsche, la fe cristiana y la fe metafísica implican, al establecer un mundo suprasensible, una desvalorización de nuestro mundo sensible, es decir, una negación de la existencia sin más. Sin embargo, el haber negado a Dios no significa que el hombre se haya liberado de lo fatídico y haya encontrado la libertad, afirmando con ello la existencia. Nietzsche analiza el caso de Schopenhauer, el primer filósofo alemán ateo confeso e inflexible, según él. A pesar de su ateísmo declarado, Schopenhauer continúa en la tradición de la moral cristiana a la hora de valorar la existencia, pues aunque rechaza lo divino y el sentido de la existencia, esta sigue siendo algo oscuro, terrible, que ha de ser negado.

Borrar la sombra de Dios, consumar su muerte, significa entonces destruir también la perspectiva del ascetismo cristiano que se halla implícita en la moral y en la ciencia, cuyo valor supremo es la veracidad, la verdad a cualquier precio. Supone, por tanto, acabar de aceptar el hecho de que no hay verdad, ni sentido en el mundo, pues esto, que a primera vista puede parecer terrible, es la condición para crear el mundo y a uno mismo en libertad, sin la carga del deber. El conocimiento de que todo es error e ilusión no lo pudo soportar Schopenhauer y le dio pie para negar nuestro

mundo como también lo había hecho el cristianismo. Pero la constatación de que no hay verdad también abre la posibilidad de llegar a ser lo que es uno mismo, de crearse a sí mismo en tanto que ha desaparecido toda obligación exterior transmitida por la tradición. Una vez que se ha enterrado la fe, todo lo que sobre ella estaba construido ha de derrumbarse, este es el sentido de la consumación de la muerte de lo divino, y en lo divino está también incluida la razón que mató a Dios.

Con Dios, dice Nietzsche, también ha de despedirse la razón, la que nos proporciona los sentidos de la existencia y nos protege de su carácter absurdo. Pero es mejor quedar desprotegidos, lanzarse al mar abierto de los peligros, asumir la falta de sentido, pues aún queda el arte para soportar semejante existencia, que de otro modo habría de ser negada por la sensación angustiosa que provoca el gran vacío dejado por tan eminente difunto. Aquí, en esta etapa del pensamiento de Nietzsche, en que ha dejado atrás el romanticismo de Wagner y el pesimismo de Schopenhauer, vuelve a aparecer la justificación estética de la existencia, desprovista ya de toda esa metafísica de la voluntad única que se redime en la representación. Ahora, la justificación estética de la existencia significa también el que esta aparezca soportable a nuestra mirada con los medios que nos proporciona el arte para hacer de nosotros un fenómeno estético, pero hemos dejado de ser sueños de una voluntad que se debate en el dolor y la contradicción. Con el destierro de la razón, se han expulsado también todas la nociones lógicas de permanencia y de unidad; ahora nos hemos convertido en un conjunto demente de pulsiones que sueña despierto, y si aprovechamos la destrucción de la verdad y del sentido, podemos danzar alegremente sobre las ruinas de los magníficos y esplendorosos edificios que una vez se construyeron sobre la fe en Dios, riéndonos de nosotros mismos, alegrándonos de nuestra insensatez y de nuestra sabiduría. Y, aprovechando la ausencia de toda norma, construirnos a nosotros mismos en la más absoluta libertad, expurgando las estimaciones recibidas y creando nuevas tablas de valores, sin preocupación alguna por su valor moral. Por ello, en la creación de uno mismo se justifica y se hace soportable la existencia: «*Queremos llegar a ser los que somos*, ¡los nuevos, los únicos, los que no admiten comparación,

los que legislan para sí mismos, los que se crean a sí mismos!». Y en esto consiste el gran experimento: en llegar a ser lo que se es dejando a un lado toda norma, pues no se sabe lo que se va a llegar a ser, salvo algo único, pues el experimento en cada uno es también único. Se trata del arte de dar estilo al propio carácter, para lo que es necesario tener un solo gusto, pero poderoso y capaz de proporcionar una unidad a todo el desorden de pulsiones que viven en nosotros.

Como fenómeno estético, es posible que el hombre afirme de un modo total la existencia, incluido el dolor y las cosas más execrables. En esta línea de la afirmación de la existencia, aparecen también otros temas célebres del *nietzscheanismo*, como el *amor fati* y, sobre todo, el eterno retorno de lo mismo. El *amor fati* se resume en un decir sí en toda circunstancia, ni siquiera negar la fealdad, basta con apartar la mirada. El eterno retorno de lo mismo, una visión que confiere algo de misticismo a su filosofía, es una especie de culminación y engrandecimiento de su afirmación dionisíaca de la vida: no solo afirmar en cualquier circunstancia, sino que esa afirmación, en virtud de la vuelta eterna de las cosas, se hace ella misma eterna, la afirmación entra así en la eternidad. Por último, en *La gaya ciencia* aparece en la escena del drama nietzscheano uno de los personajes de ficción más célebres de la filosofía: Zaratustra, que anuncia que va a dejar su estancia en medio de las alturas de las montañas solitarias para acercarse a los hombres y enseñarles su sabiduría. Pero Zaratustra, que surgió en sus paseos por la Riviera en el invierno de 1881-82, va a añadir mucha pasión y lirismo a las ideas que fueron expresadas por primera vez en *La gaya ciencia*, dejando a un lado ese tono sereno y alegre en medio del cual nacieron. El librepensador deja paso al poeta y al visionario.

AGUSTÍN IZQUIERDO.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN[1]

I

Quizá este libro necesite más de un prefacio, y en último término seguiría quedando la duda de si es posible, mediante prefacios, acercar a la *vivencia* de este libro a alguien que no haya vivido algo semejante. Parece escrito en el lenguaje del viento del deshielo: hay en él arrogancia, intranquilidad, contradicción, tiempo de abril, de manera que hace pensar continuamente tanto en la cercanía del invierno como en la *victoria* sobre el invierno que llega, que tiene que llegar, que quizá ya haya llegado… El agradecimiento brota impetuoso e incesante, como si se diese precisamente lo más inesperado, el agradecimiento de un convaleciente: pues la *convalecencia* era lo más inesperado. «Gaya ciencia»: esto significa las Saturnales de un espíritu que ha resistido con paciencia una presión terriblemente larga —con paciencia, inflexiblemente, fríamente, sin someterse, pero sin esperanza— y que ahora, de repente, sufre un acceso de esperanza, de esperanza de salud, de *embriaguez* de convalecencia. Qué puede tener de extraño que ahí salga a la luz mucho de irracional e insensato, mucha intencionada ternura, derrochada incluso en problemas que tienen una piel llena de púas y que no se dejan acariciar ni atraer. Todo este libro no es otra cosa que una diversión tras una larga indigencia e impotencia, la exultación de la fuerza que vuelve, de la fe nuevamente despertada en un mañana y en un pasado mañana, del repentino sentimiento y presentimiento de futuro, de cercanas aventuras, de mares que vuelven a estar abiertos, de metas que vuelven a estar permitidas y en las que se

vuelve a creer. Y ¡cuántas cosas quedan ahora tras de mí! Este trozo de desierto, de agotamiento, de falta de fe, de congelación en mitad de la juventud, esta senectud puesta en el lugar que no le corresponde, esta tiranía del dolor superada aún por la tiranía del orgullo que rechazaba las *conclusiones* del dolor —y las conclusiones son consuelos—, este radical quedarse solo como legítima defensa contra un desprecio por el hombre que había llegado a ser enfermizamente vidente, esta limitación por principio a lo amargo, desabrido y lastimante del conocimiento, prescrita por la *repugnancia* que había ido creciendo paulatinamente a partir de una dieta y un regalo intelectuales imprudentes, a los que se llama romanticismo: ¡oh, quién podría sentir todo esto como yo lo siento! Quien pudiese, pondría en mi haber con seguridad más que algo de insensatez, alborozo, «gaya ciencia», por ejemplo el puñado de canciones que esta vez acompañan a este libro, canciones en las que un poeta se mofa de todos los poetas de una manera difícilmente perdonable. Ay, los poetas y sus bonitos «sentimientos líricos» no son lo único sobre lo que este resucitado tiene que dar rienda suelta a su maldad: ¿quién sabe qué víctima escoge, qué monstruo de material paródico lo excitará en breve? «*Incipit tragoedia*» se dice al final de este libro preocupante y despreocupado: ¡mucho cuidado! Algo colosalmente malo y malvado se anuncia: *íncipit parodia*[2], no hay duda…

II

Pero dejemos al señor Nietzsche: ¿qué nos importa que el señor Nietzsche recupere la salud?… Un psicólogo conoce pocas cuestiones tan atrayentes como la que versa sobre las relaciones entre salud y filosofía, y cuando él mismo enferma aplica toda su curiosidad científica a su enfermedad. Y es que, suponiendo que seamos personas, cada uno tenemos también, necesariamente, la filosofía de nuestra propia persona: si bien en este punto hay una considerable diferencia. En uno, son sus defectos los que filosofan; en otro, sus riquezas y capacidades. El primero *necesita* su filosofía como punto de apoyo, o bien como tranquilizante, como fármaco,

como redención, como elevación o como autoalienación; para el segundo, es solamente un bello lujo, y en el mejor de los casos la voluptuosidad de un agradecimiento triunfante, el cual, en último término, se tiene que inscribir además con letras mayúsculas cósmicas en el cielo de los conceptos. En cambio, en el otro caso, que es el más corriente, en el que los estados de necesidad hacen filosofía, como sucede en todos los pensadores enfermos —y en la historia de la filosofía quizá predominen los pensadores enfermos—: ¿En qué se convierte el pensamiento mismo cuando se lo somete a la *presión* de la enfermedad? Esta es la cuestión que importa al psicólogo: y aquí es posible el experimento. Igual que un viajero que se propone despertar a una hora determinada se abandona tranquilamente al sueño, así también nosotros los filósofos, cuando enfermamos, nos entregamos de cuerpo y alma por un tiempo a la enfermedad, y, por así decir, cerramos los ojos a nosotros mismos. Y al igual que aquel sabe que algo no duerme, que algo va contando las horas y lo despertará, así también nosotros sabemos que el instante decisivo nos encontrará despiertos, que en ese momento algo emergerá y sorprenderá al espíritu en flagrante, quiero decir, lo sorprenderá en la debilidad o en la conversión o en la entrega o en el endurecimiento o poniéndose lúgubre o comoquiera que se llamen todos los estados enfermizos del espíritu que en los días sanos tienen en su contra al *orgullo* del espíritu (pues sigue en pie la vieja rima «el espíritu orgulloso, el pavo real y el caballo son los tres animales más orgullosos del mundo»). Tras un autointerrogatorio como ese, tras una auto-tentación como esa, se aprende a mirar con un ojo más sutil cuanto ha sido filosofado hasta ahora; se adivina mejor que antes los involuntarios extravíos del pensamiento, sus callejones laterales, sus lugares de descanso, sus lugares *soleados*, a los que se conduce y seduce a los pensadores que sufren precisamente en tanto que sufren, y se sabe ahora hacia dónde empujan, impelen y atraen al espíritu el *cuerpo* enfermo y sus necesidades: hacia el sol, la calma, la benignidad, la paciencia, el fármaco, el solaz en algún sentido. Toda filosofía que ponga la paz por encima de la guerra, toda ética que tenga una concepción negativa de la noción de felicidad, toda metafísica y toda física que conozcan un último acorde sinfónico, un estado final del tipo que sea, todo anhelo

predominantemente estético o religioso de un «aparte», «más allá», «fuera dé», «por encima dé», permite preguntar si no habrá sido la enfermedad lo que ha servido de inspiración al filósofo. El disfraz inconsciente de las necesidades fisiológicas bajo el manto de lo objetivo, ideal, puramente espiritual, va tan lejos que asusta, y no pocas veces me he preguntado si la filosofía no habrá sido hasta ahora, hablando en general, lisa y llanamente una interpretación del cuerpo y un *malentendido del cuerpo*. Tras los supremos juicios de valor por los que ha sido guiada hasta ahora la historia del pensamiento se esconden malentendidos de la constitución corporal, sea de individuos, sea de estamentos o de razas enteras. Es lícito considerar siempre todos aquellos audaces delirios de la metafísica, especialmente sus respuestas a la pregunta por el *valor* de la existencia, de entrada como síntomas de determinados cuerpos; y aunque, medidas científicamente, semejantes afirmaciones del mundo o negaciones del mundo indiscriminadas no encierran ni pizca de significado, sí que dan al historiador y al psicólogo indicios tanto más valiosos, en calidad de síntomas, como he dicho, del cuerpo, de su haber salido bien o mal, de su plenitud, de su poderío, de su gloriarse de sí en la historia, o, por el contrario, de sus cohibiciones, de sus cansancios, de sus depauperaciones, de su presentimiento del final, de su voluntad de final. Espero aún que un *médico* filosófico en el sentido excepcional de la primera palabra —uno que haya de ir tras el problema de la salud global de un pueblo, de una época, de una raza, del género humano— tenga alguna vez la valentía de llevar hasta el final mi sospecha y de atreverse a sentar este principio: de lo que se trataba hasta ahora en todo filosofar no era en modo alguno de la «verdad», sino de otra cosa, digamos que de la salud, del futuro, del crecimiento, del poder, de la vida…

III

Se adivina que no me gustaría despedirme con desagradecimiento de aquella época de graves dolencias, de la que aún hoy sigo extrayendo

beneficios: al igual que soy bien consciente de toda la ventaja que en mi salud tan cambiante les saco a todos los rebolludos del espíritu. Un filósofo que ha recorrido muchas saludes, y las recorre una y otra vez, ha atravesado también otras tantas filosofías, y, así pues, no *puede* menos de transmutar su estado en la más espiritual forma y lejanía: este arte de la transfiguración es precisamente filosofía. No nos está dado a nosotros los filósofos distinguir entre alma y cuerpo como distingue el pueblo, y aún menos dado nos está distinguir alma y espíritu. No somos ranas pensantes, aparatos de objetivar y registrar con entrañas puestas en conserva: tenemos que dar a luz constantemente nuestros pensamientos desde nuestro dolor y proporcionarles maternalmente cuanto tengamos en nosotros de sangre, corazón, fuego, placer, pasión, tormento, conciencia[3], destino y fatalidad. Vivir: esto significa para nosotros transformar constantemente en luz y llama todo lo que somos, también todo lo que nos afecta, y no *podemos* en modo alguno hacer otra cosa. Y en lo que concierne a la enfermedad, ¿no estaríamos casi tentados de preguntar si podemos siquiera prescindir de ella? Solo el gran dolor es el liberador último del espíritu, en tanto que maestro de la *gran sospecha* que hace de toda «U» una «X», una «X» como es debido, es decir, la penúltima letra antes de la última… Solo el gran dolor, aquel largo y lento dolor que se toma tiempo, en el que somos quemados como con madera verde, por así decir, nos fuerza a nosotros los filósofos a descender a nuestra última profundidad y a despojarnos de toda la confianza, de todo lo bondadoso, que corre velos, benigno e intermedio en lo que quizá hayamos cifrado antes nuestra humanidad[4]. Dudo que un dolor como ese haga «mejorar», pero sé que nos *profundiza*. Ya sea que aprendamos a oponerle nuestro orgullo, nuestro sarcasmo, nuestra fuerza de voluntad, y hagamos como el pielroja que, por atrozmente que se lo torture, se resarce de su torturador con la maldad de su lengua; ya sea que ante el dolor nos retiremos a aquella nada oriental —se la llama nirvana—, a aquel mudo, rígido, sordo entregarse, olvidarse de sí, extinguirse: de esos largos y peligrosos ejercicios de dominio de sí mismo se sale como una persona distinta, con algunos signos de interrogación más, sobre todo con la *voluntad* de, en adelante, preguntar más, con más profundidad, con más

rigor, con más dureza, con más maldad, con más calma de lo que se ha preguntado hasta ese momento. Se acabó la confianza en la vida: la vida misma se ha convertido en *problema*. ¡Que nadie crea que con eso uno se convierte necesariamente en un oscurantista! Incluso el amor a la vida sigue siendo posible, solo que se ama de otra manera. Es el amor a una mujer que nos hace dudar… Pero el aliciente de todo lo problemático, la alegría que produce la «X» a esas personas más espirituales, más espiritualizadas, es demasiado grande para que esa alegría no caiga una y otra vez como una brasa viva sobre toda la necesidad de lo problemático, sobre todo el peligro de la inseguridad, incluso sobre los celos del que ama. Conocemos una nueva felicidad…

IV

Por último, y para que lo más esencial no se quede sin decir: de esos abismos, de esas graves dolencias, también de la dolencia de la grave sospecha, se vuelve *renacido*, con una nueva piel, más sensible a cualquier cosquilleo, más malvado, con un gusto más sutil para la alegría, con una lengua más delicada para todas las cosas buenas, con sentidos más jocundos, con una segunda inocencia más peligrosa en la alegría, se vuelve al mismo tiempo más infantil y cien veces más refinado de lo que nunca se había sido. ¡Oh, cómo le repugna ahora a uno el disfrute, el grosero, romo y pardo disfrute, tal y como lo suelen entender los disfrutantes, nuestros «cultos», nuestros ricos y gobernantes! ¡Con qué maldad prestamos oídos ahora a la gran algarabía de feria con el que «el hombre culto» y habitante de la gran ciudad se deja estuprar hoy por el arte, el libro y la música, y ayudándose de bebidas espirituosas, para experimentar «un gozo espiritual»! ¡Qué daño nos hace ahora al oído el griterío de teatro de la pasión, qué ajena se ha vuelto a nuestro gusto toda la revuelta romántica y el consiguiente embarullamiento de los sentidos que ama el populacho culto, junto con sus aspiraciones a lo sublime, elevado, extravagante! No: en el caso de que nosotros los convalecientes sigamos necesitando un arte,

se trata de un arte *distinto*, ¡un arte burlón, ligero, fugaz, divinamente expedito, divinamente artístico, que se alce como una llama viva en un cielo sin nubes! Sobre todo: ¡un arte para artistas, solo para artistas! Después, entendemos más de lo que ante todo hace falta *para eso*, ¡la jovialidad, *toda jovialidad*, amigos míos!, también en tanto que artistas: me gustaría demostrarlo. Ahora sabemos algunas cosas demasiado bien, nosotros los sapientes: ¡oh, cómo aprenderemos a partir de ahora a olvidar bien, a no saber bien, en tanto que artistas! Y en lo que concierne a nuestro futuro: difícilmente se nos volverá a encontrar en las sendas de aquellos jóvenes egipcios que por la noche hacían inseguros los templos, abrazaban las estatuas y querían desvelar, destapar, arrojar una luz intensa sobre absolutamente todo lo que con razón se mantiene tapado. No, este mal gusto, esta voluntad de verdad, de «verdad a cualquier precio», esta locura juvenil en el amor a la verdad: ya no le encontramos gusto, pues somos demasiado experimentados para eso, demasiado serios, demasiado jocundos, demasiado escaldados, demasiado profundos… Ya no creemos que la verdad siga siendo verdad cuando se le quita el velo; hemos vivido demasiado para creer eso. Hoy es para nosotros cuestión de decencia no querer ver todo desnudo, no querer estar metido en todo, no querer entender y «saber» todo. «¿Es verdad que Dios está en todas partes?», preguntó una niña pequeña a su madre: «me parece indecoroso»: ¡un guiño para filósofos! Se debería respetar más el *pudor* con el que la naturaleza se ha escondido tras enigmas y abigarradas incertidumbres. ¿Será la verdad una mujer que tiene razones para no dejar que se le vean sus razones? ¿Será su nombre, para decirlo en griego, Baubo?… ¡Oh, estos griegos! Sabían *vivir*: ¡para eso hace falta permanecer valientemente en la superficie, en el pliegue, en la piel, adorar la apariencia, creer en formas, en sonidos, en palabras, en el Olimpo entero de la apariencia! Estos griegos eran superficiales: ¡*a fuerza de profundidad*! Y ¿no es precisamente eso a lo que nos remitimos, nosotros los temerarios del espíritu, nosotros que hemos trepado a la más alta y peligrosa arista del pensamiento actual y desde allí hemos mirado a nuestro alrededor, y desde allí hemos mirado *hacia abajo*?

¿No somos precisamente en eso… griegos? ¿Adoradores de las formas, de los sonidos, de las palabras? ¿Precisamente por eso… artistas?

Ruta, cerca de Genova, otoño de 1886.

«BROMA, ASTUCIA Y VENGANZA»

PRELUDIO EN RIMAS ALEMANAS

1

Invitación

¡Atreveos con mi dieta, vosotros comedores!
¡Mañana os sabrá mejor,
y pasado mañana ya os sabrá bien!
Si entonces queréis todavía más,
mis cuatro cosas viejas
me darán ánimo para cuatro nuevas.

2

Mi felicidad

Desde que me cansé de buscar
he aprendido a encontrar.
Desde que un viento se me opuso
navego con todos los vientos.

3

Impertérrito

Allí donde estés, ¡cava hondo!
¡Debajo está el manantial!
Deja que los hombres oscuros griten:
«Debajo está siempre… el infierno!».

4

Diálogo

A: ¿Estuve enfermo? ¿Me he curado?
Y, ¿quién ha sido mi médico?
¡Cómo he olvidado todo eso!
B: Solo ahora te creo curado:
pues sano está quien ha olvidado.

5

A los virtuosos

También nuestras virtudes deben ser de pies ligeros:
¡igual que los versos de Homero tienen que venir e irse!

6

Prudencia mundana

¡No permanezcas en la llanura!
¡No subas demasiado arriba!

Como el mundo es más bello
es desde media altura.

7

Vademecum — vadetecum[5]

Te atrae mi forma de ser y mi lenguaje,
¿me sigues, vas tras mis pasos?
Ve fielmente solo tras tu propios pasos
¡así es como me sigues a mí!, ¡poco a poco, poco a poco!

8

En el tercer cambio de piel

Ya se me levanta y se me rompe la piel,
ya está ávida con nuevo impulso,
por mucha tierra que haya digerido antes,
de más tierra en mí la serpiente.
Ya repto entre piedras y hierbas
hambrientas y trazando curvas
para comer lo que siempre he comido,
¡a ti, dieta de serpiente, a ti, tierra!

9

Mis rosas

¡Sí! Mi felicidad quiere hacer feliz.

¡Toda felicidad quiere hacer feliz!
¿Queréis coger mis rosas?
Tenéis que doblaros y esconderos
entre rocas y espinos,
¡a menudo lameros los dedos!

Pues mi felicidad… ¡ama las burlas!
Pues mi felicidad… ¡ama las argucias!
¿Queréis coger mis rosas?

10

El despreciador

Mucho he dejado caer y rodar,
y por eso me llamáis despreciador.
Quien bebe de vasos demasiado llenos,
deja caer y rodar mucho,
pero no por ello piensa peor del vino.

11

Habla el refrán

Duro y suave, fino y grosero,
familiar y extraño, sucio y puro,
insensato y sabio en uno:
todo esto soy y ser quiero,
paloma a la vez, serpiente y cerdo.

12

A un amigo de la luz

Si no quieres que tus ojos y sentidos desfallezcan
¡ve en pos del sol también en la sombra!

13

Para bailarines

Hielo liso un paraíso para el que sabe bailar bien.

14

El probo

¡Mejor una enemistad de una pieza
que una amistad encolada!

15

Herrumbre

¡También la herrumbre es necesaria: no basta con estar afilado!
De lo contrario, dirán siempre de ti: «¡es demasiado joven!».

16

Hacia arriba

«¿Cuál es el mejor camino para subir a la montaña?».
Sencillamente sube, y no pienses más en eso.

17

Lema del violento

¡No pidas nunca! ¡Déjate de lloriqueos!
¡Coge, por favor te lo pido, coge siempre!

18

Almas estrechas

Las almas estrechas me son odiosas;
no tienen nada bueno y casi tampoco nada malo.

19

El seductor involuntario

Disparó una palabra vacía por puro pasatiempo,
sin apuntar a ningún sitio, pero abatió a una mujer.

20

Para ponderarlo

Un doble dolor es más fácil de soportar
que un solo dolor: ¿te atreves a probar?

21

Contra la soberbia

No te hinches: pues de lo contrario
bastará un pinchacito para hacerte reventar.

22

Hombre y mujer

«¡Roba la mujer a la que se incline tu corazón!».
Así piensa el hombre; la mujer no roba, hurta.

23

Interpretación

Cuando me interpreto, me introduzco en lo interpretado:
no puedo ser intérprete de mí mismo.
Pero todo el que sube siguiendo su propia trayectoria
lleva mi imagen hacia una luz más luminosa.

24

Fármaco para pesimistas

¿Te quejas de que nada te sabe bien?
¿Aún, amigo, esas viejas manías?
Te oigo maldecir, hacer ruido, escupir:
de verte se me rompen el corazón y la paciencia.
¡Sígueme, amigo mío! ¡Decídete libremente
a tragarte un sapo gordo,
rápidamente y sin mirar!
Te ayudará contra la dispepsia.

25

Petición

Conozco cómo es más de una persona
¡y no sé quién soy yo mismo!
Mi ojo me está demasiado cerca,
no soy lo que veo y vi.
Creo que me sería de más utilidad
si pudiese estar más lejos de mí,
¡aunque no tan lejos como mi enemigo!
demasiado lejos está ya el más cercano amigo
¡pero sí entre él y yo!
¿Adiviná is qué es lo que pido?

26

Mi dureza

Tengo que pasar por encima de cien escalones,
tengo que subir y os oigo gritar:
«Eres duro, ¿es que acaso somos nosotros de piedra?».

Tengo que pasar por encima de cien escalones
y nadie quiere ser escalón.

27

El caminante

«¡Ya no hay camino! Abismos todo alrededor y un silencio mortal!».
¡Tú lo has querido! ¡Tu voluntad se apartó del camino!
¡Es la hora de la verdad, caminante! ¡Ahora hay que mirar fría y claramente!
Estás perdido tan pronto creas… en el peligro.

28

Consuelo para principiantes

Ved al niño rodeado por los gruñidos de los cerdos,
¡desvalido, con los dedos de los pies encogidos!
Puede llorar, nada más que llorar,
¿aprenderá alguna vez a tenerse en pie y a andar?
¡Nada de titubeos! ¡Pronto, creo yo,
podréis ver bailar al niño!
Y en cuanto se tenga sobre las dos piernas,
sabrá ponerse también cabeza abajo.

29

Egoísmo de las estrellas

Si no rodase como un orondo barril rodante
sobre mi propio eje incesantemente,
¿cómo soportaría, sin arder,
correr detrás del ardiente sol?

30

El prójimo

No me gusta tener cerca al prójimo:
¡lejos con él, hacia arriba y en la distancia!
¿Pues cómo, si no, llegaría a convertirse en mi estrella?

31

El santo disfrazado

Para que tu dicha no nos apesadumbre
te envuelves en argucias diabólicas,
en ingenio y ropajes de diablo.
¡Pero es en vano! Desde tu mirada
nos está mirando la santidad.

32

El siervo

A: Se para a oír: ¿qué pudo hacerle dudar?
¿Qué le zumba en los oídos?
¿Qué lo ha dejado tan abatido?

B: Como todo el que otrora cadenas llevó,
oye por doquier… ruido de cadenas.

33

El solitario

Tan odioso me es seguir a otros como guiarles yo.
¿Obedecer? ¡No! ¡Y gobernar, más que no!
Quien no es temible *para sí mismo* no atemoriza a nadie:
y solo quien atemoriza puede guiar.
¡Odioso me es ya guiarme a mí mismo!
Me gusta, igual que los animales del bosque y el mar,
perderme durante un momentito,
agazaparme caviloso en un encantador extravío,
desde lejos atraerme a mí mismo por fin a casa,
seducirme a mí hacia mí mismo.

34

Seneca et hoc genus omne[6]

Esa gente escribe y escribe su insoportablemente sabio blablablá
como si la consigna fuese: *primum scribere, deinde philosopharf*[7].

35

Hielo

¡Sí! A veces preparo hielo:

¡útil es el hielo para hacer la digestión!
Si tuvieseis mucho que digerir,
¡oh, cómo amaríais mi hielo!

36

Escritos juveniles

El alfa y el omega[8] de mi sabiduría
resuena en ellos: ¡qué cosas oí!
Ahora ya no me suena así,
solo el eterno ¡ah! y ¡oh!
de mi juventud oigo aún.

37

Precaución

En aquella región no se viaja bien ahora:
¡y si tienes espíritu, pon doble cuidado!
Se te atrae y ama hasta que se te desgarra:
son espíritus exaltados: siempre les falta espíritu.

38

Habla el piadoso

¡Dios nos ama porque nos ha creado!
«¡El hombre ha creado a Dios!», replicáis vosotros los sutiles.
¿Y no va a amar lo que él creó?

¿Va incluso a negarlo *porque* lo creó?
Esto cojea, esto lleva la pezuña del diablo.

39

En verano

¿Con el sudor de nuestra frente
comeremos nuestro pan?
Cuando se suda es mejor no comer nada,
así lo recomiendan sabios doctores.
Sirio hace señas: ¿qué nos falta?
¿qué significan sus ardientes señas?
Con el sudor de nuestra frente
¡beberemos nuestro vino!

40

Sin envidia

Sí, mira sin envidia, ¿y lo honráis por eso?
No mira a su alrededor en busca de que lo honréis;
tiene el ojo del águila para la lejanía,
¡no os ve!, ve solo estrellas, estrellas.

41

Heraclitismo

¡Toda la felicidad de este mundo,

viene de la lucha, amigos!
¡Sí, para llegar a ser amigo,
hace falta humo de pólvora!
Tres cosas en una son los amigos:
¡hermanos ante la penuria,
iguales ante el enemigo,
libres… ante la muerte!

42

Principio fundamental de los demasiado finos

¡Mejor de puntillas
que a cuatro patas!
¡Mejor por el ojo de la cerradura
que a través de puertas abiertas!

43

Aliento

¿Es fama lo que pretendes?
Entonces presta atención a esta enseñanza:
¡mientras estés a tiempo renuncia libremente
a la honra!

44

El que va al fondo de las cosas

¿Un investigador yo? ¡Oh, ahorraos esa palabra!
Soy solamente *pesado*, ¡unas cuantas libras!
Caigo, caigo y sigo cayendo,
¡hasta que por fin llego al fondo!

45

Para siempre

«Hoy vengo porque hoy me conviene»,
piensa todo aquel que viene para siempre.
¡Qué se le da a él de las habladurías:
«¡Vienes demasiado pronto!, ¡vienes demasiado tarde!»

46

Juicios de los cansados

Al sol maldicen todos los cansinos;
para ellos el valor de los árboles reside… ¡en que dan sombra!

47

Declive

«Desciende, cae», os burláis de él una y otra vez;
¡pero la verdad es que desciende a vosotros!
Su exceso de felicidad se convirtió para él en una adversidad,
su exceso de luz va en pos de vuestra oscuridad.

48

Contra las leyes

A partir de hoy cuelga en un cordel de áspero tejido
de mi cuello el reloj de las horas.
A partir de hoy cesa el curso de las estrellas,
el sol, el grito de los gallos y la sombra,
y cuanto me ha anunciado el tiempo,
es ahora mudo, sordo y ciego:
calla para mí toda naturaleza
cuando oigo el tictac de la ley y del reloj.

49

Habla el sabio

Ajeno al pueblo y sin embargo para el pueblo útil,
sigo mi camino, sol ya, ya nube
¡y siempre por encima de este pueblo!

50

Perdió la cabeza

Ahora tiene ella espíritu: ¿cómo es que lo ha encontrado?
Hace poco ha perdido la cabeza por ella un hombre,
cuya cabeza era rica antes de ese pasatiempo:
su cabeza se fue al diablo, pero ¡no, no!, ¡se fue a la mujer!

51

Deseos piadosos

«Ojalá que todas las llaves
se pierdan enseguida,
y en todo ojo de cerradura
juegue la ganzúa!».
Así piensa siempre
todo el que es un ganzúa.

52

Escribir con el pie

No escribo solo con la mano:
el pie siempre quiere escribir también.
Firme, libre y valiente corre
ya por el campo, ya por el papel.

53

«Humano, demasiado humano»
Un libro

Melancólicamente tímido, mientras miras hacia atrás,
confiando en el futuro, cuando confías en ti mismo:
oh, pájaro, ¿he de contarte entre las águilas?,
¿eres el búho, el favorito de Minerva?

54

A mi lector

Una buena dentadura y un buen estómago:
¡esto es lo que te deseo!
¡Y si has tolerado mi libro,
seguro que te llevarás bien conmigo!

55

El pintor realista

«¡Fiel a la naturaleza e íntegro!». ¿Cómo se atreve?
¿Cuándo habrá quedado la naturaleza *zanjada* en una imagen?
¡Infinito es el más pequeño trozo del mundo!
En último término pinta lo que le *gusta*.
¿Y qué le gusta? ¡Lo que *sabe* pintar!

56

Vanidad de autor

Me basta con que me deis cola:
¡pues para la cola ya encontraré por mí mismo la madera!
Sentido en cuatro rimas sin sentido
poner… ¡es para estar no poco orgulloso!

57

Gusto descontentadizo

Si se me dejase elegir libremente,
me gustaría elegir un rinconcito
en mitad del paraíso:
pero aún me gustaría más… ¡a su puerta!

58

La nariz curva

La nariz mira imponente
al paisaje, la aleta nasal se hincha.
¡Por eso tú, rinoceronte sin cuerno,
mi hombrecito orgulloso, caes siempre hacia delante!
Y esas dos cosas siempre van juntas:
orgullo recto, nariz curva.

59

La pluma garabatea

La pluma garabatea, ¡al infierno con eso!
¿Estoy condenado a tener que garabatear?
Así que echo mano audazmente al tintero
y escribo con gruesos ríos de tinta.
¡Qué bien corren, tan llenos y anchos!
¡Qué bien me sale todo lo que hago!
Es verdad que la letra es poco clara,
pero ¿qué daño hace?, ¿quién lee lo que escribo?

60

Hombres superiores

Ese sube: ¡merece elogio!
¡Pero aquel otro viene siempre de arriba!
Vive por encima del elogio mismo,
¡es de arriba!

61

Habla el escéptico

Ya ha pasado casi la mitad de tu vida,
¡la manecilla se mueve, el alma se te estremece!
Ya lleva largo tiempo dando vueltas
buscando y sin encontrar, ¿y titubea ahora?
Ya ha pasado casi la mitad de tu vida:
¡dolor ha sido, y error, hora tras hora hasta llegar aquí!
¿Qué buscas aún? ¿*Por qué*?
Esto es precisamente lo que busco: ¡razón tras razón para buscar!

62

Ecce homo

¡Sí! ¡Sé de dónde procedo!
Insaciable igual que la llama
ardo y me consumo.
Luz se vuelve cuanto cojo,

carbón cuanto dejo:
no cabe duda de que soy una llama.

63

Moral de las estrellas

Predestinada a la órbita de las estrellas,
¿qué te importa, estrella, la oscuridad?

¡Sigue rodando bienaventurada por esta época!
¡Séate ajena y lejana su miseria!

Al más lejano de los mundos pertenece tu brillo:
¡la compasión sea para ti pecado!

Solo un mandamiento rige para ti: ¡sé pura!

LIBRO PRIMERO

1

Los maestros de la finalidad de la existencia

Mire a los hombres con buenos o con malos ojos, siempre los encuentro entregados a una misma tarea, todos en general y cada uno en particular: hacer lo que conviene a la conservación de la especie humana. Y, en verdad, no por un sentimiento de amor a esa especie, sino sencillamente porque en ellos nada es más viejo, más fuerte, más inexorable, más insuperable que ese instinto: porque ese instinto es precisamente la *esencia* de nuestra especie y de nuestro rebaño. Se acostumbra —con no poca rapidez y con la usual miopía que no ve a dos pasos— a distinguir limpiamente al prójimo en personas útiles y nocivas, en buenas y malas personas; sin embargo, cuando se hace un cómputo general, cuando se reflexiona durante un cierto tiempo sobre el conjunto, uno se vuelve desconfiado hacia esa depuración y separación y al cabo deja de practicarla. El hombre más nocivo puede que sea el más útil de todos de cara a la conservación de la especie, pues alimenta en sí mismo, o, por influjo de él, en otros, pulsiones sin las cuales el género humano habría perdido todo vigor o se habría podrido hace ya largo tiempo. El odio, la alegría por el mal ajeno, la sed de botín y de dominio, y en general cuanto se denomina malo: todo ello forma parte de la asombrosa economía de la conservación de la especie, la cual, si bien es cierto que se trata de una economía dispendiosa, dilapidadora y en conjunto sumamente insensata, *está demostrado* que ha conservado a nuestro linaje

hasta la fecha. Ya no sé si tú, mi querido congénere y prójimo, *puedes* siquiera vivir en perjuicio de la especie, esto es, «irracionalmente» y «mal»; lo que hubiese podido dañar a la especie quizá lleve ya muchos milenios extinguido y se cuente ahora entre las cosas que ya no son posibles ni siquiera en Dios. Abísmate en tus mejores o en tus peores apetitos, y sobre todo: ¡vete al fondo!; en unos y en otros sigues siendo probablemente, de algún modo, el favorecedor y benefactor del género humano, y por consiguiente puedes permitirte tus panegiristas, ¡e igualmente quienes se burlen de ti! ¡Pero nunca encontrarás al que sepa burlarse por entero de ti, del individuo, también en tus mejores cualidades, al que pueda ponerte delante, en toda la medida compatible con la verdad, tu ilimitada miseria de mosca y de sapo! Reírse de sí mismo como habría que reírse a fin de reírse *con toda verdad*: ¡los mejores no han tenido hasta ahora el suficiente sentido de la verdad para eso, y los más dotados han tenido bien poco genio! ¡Quizá siga habiendo un futuro también para la risa! Lo habrá cuando el género humano haya asimilado el principio «la especie lo es todo, uno no es nunca nadie» y a cada uno le esté abierto en todo momento el acceso a esta última liberación e irresponsabilidad. Quizá para entonces la risa se haya aliado con la sabiduría, quizá para entonces no exista otra ciencia que la «gaya ciencia». Por el momento las cosas siguen siendo totalmente distintas, por el momento la comedia de la existencia todavía no «se ha hecho consciente» de sí misma, por el momento seguimos estando en la época de la tragedia, en la época de las morales y religiones. ¿Qué significa la repetida aparición de esos fundadores de morales y religiones, de esos instigadores de la lucha por estimaciones éticas, de esos maestros de los remordimientos de conciencia y de las guerras de religión? ¿Qué significan estos héroes en este escenario? Pues han sido hasta ahora los héroes del mismo, y todo lo demás, durante un tiempo lo único visible y demasiado cercano, no ha servido nunca de otra cosa que de preparación para esos héroes, ya sea como tramoya y decorado, ya sea en el papel de personas de confianza y ayudas de cámara. (Los poetas, por ejemplo, siempre han sido los ayudas de cámara de alguna moral). Se entiende de suyo que también esos actores trágicos trabajan en interés de la *especie*, por

más que crean trabajar en interés de Dios y como enviados de Dios. También ellos fomentan la vida de la especie, *por cuanto fomentan la fe en la vida*. «¡Vale la pena vivir!», exclaman todos ellos, «¡esta vida no deja de ser interesante, por arriba y por abajo, andaos con cuidado!». Ese instinto que actúa por igual en las personas más elevadas y más vulgares, el instinto de conservación de la especie, irrumpe de cuando en cuando como razón y pasión del espíritu; tiene entonces un brillante séquito de razones a su alrededor y quiere hacer olvidar con todas sus fuerzas que en el fondo es pulsión, instinto, insensatez, falta de fundamento. ¡Se *debe* amar la vida, *puesto que*…! ¡El hombre *debe* favorecerse a sí y favorecer a su prójimo, *puesto que*…! ¡Cualesquiera que sean, ahora y en el futuro, esos «debe» y esos «puesto que»! Para que lo que sucede necesariamente y siempre, de suyo y sin finalidad alguna, a partir de ahora parezca que se hace con una finalidad y le resulte evidente al hombre como razón y mandato último: para eso es para lo que comparece el maestro ético, como maestro de la finalidad de la existencia; para eso inventa una segunda y distinta existencia y mediante su nueva mecánica saca esta vieja y vulgar existencia de sus viejos y vulgares quicios. ¡Sí!, no quiere en modo alguno que nos *riamos* de la existencia, ni tampoco de nosotros mismos, ni de él; para él, uno es siempre uno, algo serio y último y enorme, para él no hay especie, sumas, ceros. Por insensatas y delirantes que sean sus invenciones y estimaciones, por mucho que malentienda la marcha de la naturaleza y niegue sus condiciones —y todas las éticas han sido hasta ahora insensatas y contranaturales, a tal punto que cualquiera de ellas habría hecho perecer al género humano si se hubiese apoderado de él—, cada vez que «el héroe» subía al escenario se alcanzaba algo nuevo, la horrible pareja de la risa, aquel profundo estremecimiento de muchos individuos ante la idea: «¡sí, vivir vale la pena!, ¡sí, vale la pena que yo viva!»: la vida y yo y tú y todos nosotros volvimos a ser *interesantes* unos para otros durante algún tiempo. No se puede negar que hasta ahora, *a la larga*, la risa y la razón y la naturaleza se han enseñoreado de cada uno de esos grandes maestros de la finalidad: la breve tragedia acababa convirtiéndose siempre, a la postre, en la eterna comedia de la existencia y volviendo a ser una comedia, y las

«olas de incontables carcajadas» —para decirlo con Esquilo— tienen que batir en último término por encima de hasta los más grandes de esos actores trágicos. Sin embargo, a pesar de toda esa risa correctora, esta constante reaparición de aquellos maestros de la finalidad de la existencia ha modificado la naturaleza humana en su conjunto: tiene ahora una necesidad más, precisamente la necesidad de la constante reaparición de esos maestros y de esas doctrinas de la «finalidad». El hombre se ha ido convirtiendo paulatinamente en un animal fantástico cuya existencia ha de cumplir una condición más que la de cualquier otro animal: de cuando en cuando, el hombre *tiene* que creer saber *por qué* existe, ¡su especie no puede desarrollarse bien sin una periódica confianza en la vida! ¡Sin fe *en la razón contenida en la vida*! Y una y otra vez el género humano decretará de cuando en cuando: «¡hay algo de lo que ya es absolutamente ilícito reírse!». Y el filántropo más cuidadoso añadirá: «¡no solo la risa y la gaya ciencia, sino también lo trágico, con toda su sublime sinrazón, se cuenta entre los medios y necesidades de la conservación de la especie!». ¡Y por consiguiente! ¡Por consiguiente! ¡Por consiguiente! Oh, ¿me comprendéis, hermanos míos? ¿Comprendéis esta nueva ley de la bajamar y la pleamar? ¡También nosotros tenemos nuestra época!

2

La conciencia intelectual

Hago una y otra vez la misma experiencia, e igualmente siempre me resisto de nuevo a ella, y no lo quiero creer, aunque se puede tocar con la mano: *la gran mayoría de las personas carece de conciencia intelectual*, con frecuencia me ha parecido, incluso, como si al exigirla en las ciudades más populosas se estuviese igual de solo que en el desierto. Todos te dirigen miradas de extrañeza y siguen manejando su balanza, llamando bueno a esto y malo a aquello; nadie enrojece cuando haces notar que a estas pesas les falta peso, y eso tampoco provoca indignación alguna contra ti: y hasta

puede que se rían de tu duda. Quiero decir: *a la gran mayoría de las personas* no les parece despreciable creer esto o aquello, y vivir conforme a ello, *sin* antes haber llegado a ser conscientes de las últimas y más seguras razones que existen a favor y en contra, y tampoco sin esforzarse siquiera posteriormente por obtener esas razones, e incluso los hombres más dotados y las mujeres más nobles se cuentan entre «la gran mayoría» a que me refiero. Pero ¿qué sucede con el buen corazón, la elegancia y el genio cuando el hombre que posee esas virtudes tolera en sí sentimientos lasos al creer y al juzgar?, ¿qué, cuando *el anhelo de certeza* no es su más íntimo deseo y su más profunda necesidad, lo que distingue, en suma, a los hombres superiores de los inferiores? Encontré en algunas personas devotas un odio contra la razón, y las miré con buenos ojos por ello: ¡al menos ahí se echaba de ver aún la mala conciencia intelectual! Pero estar en medio de esa *rerum concordia discors*[9] y de toda la prodigiosa incertidumbre y equivocidad de la existencia *y no preguntar*, no temblar de deseo y ganas de preguntar, ni siquiera odiar al que pregunta, quizá incluso experimentar un cansino deleite con él: eso es lo que siento *despreciable*, y esta sensación es lo primero que busco en todo el mundo: alguna insensatez me persuade una y otra vez de que todos los hombres tienen esa sensación en tanto que tales. Es mi especie de injusticia.

3

Noble y vulgar

A las naturalezas vulgares todos los sentimientos nobles y magnánimos les parecen inútiles, y por tanto, antes que nada, poco creíbles: cuando oyen hablar de ellos, guiñan el ojo y parecen querer decir «ya habrá algún interés en juego, nunca se sabe»: son recelosos con el noble, como si este buscase su ventaja por caminos subrepticios. Si se los convence con demasiada claridad de la ausencia de propósitos y beneficios egoístas, el noble es para ellos una especie de insensato: desprecian su alegría y se ríen del brillo de

sus ojos. «¡Cómo se puede alegrar uno de salir perdiendo, cómo se puede querer salir perdiendo con los ojos abiertos! A las emociones nobles tiene que ir ligada una enfermedad de la razón»: así piensan mientras miran despreciativamente, igual que desprecian la alegría que produce al demente su idea fija. La naturaleza vulgar se distingue por el hecho de que mantiene la vista fija imperturbablemente en su ventaja y de que este pensar en la finalidad y en la ventaja es incluso más fuerte que sus más fuertes pulsiones: no dejarse llevar por esas pulsiones a acciones inútiles, esa es su sabiduría y su sensación de la propia valía. Comparada con la naturaleza vulgar, la naturaleza superior resulta *irracional*, pues el noble, el magnánimo, el abnegado, está sometido en realidad a sus pulsiones, y en sus mejores momentos su razón hace una *pausa*. Un animal que con peligro para su vida protege a sus crías o, en la época de celo, sigue a la hembra incluso a la muerte, no piensa en el peligro ni en la muerte, y también su razón hace una pausa, porque está totalmente dominado por el placer que le produce su camada o la hembra y por el temor a ser despojado de ese placer: se vuelve más necio que en otras circunstancias, igual que el noble y magnánimo. Este posee algunos sentimientos de placer y displacer con tal intensidad que frente a ellos el intelecto tiene que callar o que ponerse a su servicio: en esos sentimientos el corazón sustituye a la cabeza, y a partir de ese momento se habla de «pasión». (Aquí y allí viene acaso lo opuesto y aparece, por así decir, la «inversión de la pasión», por ejemplo en el caso de Fontenelle, a quien alguien le puso una vez la mano en el corazón mientras le dirigía estas palabras: «Lo que usted tiene ahí, caro amigo, es también cerebro»). La sinrazón o la peculiar razón de la pasión es lo que el vulgar desprecia en el noble, sobre todo cuando esta última se dirige a objetos cuyo valor le parece ser enteramente fantástico y arbitrario. Se irrita con quien está sometido a la pasión del vientre, pero comprende el estímulo que en ella está haciendo de tirano; en cambio, no comprende cómo, por ejemplo, alguien puede poner en juego por una pasión del conocimiento su salud y su honra. El gusto de la naturaleza superior se dirige a excepciones, a cosas que usualmente dejan frío y que no parecen tener dulzura alguna; la naturaleza superior tiene una medida de valor muy singular. Además, la

mayor parte de las veces *no* cree que su idiosincrasia del gusto constituya una medida de valor muy singular, sino que, antes bien, establece sus valores y disvalores como los valores y disvalores válidos sin más, y cae de esa forma en lo incomprensible y poco práctico. Muy rara vez sucede que una naturaleza superior conserve la razón suficiente para entender y tratar a las personas cotidianas como tales: en la mayoría de los casos, cree que todos comparten la pasión que ella siente, solo que en muchos se mantiene escondida, y precisamente esa fe llena a la naturaleza superior de ardor y elocuencia. Pues bien, si esos hombres excepcionales no se sienten a sí mismos como excepciones, ¡cómo van a poder entender nunca a las naturalezas vulgares y estimar en su justa medida la regla!, y así es como, en efecto, hablan de lo insensato y fantasioso que es el género humano y de cómo hace lo que lo aleja de sus propios fines, se llenan de asombro por lo loco que anda el mundo y se preguntan por qué no quiere proclamar su adhesión a «lo que necesita». Esta es la eterna injusticia de los nobles.

4

Lo que conserva la especie

Son los espíritus más fuertes y malos los que hasta ahora han hecho avanzar más al género humano: encendían una y otra vez las pasiones que se estaban quedando dormidas —toda sociedad ordenada adormece las pasiones—, despertaban una y otra vez el sentido de la comparación, de la contradicción, del placer por lo nuevo, por lo atrevido, por lo aún no puesto a prueba, y forzaban a los hombres a contraponer opiniones a opiniones, modelos a modelos. Con las armas, echando por tierra los mojones, atentando contra las piedades las más de las veces: ¡pero también mediante nuevas religiones y morales! En todo maestro y predicador de lo *nuevo* hay la misma «maldad» que hace nefando el nombre de un conquistador, si bien en el caso del primero esa maldad se expresa con más elegancia y no pone enseguida los músculos en movimiento, ¡y precisamente por eso no hace su

nombre tan nefando! Pero lo nuevo es en todos los casos *lo malo*, ya que quiere conquistar, derribar los viejos mojones y las viejas piedades, ¡y solo lo viejo es bueno! Las buenas personas de cada época son aquellas que entierran en lo profundo los viejos pensamientos y con ellos dan fruto, los agricultores del espíritu. Pero toda tierra de labor acaba por agotarse, y siempre tiene que volver la reja de arado de lo malo. Hay ahora una doctrina de la moral, falsa hasta el fondo, que especialmente en Inglaterra es muy celebrada: según ella, los juicios «bueno» y «malo» son la reunión de las experiencias sobre lo «útil» y lo «inútil»; según ella, lo denominado bueno es lo que conserva la especie, y lo denominado malo lo nocivo para la especie. Pero la verdad es que las malas pulsiones son útiles, conservan la especie y son indispensables en un grado exactamente igual de alto que las buenas: solo que su función es diferente.

5

Deberes incondicionados

Todas las personas que notan que para influir *de algún modo* necesitan los más fuertes sonidos y palabras, los más elocuentes gestos y posiciones —a saber, los políticos de la revolución, los socialistas, los predicadores de la penitencia con y sin cristianismo: a ninguno de ellos les es lícito llegar a resultados medianos— hablan de «deberes» y, por cierto, siempre de deberes dotados del carácter de lo incondicionado: y es que, ¡bien lo saben!, sin ellos no tendrían derecho a su gran *pathos*. Así, echan mano de filosofías de la moral que predican algún imperativo categórico, o ingieren un buen pedazo de religión, como hizo por ejemplo Mazzini. Dado que quieren que se confíe incondicionadamente en ellos, necesitan primero confiar incondicionadamente en sí mismos en virtud de algún mandamiento último indiscutible y de suyo sublime, y quieren sentirse y pasar por servidores e instrumentos de ese mandamiento. En ellos tenemos los adversarios más naturales y, la mayor parte de las veces, muy influyentes,

de la ilustración y el escepticismo morales: pero son escasos. En cambio, hay una clase muy abundante de esos adversarios dondequiera que el interés enseñe la sumisión mientras que la fama y el honor parezcan prohibirla. Quien, por ejemplo como descendiente de una familia antigua y orgullosa, se siente ultrajado ante la idea de que es *instrumento* de un príncipe o de un partido y secta, o incluso del poder del dinero, pero quiere ser precisamente ese instrumento —o tiene que serlo— ante él mismo y ante la opinión pública, necesita principios altisonantes que se puedan pronunciar en todo momento: principios de un deber incondicionado a los que a uno le sea lícito someterse y mostrarse sometido sin tener que avergonzarse. Todo servilismo dotado de alguna finura persevera en la adhesión al imperativo categórico y es enemigo mortal de quienes pretenden quitar al deber el carácter incondicionado: así lo exige de ellos el decoro, y no solo el decoro.

6

Pérdida de dignidad

La reflexión ha perdido toda su dignidad de la forma; se ha hecho irrisión del ceremonial y del gesto solemne de la reflexión, y ya no se soportaría a un hombre sabio al antiguo estilo. Pensamos, incluso en las cosas más serias, demasiado deprisa, y de camino, y cuando vamos andando, y en medio de negocios de todo tipo; necesitamos poca preparación, poca calma incluso: es como si llevásemos de un lado para otro en la cabeza una máquina que girase incesantemente, que siguiese trabajando incluso en las circunstancias más desfavorables. Antes, cuando alguien quería pensar —¡era probablemente la excepción!—, cuando quería hacerse más sabio y se aprestaba a recibir una idea, eso se le notaba: ponía una cara en consonancia con ello, como para una oración, y detenía el paso; incluso, cuando «le venía» la idea se quedaba parado en la calle durante horas, sobre una o sobre las dos piernas. ¡Eso era «lo digno de la ocasión»!

7

Algo para laboriosos

Quien desee ahora hacer de las cuestiones morales objeto de estudio se abre con ello un campo de trabajo enorme. Hay que pensar a fondo todas las clases de pasiones, una por una, siguiendo su rastro una por una a través de épocas, de pueblos, de grandes y pequeños individuos; ¡toda su razón, todas sus estimaciones de valor, todas sus iluminaciones de las cosas deben salir a la luz! Cuanto hasta ahora ha dado color a la existencia carece aún de historia: o, si no, decidme, ¿dónde está la historia del amor, de la codicia, de la envidia, de la conciencia, de la piedad, de la crueldad? Incluso una historia comparada del Derecho, o tan siquiera de la pena, falta hasta ahora por completo. ¿Se ha hecho ya objeto de investigación la diferente distribución del día, las consecuencias de una fijación periódica del trabajo, de la fiesta y del descanso? ¿Se conoce los efectos morales de los alimentos? ¿Hay una filosofía de la alimentación? (¡El estruendo que una y otra vez se desata a favor y en contra del vegetarianismo es ya suficiente demostración de que aún no existe esa filosofía!). ¿Están reunidas ya las experiencias sobre la convivencia, por ejemplo las efectuadas en los conventos? ¿Se ha expuesto ya la dialéctica de matrimonio y amistad? Las costumbres de los eruditos, de los comerciantes, de los artistas, de los artesanos, ¿han encontrado ya sus pensadores? ¡Hay tanto que pensar ahí! Cuanto los hombres han contemplado hasta ahora como «condición de su existencia», y toda la razón, la pasión y la superstición presentes en esa contemplación, ¿se ha investigado ya hasta el final? La observación del diferente crecimiento que las pulsiones humanas han tenido, y podrían tener aún, según el diferente clima moral reinante en cada caso ya daría por sí sola demasiado trabajo hasta a la persona más trabajadora; se necesita generaciones enteras de eruditos, y de eruditos que trabajen juntos conforme a un plan, para agotar los puntos de vista y el material. Lo mismo sucede con las razones de las diferencias existentes entre los climas morales

(«*¿por qué* brilla aquí a modo de sol un juicio moral fundamental y un criterio básico de valor moral, y allí aquel otro?»): están aún por aportar. Y otra nueva tarea sería constatar lo errado de todas esas razones y la esencia toda del juicio moral habido hasta la fecha. En el supuesto de que todas esas tareas ya estuviesen realizadas, pasaría al primer plano la más ardua de todas las preguntas, a saber, si la ciencia es capaz de *dar* metas del obrar, una vez que ha demostrado que puede quitarlas y aniquilarlas, y entonces sería oportuno un experimentar en el que podría satisfacerse toda clase de heroísmo, un experimentar que duraría siglos y que podría hacer sombra a todos los grandes trabajos y sacrificios realizados hasta ahora en la historia. La ciencia aún no ha construido sus construcciones ciclópeas; también para eso llegará el momento.

8

Virtudes inconscientes

Todas las características de una persona de las que esa persona sea consciente —y sobre todo cuando presupone su visibilidad y evidencia también para su entorno— se hallan bajo leyes evolutivas totalmente distintas que las características que le son desconocidas, o mal conocidas, y que por su sutilidad se esconden a la vista de hasta el más sutil observador y saben ocultarse como detrás de la nada. Eso es lo que sucede con la fina talla de las escamas de los reptiles: sería un error presumir en ella un adorno o un arma, pues solo se la ve con el microscopio, es decir, con un ojo aguzado artificialmente que no poseen los animales similares para los que tendría que significar acaso un adorno o un arma. Nuestras cualidades morales visibles, y especialmente aquellas que *creemos* visibles, siguen su curso, mientras que las cualidades morales invisibles enteramente homónimas, que no son para nosotros adorno ni arma frente a otras personas, también siguen *el suyo*: un curso por entero distinto, probablemente, y con líneas y finuras y tallas que quizá podrían resultar

divertidas a un dios dotado de un microscopio divino. Tenemos, por ejemplo, nuestra diligencia, nuestra ambición, nuestra perspicacia —todo el mundo sabe de ellas—, y además probablemente tengamos por otro lado *nuestra* diligencia, *nuestra* ambición, *nuestra* perspicacia; ahora bien, ¡para estas escamas de reptil nuestras aún no se ha inventado el microscopio! Y aquí los amigos de la moralidad instintiva dirán: «¡Bravo! Al menos considera posibles virtudes inconscientes, ¡con eso nos conformamos!». ¡Oh, vosotros los que os conformáis con poco!

9

Nuestras erupciones

Incontables cosas que el género humano adquirió en estadios anteriores, pero tan débil y embrionariamente que nadie supo percibirlas como adquiridas, salen a la luz de repente, largo tiempo después, quizá tras siglos: en el entretanto se han hecho fuertes y maduras. A algunas épocas, igual que a algunas personas, parece faltarles por completo este o aquel talento, esta o aquella virtud: pero basta esperar a los nietos y a los bisnietos, si se tiene tiempo para esperar, para ver cómo sacan a la luz el interior de sus abuelos, aquel interior del que los abuelos mismos aún no sabían nada. Con frecuencia, ya en el hijo se delata el padre, y este se entiende mejor a sí mismo desde que tiene un hijo. Todos nosotros tenemos dentro jardines y planteles escondidos; y, para decirlo con otra metáfora, todos somos volcanes en crecimiento, que tendrán su hora de erupción: sin embargo, cómo esté de cerca o de lejos esa hora es algo que nadie sabe, ni siquiera el buen Dios mismo.

10

Una especie de atavismo

Como más me gusta entender a los hombres excepcionales de una época es como retoños, que aparecen repentinamente, de culturas pasadas y de las fuerzas de estas, como el atavismo, por así decir, de un pueblo y de su civilización: ¡así hay realmente algo que *entender* en ellos! Ahora aparecen como ajenos, excepcionales, extraordinarios, y quien siente en sí esas fuerzas tiene que cuidarlas, defenderlas, honrarlas y criarlas contra un mundo distinto y reacio a ellas, de modo que acaba convirtiéndose o bien en un gran hombre o bien en un hombre loco y extraño, si es que no perece a tiempo. Antes, esas mismas características eran usuales y, por consiguiente, se las consideraba vulgares: no distinguían. Quizá se exigían, se presuponían; era imposible llegar a ser grande con ellas, sencillamente porque faltaba también el peligro de volverse con ellas loco y solitario. Es principalmente en los linajes y castas que *conservan* un pueblo donde aparecen esas resonancias de viejas pulsiones, mientras que no hay probabilidad alguna de que se dé ese atavismo allí donde las razas, las costumbres, las estimaciones de valor cambian demasiado rápidamente. Y es que, entre las fuerzas de la evolución, el ritmo significa para los pueblos tanto como para la música; en el caso que nos ocupa es absolutamente necesario un *andante* de la evolución, es decir, el ritmo de un espíritu apasionado y lento: y de ese tipo es precisamente el espíritu de los linajes conservadores.

11

La consciencia[10]

La conscienticidad[11] es la última y más tardía evolución de lo orgánico, y por consiguiente también, dentro de lo orgánico, lo más sin acabar y lo más carente de fuerza. De la conscienticidad proceden incontables yerros, que hacen que un animal o una persona perezca antes de lo que sería necesario, «en contra de lo dispuesto por el destino», como dice Homero. Si la conservante coalición de los instintos no fuese tan

extremadamente más poderosa, si no sirviese en conjunto como reguladora, el género humano tendría que perecer a causa de sus juicios trastocados y de su soñar despierto, a causa de su falta de fundamento y de su credulidad, a causa de su conscienticidad, en suma; o, más bien, ¡si no fuese por la primera, hace mucho que ya no existiría el género humano! Mientras no esté completamente desarrollada y madura, una función es un peligro para el organismo: ¡es bueno que hasta ese momento sea tiranizada a fondo! Así es tiranizada a fondo la conscienticidad, ¡y no es la menor de las tiranías la de estar orgulloso de ella! Se piensa que en ella reside *el núcleo* del hombre, ¡lo permanente, eterno, último, más primigenio de él! ¡Se considera la conscienticidad como una magnitud fija dada! ¡Se niega su crecimiento, sus intermitencias! ¡Se la toma por «unidad del organismo»! Esta ridícula sobrestimación y mal entendimiento de la consciencia tiene como consecuencia la gran utilidad de que de ese modo se ha *impedido* un desarrollo demasiado rápido de la misma. Dado que los hombres creían tener ya la conscienticidad, se han esforzado poco por adquirirla, ¡y tampoco ahora sucede de otro modo! La de *asimilar el saber* y hacerlo instintivo sigue siendo una *tarea* enteramente nueva, que solo precisamente ahora empieza a vislumbrar el ojo humano y que apenas es aún reconocible con claridad: ¡una tarea que solamente ven aquellos que han comprendido que hasta ahora únicamente habíamos asimilado nuestros *errores* y que toda nuestra conscienticidad se refiere a errores!

12

Del objetivo de la ciencia

¿Cómo? ¿Que el objetivo último de la ciencia es proporcionar al hombre cuanto más placer y cuanto menos displacer sea posible? ¿Y si el placer y el displacer estuviesen atados juntos con un cordel, de tal manera que quien *quiera* poseer cuanto sea posible del uno también *tenga que* poseer cuanto sea posible del otro, de tal manera que quien quiera aprender

el «júbilo que llega hasta el cielo» también tenga que mantenerse dispuesto a estar «mortalmente apesadumbrado»? ¡Y quizá sea eso lo que sucede! Al menos así lo creían los estoicos, y eran consecuentes cuando apetecían tener cuanto menos placer fuese posible a fin de recibir de la vida cuanto menos displacer fuese posible (cuando se llenaban la boca con el lema «Nadie es más feliz que el virtuoso», tenían en él tanto un rótulo de muestra de la escuela para la gran masa como una sutileza casuística para los sutiles). También hoy podéis elegir: ¡o bien *el menor displacer posible*, esto es, ausencia de dolor —y, en el fondo, a los socialistas y a los políticos de todos los partidos no les sería lícito prometer a su gente otra cosa sin faltar a la honradez— o bien *cuanto más displacer sea posible*, como precio por el crecimiento de una profusión de placeres y goces delicados y rara vez degustados hasta ahora! Si os decidís por lo primero, si queréis, así pues, que disminuya y se reduzca la aflicción de los hombres, entonces tendréis que hacer que disminuya y se reduzca también su *capacidad de gozar*. ¡De hecho, con la *ciencia* se puede fomentar uno como otro objetivo! Quizá ahora esta sea aún más conocida por su capacidad de privar al hombre de sus goces, de hacerlo más frío, más estatuario, más estoico. ¡Pero podría ser descubierta también como la *gran traedora de dolor*! ¡Y entonces quizá quedase descubierta al mismo tiempo su fuerza contraria, su enorme capacidad de hacer resplandecer nuevos firmamentos del gozo!

13

Sobre la doctrina de la sensación de poder

Al hacer bien y al hacer daño se ejerce el propio poder sobre otros: ¡ninguna otra cosa se pretende con ello! Al *hacer daño*, lo ejercemos sobre aquellos a quienes tenemos que hacer sentir nuestro poder por primera vez, puesto que el dolor es un medio mucho más sensible para ello que el placer: el dolor pregunta siempre por la causa, mientras que el placer está inclinado a permanecer cabe sí y a no mirar hacia atrás. Al *hacer bien* y al querer

bien, ejercemos poder sobre aquellos que de algún modo ya dependen de nosotros (es decir, sobre aquellos que están acostumbrados a pensar en nosotros como sus causas); queremos aumentar su poder, porque así aumentamos el nuestro, o queremos mostrarles las ventajas que tiene estar en nuestro poder: de esa manera, quedan más contentos con su situación y se hacen más hostiles y están más dispuestos a luchar contra los enemigos de *nuestro* poder. Que al hacer bien o al hacer daño nos sacrifiquemos no altera el valor último de nuestras acciones; incluso cuando nos jugamos la vida en el empeño, como el mártir en beneficio de su Iglesia, es ese un sacrificio que hacemos a *nuestro* anhelo de poder, o con la finalidad de conservar nuestra sensación de poder. Quien siente «estoy en posesión de la verdad», ¡a cuántas posesiones no renuncia, con tal de salvar esa sensación! ¡Cuántas cosas no tira por la borda, con tal de mantenerse «arriba», es decir, por *encima* de los demás, que carecen de la «verdad»! No cabe duda de que el estado en el que hacemos daño rara vez es tan agradable, tan agradable sin mezcla, como aquel en el que hacemos bien: es señal de que todavía nos falta poder, o delata irritación por esa pobreza, comporta nuevos peligros e inseguridades para nuestra posesión efectiva de poder y nubla nuestro horizonte con la expectativa de la venganza, el sarcasmo, el castigo o el fracaso. Solo para los hombres de la sensación de poder más excitables y concupiscentes, para quienes el espectáculo que ofrece el ya sometido (que es, como tal, el objeto de la benevolencia) es una carga y un aburrimiento, puede que sea más placentero imprimir sobre el reacio el sello del poder. Todo depende de cómo estemos acostumbrados a *sazonar* nuestra vida; es cuestión de gustos preferir el incremento de poder lento o el repentino, el seguro o el peligroso y osado: buscamos esta o aquella especia según sea en cada caso nuestro temperamento. Un botín fácil es para las naturalezas orgullosas cosa despreciable: esas naturalezas solo notan una sensación de bienestar cuando ven hombres a los que nada doblega y que podrían llegar a ser enemigos suyos, y lo mismo cuando ven cualquier posesión difícilmente accesible; con el que sufre suelen ser duras, pues no es digno de su afán y su orgullo, pero tanto más amables se muestran hacia sus *iguales*, pues luchar y bregar con ellos sería honroso en todo caso, *si* se encontrase

ocasión para ello. Bajo la sensación de bienestar de *esta* perspectiva los hombres de la casta de los caballeros se han acostumbrado a una escogida cortesía mutua. La compasión es el sentimiento más agradable en quienes son poco orgullosos y carecen de toda expectativa de grandes conquistas: a ellos, el botín fácil —y todo el que sufre lo es— los entusiasma. Se ensalza la compasión como la virtud de las muchachas de vida alegre.

14

¡A cuántas cosas se llama amor!

Codicia y amor: ¡cuán diferentes son nuestras sensaciones ante cada una de estas palabras! Y, sin embargo, podrían ser la misma pulsión mencionada dos veces: la primera vez, injuriada desde el punto de vista de los que ya tienen, en los que la pulsión se ha aquietado algo y que ahora temen por su «hacienda»; la segunda vez, contemplada desde el punto de vista de los insatisfechos y sedientos, y por ello glorificada como «buena». Nuestro amor al prójimo, ¿no es un impulso hacia una nueva *propiedad*? ¿Y lo mismo nuestro amor al saber o a la verdad, y en general todo ese impulso hacia la novedad? Paulatinamente nos vamos hastiando de lo viejo y poseído con seguridad, y volvemos a extender la mano; incluso la más bella comarca en la que llevemos viviendo tres meses ya no está segura de nuestro amor, y cualquier costa más lejana excita nuestra codicia: en la mayor parte de las ocasiones, la posesión se vuelve más pequeña a causa del poseer. Nuestro placer en nosotros mismos quiere mantenerse en pie transformando una y otra vez algo nuevo *en nosotros mismos*: precisamente eso es lo que significa poseer. Hastiarse de una posesión es: hastiarnos de nosotros mismos. (También se puede sufrir por tener demasiado, también el deseo de tirar, de repartir, puede hacerse con el nombre honorífico de «amor»). Cuando vemos a alguien sufrir, nos gusta utilizar la ocasión que ahí se ofrece para tomar posesión de él; esto es lo que hace, por ejemplo, el benéfico y compasivo: también él llama «amor» al deseo de nueva posesión

que se ha despertado en él, y ahí experimenta placer, como si se tratase de una nueva conquista que ya ve próxima. Pero es el amor de los sexos el que con más claridad se delata como impulso a la propiedad: el que ama quiere la posesión incondicionada y exclusiva de la persona anhelada, quiere un poder igualmente incondicionado sobre su alma que sobre su cuerpo, quiere ser el único amado y habitar y dominar en la otra alma como lo supremo y más deseable. Si tenemos en cuenta que esto no significa otra cosa que *excluir* a todo el mundo de un bien, de una felicidad y de un disfrute preciosos, si tenemos en cuenta que el que ama ansia el empobrecimiento y la indigencia de todos los demás rivales y que quisiera convertirse en el dragón de su dorado tesoro, en el más falto de escrúpulos y egoísta de todos los «conquistadores» y explotadores, y si tenemos en cuenta, finalmente, que al que ama todo el resto del mundo le parece indiferente, pálido y carente de valor y que está dispuesto a hacer todo sacrificio, a perturbar todo orden, a postergar todo interés, nos admiraremos, en verdad, de que esta salvaje codicia e injusticia del amor de los sexos haya sido tan glorificada y divinizada como lo ha sido en todas las épocas, y aún más nos admiraremos de que de este amor se haya tomado el concepto de amor como lo contrario del egoísmo, mientras que quizá sea precisamente la más desinhibida expresión de egoísmo. Aquí resulta patente que son los no poseedores, los que desean, quienes han hecho el uso lingüístico: y es que probablemente siempre haya habido demasiados. Aquellos a quienes en este terreno les era dada mucha posesión y saturación han dejado caer probablemente aquí y allá una palabra referente al «genio furioso», como hizo el más amable y más amado de todos los atenienses, Sófocles: pero Eros se ha reído en todo momento de esos blasfemos, pues siempre han sido precisamente sus mayores favoritos. Es probable que aquí y allá exista en el mundo una especie de continuación del amor en la que aquel codicioso anhelo recíproco de dos personas haya dado paso a un nuevo deseo y a una nueva codicia, a una sed *común* y más elevada de un ideal situado por encima de ellas: pero ¿quién conoce ese amor?, ¿quién lo ha experimentado? Su nombre correcto es *amistad*.

15

Desde la lejanía

Esta montaña hace la región entera que domina encantadora y llena de significado en todos los aspectos: después de habernos dicho esto a nosotros mismos por centésima vez tenemos una actitud tan irracional y tan agradecida hacia ella, la dadora de ese encanto, que creemos que tiene que ser lo más deseable de la región… y cuando subimos a ella nos decepciona. Es como si, de repente, la montaña misma y toda la comarca que está alrededor de nosotros, bajo nosotros, dejasen de estar encantadas; habíamos olvidado que algunos tamaños, igual que algunas calidades, exigen ser vistos desde una cierta distancia, y, sin duda, desde abajo, no desde arriba, pues solo así *hacen efecto*. Quizá conozcas a personas cercanas a ti a las que, para encontrarse siquiera soportables, o atractivas y dadoras de fuerza, solo les es lícito mirarse a sí mismas desde una cierta lejanía; el autoconocimiento se les debe desaconsejar.

16

Cruzando la pasarela

En el trato con personas que sean pudorosas hacia sus propios sentimientos hay que poder disimular; sienten un repentino odio contra quien las sorprenda en un sentimiento delicado o exaltado y de altos vuelos, como si hubiese visto sus intimidades. Si en esos momentos deseáis su bien, hacedlas reír o decidles una fría maldad jocosa: su sentimiento se enfriará entonces y volverán a ser dueñas de sí. Pero estoy dando la moraleja antes del cuento. Una sola vez en la vida llegamos a estar tan cerca que ya nada parecía inhibir nuestra amistad y hermandad, y solo quedaba entre nosotros una pequeña pasarela. Justo cuando ibas a poner el pie en ella te pregunté:

«¿quieres venir a donde yo estoy cruzando la pasarela?». Pero entonces ya no quisiste, y cuando te lo pedí otra vez guardaste silencio. Desde ese momento se han lanzado entre nosotros montañas y torrentes impetuosos, y cuanto separa y hace ajeno, y aunque quisiésemos reunirnos, ¡ya no podríamos! Y cuando ahora recuerdas aquella pequeña pasarela, ya no tienes palabras, sino solo sollozos y asombro.

17

Dar a la propia pobreza una motivación

Es verdad que no podemos mediante malabarismo alguno hacer de una virtud pobre una virtud rica y que fluya con abundancia, pero sí que podemos reinterpretar lindamente su pobreza en necesidad, de modo que verla ya nos haga daño, y por su causa no pongamos cara de reproche al *fatum*. Así hace el sabio jardinero cuando pone el pobre hilillo de agua de su jardín en el brazo de una náyade, y por tanto da a la pobreza una motivación: ¡y quién, al igual que él, no necesitaría náyades!

18

Orgullo antiguo

Nos falta la coloración antigua de la nobleza, porque a nuestro sentimiento le falta el esclavo antiguo. Un griego de noble alcurnia encontraba entre su altura y aquella última bajeza escalones intermedios tan enormes y tal lejanía que apenas alcanzaba a ver con claridad al esclavo: ni siquiera Platón lo veía ya del todo. Nuestro caso es distinto, acostumbrados como estamos a la *doctrina* de la igualdad de los hombres, aunque no a la igualdad misma. Un ser que no puede disponer de sí mismo y al que le falta el ocio no es aún despreciable a nuestros ojos, en modo alguno; quizá haya

en cada uno de nosotros demasiado de esa índole de esclavo, según corresponde a las condiciones de nuestro orden social y de nuestra actividad, que son enteramente diferentes de los antiguos. El filósofo griego pasaba por la vida con el secreto sentimiento de que hay muchos más esclavos de lo que se supone, a saber, que es esclavo todo el que no es filósofo; su orgullo se desbordaba cuando consideraba que entre sus esclavos se contaban también los hombres más poderosos del mundo. También ese orgullo nos es ajeno e imposible; ni siquiera metafóricamente tiene para nosotros la palabra «esclavo» toda su fuerza.

19

El mal

Examinad la vida de los mejores y más fecundos hombres y pueblos, y preguntaos si un árbol del que se espera que crezca orgulloso hacia lo alto puede prescindir del mal tiempo y de las tormentas: si el disfavor y la resistencia de fuera, si alguna clase de odio, de celos, de obstinación, de desconfianza, de dureza, de avidez y de violencia no se cuenta entre las circunstancias *favorables* sin las cuales difícilmente es posible un gran crecimiento, ni siquiera en la virtud. El veneno que hace perecer a la naturaleza enclenque le sirve al fuerte para reponer fuerzas, y tampoco lo llama veneno.

20

Dignidad de la insensatez

¡Unos milenios más por la misma trayectoria que el último siglo, y en todo lo que hace el hombre será visible la más alta prudencia!: pero precisamente con ello habrá perdido la prudencia toda su dignidad. Es

cierto que entonces será necesario ser prudente, pero también tan corriente y tan vulgar que un gusto exigente sentirá esa necesidad como una *vulgaridad*. Y del mismo modo que una tiranía de la verdad y de la ciencia estaría en condiciones de hacer subir el precio de la mentira, así también una tiranía de la prudencia podría suscitar un nuevo género de nobleza de ánimo. Ser noble puede que entonces signifique tener la cabeza llena de insensateces.

21

A los maestros del desprendimiento de sí mismo

Se llama a las virtudes de un hombre *buenas* no en vistas a los efectos que tienen para él mismo, sino en vistas a los efectos que presuponemos que tienen para nosotros y la sociedad: ¡en el elogio de las virtudes siempre se ha sido muy poco «desprendido», muy poco «inegoísta»! Y es que, de lo contrario, se habría tenido que ver que las virtudes (como la diligencia, la obediencia, la castidad, la piedad, la justicia), la mayor parte de las veces, resultan *nocivas* para sus poseedores, por cuanto son pulsiones que actúan en ellos demasiado enérgica y concupiscentemente y que de ningún modo se dejan mantener por la razón en equilibrio con las demás pulsiones. Cuando tienes una virtud, una virtud entera y verdadera (¡y no solo una pulsioncilla hacia una virtud!), ¡eres su *víctima*! ¡Pero el vecino elogia tu virtud precisamente por eso! Se elogia al diligente, aunque con esa diligencia dañe la vista de sus ojos o lo primigenio y fresco de su espíritu; se honra y compadece al muchacho que «se ha matado a trabajar», porque se juzga: «¡Para la sociedad como un todo la pérdida de hasta el mejor individuo es solo un pequeño sacrificio! ¡Mala cosa que sea necesario el sacrificio! ¡Pero mucho peor sería que el individuo pensase de otro modo y considerase más importante su conservación y su desarrollo que su trabajo al servicio de la sociedad!». Y así se compadece a ese muchacho, no por él mismo, sino porque con su muerte la sociedad ha perdido un *instrumento*

entregado y falto de miramientos hacia sí mismo, lo que se dice «un probo ciudadano». Quizá se pondere aún si en interés de la sociedad habría sido más útil que hubiese trabajado con más miramientos hacia sí mismo y se hubiese conservado más tiempo: es más, seguramente se admitirá que eso habría sido beneficioso, pero se valora como más elevado y duradero aquel otro beneficio que estriba en que se ha ofrecido un *sacrificio* y en que la actitud interior del animal destinado al sacrificio se ha vuelto a confirmar *visiblemente*. Así pues, primero es su naturaleza de instrumento lo que propiamente se elogia cuando se elogia las virtudes, e inmediatamente después la pulsión ciega que actúa en toda virtud y que no se deja refrenar por el beneficio global del individuo: lo que se elogia, en suma, es la sinrazón de la virtud, por causa de la cual el ser individual se deja transformar en una función del todo. El elogio de las virtudes es el elogio de algo que es de nocividad privada: es el elogio de pulsiones que quitan al hombre su más noble egocentrismo y la capacidad de la más alta forma de tener cuidado de sí mismo. Ciertamente, para la educación y para la asimilación de costumbres virtuosas se pone en danza una serie de efectos de la virtud que hacen aparecer la virtud y la ventaja privada como hermanados, ¡y en verdad existe tal hermandad! La diligencia frenética, por ejemplo, esta virtud típica de los instrumentos, es presentada como el camino hacia la riqueza y el honor y como el más curativo veneno contra el aburrimiento y las pasiones: pero se silencia su peligro, su suma peligrosidad. La educación procede enteramente así: mediante una serie de estímulos y ventajas trata de determinar al individuo a una forma de pensar y actuar que, cuando ha llegado a ser costumbre, pulsión y pasión, domina en él y sobre él *en contra de su propio beneficio último*, pero «para bien general». Con qué frecuencia veo que la diligencia frenética proporciona ciertamente riquezas y honor, pero que al mismo tiempo quita a los órganos la finura en virtud de la cual podría haber fruición en la riqueza y en los honores, al igual que aquel instrumento principal contra el aburrimiento y las pasiones, que al mismo tiempo embota los sentidos y hace al espíritu reacio a nuevos estímulos. (La más diligente de todas las épocas —nuestra época— no sabe hacer de su mucha diligencia y de su mucho dinero otra

cosa que cada vez más dinero y cada vez más diligencia: ¡y es que se necesita más genio para gastar que para adquirir! Pero, en fin, ¡tendremos nuestros «nietos»!). Cuando sale bien la educación, cada virtud del individuo es de utilidad pública y un perjuicio privado a efectos de la suprema meta privada, probablemente alguna atrofia mental-sensorial o incluso la temprana ruina: considérese una por una desde este punto de vista las virtudes de la obediencia, de la castidad, de la piedad, de la justicia. En todo caso, el elogio del desprendido, del abnegado, del virtuoso —así pues, de aquel que no emplea toda su fuerza y razón en *su* conservación, desarrollo, elevación, fomento y ampliación de poder, sino que en lo referente a sí mismo vive modesto y distraído, quizá incluso indiferente o irónico— ¡no ha surgido del espíritu de desprendimiento! El «prójimo» elogia el desprendimiento, ¡*porque le proporciona ventajas*! ¡Si el prójimo mismo pensase «desprendidamente», rechazaría aquella mengua de fuerza, aquel perjuicio a *su* favor, trabajaría en contra del surgimiento de tales inclinaciones, y sobre todo manifestaría su desprendimiento precisamente *no* llamándolo *bueno*! Con ello queda señalada la contradicción fundamental de aquella moral que precisamente ahora goza de tan altos honores: ¡los *motivos* que llevan a esa moral están en contraposición con su *principio*! ¡Aquello con lo que esa moral desea demostrarse la refuta con arreglo a su propio criterio de lo que es moral! Para no contravenir su propia moral, la máxima «debes hacer renuncia y sacrificio de ti mismo» solo podría ser decretada lícitamente por un ser que con ello renunciase a su ventaja y que en el sacrificio que exige de los individuos quizá produjese su propia ruina. Pero tan pronto el prójimo (o la sociedad) recomienda el altruismo *por su utilidad* se está aplicando el principio, directamente contrapuesto, «debes buscar tu ventaja también a costa de todos los demás», ¡y por tanto se está predicando simultáneamente un «debes» y un «no debes»!

22

L’ordre du jour pour le roi[12]

Comienza el día: comencemos a ordenar para este día las tareas y fiestas de nuestro gracioso Señor, que ahora todavía se digna descansar. Su Majestad tiene hoy mal tiempo: nos guardaremos de llamarlo malo; no se hablará del tiempo, pero hoy nos tomaremos los asuntos con más solemnidad y las fiestas algo más festivamente de lo que sería necesario en otras circunstancias. Puede incluso que Su Majestad esté enfermo: presentaremos para el desayuno la última buena novedad de la víspera, la llegada del señor de Montaigne, que sabe bromear tan agradablemente sobre su enfermedad (sufre el mal de piedra). Recibiremos a algunas personas (¡personas!, ¡qué diría aquel viejo sapo hinchado que estará entre ellas, si oyese esa palabra! «No soy una persona, diría, sino siempre la cosa misma»), y la recepción durará más de lo que es agradable para nadie: motivo suficiente para contar lo de aquel autor que escribió en su puerta: «quien entre por esta puerta me deparará un honor; quien no lo haga, un placer». ¡Esto es lo que se llama, en verdad, decir una descortesía con maneras corteses! Y quizá ese autor tenga por su parte toda la razón en ser descortés: se dice que sus versos son mejores que quien los forjó. Pues bien, que haga muchos más y que se sustraiga a sí mismo al mundo todo lo posible: ¡y no otro es el sentido de su educada falta de educación! A la inversa, un príncipe siempre vale más que su «verso», aun cuando…, pero ¿qué estamos haciendo? Charlamos, y toda la corte piensa que ya estamos trabajando y rompiéndonos la cabeza: no se ve brillar ninguna luz antes que la de nuestra ventana. ¡Escucha! ¿No ha sido eso la campana? ¡Demonios! Comienza el día y la danza, ¡y no sabemos qué vueltas puede dar! Así que tenemos que improvisar, todo el mundo improvisa su día. ¡Hagamos por hoy como todo el mundo! Y con eso se desvaneció mi extraño sueño matutino, probablemente a causa de las duras campanadas del reloj de la torre, que precisamente ahora anunciaba la quinta hora con toda la gravedad que le es propia. Me parece que esta vez el dios de los sueños quiso reírse de mis costumbres: tengo la costumbre de empezar el día organizándolo y

haciéndolo soportable *para mí*, y puede ser que con frecuencia haya hecho eso demasiado formal y principescamente.

23

Los indicios de la corrupción

Préstese atención, en aquellos estados de la sociedad que de cuando en cuando son necesarios y que se designa con la palabra «corrupción», a los siguientes indicios. Tan pronto la corrupción entra en algún sitio, una abigarrada *superstición* se extiende por doquier, y en comparación con ella la fe que hasta ese momento tenía un pueblo como un todo se vuelve pálida e impotente: y es que la superstición es librepensamiento de segunda categoría; quien se entrega a ella selecciona ciertas formas y fórmulas que le agradan y se arroga un derecho a elegir. Comparado con el religioso, el supersticioso es siempre mucho más «persona» que el primero, y en una sociedad supersticiosa existirán ya muchos individuos y placer en lo individual. Vistas las cosas desde ese ángulo, la superstición aparece siempre como un *progreso* contra la fe y como señal de que el intelecto se hace más independiente y reivindica sus derechos. Quienes veneran la vieja religión y religiosidad se quejan entonces diciendo que ha habido una corrupción: hasta ese momento han determinado el uso lingüístico y han difamado la superstición a oídos de hasta los más libres pensadores. Aprendemos que la superstición es un síntoma de *ilustración*. En segundo lugar, una sociedad en la que la corrupción ha tomado cuerpo es acusada de *flojedad*, y visiblemente disminuye en ella la estimación de la guerra y el placer en la guerra, y las comodidades de la vida se buscan en ese momento igual de fervientemente que antes los honores guerreros y gimnásticos. Pero se suele pasar por alto que aquella antigua energía popular y aquella antigua pasión popular que se hacían magníficamente visibles en la guerra y en los torneos se han transformado ahora en innumerables pasiones privadas, de modo que lo único que sucede es que se han tornado menos visibles; es

más, es probable que el poder y el ímpetu de la energía que un pueblo consume en los estados de «corrupción» sean mayores que nunca, y que el individuo la gaste entonces con una prodigalidad que antes no le era posible: ¡en aquel momento no era aún lo suficientemente rico! Y, así, es precisamente en las épocas de «flojedad» cuando la tragedia corre por casas y calles, cuando nacen el gran amor y el gran odio y la llama del conocimiento se alza impetuosa hacia el cielo. En tercer lugar, en cierto modo como indemnización por el reproche de la superstición y de la flojedad, se suele decir de esas épocas de corrupción que son más benignas y que en ellas la crueldad se reduce mucho en comparación con la época anterior más creyente y más fuerte. Pero tampoco con ese elogio puedo estar de acuerdo, igual de poco que lo estaba con aquel reproche: a lo sumo, concedo que en esas épocas la crueldad se ha refinado, y que a partir de ese momento sus formas más antiguas repugnan al gusto; pero la vulneración y tortura mediante la palabra y la mirada alcanza en las épocas de corrupción su supremo desarrollo: solo entonces se crea la *maldad* y el placer en la maldad. Los hombres de la corrupción son ocurrentes y calumniadores; saben que hay otras modalidades del asesinato que la daga y el asalto, y saben también que todo lo que está *bien dicho* es creído. En cuarto lugar: cuando «las costumbres se degradan» surgen primero aquellos seres a los que se denomina tiranos: son los precursores y, por así decir, las precoces *primicias de los individuos*. Un poco más de tiempo, y ese fruto de los frutos colgará maduro y amarillo del árbol de un pueblo, ¡y solo por mor de esos frutos existía ese árbol! Cuando la degradación ha llegado a su punto más alto, y asimismo la lucha de todo tipo de tiranos, entonces siempre viene el césar, el tirano postrero que pone fin a la ya cansada pugna por el poder exclusivo haciendo trabajar el cansancio a su favor. En su época es cuando el individuo suele estar más maduro y la «cultura», por consiguiente, suele ser más alta y fecunda, pero no a causa del césar ni a través de él, por más que los más elevados hombres de cultura gusten de adular a su césar haciéndose pasar por *su* obra. Pero la verdad es que necesitan tranquilidad de fuera, porque tienen en sí su intranquilidad y su trabajo. En estas épocas es cuando la sobornabilidad y la traición son

mayores: pues el amor al ego recién descubierto es entonces mucho más poderoso que el amor a la vieja «patria», tan consumida y manida, y la necesidad de obtener alguna seguridad contra las terribles oscilaciones de la fortuna hace que también manos nobles se abran tan pronto alguien poderoso y rico se muestra dispuesto a verter oro en ellas. Hay ahora tan poco futuro seguro: se vive al día; ¡un estado del alma, este, en el que todos los seductores lo tienen fácil: uno se deja seducir y sobornar solo «por hoy» y se reserva el futuro y la virtud! Como es sabido, los individuos, estos verdaderos en-sí y para-sí, se preocupan más del instante que sus opuestos, los hombres gregarios, ya que se consideran igual de imprevisibles que el futuro; asimismo se adhieren gustosos a hombres violentos, pues se ven capaces de actos y de valerse de recursos que no pueden esperar de la gran masa comprensión ni gracia: pero el tirano o césar entiende el derecho del individuo también en los descarríos de este, y tiene interés en decir a una moral privada más audaz lo que ella quiere oír y en echarle él mismo una mano. Pues piensa de sí y quiere haber pensado sobre sí lo que Napoleón expresó una vez a su manera clásica: «Tengo derecho a responder a todo aquello de lo que se me acuse con un eterno “yo soy así”. Soy un ser aparte de todo el mundo, no acepto que nadie me ponga condiciones. Quiero que todos se sometan también a mis fantasías, y no veo nada de particular en el hecho de que yo me entregue a estas o aquellas distracciones». Esto es lo que Napoleón dijo una vez a su esposa cuando esta tenía razones para dudar de la fidelidad matrimonial de su marido. Las épocas de corrupción son aquellas en las que las manzanas caen del árbol: me refiero a los individuos, a los portadores de la semilla del futuro, a los autores de la colonización y refundación espirituales de agrupaciones estatales y sociales. Corrupción es solo una palabra con la que se injuria a las *épocas otoñales* de un pueblo.

24

Distinto descontento

Los descontentos débiles y, por así decir, femeninos son los que tienen ingenio para embellecer la vida y hacerla más profunda; los descontentos fuertes —los varones entre ellos, para seguir con la misma imagen— lo tienen para hacer mejor y más segura la vida. Los primeros muestran su debilidad y su modo de ser femenino en el hecho de que les gusta dejarse engañar durante un tiempo, y probablemente se den por contentos ya con un poco de ebriedad y delirio, pero en conjunto no se les puede satisfacer nunca y sufren por la incurabilidad de su insatisfacción; además, son los favorecedores de todos aquellos que saben proporcionar consuelos opiáceos y narcóticos, y precisamente por eso miran con malos ojos a quienes estiman más al médico que al sacerdote: ¡de esa manera mantienen la *perduración* de los estados de necesidad reales! Si desde los tiempos de la Edad Media no hubiese habido en Europa un gran número de descontentos de este tipo, quizá no habría surgido en modo alguno la famosa capacidad europea de constante transformación: pues las pretensiones de los descontentos fuertes son demasiado groseras, y en el fondo no son tan exigentes que al cabo no puedan ser aquietadas. China es el ejemplo de un país en el que la insatisfacción a gran escala y la capacidad de transformación llevan muchos siglos extinguidas; y los socialistas e idólatras del Estado que existen en Europa podrían llegar fácilmente, con sus medidas de mejora y aseguramiento de la vida, a situaciones chinas y a una «felicidad» china también en Europa, presuponiendo que aquí pudiesen extirpar primero aquel descontento y romanticismo algo enfermizos, tiernos y femeninos que, por el momento, aún abundan demasiado. Europa es un enfermo que debe el mayor agradecimiento a su incurabilidad y a la eterna transformación de su sufrimiento; estas situaciones constantemente nuevas, estos peligros, dolores y recursos no menos constantemente nuevos, han generado en último término una excitabilidad intelectual que es casi tanto como el genio, y en cualquier caso la madre de todo genio.

25

No predeterminado al conocimiento

Hay una tonta humildad, absolutamente nada escasa, que al afectado por ella lo incapacita de una vez por todas para ser discípulo del conocimiento. En efecto: en el momento en que un hombre de este tipo percibe algo llamativo, gira sobre sus talones, valga la expresión, y se dice: «¡Te has engañado! ¡En qué estabas pensando! ¡No es lícito que eso sea verdad!», y entonces, en vez de mirar y escuchar otra vez con más atención, se aparta de la cosa llamativa como amedrentado y trata de quitársela de la cabeza lo más rápidamente posible. Y es que su canon interior reza así: «¡No quiero ver nada que contradiga la opinión usual sobre las cosas! ¿Estoy hecho *yo* para descubrir verdades nuevas? Suficiente tengo ya con las viejas».

26

¿Qué significa vivir?

Vivir significa: expeler de sí continuamente algo que quiere morir; vivir significa: ser cruel e inexorable hacia todo lo que en nosotros, y no solo en nosotros, se hace débil y viejo. Vivir ¿significa entonces: carecer de piedad con lo moribundo, mísero y senil? ¿Ser continuamente asesino? Y, sin embargo, el viejo Moisés dijo: «¡No matarás!».

27

El que renuncia

¿Qué hace el que renuncia? Tiende a un mundo más alto, quiere volar más allá y más lejos y más alto que todos los hombres de la afirmación, *arroja muchas cosas* que entorpercerían su vuelo, y entre ellas más de una que no es para él carente de valor ni desagradable: las sacrifica a su deseo

de altura. Pues bien, ese sacrificar, ese arrojar es precisamente lo único que se hace visible en él; es por lo que se le da el nombre de renunciador, y como tal está ahí delante de nosotros, envuelto en su capucha y como el alma de una camisa de áspero sayal. Pero probablemente esté contento con ese efecto que hace sobre nosotros: quiere mantener escondido a nuestra vista su deseo, su orgullo, su propósito de volar *por encima* y más allá de nosotros. ¡Sí! Es más listo de lo que pensábamos, y tan cortés con nosotros, ¡este afirmador! Pues eso lo es igual que nosotros, también cuando hace renuncia.

28

Dañar con lo mejor que se tiene

Nuestros puntos fuertes nos llevan en ocasiones tan lejos que ya no podemos soportar nuestras debilidades y nos hundimos por causa de ellas: prevemos ese resultado, y sin embargo no deseamos que las cosas sucedan de otro modo. Nos volvemos entonces duros contra aquello de nosotros que desea ser tratado con cuidado, y nuestra grandeza es también nuestra inmisericordia. Una vivencia como esa —en último término tenemos que pagarla con la vida— es una metáfora del influjo global de los grandes hombres sobre otras personas y sobre su época: precisamente con lo mejor que tienen, con lo que solo ellos pueden, acaban con muchos que son débiles, inseguros, están en devenir y quieren, de manera que esos grandes hombres son nocivos. Incluso puede darse el caso de que, considerando las cosas en su conjunto, no hagan otra cosa que dañar, porque lo mejor que tienen solo es aceptado y, por así decir, bebido hasta la última gota por aquellos a los que, como una bebida demasiado fuerte, hace perder el entendimiento y su egocentrismo: llegan a estar tan ebrios que tienen que romperse los huesos en todos los caminos errados a los que la ebriedad los empuja.

29

Los mentirosos por añadidura

Cuando en Francia se empezó a combatir y, por consiguiente, también a defender las unidades de Aristóteles, se pudo ver una vez más lo que se puede ver con tanta frecuencia pero tan a disgusto: *se mentía uno a sí mismo razones* por mor de las cuales se suponía que rigen aquellas leyes, meramente para no confesarse que uno se había *acostumbrado* al dominio de esas leyes y que ya no deseaba otra cosa. Y eso es lo que se hace y desde siempre se ha hecho dentro de toda moral y religión dominante: las razones y los propósitos situados detrás de la costumbre no se le añaden, mediante la mentira, hasta que algunos empiezan a impugnar la costumbre y a *preguntar* por razones y propósitos. Ahí anida la gran falta de honradez de los conservadores de todas las épocas: son los mentirosos por añadidura.

30

Comedia representada por los famosos

Los hombres famosos que *tienen necesidad* de su fama, por ejemplo todos los políticos, ya no eligen nunca sus aliados y amigos sin segundas: de este quieren un pedazo de brillo y rebrillo de la virtud que él posee, de este otro lo temible de ciertas características inquietantes suyas que todo el mundo conoce, a otro le roban la reputación de su ocio, de su estar tumbado al sol, porque conviene a los propios fines de esos hombres famosos pasar temporalmente por descuidados y perezosos, pues así pueden ocultar que están al acecho; necesitan en su cercanía, y por así decir como su yo presente, tan pronto al fantasioso, tan pronto al conocedor, tan pronto al caviloso, tan pronto al amante de una nimia exactitud, ¡pero igual de pronto ya no los necesitan! Y así van extinguiéndose continuamente sus entornos y

sus caras externas, mientras que todo parece agolparse en ese entorno y quiere convertirse en el «carácter» de ellos: en eso se parecen a las grandes ciudades. Su reputación está en continua transformación, al igual que su carácter, pues sus medios cambiantes exigen ese cambio y empujan hacia fuera y *sacan* al escenario tan pronto esta, tan pronto aquella característica real o inventada: sus amigos y aliados se cuentan, como ya hemos dicho, entre estas características escénicas. En cambio, aquello que quieren tiene que permanecer tanto más fijo y broncíneo y brillar a gran distancia, y también esto necesita a veces su comedia y su escenificación.

31

Comercio y nobleza

Comprar y vender se considera ahora vulgar, al igual que el arte de leer y escribir; cualquiera está ahora ejercitado en ellos, aun cuando no sea comerciante, y además se ejercita todos los días en esta técnica: enteramente al igual que antes, cuando el género humano vivía en el salvajismo, todo el mundo era cazador y se ejercitaba día tras día en la técnica de la caza. En aquel entonces la caza era vulgar, pero acabó siendo un privilegio de los poderosos y nobles, y por tanto, al dejar de ser necesaria y al convertirse en cosa de capricho y de lujo, perdió el carácter de la cotidianidad y la vulgaridad: eso mismo podría suceder alguna vez con el comprar y el vender. Cabe pensar estados de la sociedad en los que no se venda ni compre y en los que la necesidad de esta técnica se vaya perdiendo paulatinamente hasta llegar a extinguirse por entero: quizá suceda entonces que ciertos individuos menos sometidos a la ley del estado general se permitan comprar y vender como un *lujo de la capacidad de percibir*. Pues si el comercio llegase a ser algo distinguido, los nobles quizá se dedicasen a él igualmente gustosos que antes a la guerra y a la política, mientras que, a la inversa, la estimación de la política podría entonces modificarse completamente. Ya ahora está dejando de ser el oficio del

hombre de noble linaje: y sería posible que un día se la encontrase tan vulgar que se la pusiese, al igual que toda la literatura de partido y de consumo diario, bajo la rúbrica «prostitución del espíritu».

32

Discípulos no deseados

¡Qué puedo hacer con estos dos muchachos!, exclamó malhumorado un filósofo que «corrompía» a la juventud igual que Sócrates la corrompió en otro tiempo: alumnos como estos no me son bienvenidos. Este de aquí no sabe decir que no, y aquel otro dice a todo: «Mitad sí, mitad no». Si abrazasen mi doctrina, el primero *sufriría* demasiado, pues mi forma de pensar exige un alma guerrera, un querer hacer daño, un placer en decir que no, una piel dura: agonizaría lentamente por causa de heridas tanto abiertas como internas. Y el otro se las compondrá para hacer de toda causa que defienda un término medio, y de esa forma la convertirá en una mediocridad: un discípulo así se lo deseo a mis enemigos.

33

Fuera del aula

«Para demostrar a ustedes que en el fondo el hombre se cuenta entre los animales mansos, les recordaría qué crédulo ha sido hasta el momento. Solo ahora, muy tarde y tras enorme autosuperación, se ha vuelto un animal *desconfiado*, ¡sí!, el hombre es ahora más malo que nunca». No lo comprendo: ¿por qué va a ser el hombre ahora más desconfiado y más malo? «¡Porque ahora tiene la ciencia, o necesidad de ella!».

34

Historia abscondita[13]

Todo gran hombre tiene una fuerza retroactiva: toda la historia se vuelve a poner en la balanza por causa de él, y mil secretos del pasado salen de sus guaridas para que les dé *su* sol. Resulta estrictamente imposible vislumbrar todo lo que algún día será historia. ¡Puede que el pasado aún esté esencialmente por descubrir! ¡Hacen falta aún tantas fuerzas retroactivas!

35

Herejía y brujería

Pensar de modo distinto al que es costumbre: esto no es efecto de un mejor intelecto, en modo alguno, sino de inclinaciones fuertes y malas, de inclinaciones que hacen desprenderse, que aíslan, que son obstinadas, que se alegran del mal ajeno, que son maliciosas. La herejía es compañera de la brujería, y tan poco inocua y sobre todo tan poco digna de veneración en sí misma como esta. Los herejes y las brujas son dos géneros de malas personas: tienen en común que se sienten como malos, pero no pueden refrenar el placer que les produce decir de modo tan claro como nocivo todo lo que piensan sobre lo que predomina (personas u opiniones). La Reforma, una especie de duplicación del espíritu medieval en una época en la que este ya no tenía de su lado la buena conciencia, produjo a unos y a otras con la máxima profusión.

36

Últimas palabras

Se recordará que el emperador Augusto —aquel hombre terrible que se tenía a sí mismo bajo control y que sabía callar, ambas cosas igual que cualquier sabio Sócrates— con sus últimas palabras fue indiscreto acerca de sí mismo: dejó caer su máscara por primera vez cuando dio a entender que había llevado una máscara y que había representado una comedia: había hecho de padre de la patria y de sabiduría en el trono, ¡tan bien que había alcanzado las más altas cimas de la ilusión! *Plaudite amici, comoedia finita est*[14]! El pensamiento del Nerón moribundo: *qualis artifex pereo*[15]!, fue también el pensamiento del Augusto moribundo: ¡vanidad de histrión!, ¡charlatanería de histrión! ¡Y un caso exactamente parejo al del Sócrates moribundo! Pero Tiberio, el más atormentado de todos los autoatormentadores, murió silencioso: ¡*él* sí que era auténtico y no tenía nada de actor! ¡Qué puede habérsele pasado por la cabeza en el último momento! Quizá esto: «La vida es una larga muerte. ¡Insensato de mí, que he acortado la vida a tantos! ¿Estaba hecho *yo* para ser un bienhechor? Habría debido darles la vida eterna: así hubiese podido *verlos morir* eternamente. No en vano tenía tan buenos ojos *para eso: qualis spectator pereo*[16]!». Cuando tras una larga agonía parecía estar recuperándose, se consideró aconsejable asfixiarlo con almohadas: murió de una doble muerte.

37

Por tres errores

En los últimos siglos se ha fomentado la ciencia en parte porque con ella y a través de ella es como mejor se esperaba entender la bondad y sabiduría de Dios —el principal motivo en el alma de los grandes ingleses (como Newton)—, en parte porque se creía en la absoluta utilidad del conocimiento, concretamente en la más íntima combinación de moral, saber y felicidad —el principal motivo en el alma de los grandes franceses (como Voltaire)—, y en parte porque se pensaba que al amar y poseer la ciencia se

poseía y se amaba algo desprendido de sí, inocuo, que tiene suficiente consigo mismo, verdaderamente inocente, en lo que no participan en absoluto las malas pulsiones del hombre —el principal motivo en el alma de Spinoza, que se sentía divino en tanto que conocía—: Así pues, por tres errores.

38

Los explosivos

Si consideramos qué necesitada de explosión está la fuerza de los varones jóvenes, no nos extrañaremos de verla decidirse a defender esta o aquella causa con tan poca sutileza y de modo tan poco exigente: lo que la excita es ver el celo que se pone al defender una causa, y por así decir ver la mecha encendida, no la causa misma. Por eso, los seductores dotados de cierta sutileza saben crear en ellos la expectativa de la explosión y abstenerse de fundamentar la causa que hay que defender: ¡no es con razones como se gana a estos barriles de pólvora!

39

Gusto modificado

La modificación del gusto general es más importante que la de las opiniones; las opiniones, junto con todas las demostraciones y refutaciones y la entera mascarada intelectual, son solo síntomas de la modificación del gusto, y con toda certeza no son precisamente aquello por lo que aún se las tiene tan frecuentemente: sus causas. ¿Cómo se modifica el gusto general? Debido a que ciertos individuos, ciertos hombres poderosos e influyentes, expresan sin pudor *su hoc est ridiculum, hoc est absurdum*, es decir, el juicio de su gusto y de su repugnancia, y lo imponen tiránicamente: ejercen

así sobre muchos una coacción que paulatinamente se va convirtiendo en un acostumbramiento de cada vez más personas, y al final en una *necesidad de todos*. Que estos individuos sientan y «gusten» de otro modo tiene usualmente su razón de ser en una singularidad de su modo de vida, de su alimentación, de su digestión, quizá en que su sangre y su cerebro posean mayor o menor cantidad de sales inorgánicas, en la *fisis*, en suma: pero tienen la valentía de proclamar su adhesión a su *fisis* y de prestar oídos a las exigencias de esta incluso en sus tonos más delicados: sus juicios estéticos y morales son esos «delicadísimos tonos» de la *fisis*.

40

De la falta de formas distinguidas

Los soldados y los caudillos siguen teniendo unos para con otros una conducta mucho más elevada que los trabajadores y los patronos. Por el momento, al menos, toda la cultura fundamentada militarmente sigue estando muy por encima de toda la denominada cultura industrial: esta última, en su modalidad actual, es sencillamente la forma de existencia más vulgar que haya habido hasta ahora. En ella actúa sencillamente la ley de la necesidad: se quiere vivir y hay que venderse, pero se desprecia a quien se aprovecha de esa necesidad y *compra* un trabajador. Es extraño que el sometimiento bajo personas poderosas, que inspiran temor, terribles incluso, bajo tiranos y caudillos militares, no resulte tan penoso, ni de lejos, como el sometimiento bajo personas desconocidas y poco interesantes, como son todos los grandes de la industria: en el patrono el trabajador no suele ver otra cosa que un perro astuto que lo succiona, que especula con todas sus necesidades, cuyo nombre, figura, costumbres y reputación le son enteramente indiferentes. A los fabricantes y a los grandes empresarios del comercio probablemente les hayan faltado hasta ahora, y en grado superlativo, todas aquellas formas y signos distintivos de la *raza elevada* que hacen a las *personas* llegar a ser interesantes; si tuviesen en su mirada y

en su gesto la distinción de la nobleza de nacimiento, quizá no habría socialismo de las masas. ¡Pues estas se hallan en el fondo dispuestas a la *esclavitud* de todo tipo, siempre y cuando el hombre elevado que está por encima de ellas se legitime constantemente como elevado, como *nacido* para mandar, mediante las formas distinguidas! El hombre vulgar siente que la distinción no se puede improvisar y que en ella tiene que honrar el fruto de largas épocas, mientras que la ausencia de las formas elevadas y la tristemente célebre vulgaridad del fabricante, con sus manos rojas y gordas, lo llevan a la idea de que solo el azar y la fortuna han encumbrado aquí a uno sobre otro; ¡ea, concluye en su interior, probemos *nosotros* el azar y la fortuna! ¡Arrojemos los dados!, y empieza el socialismo.

41

Contra el arrepentimiento

El pensador ve en sus propias acciones intentos y preguntas destinados a obtener claridad acerca de algo: el éxito y el fracaso son para él, antes que nada, *respuestas*. Pero irritarse, o incluso sentir arrepentimiento de que algo salga mal: eso se lo deja a quienes actúan porque se les manda y tienen que esperar palos cuando el amo no está satisfecho con el resultado.

42

Trabajo y aburrimiento

Buscarse un trabajo por el sueldo: en eso son iguales ahora casi todas las personas de los países civilizados; para todas ellas el trabajo es un medio, y no un fin en sí mismo, y por eso son poco refinadas en la elección del trabajo, con tal de que este arroje abundantes ganancias. Ahora bien, existen personas menos comunes que prefieren perecer a trabajar sin *placer*

en el trabajo: son los descontentadizos a los que es difícil satisfacer, a los que de nada sirven las abundantes ganancias cuando el trabajo mismo no es la ganancia de las ganancias. A este género de hombres poco común pertenecen los artistas y contemplativos de todo tipo, pero también ya los ociosos que pasan su vida de caza, en viajes o en amoríos y aventuras. Todos estos quieren trabajo y pasar necesidad en la medida en que estén ligados con el placer, y, si es preciso, el trabajo más difícil, el más duro. Pero en todo lo demás son de una decidida indolencia, incluso aunque el empobrecimiento, la deshonra, el peligro para la salud y la vida vayan unidos a esa indolencia. No temen el aburrimiento tanto como el trabajo sin placer: es más, necesitan mucho aburrimiento para que *su* trabajo les salga bien. Para el pensador y para todos los espíritus ingeniosos el aburrimiento es aquella desagradable «calma chicha» del alma que precede a la navegación feliz y a los vientos alegres; tiene que soportarlo, tiene que *esperar* a que surta efecto en él: ¡justo *esto* es lo que las naturalezas menores no pueden obtener de sí en modo alguno! Ahuyentar de sí el aburrimiento como sea es vulgar: al igual que trabajar sin placer es vulgar. Quizá los asiáticos se distingan de los europeos en que son capaces de una calma más larga y más profunda; incluso sus narcóticos actúan despacio y exigen paciencia, a la inversa de lo que sucede con la repelente subitaneidad del veneno europeo, el alcohol.

43

Lo que las leyes dejan traslucir

Mucho se equivoca quien estudia las leyes penales de un pueblo como si fuesen expresión de su carácter; las leyes no dejan traslucir lo que un pueblo es, sino lo que le parece ajeno, raro, enorme, extranjero. Las leyes se refieren a las excepciones de la eticidad de la costumbre, y las penas más duras recaen sobre lo que es conforme a las costumbres del pueblo vecino. Así, entre los wahabitas solamente hay dos pecados mortales: tener un dios

distinto del dios de los wahabitas y… fumar (lo llaman «la modalidad deshonrosa de la bebida»), «¿Y qué sucede con el asesinato y el adulterio?», preguntó asombrado el inglés que supo de estas cosas. «¡Bueno, Dios es clemente y misericordioso!», dijo el anciano jeque. Y entre los antiguos romanos existía la idea de que una mujer solo podía pecar mortalmente de dos maneras: por un lado, cometiendo adulterio; por otro, bebiendo vino. Catón el Mayor pensaba que besarse entre parientes había sido convertido en una costumbre solo para mantener bajo control a las mujeres en ese punto; según él, un beso significa: ¿huele esta mujer a vino? Realmente se castigó con la muerte a mujeres que habían sido sorprendidas bebiendo vino: y sin duda no solo porque a veces bajo los efectos del vino las mujeres se olvidan de todo lo aprendido acerca del decir que no; los romanos temían sobre todo el elemento orgiástico y dionisíaco —que entonces, cuando el vino todavía era nuevo en Europa, hacía estragos de cuando en cuando entre las mujeres del Sur europeo—, por cuanto lo consideraban un abominable extranjerismo que subvertía los fundamentos de la sensibilidad romana; era para ellos como una traición a Roma, como la asimilación de lo extranjero.

44

Los motivos creídos

Por importante que sea saber los motivos por los que el género humano ha actuado realmente hasta ahora, para el que conoce quizá sea aún más esencial la *fe* en tales o cuales motivos, es decir, aquello que el género humano se ha atribuido falsamente a sí mismo y ha imaginado hasta ahora como las auténticas palancas de su obrar. Y es que la felicidad y la desgracia interiores se han concedido a los hombres según su fe en tales o cuales motivos, ¡y no a causa de sus motivos reales! Todo lo relacionado con estos últimos tiene un interés secundario.

45

Epicuro

Sí, estoy orgulloso de sentir el carácter de Epicuro de distinto modo, quizá, que cualquier otra persona, y de disfrutar, en todo lo que oigo y leo de él, la felicidad de la tarde de la Antigüedad: veo su ojo mirar a un ancho mar blanquecino, por encima de las rocas de la orilla en las que da el sol mientras juegan en su luz animales grandes y pequeños, seguros y tranquilos como esa luz y aquel ojo mismos. Esa felicidad solo ha podido ser inventada por alguien que sufre constantemente, la felicidad de un ojo ante el que el mar de la existencia ha llegado a ponerse en calma, y que ahora ya no puede saciarse de ver su superficie y esa piel del mar polícroma, delicada y que se estremece: nunca antes hubo semejante modestia de la voluptuosidad.

46

Nuestro asombro

Es una dicha profunda y sólida que la ciencia averigüe cosas que *aguantan* y que una y otra vez proporcionan la base de nuevas averiguaciones: ¡las cosas podrían ser perfectamente de otro modo! Sí, ¡tan convencidos estamos de lo inseguro y fantasioso de nuestros juicios y de la eterna mutación de todas las leyes y de todos los conceptos humanos, que nos produce realmente asombro *lo mucho* que aguantan los resultados de la ciencia! Antes no se sabía nada de esta mutabilidad de todo lo humano, la costumbre de la eticidad mantenía en pie la fe en que toda la vida interior del hombre está fijada con lañas eternas a la férrea necesidad: quizá se sentía entonces una voluptuosidad del asombro parecida a la que experimentamos cuando nos cuentan cuentos e historias de hadas. Lo

maravilloso hacía mucho bien a aquellos hombres, que en ocasiones querían cansarse de la regla y de la eternidad. ¡Perder el suelo bajo nuestros pies alguna vez! ¡Cernerse en el aire! ¡Vagar! ¡Hacer el loco!: todo esto formaba parte del paraíso y del disfrute de épocas pretéritas, mientras que nuestra felicidad se asemeja a la del náufrago que ha desembarcado y que planta ambos pies sobre la vieja tierra firme, asombrándose de que no se balancee.

47

De la subyugación de las pasiones

Cuando nos prohibimos de modo continuado la expresión de las pasiones, como si fuese algo que hay que dejar a los «vulgares», a las naturalezas algo groseras, burguesas y campesinas, y así pues no queremos subyugar las pasiones mismas, sino solo su lenguaje y su gesto, alcanzamos sin embargo, *junto con eso*, precisamente algo que no queremos: la subyugación de las pasiones mismas, al menos su debilitamiento y modificación, tal y como lo experimentó, para nuestro más instructivo ejemplo, la corte de Luis XIV y todo lo que dependía de ella. La época que vino *después*, educada en la subyugación de la expresión, ya no tenía las pasiones mismas, sino, en su lugar, un modo de ser lleno de gracia, plano, que jugaba: una época afectada por la incapacidad de ser ineducada, de manera que incluso una ofensa nunca era acogida y devuelta de otro modo que con palabras amables. Quizá nuestro momento presente proporcione el más curioso fenómeno contrario: veo por doquier, en la vida y en el teatro, y no poco también en todo lo que se escribe, la delectación en todas las erupciones y gestos de la pasión *groseros*: se exige ahora una cierta convención del apasionamiento, ¡pero de ningún modo la pasión misma! No obstante, con ello se *la* alcanzará en último término, y nuestros descendientes tendrán un *auténtico salvajismo*, y no solo un salvajismo y aspereza de las formas.

48

Conocimiento de las penalidades

Quizá nada separe tanto a unas personas y épocas de otras como su diferente grado de conocimiento de las penalidades: de las penalidades del alma y del cuerpo. En lo relativo a estas últimas, nosotros los actuales quizá seamos todos, por falta de una rica auto-experiencia y a pesar de nuestras dolencias y achaques, simultáneamente chapuceros y fantasiosos: en comparación con una época del temor —la más larga de todas las épocas—, en la que el individuo tenía que protegerse a sí mismo de la violencia y para lograr ese objetivo tenía que ser él mismo una persona violenta. En aquel entonces, un varón atravesaba su rica escuela de tormentos y privaciones corporales y entendía incluso una cierta crueldad hacia sí, un voluntario ejercicio del dolor, como un medio que le era necesario para su conservación; en aquel entonces se educaba al propio entorno para que soportase el dolor, en aquel entonces se gustaba de infligir dolor y se veía recaer sobre otros las más terribles cosas de ese tipo sin otra sensación que la de la propia seguridad. Pero en lo que respecta a las penalidades del alma, ahora examino a cada persona para ver si las conoce por propia experiencia o porque alguien se las ha descrito, si además considera necesario fingir ese conocimiento, acaso como señal de que ha recibido una formación escogida, o si, sencillamente, en el fondo de su alma no cree en grandes dolores del alma y al mencionarlos le sucede algo parecido a cuando menciona grandes padecimientos corporales: como ejemplo de los mismos se le ocurren sus dolores de muelas y de estómago. Tal me parece ser ahora el caso de la mayoría. De la general falta de práctica en el dolor bajo las dos especies y de una cierta escasez del espectáculo de alguien que sufre se sigue, empero, una consecuencia importante: ahora odiamos el dolor mucho más que los hombres anteriores, y lo difamamos más que nunca; es más, apenas encontramos soportable la existencia del dolor *como una idea*, y de ello le hacemos al conjunto de la existencia un caso de

conciencia y un reproche. El surgimiento de filosofías pesimistas no es en modo alguno señal de grandes, terribles estados de necesidad, sino que esos signos de interrogación sobre el valor de toda vida se ponen en épocas en las que el refinamiento y la facilitación de la existencia encuentran ya las inevitables picaduras de mosquito del alma y del cuerpo como demasiado cruentas y malignas y, dada su pobreza en experiencias reales de dolor, gustarían de hacer aparecer ya *representaciones generales torturantes* como el supremo género de sufrimiento. Pero sí que habría una receta contra filosofías pesimistas y contra la desmedida sensibilidad que me parece ser la auténtica «penalidad del momento presente»: esta receta, empero, quizá suene ya demasiado cruel y sería contada ella misma entre los indicios con base en los cuales ahora se juzga que «la existencia es algo malo». ¡Pues bien, la receta contra «las penalidades» es: *penalidades*!

49

Magnanimidad y otras cosas afines

Aquellos fenómenos paradójicos, como la repentina frialdad en la conducta de las personas vehementes, como el buen humor del melancólico, como, sobre todo, la *magnanimidad* en forma de una repentina renuncia a la venganza o a la satisfacción de la envidia, aparecen en personas en las que existe una poderosa fuerza centrífuga interior, en personas que se saturan repentinamente y que repentinamente experimentan repugnancia. Sus satisfacciones son tan rápidas y tan fuertes que inmediatamente van seguidas de hastío y repulsión y de una huida hacia el gusto opuesto: en tal contraste se resuelve el espasmo de la sensación, en esta persona mediante una repentina frialdad, en aquella otra mediante carcajadas, en una tercera mediante lágrimas y abnegación. A mí, el magnánimo —al menos aquel tipo de magnánimo que siempre es el que más impresión ha hecho— me parece una persona extremadamente vengativa a la que la satisfacción se le muestra cercana y que *ya en la imaginación* la apura tan abundantemente,

tan a fondo y tan hasta la última gota que a ese rápido exceso le sigue una enorme y rápida repugnancia: a partir de ese momento logra «superarse», como se suele decir, y perdona a su enemigo, es más, lo bendice y honra. Con esta violación de sí mismo, con este sarcasmo del que hace objeto a su pulsión de venganza, hasta entonces tan poderosa, tan solo está cediendo a la nueva pulsión que precisamente en ese momento ha llegado a ser poderosa en él (la repugnancia), y lo hace igual de impaciente y excesivamente que poco tiempo antes *anticipaba* con la fantasía, y por así decir agotaba, el gozo de la venganza. Hay en la magnanimidad el mismo grado de egoísmo que en la venganza, pero se trata de una calidad de egoísmo diferente.

50

El argumento de quedarse solo

El reproche de la conciencia es, hasta en el más concienzudo, débil contra esta sensación: «Esto de aquí y aquello otro de allá va contra las buenas costumbres de *tu* sociedad». Una mirada fría, un torcer el gesto de aquellos bajo los que y para los que uno ha sido educado, siguen siendo *temidos* aun por el más fuerte. ¿Qué es propiamente lo que ahí se teme? ¡Quedarse solo! ¡Un argumento, este, que derriba incluso los mejores argumentos a favor de una persona o cosa! Así habla el instinto gregario por nuestra boca.

51

Sentido de la verdad

Elogio todo escepticismo al que se me permita responder: «¡Intentémoslo!». Pero no quiero saber nada de las cosas y de las cuestiones

que no admiten el experimento. Este es el límite de mi «sentido de la verdad»: pues ahí ha perdido su derecho la valentía.

52

Lo que otros saben de nosotros

Lo que de nosotros mismos sabemos y tenemos en la memoria no es tan decisivo para la felicidad de nuestra vida como se cree. Un día, lo que *otros* saben (o creen saber) de nosotros se precipita sobre nosotros, y en ese momento nos damos cuenta de que es más poderoso. Es más fácil superar una mala conciencia que una mala reputación.

53

Donde empieza el bien

Allí donde la mala pulsión es tan refinada que la poca vista del ojo ya no es capaz de verla como mala, es donde sitúa el hombre el reino del bien, y la sensación de haber entrado en el reino del bien excita también todas las pulsiones que estaban amenazadas y limitadas por las malas pulsiones, como la sensación de seguridad, de complacencia, de benevolencia. ¡Así que, cuanto menos perspicaz es el ojo, más lejos llega el bien! ¡De ahí la eterna jovialidad del pueblo y de los niños! ¡De ahí lo lúgubre y la tristeza, emparentada con la mala conciencia, de los grandes pensadores!

54

La consciencia de la apariencia

¡Qué maravillosa y nueva, y al mismo tiempo qué horrible e irónica es la situación en que mi conocimiento me pone respecto del conjunto de la existencia! He *descubierto* para mí que los viejos géneros humano y animal, es más, la entera prehistoria y el entero pasado de todo el ser sentiente, siguen escribiendo, amando, odiando, infiriendo en mí: he despertado repentinamente en mitad de ese sueño, pero solo a la consciencia de que estoy soñando y de que *tengo que* seguir soñando para no perecer, al igual que el sonámbulo tiene que seguir soñando para no desplomarse. ¡Qué es ahora para mí la «apariencia»! ¡Verdaderamente, no algo contrapuesto a algún ser: de cualquier ser no sé decir otra cosa que los predicados de su apariencia! ¡Verdaderamente, no es una máscara muerta que se pudiese poner, y probablemente también quitar, a una «X» desconocida! La apariencia es para mí lo que actúa y vive, que en su autoirrisión llega tan lejos que me hace sentir que aquí hay apariencia y fuego fatuo y danza de los espíritus, y nada más, que me hace sentir que entre todos esos soñadores también yo, el que «conoce», danzo mi danza, que el que conoce es un instrumento para ir alargando la danza terrena y por ello se cuenta entre los acomodadores de la existencia, y que la sublime ilación y trabazón de todos los conocimientos quizá sea y será el más alto instrumento para *mantener* la universalidad de la ensoñación y la universal inteligibilidad mutua de todos esos soñadores, y precisamente por ello la *perduración del sueño*.

55

La última nobleza de ánimo

¿Qué es lo que hace «noble»? Sacrificar, ciertamente no: también el furiosamente voluptuoso sacrifica. Dar seguimiento a una pasión cualquiera, ciertamente no: hay pasiones despreciables. Hacer algo por otros y sin egocentrismo, ciertamente no: quizá la lógica interna del egocentrismo sea máxima precisamente en el más noble. Lo que hace noble es, antes bien, que la pasión que se apodera del noble sea peculiarísima sin

que él sepa que lo es: el uso de una escala excepcional y singular y casi una locura: la sensación de calor en cosas que para todos los demás son frías al tacto: un adivinar valores para los que todavía no se ha inventado la balanza: un sacrificar en altares consagrados a un dios desconocido: una valentía sin voluntad de honor: una capacidad de tener suficiente con uno mismo que rebosa y que se comunica a personas y cosas. Hasta ahora lo que hacía noble era, así pues, lo excepcional y el desconocimiento de esa excepcionalidad. Pero considérese, al mismo tiempo, que con esa vara de medir se juzga sin equidad y en conjunto se calumnia, a favor de las excepciones, todo lo acostumbrado, próximo e indispensable, en suma, lo que más conserva la especie, y en general cuanto hasta ahora ha sido *regla* en el género humano. Convertirse en el abogado de la regla: tal podría ser quizá la última forma y delicadeza en la que se revele en este mundo la nobleza de ánimo.

56

El deseo de sufrimiento

Cuando pienso en el deseo de hacer algo que continuamente cosquillea y aguijonea a los millones de europeos jóvenes que no pueden soportar todo su aburrimiento ni tampoco pueden soportarse a sí mismos, comprendo que en ellos tiene que haber un deseo de sufrir algo, a fin de extraer de su sufrimiento una razón probable para hacer algo, para la hazaña. ¡Es necesario pasar necesidad! De ahí el griterío de los políticos, de ahí los muchos «estados de necesidad» falsos, imaginados, exagerados, de todas las clases posibles, y la ciega disposición a creer en ellos. Esta juventud exige que *de fuera* venga o se haga visible no precisamente la dicha, sino la desdicha; y su fantasía se ocupa ya de antemano en formar con ese material un monstruo, a fin de poder luchar después con un monstruo. Si estos jóvenes ávidos de pasar necesidad sintiesen en sí la capacidad de hacerse bien a sí mismos desde dentro, de hacerse algo a sí mismos, sabrían también

hacerse desde dentro una necesidad propia, muy propia de ellos. Sus invenciones podrían entonces ser más sutiles y sus satisfacciones podrían sonar como buena música, ¡mientras que ahora llenan el mundo con el griterío típico de quien pasa necesidad, y por consiguiente, aun antes de eso y con demasiada frecuencia, con la *sensación de pasar necesidad*! No saben hacer nada de sí mismos, y por lo tanto pintan en la pared la desdicha de otros: ¡siempre tienen necesidad de otros! ¡Y siempre otros, otros! Perdón, amigos míos, me he atrevido a pintar en la pared mi *dicha*.

LIBRO SEGUNDO

57

A los realistas

Vosotros, hombres sobrios, que os sentís bien armados contra la pasión y lo fantasioso y a los que os gustaría considerar vuestro vacío como un motivo de orgullo y un adorno, os llamáis a vosotros mismos realistas y dais a entender que el mundo está constituido realmente como a vosotros os parece que lo está: que solo ante vosotros se ha quitado su velo la realidad, y que vosotros mismos acaso seáis su mejor parte, ¡oh, vosotras, queridas imágenes de Sais! Sin embargo, ¿no seguís siendo también vosotros, en vuestro estado más despojado de velos, seres sumamente apasionados y oscuros, en comparación con los peces, y no seguís siendo demasiado parecidos a un artista enamorado?, y ¡qué es «realidad» para un artista enamorado! ¡Seguís llevando con vosotros de un lado para otro las estimaciones de las cosas que tienen su origen en las pasiones y enamoramientos de siglos pretéritos! ¡Vuestra sobriedad sigue teniendo asimilada una ebriedad secreta e insuprimible! Vuestro amor a la «realidad», por ejemplo, ¡oh, qué viejo y viejísimo es ese «amor»! En toda sensación, en toda impresión sensorial hay un pedazo de ese viejo amor: e, igualmente, algo de fantasioso, un prejuicio, una sinrazón, un desconocimiento, un temor, ¡y cuántas cosas más!, han trabajado y tejido en él. ¡Aquella montaña de allí! ¡Aquella nube de allá! ¿Qué hay en ellas de «real»? ¡Descontad de ellas lo que es producto de la fantasía y todo el

ingrediente humano, vosotros los sobrios! Sí, ¡si pudieseis hacer *eso*! ¡Si pudieseis olvidar vuestra procedencia, vuestro pasado, vuestra escuela preparatoria: toda vuestra humanidad[17] y animalidad! No hay para nosotros «realidad» alguna, y tampoco la hay para vosotros, los sobrios: no nos somos recíprocamente tan ajenos como creéis, en modo alguno, y quizá nuestra buena voluntad de superar la ebriedad sea igual de respetable que vuestra creencia de ser sencillamente incapaces de la ebriedad.

58

¡Solo como creadores!

Me ha costado el mayor esfuerzo y todavía me lo sigue costando: convencerme de que es indeciblemente más importante *cómo se llaman las cosas* que lo que son. La reputación, el nombre y la apariencia, la consideración de que disfruta una cosa, su medida y su peso usuales —que en su origen la mayor parte de las veces son un error y una arbitrariedad, puestos por encima de las cosas como un vestido y enteramente ajenos a su esencia, e incluso a su piel— han ido agarrando en la cosa por obra de la fe en todo ello y de su crecimiento de generación en generación y han ido engrosando la cosa paulatinamente, por así decir, hasta llegar a ser su cuerpo mismo: ¡lo que al principio era apariencia se termina convirtiendo casi siempre en esencia, y *actúa* como esencia! ¡Qué insensato sería quien pensase que basta señalar este origen y esta envoltura neblinosa de la ilusión para *aniquilar* el mundo que pasa por esencial, la denominada «*realidad*»! ¡Solo como creadores podemos aniquilar! Pero tampoco olvidemos esto: basta crear nuevos nombres y nuevas estimaciones y nuevas probabilidades para, a la larga, crear «cosas» nuevas.

59

¡Nosotros los artistas!

Cuando amamos a una mujer, es fácil que odiemos a la naturaleza, teniendo en cuenta el conjunto de naturalidades repulsivas a las que está expuesta toda mujer; nos gusta pasar de largo por esas cosas con el pensamiento, pero cuando nuestra alma acierta a rozarlas da un respingo de impaciencia y, como hemos dicho, lanza una mirada de desprecio a la naturaleza: se nos ofende, la naturaleza parece inmiscuirse en nuestra posesión, y hacerlo con las menos consagradas de las manos. Hacemos entonces oídos sordos a toda fisiología y decretamos secretamente en nuestro interior: «¡no quiero saber nada de que el hombre sea otra cosa que *alma y forma*!» «El hombre que está debajo de la piel» es para todos los que aman un horror y una idea absurda, una blasfemia contra Dios y contra el amor. Ahora bien, lo que el amante todavía siente ahora respecto de la naturaleza y la naturalidad lo sentía antaño todo venerador de Dios y de su «santa omnipotencia»: en todo lo que decían de la naturaleza los astrónomos, los geólogos, los fisiólogos y los médicos veía un inmiscuirse en su más preciada posesión y, por consiguiente, un ataque, ¡y encima una desvergüenza del atacante! La «ley de la naturaleza» le sonaba ya como una calumnia contra Dios; en el fondo, le habría gustado no poco ver reducida toda la mecánica a actos morales de la voluntad, a actos arbitrarios: pero como nadie podía prestarle ese servicio, *ocultaba* a sus propios ojos la naturaleza y la mecánica lo mejor que podía, y vivía en un sueño. ¡Oh, estos hombres de antaño sabían *soñar* y no necesitaban quedarse dormidos primero!, ¡y también nosotros los hombres de hoy sabemos hacerlo aún demasiado bien, con toda nuestra buena voluntad de estar despiertos y nuestra voluntad de día! Basta con que amemos, odiemos, deseemos o sencillamente sintamos, para que *inmediatamente* venga sobre nosotros el espíritu y la fuerza del soñar, y subamos, con los ojos abiertos, fríos hacia cualquier peligro y por los más peligrosos caminos, a los tejados y torres de lo fantasioso, sin vértigo alguno, como escaladores natos, ¡nosotros sonámbulos a la luz del día! ¡Nosotros artistas! ¡Nosotros ocultadores de la naturalidad! ¡Nosotros lunáticos y ávidos de Dios[18]! ¡Nosotros caminantes

que avanzamos en un silencio sepulcral e incansable por alturas que no vemos como alturas, sino como nuestras llanuras, como nuestras seguridades!

60

Las mujeres y su efecto a distancia

¿Tengo aún oídos? ¿Soy solamente oídos, y ya nada más? Me rodea el incendio del oleaje, cuyas blancas llamas suben cual lenguas de fuego hasta mis pies: de todas partes me vienen aullidos, amenazas y gritos estridentes, mientras en la más profunda profundidad el viejo sacudidor de la tierra canta su aria, sordamente y como un toro que brama: la acompaña golpeando el suelo con sus pisadas en un ritmo que sacude la tierra de tal modo que incluso a estas rocas monstruosas, maltratadas por mil temporales, les tiembla el corazón en el cuerpo al oírlo. Entonces, repentinamente, como nacido de la nada, aparece a la puerta de este infernal laberinto, a no más distancia que a unas pocas varas, un gran barco de vela que se desliza silencioso como un espectro. ¡Oh, su espectral belleza! ¡Con qué magia me prende! ¿Se habrán embarcado en él toda la calma y todo el silencio del mundo? ¿Radica mi felicidad misma en este lugar silencioso, mi *yo* más feliz, mi segundo *yo* mismo eternizado? ¿No estar muerto, y sin embargo ya no estar vivo? ¿Cómo un ser intermedio espectral, silencioso, contemplativo, que se desliza, que se cierne en el aire? ¡Pareciéndose al barco que con sus blancas velas corre como una enorme mariposa por encima del mar oscuro! ¡Sí! ¡Correr por *encima* de la existencia! ¡Esto es! ¡Esto sería! ¿Parece que el estruendo que hay aquí me ha convertido en un fantasioso? Todo gran estruendo hace que pongamos la felicidad en el silencio y en la lejanía. Cuando un varón está en medio de su estruendo, en medio de su oleaje de las empresas y de los proyectos a los que se lanza, es probable que vea también pasar de largo deslizándose seres encantados y silenciosos, de cuya felicidad y retiro siente nostalgia: *son las mujeres*. Casi

piensa que allí, donde las mujeres, habita su mejor *yo*: en estos lugares silenciosos cree que se convierte en silencio de muertos hasta el más ruidoso oleaje, y la vida misma en un sueño sobre la vida. ¡Sin embargo! ¡Sin embargo! Mi noble visionario, ¡hasta en el más bello barco de vela hay tanto ruido y estruendo, y, por desgracia, tanto estruendo pequeño y lamentable! La magia y el más poderoso efecto de las mujeres es, para decirlo en el lenguaje de los filósofos, un efecto a distancia, una *actio in distans*: y para ello hace falta, primero y sobre todo… ¡distancia!

61

En honor de la amistad

Que el sentimiento de amistad estuviese considerado en la Antigüedad como el sentimiento más elevado, superior incluso al más celebrado orgullo del que apenas tiene necesidades y del sabio, que estuviese considerado incluso, por así decir, como su único y todavía más sagrado hermano: esto lo expresa muy bien la historia de aquel rey macedonio que regaló un talento a un filósofo de Atenas despreciador del mundo y a quien el filósofo se lo devolvió. «¿Cómo?», dijo el rey, «¿no tiene amigos?». Con eso quería decir: «Mucho estimo el orgullo de este hombre sabio e independiente, pero estimaría aún más su humanidad si el amigo hubiese vencido en él sobre su orgullo. ¡El filósofo ha perdido valor a mis ojos, por cuanto ha mostrado que no conoce uno de los dos sentimientos más elevados, y, por cierto, el que no conoce es el más elevado de los dos!».

62

Amor

El amor perdona al amado incluso el deseo.

63

La mujer en la música

¿Cómo es que los vientos cálidos y de lluvia traen consigo también el ambiente musical y el inventivo placer de la melodía? ¿No son los mismos vientos que llenan las iglesias e inspiran a las mujeres pensamientos enamorados?

64

Escépticos

Me temo que en el más secreto escondrijo de su corazón las mujeres que han llegado a viejas son más escépticas que todos los hombres: creen que la superficialidad de la existencia es la esencia de esta, y toda virtud y profundidad no es para ellas sino envoltura de esa «verdad», la muy deseable envoltura de algo *pudendum*[19], ¡por lo tanto, una cuestión de decoro y de pudor, y nada más!

65

Entrega

Hay mujeres nobles y de una cierta pobreza de espíritu que no saben *expresar* su más profunda entrega de otro modo que ofreciendo su virtud y su pudor: es para ellas lo más alto que tienen. Y con frecuencia ese regalo es aceptado, sin que obligue tan profundamente como presuponen las donantes: ¡una historia muy melancólica!

66

La fortaleza de los débiles

Todas las mujeres son sutiles en la exageración de su debilidad; es más, son ingeniosas en debilidades, a fin de aparecer por entero como frágiles adornos a los que hasta un granito de polvo hace daño: aspiran a que su existencia haga que la tosquedad del hombre esté presente a ojos de este y pese sobre su conciencia. Así se defienden contra los fuertes y contra todo «tomarse la justicia por su mano».

67

Fingirse a sí misma

Ella lo ama, y desde ese momento mira ensimismada con tan tranquila confianza como una vaca. Pero ¡ay!, precisamente lo que a él lo tenía encantado era que ella parecía por entero cambiante e inasible. ¡En sí mismo tenía él ya una atmósfera harto estable! ¿No haría bien ella en fingir su antiguo carácter? ¿En fingir falta de amor? ¿No es el amor mismo quien se lo aconseja? *Viuat comoedia*!

68

Tener voluntad y estar dispuesto

Llevaron a un muchacho ante un hombre sabio y dijeron: «¡A este lo echan a perder las mujeres!». El hombre sabio negó con la cabeza y sonrió. «Son los hombres», exclamó, «los que echan a perder a las mujeres: y todo lo que yerran las mujeres debe ser expiado y enmendado a costa de los

hombres, pues el hombre se forja una imagen de la mujer, y la mujer se forja a sí misma conforme a esa imagen». «Eres demasiado suave de corazón con las mujeres», dijo uno de los circunstantes, «¡no las conoces!». El hombre sabio respondió: «La forma de ser propia del hombre es la voluntad, la de la mujer estar dispuesta: ¡tal es, en verdad, la ley de los sexos!, ¡una dura ley para la mujer! Todas las personas son inocentes de su propia existencia, pero las mujeres son inocentes en segundo grado: ¡quién podría tener para ellas suficiente aceite y suavidad!». ¡Qué dices de aceite!, ¡qué dices de suavidad!, exclamó otro desde dentro de la multitud, ¡hay que educar mejor a las mujeres! «Hay que educar mejor a los hombres», dijo el hombre sabio, e hizo señas al muchacho de que lo siguiese. Pero el muchacho no lo siguió.

69

Capacidad de venganza

Que alguien no se pueda defender y, por consiguiente, tampoco quiera hacerlo, no lo convierte aún en despreciable a nuestros ojos: pero estimamos en poco a quien no tiene la capacidad ni la buena voluntad de vengarse, con independencia de que sea hombre o mujer. ¿Nos retendría (o, como suele decirse, «nos encadenaría») una mujer a la que no considerásemos capaz de, en ciertas circunstancias, saber manejar bien la daga (alguna clase de daga) *contra* nosotros? O contra sí misma: lo que en un determinado caso sería la venganza más sensible (la venganza china).

70

Las señoras de los señores

Una voz de alto profunda y poderosa, tal y como se la oye a veces en el teatro, levanta súbitamente el telón para posibilidades en las que usualmente no creemos: creemos de repente que en algún lugar del mundo puede haber mujeres con almas elevadas, heroicas, reales, capaces de grandiosas respuestas, grandiosas decisiones y grandiosos sacrificios, y dispuestas a ello, capaces de ejercer dominio sobre el varón, y dispuestas a ejercerlo, porque en ellas lo mejor del varón, más allá del sexo, se ha hecho un ideal de carne y hueso. Ciertamente, *no* es propósito del teatro que tales voces transmitan ese concepto de la mujer: usualmente están destinadas a representar el amante masculino ideal, por ejemplo un Romeo; pero, a juzgar por mi experiencia, el teatro y el músico que esperan tales efectos de tal voz se equivocan en sus cálculos con toda regularidad. No se cree en *esos* amantes: esas voces siguen conteniendo un timbre maternal y como de ama de casa, y cuando más lo contienen es precisamente cuando hay amor en su tono.

71

De la castidad femenina

Hay algo enteramente sorprendente y enorme en la educación de las mujeres distinguidas, es más, puede que nada sea más paradójico. Todo el mundo está de acuerdo en educarlas *in eroticis* con el mayor desconocimiento posible y en introducir en sus almas un profundo pudor ante asuntos de ese tipo, y la extrema impaciencia y huida cuando se aluda a esas cosas. En el fondo, una mujer se juega su «honor» solamente aquí: ¡cuántas cosas no se le perdonarían en otros terrenos! Pero en este se desea que permanezcan ignorantes hasta dentro de su corazón: que no tengan ojos, ni oídos, ni palabras, ni pensamientos para este su «mal»: y es que aquí saber es ya el mal. ¡Y sin embargo ser arrojadas a la realidad y al saber cómo con un cruel relámpago, con el matrimonio, y concretamente por aquel a quien más aman y reverencian!, ¡sorprender al amor y al pudor en

contradicción, es más, sentir arrobamiento, la más rendida entrega, deber, compasión y horror por la inesperada vecindad de dios y animal, y cuántas cosas más!, ¡y tener que sentir todo eso a la vez! ¡Ahí, realmente, el alma se ve atada por un nudo que no tiene igual! Ni siquiera la curiosidad compasiva del más sabio conocedor del ser humano es suficiente para adivinar cómo esta y aquella mujer sabe plegarse a esta solución del enigma y a este enigma de solución, y qué horribles sospechas que llegan muy lejos tienen que suscitarse entonces en la pobre alma sacada de quicio, es más, ¡cómo lanzan sus anclas en este punto la última filosofía y el último escepticismo de la mujer! Después, el mismo profundo silencio que antes: y con frecuencia un silencio ante sí misma, un cerrar los ojos ante sí misma. Las mujeres jóvenes se esfuerzan mucho por parecer superficiales y distraídas; las más delicadas de ellas fingen una especie de descaro. Las mujeres sienten fácilmente a sus maridos como un signo de interrogación de su honor y a sus hijos como una apología o una penitencia; tienen necesidad de los hijos y los desean, en un sentido totalmente distinto de aquel en que un hombre desea hijos. En suma, ¡nunca se tendrá la suficiente suavidad con las mujeres!

72

Las madres

Los animales piensan de distinto modo sobre las mujeres que las personas; consideran a la hembra como el ser productivo. El amor paternal no existe en ellos, pero sí algo así como amor a los hijos de una amada y acostumbramiento a ellos. Las hembras encuentran en los hijos la satisfacción de su sed de dominio, una propiedad, una ocupación, algo enteramente comprensible para ellas y con lo que pueden parlotear: la suma de todo esto es el amor de madre, y es comparable con el amor del artista a su obra. El embarazo ha hecho a las mujeres más suaves, pacientes, temerosas, gustosas de someterse; e, igualmente, el embarazo espiritual

engendra el carácter de los contemplativos, el cual está emparentado con el carácter femenino: son las madres masculinas. Entre los animales es el sexo masculino el que está considerado el bello sexo.

73

Santa crueldad

A un santo se le acercó un hombre que llevaba en brazos a un niño que acababa de nacer. «¿Qué hago con el niño?», preguntó, «está horriblemente malformado y no tiene la vida suficiente para morir». «Mátalo», exclamó el santo con terrible voz, «mátalo, y después tenlo tres días y tres noches en tus brazos, a fin de que se te quede grabado en la memoria: así no volverás a engendrar un hijo cuando no sea para ti el tiempo oportuno para engendrar». Al oír esto, el hombre se fue decepcionado; y muchos censuraron al santo porque había aconsejado una crueldad, pues había aconsejado matar al niño. «Pero ¿no es más cruel dejarle vivir?», dijo el santo.

74

Las que no tienen éxito

Nunca tienen éxito esas pobres mujeres que en presencia de aquel a quien aman se ponen intranquilas e inseguras y hablan demasiado: pues lo más seguro para seducir a los hombres es una cierta ternura reservada y flemática.

75

El tercer sexo

«Un hombre pequeño es una paradoja, pero sigue siendo un hombre; en cambio, las mujercillas pequeñas, comparadas con las mujeres de buena estatura, me parecen de otro sexo», decía un viejo maestro de baile. Una mujer pequeña nunca es bella, decía el viejo Aristóteles.

76

El mayor peligro

¡Si no hubiese habido en todo tiempo una mayoría de personas que sentían la disciplina de su cabeza —su «racionalidad»— como su orgullo, su obligación, su virtud, a los que ofendía o avergonzaba, en tanto que amigos «del sano sentido común», todo fantasear y todo exceso del pensamiento, el género humano habría perecido hace ya mucho tiempo! Sobre él se cernía y se cierne de continuo, como su mayor peligro, la irrupción de la *demencia*, es decir, la irrupción del capricho en el sentir, ver y oír, el disfrute en la falta de disciplina de la cabeza, la alegría en el sinsentido común. No son la verdad y la certeza lo contrapuesto al mundo del demente, sino la universalidad de una fe y su obligatoriedad para todos: en suma, lo no caprichoso en el juzgar. Y el mayor trabajo de los hombres ha sido hasta ahora el de concordar entre sí sobre muchísimas cosas e imponerse una *ley de la concordancia*, con independencia de que esas cosas sean verdaderas o falsas. Esta es la disciplina de la cabeza a la que el género humano debe su conservación; pero las pulsiones contrarias siguen siendo tan poderosas que en el fondo es lícito hablar del futuro del género humano con poca confianza. De continuo la imagen misma de las cosas se corre y se desplaza, y quizá a partir de ahora más y con mayor rapidez que nunca; de continuo son precisamente los espíritus más escogidos los que prestan resistencia a aquella obligatoriedad general, ¡y los investigadores de la *verdad* los primeros! De continuo engendra aquella fe, en su calidad de fe

que todo el mundo comparte, una repugnancia y una nueva lascivia en las cabezas dotadas de mayor finura, y ya el ritmo lento que esa fe exige para todos los procesos espirituales, esa imitación de la tortuga que aquí es reconocida como la norma, convierte a los artistas y a los escritores en desertores: es en estos espíritus inquietos donde irrumpe un placer formal en la demencia, ¡porque la demencia tiene un ritmo tan alegre! Se necesita, así pues, intelectos virtuosos —¡ay!, quiero usar la palabra más inequívoca —, se necesita la *estupidez virtuosa*, se necesita diapasones inconmovibles del espíritu *lento* para que los creyentes de la gran fe total permanezcan juntos y sigan bailando su baile: es una necesidad fisiológica de primer rango la que aquí manda y exige. *Nosotros los distintos somos la excepción y el peligro*, ¡estamos eternamente necesitados de defensa! Ahora bien, realmente cabe decir algo a favor de la excepción, *suponiendo que nunca quiera convertirse en regla*.

77

El animal con buena conciencia

Lo que hay de vulgar en todo lo que gusta en el Sur de Europa, ya sea la ópera italiana (por ejemplo, la de Rossini y la de Bellini) o la novela de aventuras española (como más accesible nos resulta a nosotros es en el disfraz francés del Gil Blas), no se me oculta, pero no me ofende, igual que tampoco me ofende la vulgaridad que nos sale al encuentro en un recorrido por Pompeya y, en el fondo, incluso al leer cualquier libro de la Antigüedad: ¿a qué se debe esto? ¿Sucede acaso que ahí falta el pudor y que todo lo vulgar comparece con tanta seguridad y confianza en sí mismo como cualquier cosa noble, amable o apasionada que haya en el mismo tipo de música o de novela? «El animal tiene sus derechos igual que el hombre: que corretee libremente, y tú, mi querido congénere, sigues siendo ese animal, pese a todo»: esta me parece la moraleja del asunto y la peculiaridad de la condición humana meridional. El mal gusto tiene sus

derechos igual que el bueno, e incluso un privilegio sobre él, en el caso de que el primero sea la gran necesidad, la satisfacción segura y por así decir un lenguaje universal, una máscara y gesto comprensibles incondicionadamente: en cambio, el buen gusto, el gusto escogido, siempre tiene algo que busca, algo de intento, no está totalmente seguro de ser comprendido, ¡no es ni ha sido nunca popular! ¡Popular lo es y lo será la *máscara*! ¡Que corra, pues, por ahí todo lo que hay de enmascarado en las melodías y cadencias, en los saltos y alegrías del ritmo de estas óperas! ¡Y no digamos la vida de la Antigüedad! ¡Qué se comprende de ella cuando no se comprende el placer en la máscara, la buena conciencia de todo lo enmascarado! Aquí está el baño y el descanso del espíritu antiguo: y quizá este baño les era todavía más necesario a las naturalezas excepcionales y elevadas del mundo antiguo que a las vulgares. En cambio, en las obras nórdicas, por ejemplo en la música alemana, un giro vulgar me ofende indeciblemente. En ellas hay *pudor*, el artista ha descendido ante sí mismo y ni siquiera podía evitar enrojecer al hacerlo: nos avergonzamos con él y nos sentimos tan ofendidos porque sospechamos que creía tener que descender por nuestra causa.

78

De lo que debemos estar agradecidos

Los artistas, y especialmente los de teatro, son los primeros que han dado a los hombres ojos y oídos para oír y ver con algún deleite lo que cada uno es en sí mismo, lo que él mismo vive, lo que él mismo quiere; son los primeros que nos han enseñado la estimación del héroe que está escondido en cada uno de estos hombres cotidianos y el arte de cómo uno puede verse a sí mismo como héroe, desde lejos y por así decir simplificado y transfigurado: el arte de «ponerse en escena» uno mismo. ¡Solo así podemos superar algunos bajos detalles que hay en nosotros! Sin aquel arte no seríamos otra cosa que primer plano y viviríamos por entero bajo el

hechizo de aquella óptica que hace aparecer lo más cercano y vulgar como enormemente grande y como la realidad en sí. Quizá haya un mérito de parecido tipo en aquella religión que mandaba observar la pecaminosidad de cada hombre concreto con el cristal de aumento y que hacía del pecador un gran e inmortal criminal: al describir perspectivas eternas alrededor de él, enseñaba al hombre a verse desde lejos y como algo pretérito, completo.

79

Aliciente de la imperfección

Veo aquí a un escritor que, como algunas personas, con sus imperfecciones ejerce un atractivo más alto que con todo lo que se redondea y toma una forma perfecta bajo su mano; es más, debe ventajas y fama más a su incapacidad última que a su riqueza en fuerza. Su obra nunca expresa por completo lo que él realmente quisiera expresar, lo que a él *le gustaría haber visto*: parece que ha pregustado una visión sin haber tenido nunca la visión misma, pero en su alma ha quedado una enorme lascivia hacia esa visión, y de ella toma su igualmente enorme elocuencia del anhelo y del hambre canina. Con esa elocuencia eleva a quien lo escucha por encima de su obra y de todas las «obras» y le da alas para subir tan alto como, de otro modo, los oyentes nunca suben: y así, convertidos ellos mismos en escritores y visionarios, tributan al autor de su felicidad gran admiración, como si los hubiese llevado directamente a la contemplación de lo más santo y último que tiene, como si hubiese alcanzado su propia meta y hubiese *visto* y comunicado realmente su visión. Beneficia a su fama no haber llegado propiamente a la meta.

80

Arte y naturaleza

A los griegos (o al menos a los atenienses) les gustaba oír hablar bien, es más, tenían una ávida inclinación hacia ello, que los distingue de los no-griegos más que cualquier otra cosa. Y, así, exigían incluso de la pasión representada sobre el escenario que hablase bien, y aceptaban con delectación la innaturalidad del verso dramático: ¡y es que en la naturaleza la pasión es tan parca en palabras!, ¡tan muda y azarada! O, cuando encuentra palabras, ¡tan conturbada e irracional y avergonzada de sí misma! Solo que gracias a los griegos todos nos hemos acostumbrado a esta innaturaleza sobre el escenario, al igual que gracias a los italianos soportamos, y soportamos gustosos, aquella otra innaturaleza, la pasión que *canta*. Ha llegado a ser para nosotros una necesidad que no podemos satisfacer con la realidad: oír hablar a personas bien y circunstanciadamente en las más difíciles situaciones, y ahora nos entusiasma que el héroe trágico siga encontrando palabras, razones y gestos elocuentes, y en conjunto una luminosa espiritualidad, cuando la vida se acerca a los abismos y el hombre real la mayor parte de las veces pierde la cabeza, y con toda seguridad el bello lenguaje. Esta especie de *desviación de la naturaleza* es quizá el manjar más gustoso para el orgullo del hombre; es por su causa por lo que ama el arte como expresión de una innaturalidad y convención elevada y heroica. Está justificado reprochar al autor dramático que no transforme todo en razón y palabra, sino que siempre retenga en su mano un resto de *silencio*: al igual que no nos quedamos satisfechos con el músico de ópera que para la más elevada emoción no sabe encontrar una melodía, sino solamente un balbucear y gritar «natural» y cargado de emoción. ¡Es precisamente ahí donde se *debe* contradecir a la naturaleza! ¡Es precisamente ahí donde el aliciente vulgar de la ilusión *debe* dar paso a un aliciente superior! Los griegos van por este camino lejos, lejos, ¡tan lejos que asusta! Al igual que disponen el escenario con toda la estrechez posible y se prohíben todo efecto producido mediante la profundidad de planos, al igual que imposibilitan al actor el juego mímico y el fácil movimiento y lo transforman en una marioneta solemne, tiesa y enmascarada, así también han quitado a la pasión misma la profundidad de planos y le han dictado una ley del bello discurso, es más, han hecho absolutamente todo lo posible

para contrarrestar el efecto elemental de las imágenes que despiertan temor y compasión: *precisamente no querían temor y compasión*; ¡gloria a Aristóteles, pero seguramente no dio en el clavo, y menos en la cabeza del clavo, cuando habló de la finalidad última de la tragedia griega! Examínese a los autores griegos de tragedias para ver *qué* es lo que más excitaba su diligencia, su ingenio, su emulación: ¡seguro que no era el propósito de arrollar a los espectadores con emociones! ¡El ateniense iba al teatro *para oír bellos discursos*! ¡Y de bellos discursos es de lo que se trataba para Sófocles, perdóneseme esta herejía! Muy distinto es el caso de la *ópera seria*: todos sus maestros ponen gran interés en impedir que se entienda a sus personajes. Una palabra cogida al vuelo ocasionalmente puede que vaya en ayuda del oyente poco atento: en conjunto la situación tiene que explicarse a sí misma; ¡nada importan los discursos!, así piensan todos y así es como han hecho todas sus travesuras con las palabras. Quizá les haya faltado valentía solamente para expresar por entero su menosprecio último por la palabra: un poco de descaro más en Rossini y habría hecho cantar ya un mero la-la-la, ¡no sin razón! ¡Y es que, precisamente, no hay que «creerse todo» lo que dicen los personajes de la ópera, sino que hay que dar más crédito a la música que a la letra! ¡Esta es la diferencia, esta es la bella *innaturalidad* por cuya causa vamos a la ópera! Ni siquiera el *recitativo secco*[20] pide ser oído propiamente como letra y texto: esa especie de semimúsica está destinada más bien a dar al oído musical primero un pequeño descanso (para que descanse de la *melodía*, que es el más sublime y por eso también el más fatigoso disfrute de este arte), pero muy pronto algo distinto, a saber, una creciente impaciencia, una creciente resistencia, un nuevo deseo de música *de cuerpo entero*, de melodía. ¿Qué sucede, desde este punto de vista, con el arte de Richard Wagner? ¿Acaso algo diferente? Con frecuencia tenía yo la impresión de que antes de la representación habría que aprender de memoria la letra *y* la música de sus creaciones: pues de otro modo —esa impresión tenía yo— no se *oye* la letra, y ni siquiera la música.

81

Gusto griego

«¿Qué tiene de bello?», dijo aquel agrimensor tras una representación de la *Ifigenia*, «¡en ella no se demuestra nada!». ¿Habrán estado los griegos tan lejos de este gusto? En Sófocles al menos «se demuestra todo».

82

El *esprit* poco griego

En todo su pensamiento los griegos son indescriptiblemente lógicos y escuetos; no llegaron a hastiarse de ello, al menos durante su larga buena época, como se hastían los franceses con tanta frecuencia: estos últimos gustan sobremanera de dar un pequeño salto hacia el lado contrario, y propiamente solo toleran el espíritu de la lógica cuando a causa de una cierta cantidad de esos pequeños saltos hacia el lado contrario ese espíritu deja traslucir su *sociable* cortesía, su sociable abnegación. La lógica les parece necesaria, como el pan y el agua, pero también, al igual que estos tan pronto deben ser degustados puros y solos, como una especie de rancho carcelario. En la buena sociedad nunca se debe querer tener razón completamente y uno solo, según quiere toda lógica pura: de ahí la pequeña dosis de sinrazón que hay en todo *esprit* francés. El sentido de la sociabilidad de los griegos estaba mucho menos desarrollado de lo que está y estaba el de los franceses: de ahí que haya tan poco *esprit* en sus hombres más ingeniosos, de ahí que haya tan poca chispa incluso en sus personas más chispeantes, de ahí… ¡Ay!, no se me creerán estas frases, ¡y cuántas por el estilo guardo aún en mi interior! *Est res magna tacere*[21], dice Marcial con todos los parlanchines.

83

Traducciones

Se puede estimar el grado de sentido histórico que posee una época viendo cómo esa época hace *traducciones* y trata de asimilar épocas y libros pretéritos. Los franceses de Corneille, y todavía los de la Revolución, se apoderaban de la Antigüedad romana con un atrevimiento que nosotros ya no tendríamos: gracias sean dadas a nuestro superior sentido histórico. Y la Antigüedad romana misma: ¡qué violentamente y, al mismo tiempo, ingenuamente, le ponía la mano encima a todo lo bueno y elevado de la Antigüedad griega, que era más antigua que ella! ¡Cómo la introducían, al traducirla, en la actualidad romana! ¡Cómo hacían, a propósito y despreocupadamente, que la mariposa instante perdiese el polvo de sus alas! Así era como Horacio traducía aquí y allí a Alceo o a Arquíloco, y Propercio a Calimaco y a Filetas (poetas del mismo rango que Teócrito, si se nos *permite* juzgar): ¡qué les importaba que el creador propiamente dicho hubiese experimentado esto y aquello y hubiese dejado escritas en su poema las señales de ello! En tanto que poetas, no veían con buenos ojos el espíritu venteador y como de anticuario que precede al sentido histórico, en tanto que poetas no dejaban estar esas cosas y nombres enteramente personales y cuanto era propio, como traje y máscara, de una ciudad, de una costa o de un siglo, sino que ponían en su lugar con toda presteza lo actual y lo romano. Parecen preguntarnos: «¿No vamos a hacer lo antiguo nuevo para nosotros y componernos a *nosotros* en lo antiguo?, ¿no nos va a ser lícito insuflar nuestra alma en ese cuerpo muerto?, pues de lo que no cabe duda es de que está muerto: ¡qué feo es todo lo muerto!». No conocían el disfrute del sentido histórico; lo pretérito y ajeno era para ellos penoso, y, en su calidad de romanos, un estímulo para una conquista romana. Se conquistaba entonces cuando se traducía, en verdad, y no era solo que se dejase fuera lo histórico: no, se añadía la alusión intencionada a lo actual, sobre todo se tachaba por completo el nombre del poeta y se colocaba el propio en su

lugar, y no con la sensación de estar cometiendo un hurto, sino con la mejor de las conciencias del *imperium Romanum*.

84

Del origen de la poesía

Los amantes de lo fantástico del hombre, que al mismo tiempo defienden la doctrina de la moralidad instintiva, infieren así: «Suponiendo que en todas las épocas se ha venerado la utilidad como la deidad suprema, ¿de dónde diantres ha salido la poesía? ¡Esta ritmación del discurso, que antes contrarresta la claridad de la comunicación que la fomenta, y que a pesar de ello ha brotado y brota todavía en todas partes como un sarcasmo contra toda útil adecuación a fines! ¡La salvajemente bella sinrazón de la poesía os refuta, utilitarios! ¡Desear *librarse* alguna vez de la utilidad: precisamente esto es lo que ha elevado al hombre, esto lo ha inspirado a la moralidad y al arte!». Ahora bien, aquí tengo que hablar por una vez a gusto de los utilitaristas (¡tienen razón tan rara vez que dan pena!). Y es que en aquellas antiguas épocas que llamaron a la poesía a la existencia —cuando se hizo penetrar en el discurso el ritmo, esa violencia que reordena todos los átomos de la frase, que manda elegir las palabras y da nuevo color a la idea y la hace más oscura, ajena, lejana— se ponían los ojos en la utilidad, y en una utilidad muy grande, ¡solo que era una *utilidad supersticiosa*! En virtud del ritmo, una vez que se había notado que el hombre conserva mejor en la memoria el verso que la prosa, se aspiraba a que se les quedase grabado a los dioses más profundamente algo que interesaba mucho al hombre; asimismo, uno creía hacerse audible a mayores distancias mediante el tictac rítmico; la oración rítmica parecía llegar mejor a oído de los dioses. Pero, sobre todo, se quería obtener la utilidad de aquel elemental arrollamiento que el hombre en sí experimenta al oír música: el ritmo es una coacción; genera un placer insuperable de ceder, de sumar la propia voz; no solo los pies, también el alma misma va llevando el compás, ¡probablemente, así se

dedujo, también el alma de los dioses! Por tanto, se trataba de *forzarlos* mediante el ritmo y de ejercer un poder sobre ellos: se les lanzaba la poesía como si de un lazo mágico se tratase. Había aún una idea más extraña: y quizá sea precisamente ella la que más poderosamente ha influido en el surgimiento de la poesía. En los pitagóricos aparece como doctrina filosófica y como artimaña de la educación, pero mucho tiempo antes de que hubiese filósofos se reconocía a la música la capacidad de descargar las emociones, de limpiar el alma, de suavizar la *ferocia animi*[22] precisamente gracias a lo rítmico de la música. Cuando se había perdido la correcta tensión y armonía del alma, había que *bailar*, al compás del que cantaba: tal era la receta de esa arte curativa. Con ella aquietó Terpandro una revuelta, amansó Empédocles a un furioso, purificó Damón a un muchacho que sufría mal de amores; con ella se ponía en cura también a los dioses vengativos y que se habían encolerizado salvajemente. Primero, llevando al paroxismo el arrebato y el desenfreno de sus emociones, así pues, haciendo al furioso loco, al vengativo ebrio de venganza: todos los cultos orgiásticos quieren descargar de una vez la *ferocia* de una divinidad y hacer de ella una orgía, a fin de que posteriormente se sienta más libre y tranquila y deje al hombre en paz. *Melos*[23] significa por su raíz una sustancia que suaviza, no porque sea suave en sí misma, sino porque sus efectos hacen suave. Y no solo la canción cultual, también la canción profana de las más antiguas épocas presupone que lo rítmico ejerce una fuerza mágica, por ejemplo la canción al sacar agua o al remar es un encantamiento de los genios que se piensa que están actuando ahí, los hace obsequiosos, les quita su libertad y los convierte en un instrumento del hombre. Y siempre que se actúa se tiene una ocasión para cantar: *toda* acción está vinculada al auxilio de espíritus, y la canción de encantamiento y echar conjuros parecen ser la forma primigenia de la poesía. Cuando el verso se empleaba también en el oráculo —los griegos decían que el hexámetro se había inventado en Delfos— se esperaba del ritmo que ejerciese una coacción también ahí. Solicitar una profecía sobre algo significa originalmente (según la derivación de las palabras griegas que me parece probable) predeterminar algo; se cree poder forzar el futuro ganando a Apolo para sí: a Apolo, quien, conforme a la más

antigua idea, es mucho más que un dios vaticinador. Tal y como se pronuncia la fórmula, literalmente y con el ritmo exacto, así es como ella ata el futuro: pero la fórmula es el invento de Apolo, quien en su calidad de dios de los ritmos puede atar también a las diosas del destino. Visto y preguntado en su conjunto: ¿había acaso para el viejo tipo supersticioso de hombre algo más *útil* que el ritmo? Con él se podía todo: favorecer mágicamente una tarea; forzar a un dios a aparecer, a estar cerca, a escuchar; disponer el futuro conforme a la propia voluntad; descargar la propia alma de alguna desmesura (del miedo, de la manía, de la compasión, de la sed de venganza), y no solo la propia alma, sino la del más malvado genio: sin el verso no se era nada, con el verso uno se convertía casi en un dios. Un sentimiento básico como ese ya no se puede extirpar por completo, y todavía ahora, tras milenios de largo trabajo en el combate contra esa superstición, hasta el más sabio de nosotros se convierte en ocasiones en un insensato del ritmo, aunque solo sea cuando *siente* un pensamiento como *más verdadero* cuando tiene una forma métrica y se le acerca dando una cabriola divina. ¿No es cosa muy divertida que todavía hoy los más serios filósofos, por rigurosos que sean en lo tocante a cualquier certeza, apelen a *dichos de poetas* para dar a sus ideas fuerza y credibilidad? ¡Y, sin embargo, una verdad corre más peligro cuando el poeta asiente a ella que cuando la contradice! Pues, como dice Homero: «¡Mucho mienten los poetas!».

85

Lo bueno y lo bello

Los artistas *glorifican* continuamente (no hacen nada más): glorifican todos los estados y cosas que tienen fama de que con ellos y en ellos el hombre puede sentirse bueno o grande, o ebrio, o divertido, o bien y sabio. Las cosas y los estados *escogidos*, cuyo valor para la *felicidad* humana se considera seguro y adecuadamente estimado, son los objetos de los artistas: están siempre al acecho para descubrirlos y llevarlos al terreno del arte.

Quiero decir que no son ellos mismos los tasadores de la felicidad y de lo feliz, pero que se esfuerzan siempre por acercarse a esos tasadores, con la mayor curiosidad y las mayores ganas de extraer inmediatamente una utilidad de sus estimaciones. Así, dado que además de su impaciencia tienen también los grandes pulmones de los heraldos y los pies de los corredores, siempre estarán también entre los primeros que glorifican lo bueno *nuevo*, y frecuentemente *aparecen* como los primeros en llamarlo bueno y en tasarlo como bueno. Pero esto es, como hemos dicho, un error: lo único que sucede es que andan más listos y hacen más ruido que los tasadores reales. Y, entonces, ¿quiénes son estos? Los ricos y los ociosos.

86

Del teatro

Este día volvió a darme sensaciones fuertes y altas, y si yo pudiese tener en su atardecer música y arte, sé bien qué música y arte *no* me gustaría tener, a saber, ninguno de los que embriagan a sus oyentes —a aquellos hombres de almas cotidianas que al atardecer no se parecen a vencedores en carros de triunfo, sino a mulas cansadas sobre las que la vida ha utilizado la fusta con demasiada frecuencia— y quisieran *impulsarlos hacia arriba* para que por un instante disfruten de sensaciones fuertes y elevadas. ¡Qué sabrían esos hombres de «estados de ánimo elevados» si no hubiese medios para embriagarse y golpes de fusta ideales! Y así es como tienen sus entusiasmadores, igual que tienen sus vinos. Pero ¡qué es *para mí* su bebida y su embriaguez! ¡Qué necesidad tiene del vino el entusiasmado! Más bien mira con una especie de repugnancia los medios y los mediadores que aquí aspiran a producir un efecto sin razón suficiente: ¡un burdo remedo de la marea alta de las almas! ¿O acaso se regala al topo alas e imaginaciones orgullosas, antes de que se vaya a dormir, antes de que se arrastre a su cueva? ¿Se lo manda al teatro y se ponen grandes gafas ante sus ojos ciegos y cansados? Personas cuya vida no es una «acción», sino un negocio, ¿se

sientan ante el escenario y miran a seres extraños, para los que la vida es más que un negocio? «¡Eso es lo decoroso!», decís, «¡eso es lo entretenido, así lo quiere la cultura!». ¡Pues bien, será que me falta la cultura con demasiada frecuencia, pues ese espectáculo me es repugnante con demasiada frecuencia! Quien tiene en sí suficiente tragedia y comedia, prefiere mantenerse alejado del teatro; o, a modo de excepción, todo el asunto —teatro y público y autor incluidos— se convierte para él en el espectáculo trágico y cómico propiamente dicho, de manera que en comparación la pieza representada significa poco para él. ¡A quien es como Fausto y como Manfredo, qué le importan los Faustos y Manfredos del teatro!, mientras que, sin duda, le sigue dando que pensar ya el mero hecho de *que* se lleve al teatro figuras como esas. ¡Las *más fuertes* ideas y pasiones ante quienes no son capaces del pensamiento ni de la pasión, pero sí de la *embriaguez*! ¡Y *aquellas* como un instrumento para esta! ¡Y el teatro y la música el fumar hachís y el mascar betel de los europeos! ¡Oh, quién nos contará la historia entera de los narcóticos! ¡Es casi la historia de la «cultura», de la denominada cultura superior!

87

De la vanidad de los artistas

Creo que con frecuencia los artistas no saben qué es lo que mejor se les da, pues son demasiado vanidosos y han puesto su pensamiento en algo más orgulloso que lo que parecen serlo estas pequeñas plantas que pueden crecer en su suelo nuevas, raras y bellas, en real perfección. Valoran muy superficialmente lo verdaderamente bueno de su propio jardín y de su viña, y su amor y su conocimiento no son de igual rango. Ahí tenemos ese músico que se distingue de todos los demás por su maestría en encontrar los sonidos que vienen del reino de las almas dolientes, apesadumbradas y martirizadas, en dar habla incluso a los animales mudos. Nadie se le iguala en los colores del final del otoño, de la indescriptiblemente conmovedora

felicidad de una última, ultimísima, cortísima fruición, y conoce el tono para aquellas medianoches del alma, tan ocultas como inquietantes, en las que causa y efecto parecen haberse escindido y a cada instante puede surgir algo «de la nada»; nadie saca agua más felizmente que él de la más honda profundidad de la felicidad humana y, por así decir, de su vaso apurado, en el que las más amargas y repulsivas gotas se han fundido con las más dulces a última hora, a la más malvada hora; conoce aquel cansado moverse a trompicones del alma que ya no puede saltar y volar, que ni siquiera puede ya andar; tiene la tímida mirada del dolor que ha sido ocultado, del comprender sin consuelo, del despedirse sin confesarlo; es más, en su calidad de Orfeo de toda desgracia secreta es más grande que nadie, y por obra suya sencillamente se ha añadido al arte más de una cosa que hasta ese momento parecía inexpresable e incluso indigna del arte, y que especialmente con palabras solo cabía ahuyentar, no atrapar: más de una cosa muy pequeña y microscópica del alma; es más, es el maestro de lo muy pequeño. ¡Pero no *quiere* serlo! ¡Su *carácter* ama más bien los grandes muros y la pintura mural atrevida! Se le escapa que su *espíritu* tiene otro gusto y tendencia, y que lo que prefiere es permanecer sentado y silencioso en los rincones de casas derrumbadas: allí, escondido, escondido de sí mismo, pinta sus auténticas obras maestras, que son todas muy cortas y con frecuencia solo duran un compás: ahí llega a ser de verdad bueno, grande y perfecto, quizá solo ahí. ¡Pero no lo sabe! Es demasiado vanidoso para saberlo.

88

Tomarse la verdad en serio

¡Tomarse la verdad en serio! ¡Qué cosas tan distintas entienden las personas bajo estas palabras! Las mismas opiniones y los mismos tipos de demostración y examen que un pensador siente en sí como una ligereza en la que ha incurrido, para vergüenza suya, en este o en aquel momento, son

precisamente las que pueden proporcionar a un artista que da en ellas, y que vive temporalmente con ellas, la consciencia de que en ese instante se ha apoderado de él la más profunda seriedad por la verdad y de que es digno de admiración que él, aunque artista, sin embargo al mismo tiempo muestre el más serio apetito de lo opuesto de lo que aparece. Es posible, así, que uno deje traslucir precisamente con su *pathos* de seriedad qué superficialmente, y conformándose con qué poco, ha jugado su espíritu hasta entonces en el reino del conocimiento. ¿Y acaso no es cuanto consideramos *importante* lo que nos delata? Muestra dónde están nuestras pesas y para qué no poseemos pesas.

89

Ahora y antes

¡Qué importa todo nuestro arte de las obras de arte cuando perdemos aquel arte más elevado, el arte de las fiestas! Antes, todas las obras de arte estaban puestas en la gran avenida triunfal del género humano como recordatorios y monumentos de instantes elevados y felices. Ahora, con las obras de arte se quiere apartar de la gran avenida del sufrimiento del género humano, durante un lascivo instante, a los pobres agotados y enfermos: se les ofrece una pequeña embriaguez y locura.

90

Luces y sombras

Los libros y escritos de pensadores distintos son también distintos: uno ha reunido en el libro las luces que supo robar y llevarse a casa, con gran habilidad y rapidez, de los rayos de un conocimiento que brilló durante un momento para él; otro reproduce solo las sombras, las impresiones

luminosas en gris y negro que quedan en su retina de lo que el día anterior se alzó en su alma.

91

Precaución

Como es sabido, Alfieri mentía mucho cuando contaba su vida a sus asombrados contemporáneos. Mentía a impulsos de aquel despotismo hacia sí mismo que demostraba, por ejemplo, en el modo en que creaba su propio lenguaje y se tiranizaba hasta convertirse en autor: había encontrado por fin una forma rigurosa de sublimidad en la que *introducía a presión* su vida y su memoria, lo que no debía de ser tortura pequeña. Yo tampoco daría crédito a una biografía de Platón escrita por él mismo: igual de poco que a la de Rousseau o a la *vita nuova* de Dante.

92

Prosa y poesía

Téngase en cuenta que los grandes maestros de la prosa casi siempre han sido también poetas, ya sea públicamente o solo en secreto y «para casa»; y, en verdad, ¡solo se escribe buena prosa *teniendo a la vista la poesía*! Pues la prosa es una ininterrumpida guerra cortés con la poesía: todos sus encantos consisten en esquivar y contradecir constantemente a la poesía; todo lo abstracto quiere ser recitado como picardía contra esta y como con voz burlona; toda sequedad y frialdad debe llevar a la encantadora diosa a una encantadora desesperación; con frecuencia hay acercamientos, reconciliaciones por un instante, y después un repentino saltar hacia atrás y reírse del otro; con frecuencia se levanta el telón y se deja pasar una luz chillona cuando en ese preciso momento la diosa estaba

disfrutando sus crepúsculos y colores apagados; con frecuencia se le quita la palabra de la boca y se canta siguiendo una melodía ante la que ella se tapa sus finas orejitas con sus finas manos: y así hay mil diversiones de la guerra, las derrotas incluidas, de las que los poco poéticos, los denominados hombres de prosa, no saben absolutamente nada: ¡solo escriben y hablan mala prosa! *La guerra es la madre de todas las cosas buenas*, ¡la guerra es también la madre de la buena prosa! Cuatro hombres muy poco comunes y verdaderamente poéticos han sido los que han llegado en este siglo a la maestría de la prosa, para la que, por lo demás, no está hecho este siglo: por falta de poesía, como hemos indicado. Prescindiendo ahora de Goethe, a quien, como es justo, reivindica el siglo que lo produjo, solo veo dignos de llamarse maestros de la prosa a Giacomo Leopardi, Prosper Mérimée, Ralph Waldo Emerson y Walter Savage Landor, el autor de las *Imaginary Conversations*.

93

Pero ¿por qué escribes entonces?

A: No soy de los que *piensan* con la pluma húmeda en la mano; y todavía menos de los que delante del tintero abierto se abandonan a sus pasiones, sentados en su silla y mirando fijamente al papel. Me irrito o avergüenzo de todo escribir; escribir es para mí una necesidad fisiológica, hablar de ello, aunque solo sea metafóricamente, me repugna.

B: Pero ¿por qué escribes entonces?

A: Mira, querido, en confianza: hasta ahora no he encontrado otro medio para *librarme* de mis pensamientos.

B: Y ¿por qué quieres librarte de ellos?

A: ¿Que por qué quiero? ¿Acaso quiero? Tengo que hacerlo.

B: ¡Basta, basta!

94

Crecimiento tras la muerte

Aquellas pequeñas palabras osadas sobre asuntos morales que Fontenelle arrojó en sus inmortales *Diálogos de los muertos* pasaban en su época por paradojas y juegos de un ingenio no del todo inocente; ni siquiera los más altos jueces del gusto y del espíritu veían más en ellas; es más, quizá el propio Fontenelle tampoco. Ahora acontece algo increíble: ¡estos pensamientos se convierten en verdades! ¡La ciencia los demuestra! ¡El juego se convierte en cosa seria! Y leemos aquellos diálogos con una sensación distinta de la que experimentaban Voltaire y Helvecio al leerlos, e involuntariamente elevamos a su autor a una categoría de los espíritus distinta y *mucho más alta* que aquella a la que ellos lo elevaron, ¿con razón?, ¿sin razón?

95

Chamfort

Que un conocedor de las personas y de la masa como Chamfort precisamente se pusiese del lado de la masa, y no permaneciese al margen en renunciación y actitud de rechazo filosóficas, es algo que no acierto a explicarme de otro modo que así: en él era más fuerte que su sabiduría un instinto concreto y que nunca había sido satisfecho, el odio a la nobleza de sangre, quizá el viejo odio, harto explicable, de su madre, canonizado en él por el amor a su madre: un instinto de venganza desde su niñez que esperaba el momento de vengar a su madre. Y resulta que la vida y su genio y —¡ay!, lo que más, probablemente— la sangre paterna que corría por sus venas lo habían seducido a inscribirse en las filas de precisamente esa nobleza y a equipararse a ella, ¡durante muchos, muchos años! Pero al final

ya no soportaba el aspecto que ofrecía él mismo, el aspecto del «hombre antiguo» bajo el antiguo régimen; ¡cayó en una fuerte pasión penitencial, y llevado *por ella* se puso el traje del populacho como su especie de hábito de áspero sayal! Su mala conciencia era haber omitido la venganza. Suponiendo que Chamfort hubiese permanecido entonces un grado más filósofo, la revolución no habría adquirido su ingenio trágico y su más aguzado aguijón: se la consideraría un acontecimiento mucho más estúpido, y no una seducción tal de los espíritus. Pero el odio y la venganza de Chamfort educaron a toda una generación: y los hombres más ilustres cursaron esa escuela. Téngase en cuenta, si no, que Mirabeau veía a Chamfort como a su yo más elevado y más viejo, del que esperaba y soportaba impulsos, advertencias y fallos judiciales: Mirabeau, que como persona pertenece a un rango de grandeza enteramente distinto que los primeros entre los grandes estadistas de ayer y hoy. Es muy raro que, a pesar de un amigo y abogado como ese —pues tenemos las cartas de Mirabeau a Chamfort— el más ingenioso de todos los moralistas siga siendo para los franceses un extraño, no de otro modo que Stendhal, que quizá entre todos los franceses de *este* siglo sea el que ha tenido los ojos y oídos más ricos en ideas. ¿Puede ser que en el fondo Stendhal tuviese en sí demasiado de alemán y de inglés como para seguir resultando soportable a los parisinos? ¡Mientras que Chamfort, un hombre rico en profundidades y trasfondos del alma, tétrico, doliente, ardiente, un pensador que encontraba que la risa es necesaria como el fármaco contra la vida, y que casi se daba por perdido cada día que no había reído, más parece un italiano consanguíneo de Dante y Leopardi que un francés! Se sabe cuáles fueron las últimas palabras de Chamfort: «*Ah!, mon ami*», dijo a Siéyes, «*je m'en vais enfin de ce monde, ou ilfaut que le coeur se brise ou se bronze*[24]». Estas no son, qué duda cabe, palabras de un francés moribundo.

96

Dos oradores

De estos dos oradores, uno solamente tiene toda la razón cuando se abandona a la pasión: solo esta le bombea al cerebro la sangre y el calor suficientes para forzar su elevada espiritualidad a revelarse. El otro puede que aquí y allá intente hacer lo mismo: exponer su asunto, con ayuda de la pasión, de modo sonoro, enérgico y arrebatador… pero usualmente con malos resultados. Muy pronto está hablando ya de modo oscuro y confuso, exagera, se va por las ramas y hace desconfiar de que tenga razón en lo que dice: es más, él mismo nota esa desconfianza, y así se explican sus repentinos saltos a los tonos más fríos y repelentes, que despiertan en el oyente la duda de si todo su apasionamiento ha sido auténtico. En él, la pasión, quizá por ser más fuerte que en el primero, anega siempre el espíritu. Pero él está a la altura de su fuerza cuando resiste el asalto impetuoso de su sensación y, por así decir, se burla de ese asalto: solo entonces sale su espíritu por entero de su escondite, un espíritu lógico, burlón, juguetón, y sin embargo terrible.

97

De la charlatanería de los escritores

Hay una charlatanería de la ira, frecuente en Lutero, también en Schopenhauer. Una charlatanería que procede de unas reservas demasiado grandes de fórmulas conceptuales, como sucede en Kant. Una charlatanería por el placer en dar constantemente nuevos giros a la misma cosa: se la encuentra en Montaigne. Una charlatanería de naturalezas maliciosas: quien lea escritos de esta época se acordará a este respecto de dos escritores. Una charlatanería por el placer en buenas palabras y en formas lingüísticas: no es rara en la prosa de Goethe. Una charlatanería procedente de la complacencia interna en el estruendo y en la confusión de las sensaciones: se halla, por ejemplo, en Carlyle.

98

En honor de Shakespeare

Lo más bello que sabría decir en honor de Shakespeare, *del hombre*, es esto: ¡creyó en Bruto y no lanzó ni una pizca de desconfianza sobre ese tipo de virtud! A él consagró su mejor tragedia —se la sigue llamando todavía con un nombre equivocado—, a él y al más terrible dechado de moral elevada. ¡Independencia del alma! De esto es de lo que aquí se trata. Ningún sacrificio que se le haga puede ser demasiado grande: es necesario poder sacrificarle hasta nuestro amigo más querido —también aunque sea la persona más magnífica, el adorno del mundo, el genio sin igual— cuando se ama la libertad como la libertad de almas grandes y por causa de él amenaza un peligro a *esa* libertad: ¡así es como tiene que haber sentido Shakespeare! La altura a la que pone a César es el más delicado honor que podía tributar a Bruto: ¡solo así eleva su problema interno a la categoría de lo enorme, e igualmente la fuerza anímica que podía cortar *ese nudo*! Y ¿fue realmente la libertad política lo que empujó a este poeta a tener comprensión con Bruto, lo que lo hizo cómplice de Bruto? ¿O era la libertad política solamente un símbolo de algo inexpresable? ¿Estamos quizá ante un oscuro acontecimiento y una oscura aventura del alma del propio poeta que han permanecido desconocidos y de los que él solo quiso hablar por signos? ¡Qué es toda la melancolía de Hamlet comparada con la melancolía de Bruto!, ¡y quizá Shakespeare conociese por propia experiencia también esta, igual que conocía aquella! ¡Quizá tuviese también su hora oscura y su ángel malo, igual que Bruto! Sean cuales fueren los parecidos y las referencias secretas de ese tipo que pueda haber habido: ante la figura entera y la virtud de Bruto, Shakespeare se postró en tierra y se sintió indigno y lejano, y el testimonio de ello lo dejó escrito en su tragedia. Dos veces presentó en ella un poeta, y dos veces sacudió sobre él un desprecio tan impaciente y último que suena como un grito: como el grito del autodesprecio. Bruto, hasta Bruto pierde la paciencia cuando aparece el

poeta, engreído, altisonante, impertinente, como suelen ser los poetas, como un ser que parece rebosar posibilidades de grandeza, también de grandeza moral, y que sin embargo en la filosofía de la acción y de la vida rara vez llega siquiera a la honradez común. «¡*Sabré soportar su genialidad* cuando él sepa ser oportuno, fuera con este loco danzante!»[25], exclama Bruto. Retradúzcase esto al alma del poeta que lo escribió.

99

Los seguidores de Schopenhauer

Lo que se echa de ver cuando pueblos civilizados entran en contacto con los bárbaros —a saber, que regularmente la cultura inferior empieza tomando de la superior los vicios, debilidades y excesos de esta y sintiendo que ejerce sobre sí un estímulo, para, finalmente, mediante los vicios y debilidades adquiridos, dejar que rebose y fluya sobre ella misma algo de la fuerza con contenido en valores de la cultura superior— podemos verlo también cerca de nosotros y sin necesidad de viajar a los pueblos bárbaros, si bien algo refinada y espiritualizadamente y sin que sea tan fácil de tocar con las manos. Pues ¿qué es lo primero que suelen tomar de su maestro los seguidores de *Schopenhauer* en Alemania (en comparación con la cultura superior de este, tienen que verse a sus propios ojos como lo suficientemente bárbaros para empezar siendo fascinados y seducidos por él al modo en que lo son los bárbaros)? ¿Su duro sentido de los hechos, su buena voluntad de claridad y razón, que con frecuencia lo hacen aparecer tan inglés y tan poco alemán? ¿O la fuerza de su conciencia intelectual, que durante toda su vida *soportó* una contradicción entre ser y querer y que lo forzó a contradecirse en sus escritos constantemente y en casi todos los puntos? ¿O su pulcritud en cosas de la Iglesia y del Dios cristiano? (Pues en eso fue pulcro como no lo había sido hasta ese momento ningún filósofo alemán, de modo que vivió y murió «como volteriano»). ¿O sus inmortales doctrinas de la intelectualidad de la intuición, de la aprioridad de la ley de la

causalidad, de la naturaleza de instrumento del intelecto y de la falta de libertad de la voluntad? No, todo esto no encanta y no se siente como encantador: pero las perplejidades y escapatorias místicas de Schopenhauer, en aquellos lugares en que el pensador de hechos se deja seducir y echar a perder por la vanidosa pulsión de ser el descifrador del enigma del mundo, la indemostrable doctrina de la *voluntad única* («todas las causas son solamente causas ocasionales de la aparición de la voluntad en este momento, en este lugar», «en todo ser, también en el más pequeño, la voluntad de vivir está entera e indivisa, tan completamente como en los que han sido, son y serán, en todos ellos juntos»), la *negación del individuo* («todos los leones son en el fondo un solo león», «la pluralidad de individuos es una apariencia», igual que también la *evolución* es solo una apariencia: llama a la idea de De Lamarck «error genial y absurdo»), sus desaforadas fantasías acerca del *genio* («en la intuición estética el individuo ya no es individuo, sino sujeto de conocimiento puro, sin voluntad, sin dolor, atemporal»; «el sujeto, al desaparecer por entero en el objeto intuido, se ha convertido en ese objeto mismo»), el sinsentido en que cae cuando ve la *compasión*, y la transgresión del *principium individuationis* que en ella se posibilita, como la fuente de toda moralidad, incluidas afirmaciones como la de que «morir es propiamente la finalidad de la existencia», «no cabe negar a priori de plano la posibilidad de que de alguien que ya esté muerto emane un efecto mágico»: estos *excesos* y vicios del filósofo, y otros parecidos, son siempre los primeros en ser aceptados y convertidos en cosa de fe: y es que vicios y excesos son siempre lo más fácil de imitar, y no requieren un largo ejercicio previo. Pero hablemos del más famoso de los *schopenhauerianos* vivos, de Richard Wagner. Le ha sucedido lo mismo que ya a más de un artista: se equivocó en la interpretación de las figuras creadas por él mismo y malentendió la filosofía inexpresada de su arte más propio. Richard Wagner se dejó extraviar hasta la mitad de su vida por Hegel; volvió a hacer lo mismo cuando más tarde leyó en sus figuras la doctrina de Schopenhauer y empezó a formularse a sí mismo con «voluntad», «genio» y «compasión». A pesar de ello, seguirá siendo verdad que nada va tanto contra el espíritu de Schopenhauer como lo propiamente

wagneriano de los héroes de Wagner: me refiero a la inocencia del más alto egocentrismo, a la fe en la gran pasión como lo bueno en sí, a lo *sigfrídico* del rostro de sus héroes, en una palabra. «Todo esto huele antes a Spinoza que a mí», diría quizá Schopenhauer. Por buenas que fuesen, así pues, las razones de Wagner para poner los ojos precisamente en filósofos distintos de Schopenhauer: el encantamiento al que sucumbió en lo referente a ese pensador lo cegó no solo para todos los demás filósofos, sino incluso para la ciencia misma; todo su arte quiere presentarse, cada vez más, como pareja y complemento de la filosofía *schopenhaueriana* y renuncia, cada vez más expresamente, a la ambición superior de convertirse en pareja y complemento del conocimiento y de la ciencia humanos. Y no solo lo estimula a ello todo el misterioso boato de esa filosofía, que quizá habría estimulado también a un Cagliostro: ¡también los gestos individuales y las emociones de los filósofos han sido siempre seductores! *Schopenhaueriano* es, por ejemplo, el acaloramiento de Wagner por la corrupción de la lengua alemana; y si en ese punto se debería aprobar la imitación, no es lícito silenciar tampoco que el estilo de Wagner mismo adolece no poco de todas las úlceras y tumores cuya contemplación ponía tan furioso a Schopenhauer y que, en lo que respecta a los *wagnerianos* que escriben en alemán, las *wagnerianadas* empiezan a resultar tan peligrosas como solo las *hegelianadas* lo resultaron. *Schopenhaueriano* es el odio de Wagner contra los judíos, con los que él no es capaz de ser justo ni siquiera en lo tocante a su mayor hazaña: no en vano los judíos son los inventores del cristianismo. *Schopenhaueriano* es el intento de Wagner de comprender el cristianismo como un grano de budismo traído por el viento y de preparar para Europa, en un acercamiento temporal a fórmulas y sensaciones católico-cristianas, una época budista. *Schopenhaueriana* es la prédica de Wagner en pro de la misericordia en el trato con los animales; como es sabido, el precursor de Schopenhauer en este punto fue Voltaire, quien quizá ya también, igual que sus seguidores, supo revestir de misericordia hacia los animales su odio hacia ciertas cosas y personas. Al menos, el odio de Wagner hacia la ciencia expresado en su prédica no está infundido ciertamente por el espíritu de la compasión y la bondad, ni tampoco, como se entiende de suyo, por el

espíritu en general. En último término, poco importa la filosofía de un artista, siempre y cuando sea precisamente solo una filosofía subsiguiente y no haga daño a su arte mismo. Nunca nos guardaremos lo suficiente de irritarnos con un artista solamente por causa de una mascarada ocasional, quizá muy infeliz y pretenciosa; no olvidemos que los queridos artistas son y tienen que ser, todos sin excepción, un poco actores, y que a la larga difícilmente aguantarían sin actuar. Permanezcamos fieles a Wagner en lo que en él es *verdadero* y originario, especialmente permaneciendo nosotros sus discípulos fieles a nosotros mismos en lo que en nosotros sea verdadero y originario. Dejémosle sus caprichos y espasmos intelectuales, ¡consideremos más bien, como es justo, qué extraños alimentos y necesidades fisiológicas le es *lícito* tener a un arte como el suyo para poder vivir y crecer! Nada importa que con tanta frecuencia no tenga razón como pensador; la justicia y la paciencia no son *lo suyo*. Bastante es que su vida tenga y acabe teniendo razón a sus propios ojos: esta vida que a cada uno de nosotros nos grita: «¡Sé un hombre y no me sigas a mí!, ¡sino a ti!, ¡sino a ti!». ¡También *nuestra* vida debe acabar teniendo razón a nuestros propios ojos! ¡También nosotros debemos ser libres y sin miedo, y crecer y florecer desde nosotros mismos en inocente egotismo! Y así, al contemplar un hombre como ese resuenan en mis oídos estas frases, hoy igual que antaño: «que la pasión es mejor que el estoicismo y la hipocresía; que ser honrado, incluso en el mal, es mejor que perderse entregándose a la moralidad de la tradición; que el hombre libre puede ser tanto bueno como malo, mientras que el hombre que no es libre es una vergüenza para la naturaleza y no tiene parte en consuelo alguno celestial ni terreno; finalmente, que *todo el que quiere llegar a ser libre tiene que llegar a serlo por sí mismo*, y que a nadie le cae la libertad en el regazo como si se tratase de un regalo milagroso». (*Richard Wagner en Bayreuth*, p. 94).

100

Aprender a rendir pleitesía

También a rendir pleitesía tienen que aprender los hombres, igual que a despreciar. Todo el que sigue nuevas vías y ha llevado a muchos por nuevas vías descubre con asombro qué poco hábiles y qué pobres son esos muchos en la expresión de su agradecimiento, es más, qué rara vez *pueden* siquiera expresar el agradecimiento. Es como si a este último, siempre que quisiese hablar, se le atragantase algo, de modo que solo carraspease, y al carraspear volviese a enmudecer. El modo en que a un pensador se le hace sentir los efectos de sus pensamientos y el poder de transformar y estremecer que estos tienen es casi una comedia; en ocasiones parece como si aquellos sobre los que ha surtido efecto en el fondo se sintiesen ofendidos por ello y no supiesen expresar su independencia —amenazada, según temen— más que con todo tipo de ordinarieces. Hacen falta generaciones enteras para inventar aunque solo sea una convención cortés del agradecimiento, y tarda mucho en llegar el momento en el que una especie de espíritu y genialidad entra hasta en el agradecimiento: suele haber entonces alguien que es el gran receptor de agradecimiento, no solo por lo que él mismo haya hecho de bueno, sino la mayor parte de las veces por lo que han ido acumulando sus predecesores poco a poco como un tesoro de lo más alto y mejor.

101

Voltaire

Dondequiera que había una corte era ella la que daba la ley del buen hablar, y por tanto también la ley del estilo para todos los que escribían. Pero el lenguaje de la corte es el lenguaje del cortesano que *no tiene especialización alguna* y que incluso en conversaciones sobre asuntos científicos se prohíbe todas las expresiones técnicas cómodas porque saben a especialización, y por eso la expresión técnica, y todo lo que delata al especialista, es en los países de cultura cortesana una *mancha del estilo*. Ahora que todas las cortes han llegado a ser caricaturas de entonces y de ahora, nos asombramos de ver en este punto incluso a Voltaire

indeciblemente adusto y exageradamente exigente (por ejemplo, en su juicio sobre estilistas como Fontenelle y Montesquieu): ¡y es que todos nosotros estamos emancipados del gusto cortesano, mientras que Voltaire es quien lo llevó a su *plenitud*!

102

Una palabra para los filólogos

Que hay libros tan valiosos y dignos de reyes que se ha dado un buen empleo a generaciones enteras de eruditos cuando, gracias a su esfuerzo, esos libros se conservan puros e inteligibles: para consolidar esa fe una y otra vez es para lo que existe la filología. Presupone que no faltan aquellos hombres poco comunes (aunque no se los ve enseguida) que realmente saben utilizar libros tan valiosos: serán probablemente aquellos que hacen o podrían hacer esos libros ellos mismos. Yo diría que la filología presupone una fe noble, a saber, que en beneficio de unos pocos que siempre «vendrán» y todavía no existen es preciso dejar terminada de antemano una cantidad muy grande de trabajo penoso, incluso poco limpio: es todo él trabajo *in usum Delphinorum*[26].

103

De la música alemana

La música alemana, más que cualquier otra, es ahora la música europea, y lo es ya por el hecho de que solo en ella ha recibido expresión el cambio experimentado por Europa a causa de la revolución: solo los músicos alemanes están duchos en la expresión de masas populares agitadas, en aquel enorme estrépito artístico que no necesita ser ni siquiera muy ruidoso, mientras que, por ejemplo, la ópera italiana solo conoce coros de criados o

soldados, pero no un «pueblo». A ello se añade que en toda la música alemana cabe entreoír unos profundos celos burgueses de la *noblesse*, especialmente del *esprit* y la *élégance* en tanto que expresiones de una sociedad cortesana, caballeresca, vieja, segura de sí misma. No es una música como la del cantor goethiano ante la puerta que gusta también «en la sala», y concretamente al rey; en ella no se dice: «los caballeros lanzaban miradas valerosas, y las bellas bajaban la vista a su regazo». Ni siquiera la gracia comparece en la música alemana sin sufrir el asalto de los remordimientos de conciencia; solo en la gentileza, la hermana campestre de la gracia, empieza el alemán a sentirse totalmente moral, y desde ahí va subiendo cada vez más hacia su «sublimidad» delirante, erudita y con frecuencia malhumorada: la sublimidad beethoveniana. Si queremos pensar la persona para esta música, pensemos precisamente en Beethoven tal y como aparece junto a Goethe, por ejemplo con ocasión de aquel encuentro en Teplitz: como la semibarbarie junto a la cultura, como el pueblo junto a la nobleza, como el hombre bondadoso junto al bueno y más que «bueno», como el fantasioso junto al artista, como el necesitado de consuelo junto al consolado, como el exagerado y sospechoso junto al equitativo, como el mohíno y autotorturador, como el insensato-extasiado, el bienaventurado-infeliz, el ingenuo-desmesurado, como el arrogante y tosco, y, en suma, como «el hombre no domeñado»: así sintió y designó a Beethoven el propio Goethe, ¡Goethe, el alemán de excepción, para el que todavía no se ha encontrado una música que esté a su altura! En último término, considérese aún si no cabrá comprender aquel desprecio de la melodía y aquel atrofiamiento del sentido melódico, que cada vez están haciendo más estragos entre los alemanes, como una ordinariez democrática y una repercusión de la revolución. Y es que la melodía tiene tal placer abierto por la legalidad y tal repugnancia por todo lo que está haciéndose, por todo lo que es informe y arbitrario, que resuena como un son procedente del *viejo* orden de las cosas europeas y como la seducción y el retorno hacia este.

104

Del sonido de la lengua alemana

Se sabe de dónde procede el alemán que desde hace un par de siglos viene siendo el alemán escrito general. Los alemanes, con su veneración por todo lo que procedía de la *corte*, tomaron como ejemplo deliberadamente las cancillerías en todo lo que tenían que *escribir*, y especialmente en sus cartas, escrituras, testamentos, etc. Escribir al modo de las cancillerías era escribir al modo de la corte y el gobierno: cosa distinguida, en comparación con el alemán de la ciudad concreta en la que se vivía. Después se fue extrayendo paulatinamente la correspondiente conclusión y se empezó a hablar como se escribía: así se era cada vez más distinguido, en las formas de las palabras, en la elección de las palabras y giros y en último término también en el sonido: se afectaba un sonido cortesano cuando se hablaba, y la afectación acabó convirtiéndose en naturaleza. Quizá no haya sucedido algo enteramente igual en lugar alguno: la preponderancia del estilo escrito sobre la lengua hablada, y los melindres y el hacerse el distinguido de todo un pueblo como base de una lengua común que ya no era dialectal. Creo que el sonido de la lengua alemana era en la Edad Media, y especialmente después de la Edad Media, profundamente aldeano y vulgar: durante los últimos siglos se ha ennoblecido algo, especialmente debido a que se creyó necesario —sobre todo lo creyó así la nobleza alemana (y austríaca), que no podía conformarse en modo alguno con la lengua materna— imitar tantos sonidos franceses, italianos y españoles. Pero a Montaigne, y no digamos a Racine, el alemán tiene que haberles sonado, a pesar de ese ejercitamiento, insoportablemente vulgar: e incluso ahora en boca de los viajeros, en medio del populacho italiano, sigue sonando muy tosco, como salido de los bosques, ronco, como si procediese de estancias llenas de humo y de regiones desapacibles. Pues bien, noto que ahora vuelve a hacer estragos entre los antiguos admiradores de las cancillerías un impulso semejante hacia el sonido distinguido, y que los alemanes empiezan a plegarse a un

«encanto sonoro» enteramente extraño, que a la larga podría llegar a ser un peligro real para la lengua alemana: en vano se buscará sonidos más horribles en toda Europa. Algo sarcástico, frío, indiferente y descuidado en la voz: esto les suena ahora a los alemanes «distinguido», y oigo la buena voluntad de llegar a esa distinción en las voces de los funcionarios y profesores jóvenes, de las mujeres jóvenes y de los comerciantes jóvenes; hasta las niñas pequeñas imitan ya este alemán de oficial. Pues el oficial, y concretamente el prusiano, es el inventor de estos sonidos: este mismo oficial que como militar y buen profesional posee aquel admirable tacto de la modestia del que todos los alemanes tendrían que aprender (¡los profesores y los músicos alemanes incluidos!). Pero tan pronto habla y se mueve es la figura más inmodesta y de peor gusto de la vieja Europa: ¡sin ser consciente de sí misma, no cabe duda! Y tampoco son conscientes de ella los buenos alemanes que admiran en el oficial al hombre de la primera y más distinguida sociedad y dejan con gusto que sea él quien «marque la pauta». ¡Y eso es lo que hace!, y los cabos y suboficiales son los primeros que imitan su tono y lo hacen más burdo. Préstese atención a las voces de mando que literalmente rodean con su bramido las ciudades alemanas, ahora que se hace la instrucción delante de todas sus puertas: ¡qué arrogancia, qué airado sentimiento de la autoridad, qué burlona frialdad resuena en ese bramido! ¿Son realmente los alemanes un pueblo musical? Lo seguro es que ahora los alemanes se están militarizando en el sonido de su lenguaje: es probable que, ejercitados en hablar militarmente, acaben también por escribir militarmente. Pues acostumbrarse a determinados sonidos hace hondo efecto en el carácter: ¡pronto se tiene las palabras y giros, y finalmente también las ideas, que se adecúan precisamente a ese sonido! Quizá se escriba ya ahora al modo de los oficiales, quizá sea sencillamente que no leo lo suficiente de lo que se escribe ahora en Alemania. Pero una cosa sé con tanta más seguridad: las manifestaciones públicas alemanas que calan hasta el extranjero no están inspiradas por la música alemana, sino precisamente por ese nuevo sonido y por su arrogancia de mal gusto. En casi todos los discursos del primer estadista alemán, e incluso cuando se deja oír a través de su vocero imperial, hay un

acento que el oído de un extranjero rechaza con repugnancia, aunque los alemanes lo soportan: se soportan a sí mismos.

105

Los alemanes como artistas

Cuando el alemán cae realmente en la pasión (¡y no solo, como es usual, en la buena voluntad de llegar a la pasión!) se comporta en ella justo como tiene que hacerlo, y no dedica más atención a su comportamiento. Pero la verdad es que entonces se comporta con muy poca habilidad y muy feamente y como sin compás y melodía, de modo que lo único que los espectadores sienten al verlo es vergüenza ajena o compasión, *a no ser que* él se remonte hasta lo sublime y arrebatado de que son capaces algunas pasiones. ¡Hasta el alemán llega entonces a ser *bello*! El presentimiento de *cuál es la altura* a la que la belleza empieza a derramar su encanto incluso sobre los alemanes empuja a los artistas alemanes hacia la altura y hacia más allá de la altura misma, hacia los excesos de la pasión: un profundo deseo real, así pues, de salir de la fealdad y de la falta de habilidad, al menos de mirar hacia fuera de ellas, hacia un mundo mejor, más ligero, más meridional, más soleado. Y, así, en ocasiones sus espasmos son solamente indicios de que querrían *bailar*: ¡estos pobres osos, en los que hacen de las suyas escondidas ninfas y escondidos dioses de los bosques, y a veces deidades todavía más altas!

106

Música como abogada

«Tengo sed de un maestro del arte musical», dijo un innovador a sus discípulos, «sed de que aprenda mis ideas y de que en adelante las diga en

su lengua: así penetraré mejor en el oído y en el corazón de los hombres. Con sonidos se puede seducir a los hombres a todos los errores y a todas las verdades: ¿quién podría *refutar* un sonido?». «Así pues, ¿querrías ser considerado irrefutable?», dijo su discípulo. El innovador repuso: «Me gustaría que la semilla se convirtiese en árbol. Para convertirse en árbol, una doctrina tiene que ser creída durante bastante tiempo, y para ser creída tiene que ser considerada irrefutable. Al árbol le hacen falta tormentas, dudas, gusanos, maldad, para revelar el tipo y la fuerza de su semilla; ¡y que se rompa si no es lo suficientemente fuerte! ¡Pero una semilla solo puede ser aniquilada, no refutada!». Cuando el innovador terminó de hablar, su discípulo exclamó con gran impetuosidad: «Pero yo creo en tu causa y la considero tan fuerte que diré todo, todo, lo que tengo aún contra ella en mi corazón». El innovador se rio para sus adentros y lo amenazó con el dedo. «Este tipo de discípulos», dijo después, «es el mejor, pero es peligroso, y no todo tipo de doctrina lo tolera».

107

Nuestro último agradecimiento por el arte

Si no hubiésemos dicho que las artes eran buenas y no hubiésemos inventado esa especie de culto de lo que no es verdadero, el conocimiento de la universal falta de verdad y de la universal falsía que nos viene dado ahora por la ciencia, el conocimiento de la ilusión y del error como condiciones de la existencia que conoce y que siente, no se podría soportar en modo alguno. La *sinceridad* iría seguida de la repugnancia y el suicidio. Nuestra sinceridad, empero, tiene un poder opuesto a ella que nos ayuda a esquivar esas consecuencias: el arte, en su calidad de *buena* voluntad de apariencia. No siempre prohibimos a nuestro ojo redondear, componer hasta el final: y entonces ya no es la imperfección eterna lo que llevamos a la otra orilla del río del devenir, entonces pensamos que llevamos a una *diosa* y estamos infantilmente orgullosos al prestar ese servicio. Como fenómeno

estético, la existencia nos sigue siendo *soportable*, y a través del arte nos han sido dados ojos y manos, y sobre todo la buena conciencia, para *poder* hacer de nosotros mismos un fenómeno de ese tipo. Temporalmente tenemos que descansar de nosotros mismos por el procedimiento de mirarnos a nosotros mismos de arriba a abajo y, desde una distancia artística, reírnos *de* nosotros o llorar *por* nosotros; tenemos que descubrir el *héroe* e igualmente el *bufón* que anidan en nuestra pasión del conocimiento, ¡tenemos que alegrarnos de vez en cuando de nuestra insensatez a fin de poder seguir alegrándonos de nuestra sabiduría! Y precisamente porque en el fondo somos personas graves y serias, y somos más pesas que personas, nada nos hace tanto bien como el *gorro de pícaro*: lo necesitamos a nuestros propios ojos, necesitamos todo el arte arrogante, que se cierne en el aire, danzarín, burlón, pueril y bienaventurado, a fin de no perder la *libertad sobre las cosas* exigida de nosotros por nuestro ideal. Sería para nosotros una *recaída* dar por entero en la moral precisamente con nuestra excitable sinceridad, y terminar convirtiéndonos incluso, por causa de las exigencias más que rigurosas que nos marcamos ahí a nosotros mismos, en monstruos y espantapájaros virtuosos. Debemos también *poder* mantenernos en pie por encima de la moral: ¡y no solo mantenernos en pie, con la miedosa tiesura del que teme resbalar y caer en cualquier instante, sino también cernernos y jugar por encima de ella! Para ello, ¿cómo podríamos prescindir del arte y del bufón? ¡Y mientras os sigáis *avergonzando* de algún modo de vosotros mismos, no podréis contaros aún entre los nuestros!

LIBRO TERCERO

108

Nuevas luchas

Con Buda ya muerto, durante siglos se siguió enseñando su sombra en una cueva: una sombra enorme y horrible. Dios ha muerto: pero, tal y como son los hombres, seguirá habiendo, quizá durante milenios, cuevas en las que se enseñe su sombra. Y nosotros, ¡nosotros tenemos que vencer aún a su sombra!

109

¡Guardémonos!

Guardémonos de pensar que el mundo es un ser vivo. ¿Hacia dónde iba a extenderse? ¿De qué iba a alimentarse? ¿Cómo podría crecer y multiplicarse? Sabemos más o menos qué es lo orgánico: ¿vamos acaso a reinterpretar lo indeciblemente derivado, tardío, raro y casual que percibimos solamente sobre la corteza de la tierra en lo esencial, universal, eterno, como hacen los que llaman organismo al universo? Repugnancia me produce. Guardémonos ya de creer que el universo sea una máquina; es seguro que no está diseñado con vistas a una finalidad concreta, con la palabra «máquina» le tributamos un honor demasiado elevado.

Guardémonos de presuponer en general y por doquier algo tan pleno de forma como los movimientos cíclicos de nuestras estrellas vecinas; ya una mirada a la Vía Láctea suscita dudas acerca de si no habrá allí movimientos mucho menos elaborados y mucho más contradictorios, asimismo estrellas que sigan eternamente una trayectoria rectilínea y otras cosas semejantes. El orden astral en el que vivimos es una excepción; ese orden y la duración, bastante larga, que ha producido posibilitan a su vez la excepción de las excepciones: la formación de lo orgánico. Por el contrario, el carácter total del mundo es el de un caos eterno, caos no en el sentido de la falta de necesidad, sino en el de la falta de orden, estructura, forma, belleza, sabiduría y comoquiera que llamemos a nuestras humanidades estéticas. Juzgando desde nuestra razón, los intentos fallidos son, con mucho, la regla, las excepciones no son el objetivo oculto, y todo el mecanismo de la caja de música repite eternamente su melodía, a la que nunca le es lícito llevar el nombre de melodía, y al cabo incluso el término «intento fallido» es ya un antropomorfismo que incluye en sí un reproche. Ahora bien, ¡cómo podría sernos lícito reprender o elogiar al universo! Guardémonos de achacarle dureza de corazón y sinrazón, o sus opuestos: ¡no es perfecto, ni bello, ni noble, y no quiere llegar a ser nada de eso, no aspira en modo alguno a imitar al hombre! ¡No lo afecta ninguno de nuestros juicios estéticos y morales! No tiene tampoco instinto de conservación ni ningún otro instinto; tampoco conoce ley alguna. Guardémonos de decir que hay leyes en la naturaleza. Hay solo necesidades: no hay nadie que mande, nadie que obedezca, nadie que transgreda. Cuando sabéis que no hay fines sabéis también que no hay casualidad: pues solo en referencia a un mundo de fines tiene sentido la palabra «casualidad». Guardémonos de decir que la muerte se contrapone a la vida. El ser vivo es solo una especie del muerto, y una especie muy escasa. Guardémonos de pensar que el mundo crea eternamente cosas nuevas. No hay sustancias eternamente persistentes; la materia es un error, igual que lo es el Dios de los eleáticos. ¡Cuándo dejaremos de pensar que algo cuida de nosotros o nos ampara! ¿Cuándo cesarán de oscurecernos todas esas sombras de Dios? ¡Cuándo habremos desdivinizado la naturaleza por entero! ¡Cuándo nos será lícito empezar a

naturalizarnos, a nosotros los hombres, con la naturaleza pura, nuevamente encontrada, nuevamente redimida!

110

Origen del conocimiento

Durante periodos de tiempo enormes el intelecto no ha engendrado más que errores; algunos de ellos resultaron útiles para conservar la especie: quien cayó en ellos, o los recibió por herencia, libró su lucha a favor de sí mismo y de sus descendientes con mayor fortuna. Tales artículos de fe erróneos que se fueron heredando, y que al final se convirtieron casi en el patrimonio básico de la especie humana, son, por ejemplo, estos: que hay cosas permanentes, que hay cosas iguales, que hay cosas, sustancias, cuerpos, que una cosa es aquello en calidad de lo cual aparece, que nuestra voluntad es libre, que lo que es bueno para mí es bueno también en y por sí mismo. Fue muy tarde cuando salieron a escena los negadores y dudadores de esos artículos, muy tarde cuando salió a escena la verdad, que es la forma de conocimiento menos vigorosa que existe. Parecía que no se podía vivir con ella, nuestro organismo estaba configurado para lo opuesto a ella; todas sus funciones elevadas, las percepciones de los sentidos y todo tipo de sensación en general, trabajaban con aquellos antiquísimos errores fundamentales asimilados. Es más: aquellos artículos se convirtieron incluso, dentro del conocimiento, en las normas con arreglo a las que se medía lo «verdadero» y lo «no verdadero», hasta llegar a las más apartadas regiones de la lógica pura. Así pues, el *vigor* de los conocimientos no reside en su grado de verdad, sino en su edad, en su haber sido asimilados, en su carácter como condición de la vida. Allí donde la vida y el conocimiento parecían contradecirse, nunca se luchaba seriamente; allí la negación y la duda se consideraban demencia. Aquellos pensadores de excepción, como los eleáticos, que a pesar de ello establecieron y fijaron lo opuesto a los errores naturales, creían que es posible *vivir* también ese contrario:

inventaron el sabio como hombre de la inmodificabilidad, de la impersonalidad, de la universalidad de la intuición, como uno y todo a la vez, con una capacidad propia para aquel conocimiento inverso; creían que su conocimiento era a la vez el principio de la *vida*. Para poder afirmar todo eso, tuvieron que *engañarse* sobre su propio estado: tuvieron que arrogarse injustificadamente impersonalidad y permanencia sin cambios, malentender la esencia del que conoce, negar el poder de las pulsiones en el conocimiento y, en general, la razón como actividad totalmente libre y surgida de sí misma; mantenían los ojos cerrados para el hecho de que también ellos habían llegado a sus principios contradiciendo lo válido, o llevados del deseo de calma, o de posesión exclusiva, o de dominio. El desarrollo de la sinceridad y del escepticismo hacia una mayor finura terminó por hacer imposibles también a esos hombres; también su vivir y juzgar se revelaron como dependientes de las viejísimas pulsiones y de los viejísimos errores fundamentales de toda existencia sentiente. Aquella fina sinceridad y aquel fino escepticismo surgían dondequiera que dos principios opuestos parecían *aplicables* a la vida porque ambos se compadecían con los errores fundamentales, dondequiera, así pues, que se podía discutir sobre su mayor o menor grado de *utilidad* para la vida; dondequiera, asimismo, que nuevos principios se mostraban, aunque no útiles para la vida, al menos tampoco dañinos para ella, como expresiones de un gusto por el juego intelectual, e inocentes y felices igual que todo juego. El cerebro humano se fue llenando paulatinamente de esos juicios y convicciones, y así surgió en esa mezcolanza fermentación, lucha y concupiscencia de poder. En la lucha por las «verdades» tomaron partido no solo la utilidad y el placer, sino también todo tipo de pulsiones; la lucha intelectual se convirtió en ocupación, estímulo, profesión, deber, dignidad: el conocimiento y la tendencia hacia lo verdadero terminaron por incluirse como necesidades en el orden de las demás necesidades. A partir de ese momento no solo la fe y la convicción, sino también el examen, la negación, la desconfianza, la contradicción eran un *poder*, todos los «malos» instintos quedaron subordinados al conocimiento y puestos a su servicio, y recibían el brillo de lo permitido, honrado, útil, y finalmente el

ojo y la inocencia de lo *bueno*. El conocimiento se convirtió, pues, en un trozo de la vida misma, y en tanto que vida en un poder que crecía constantemente: hasta que los conocimientos y aquellos viejísimos errores fundamentales terminaron chocando entre sí, ambos como vida, ambos como poder, ambos en la misma persona. El pensador: es ahora el ser en el que la pulsión hacia la verdad y aquellos errores conservadores de la vida luchan su primera lucha, una vez que también la pulsión hacia la verdad ha *demostrado* ser un poder conservador de la vida. En comparación con la importancia de esta lucha todo lo demás es indiferente: la última pregunta por la condición de la vida queda planteada aquí, y aquí se hace el primer intento de responder a esa pregunta con el experimento. ¿Hasta qué punto la verdad tolera la asimilación? Esta es la pregunta, este es el experimento.

111

Procedencia de lo lógico

¿De dónde ha surgido la lógica que hay en la cabeza humana? Seguro que de la falta de lógica, cuyo reino tiene que haber sido originalmente enorme. Pero muchos, incontables seres que inferían de otro modo que como nosotros lo hacemos ahora, sucumbieron: ¡su inferencia siempre podría haber sido aún más verdadera! Quien, por ejemplo, no sabía encontrar con suficiente frecuencia lo «igual», en lo tocante a la alimentación o en lo tocante a los animales que le eran hostiles, quien, así pues, subsumía demasiado despacio, quien era demasiado precavido en la subsunción, tenía menos probabilidades de seguir viviendo que el que ante cualquier parecido daba enseguida con la igualdad. Y es la tendencia predominante a tratar lo parecido como igual, una tendencia poco lógica —pues no hay en sí nada igual—, la que ha puesto los fundamentos de la lógica. Igualmente, para que surgiese el concepto de sustancia, que es imprescindible para la lógica, aunque en el sentido más estricto no le corresponde nada real, fue necesario que durante largo tiempo lo cambiante

de las cosas no fuese visto, no fuese sentido; los seres que no veían con exactitud tenían una ventaja sobre aquellos que veían todo «fluyendo». Todo grado elevado de precaución en el inferir, toda tendencia escéptica, son ya, en sí mismos y por sí mismos, un gran peligro para la vida. No se habría conservado ningún ser vivo si no hubiese sido cultivada —hasta llegar a ser extraordinariamente fuerte— la tendencia opuesta, la tendencia a antes afirmar que suspender el juicio, antes errar e inventar que esperar, antes aprobar que negar, antes juzgar que ser justo. El discurrir de pensamientos y conclusiones lógicos en nuestro actual cerebro equivale a un proceso y lucha de pulsiones que, tomadas cada una por separado, son en sí mismas todas ellas muy ilógicas e injustas; usualmente experimentamos solo el resultado de la lucha: tan rápida y escondidamente se desarrolla ahora en nosotros ese viejísimo mecanismo.

112

Causa y efecto

A lo que nos eleva sobre los niveles del conocimiento y de la ciencia anteriores a los nuestros lo llamamos «explicación», pero es «descripción». Describimos mejor, pero explicamos igual de poco que cuantos nos precedieron. Allí donde, en culturas anteriores a la nuestra, el hombre e investigador ingenuo solo veía dos cosas, «causa» y «efecto», como solía decirse, nosotros hemos descubierto una sucesión múltiple; hemos perfeccionado la imagen del devenir, pero no hemos ido más allá de la imagen, ni tampoco hemos llegado a lo que pueda haber detrás de ella. La serie de las «causas» está mucho más completa ante nosotros en todo caso, e inferimos así: esto y esto otro tiene que preceder para que aquello otro siga. Pero nada hemos *comprendido* con ello. La cualidad, por ejemplo en todo devenir químico, aparece hoy, al igual que antaño, como un «milagro», y lo mismo todo movimiento local; nadie ha «explicado» el choque. ¡Cómo íbamos a poder hacerlo! Operamos con puras cosas que no hay, con líneas,

superficies, cuerpos, átomos, tiempos divisibles, espacios divisibles: ¡cómo va a ser posible la explicación, si empezamos haciendo de todo una *imagen*, nuestra imagen! Es suficiente contemplar la ciencia como humanación de las cosas lo más fiel posible, aprendemos a describirnos a nosotros cada vez con mayor exactitud cuando describimos las cosas y su sucesión. Causa y efecto: una dualidad tal no la hay probablemente nunca, en realidad tenemos ante nosotros un *continuum* del que aislamos un par de trozos, al igual que nunca percibimos un movimiento de otro modo que como puntos aislados, y así pues propiamente no lo vemos, sino que lo inferimos. La subitaneidad con la que muchos efectos se destacan nos extravía, pero es solamente una subitaneidad para nosotros. En ese segundo de la subitaneidad hay una cantidad infinita de procesos que se nos escapan. Un intelecto que viese la causa y el efecto como *continuum*, no, a nuestro modo, como un estar dividido y troceado arbitrariamente, que viese el flujo del devenir, rechazaría el concepto de causa y efecto y todo estar condicionado por otra cosa.

113

Sobre la doctrina de los venenos

Para que surja el pensamiento científico hace falta que concurran muchísimas cosas: ¡y todas esas fuerzas necesarias tienen que ser inventadas, ejercitadas y cuidadas cada una por separado! Sin embargo, cuando estaban separadas tenían con mucha frecuencia un efecto enteramente distinto del que tienen ahora que dentro del pensamiento científico se limitan y mantienen a raya recíprocamente: han actuado como venenos, por ejemplo, la pulsión que pone en duda, la pulsión que niega, la pulsión que espera, la pulsión que colecciona, la pulsión que disuelve. ¡Muchas hecatombes de personas se han ofrecido antes de que esas pulsiones aprendiesen a comprender que están unas junto a otras y a sentirse unas con otras como funciones de un mismo poder organizador de

una misma persona! ¡Y qué lejos nos encontramos aún de que al pensamiento científico se le sumen las fuerzas artísticas y la sabiduría práctica de la vida, de que se forme un sistema orgánico más elevado, en comparación con el cual el erudito, el médico, el artista y el legislador, tal y como los conocemos ahora, tendrían que aparecer como precarias antigüedades!

114

Volumen de lo moral

Construimos una nueva imagen, e inmediatamente, con ayuda de todas las experiencias antiguas que hemos hecho, la vemos *según el grado* de nuestra sinceridad y justicia. No hay otras vivencias que vivencias morales, tampoco siquiera en el área de la percepción sensorial.

115

Los cuatro errores

El hombre ha sido educado por sus errores: en primer lugar, nunca se veía de otro modo que incompleto; en segundo lugar, se atribuía propiedades inventadas; en tercer lugar, se sentía en un rango equivocado respecto del animal y la naturaleza; en cuarto lugar, inventaba siempre nuevas tablas de bienes y las tomaba durante un cierto tiempo como eternas e incondicionadas, de modo que ya esta, ya aquella pulsión humana y aquel estado humano ocupaban el primer puesto y eran ennoblecidos a consecuencia de esa estimación. Si se elimina del cálculo los efectos de esos cuatro errores, queda eliminada también toda idea elevada acerca de la condición humana, la humanidad y la «dignidad del hombre».

116

Instinto gregario

Allí donde encontramos una moral encontramos una estimación y jerarquía de las pulsiones y acciones humanas. Estas estimaciones y jerarquías son siempre expresión de las necesidades de una comunidad o de un rebaño: lo que más les conviene *a ellos*, y lo segundo y lo tercero en esa misma escala, es también el criterio supremo para medir el valor de todos los individuos. Con la moral se instruye al individuo para que sea función del rebaño, y solo como función se atribuya valor a sí mismo. Dado que las condiciones de la conservación de una comunidad dada son muy diferentes de las de otras comunidades, ha habido morales muy diferentes, y si tenemos en cuenta las esenciales transformaciones futuras de los rebaños y de las comunidades, de los Estados y de las sociedades, se puede profetizar que habrá aún morales muy divergentes. La moralidad es el instinto gregario del individuo.

117

Remordimientos de conciencia gregarios

En las más largas y lejanas épocas del género humano había remordimientos de conciencia enteramente distintos de los actuales. Hoy nos sentimos responsables solamente de lo que queremos y hacemos, y ponemos nuestro orgullo en nosotros mismos: todos nuestros jurisconsultos parten de esta sensación de sí mismo y de placer que tiene el individuo, como si aquí hubiese brotado desde siempre la fuente del Derecho. Pero durante la más larga época del género humano no ha habido nada más terrible que sentirse individuo. Estar solo, notar cosas uno mismo, no obedecer ni dominar, significar un individuo, eso no era entonces un placer,

sino un castigo; se había sido condenado «a ser un individuo». La libertad de pensamiento estaba considerada como lo intranquilizador por excelencia. Mientras que nosotros sentimos la ley y la inserción en un orden como coacción y merma, el egoísmo se sentía antes como algo penoso, como una auténtica precariedad. Ser uno mismo, estimarse con arreglo a una medida y a un peso propios: esto era en aquel entonces de mal gusto. La inclinación a ello habría sido sentida como locura: pues con la soledad estaba vinculada toda miseria y todo miedo. En aquel entonces la «voluntad libre» tenía la mala conciencia en su más próxima vecindad: y cuanto menos libremente se actuaba, cuanto más hablaba por boca de la acción el instinto gregario y no el sentido personal, tanto más moral se estimaba uno a sí mismo. Todo lo que perjudicaba al rebaño, lo hubiese querido o no el individuo, le daba en aquel entonces al individuo remordimientos de conciencia, ¡y además a su vecino, incluso al rebaño entero! En este punto es donde más hemos aprendido y cambiado.

118

Benevolencia

¿Es virtuoso que una célula se transforme en una función de una célula más fuerte? Tiene que hacerlo. Y ¿hay maldad en que la más fuerte asimile la primera? Tiene que hacerlo también, y le es necesario, pues tiende a que la célula que la sustituya sea más rica que ella, y quiere regenerarse. Conforme a ello, hay que distinguir en la benevolencia la pulsión de apropiarse y la pulsión de someterse, según sea el fuerte o el débil quien sienta benevolencia. Goce y apetito van de la mano en el fuerte, que quiere transformar algo para que sea una función de él mismo; goce y querer ser apetecido en el débil, al que le gustaría convertirse en función. La compasión es esencialmente lo primero, un movimiento agradable de la pulsión de apropiación al ver al débil, si bien hay que tener en cuenta que «fuerte» y «débil» son conceptos relativos.

119

¡Nada de altruismo!

Veo en muchas personas una fuerza y un placer sobreabundantes en querer ser función; lo buscan con ahínco y tienen el más fino olfato para todos aquellos lugares en los que precisamente *ellas* pueden ser función. Entre esas personas se cuentan las mujeres que se transforman precisamente en la función de un hombre que en él está débilmente desarrollada, y que de esa manera llegan a ser su bolsa de dinero, o su política o su trato social. Cuando mejor se conservan esos seres es cuando anidan en un organismo ajeno; si no lo consiguen, se enfadan, se irritan y se devoran a sí mismos.

120

Salud del alma

Para que la popular fórmula moral médica (cuyo autor es Aristón de Quíos) según la cual «la virtud es la salud del alma» fuese utilizable tendría que ser modificada al menos en este sentido: «tu virtud es la salud de tu alma». Pues una salud en sí no existe, y todos los intentos de definir tal cosa han salido lamentablemente mal. Al objeto de determinar *qué* significa salud para tu *cuerpo* lo decisivo es tu meta, tu horizonte, tus fuerzas, tus impulsos, tus errores, y especialmente los ideales y fantasmas de tu alma. Hay, así, incontables saludes del cuerpo, y cuanto más se permita a la persona individual e incomparable levantar su cabeza, cuanto más se eche en olvido el dogma de la «igualdad del hombre», tanto más perderán nuestros médicos también el concepto de salud normal, junto al de dieta normal y al de transcurso normal de la enfermedad. Y solo entonces habrá llegado, quizá, el momento de reflexionar sobre la salud y la enfermedad del *alma* y de situar la peculiar virtud de cada uno en su salud: la cual,

ciertamente, en unas personas podría tener el mismo aspecto que lo contrario de la salud en otras. En último término quedaría abierta aún la gran pregunta de si podríamos *prescindir* de la enfermedad, precisamente para desarrollar nuestra virtud, y de si especialmente nuestra sed de conocimiento y autoconocimiento no tendrá tanta necesidad del alma enferma como de la sana: la pregunta, en suma, de si la voluntad exclusiva de salud no será un prejuicio, una cobardía y quizá un trozo de la más fina barbarie y del más fino atraso.

121

La vida no es un argumento

Nos hemos moldeado un mundo en el que podemos vivir, con la suposición de cuerpos, líneas, superficies, causas y efectos, movimiento y reposo, forma y contenido: ¡sin estos artículos de fe nadie soportaría ahora vivir! Pero no por eso quedan ya demostrados. La vida no es un argumento; entre las condiciones de la vida podría estar el error.

122

El escepticismo moral en el cristianismo

También el cristianismo ha efectuado una gran contribución a la ilustración: enseñó el escepticismo moral de un modo muy penetrante y eficaz: acusando, amargando, pero con incansable paciencia y finura: aniquiló en todas y cada una de las personas la fe en sus «virtudes»: hizo desaparecer para siempre de la tierra aquellos grandes virtuosos que no escaseaban en la Antigüedad, aquellos hombres populares que en la fe en su perfección se paseaban con la dignidad de un héroe del toreo. Cuando ahora, educados en esa escuela cristiana del escepticismo, leemos los libros

morales de los antiguos, por ejemplo los de Séneca y Epicteto, sentimos una entretenida superioridad, disponemos de una clave secreta para comprenderlos desde dentro y en su conjunto y nos parece como si un niño hablase ante un hombre viejo o una joven bella y entusiasmada ante La Rochefoucauld: ¡conocemos mejor la virtud! Al cabo, hemos terminado aplicando ese mismo escepticismo también a todos los estados y procesos *religiosos*, como el pecado, el arrepentimiento, la gracia y la santificación, y hemos dejado al gusano horadar tan bien que ahora al leer todos los libros cristianos tenemos la misma sensación de sutil superioridad y penetración: ¡conocemos mejor también los sentimientos religiosos! Y ya es hora de conocerlos bien y describirlos bien, pues también los devotos de la vieja fe se extinguen: ¡salvemos su imagen y su tipo al menos para el conocimiento!

123

El conocimiento, más que un medio

También *sin* esta nueva pasión —me refiero a la pasión del conocimiento— se fomentaría la ciencia: la ciencia ha crecido y se ha hecho mayor hasta ahora sin ella. La buena fe en la ciencia, el prejuicio favorable a ella por el que nuestros Estados se hallan dominados ahora (antes lo estaba incluso la Iglesia), descansa, en el fondo, en que aquella tendencia e ímpetu incondicionados se han revelado en ella muy rara vez, y en que la ciencia está considerada precisamente *no* como una pasión, sino como un estado y un «*ethos*». Es más, con frecuencia basta ya *amour-plaisir* del conocimiento (curiosidad), basta *amour-vanité*, acostumbramiento a él mientras ocultamente se busca la honra y el pan, basta incluso para muchos el hecho de que con una sobreabundancia de ocio no saben hacer otra cosa que leer, coleccionar, ordenar, observar, contar a otros; su «pulsión científica» es su aburrimiento. En cierta ocasión (en el breve a Beroaldo), el papa León X cantó las alabanzas de la ciencia: la caracterizó como el más bello adorno y el mayor orgullo de nuestra vida,

como una noble ocupación en la dicha y en la desdicha; «sin ella», termina diciendo, «todas las empresas humanas carecerían de firme asidero, ¡incluso con ella son no poco cambiantes e inseguras!». Pero este papa pasablemente escéptico se calla, como todos los demás panegiristas eclesiásticos de la ciencia, su juicio último sobre ella. Por más que de sus palabras pueda deducirse —lo que no es poco llamativo en tal amigo del arte— que pone la ciencia por encima del arte, en último término es solo cortesía lo que lo lleva aquí a no hablar de lo que pone muy por encima de toda ciencia: la «verdad revelada» y la «salvación eterna del alma». ¡Qué son para él, en comparación con esas dos cosas, el adorno, el orgullo, el mantenimiento, el aseguramiento de la vida! «La ciencia es cosa de segundo rango, no algo último, incondicionado, objeto de la pasión»: ¡este juicio, que es el juicio propiamente cristiano sobre la ciencia, se quedó guardado en el alma de León! En la Antigüedad, la dignidad y el reconocimiento de la ciencia estaban disminuidos por el hecho de que incluso entre sus más celosos discípulos la tendencia a la *virtud* iba delante, y de que se creía haber tributado al conocimiento su más alto elogio cuando se lo celebraba como el mejor medio para la virtud. Es algo nuevo en la historia que el conocimiento quiera ser más que un medio.

124

En el horizonte de lo infinito

¡Hemos abandonado la tierra y nos hemos embarcado! ¡Hemos volado los puentes, es más, hemos volado la tierra que dejábamos atrás! ¡Ahora, barquito, ten cuidado! Junto a ti está el océano; es verdad que no siempre brama, y que a veces extiende su manto horizontal de seda y oro y como soñado por la bondad. Pero vendrán horas en las que conocerás que es infinito y que no hay nada más terrible que la infinitud. ¡Oh, el pobre pájaro que se sintió libre y que ahora choca con las paredes de esta jaula! ¡Ay,

cuando la nostalgia de la tierra se apodera de ti, como si allí hubieses disfrutado de más *libertad*, pero te encuentras con que ya no hay «tierra»!

125

El hombre loco

¿No habéis oído de aquel hombre loco que una luminosa mañana encendió un farol, corrió al mercado y se puso a gritar incesantemente: «¡Estoy buscando a Dios!, ¡estoy buscando a Dios!»? Justo allí se habían juntado muchos de los que no creían en Dios, por lo que levantó grandes carcajadas. ¿Acaso se te ha extraviado?, dijo uno. ¿Se ha perdido como un niño?, dijo otro. ¿O es que se ha escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se ha embarcado?, ¿habrá emigrado?: así gritaban y se reían todos a la vez. El hombre loco se puso de un salto en medio de ellos y los taladró con sus miradas. «¿Adónde se ha marchado Dios?», exclamó, «¡os lo voy a decir! *Lo hemos matado*, ¡vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! Pero ¿cómo lo hemos hecho? ¿Cómo hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hemos hecho cuando hemos soltado la cadena que unía esta Tierra con su sol? ¿Hacia dónde se mueve ella ahora? ¿Hacia dónde nos movemos nosotros? ¿Nos vamos alejando de todos los soles? ¿No estamos cayendo sin cesar? ¿Hacia atrás, hacia un lado, hacia delante, hacia todos los lados? ¿Sigue habiendo un arriba y un abajo? ¿No vamos errando como a través de una nada infinita? ¿No notamos el hálito del espacio vacío? ¿No hace más frío? ¿No viene continuamente la noche, y más y más noche? ¿No es necesario encender faroles por la mañana? ¿No oímos todavía nada del ruido de los enterradores que están enterrando a Dios? ¿No olemos todavía nada de la pudrición divina? ¡También los dioses se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Dios seguirá muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo consolarnos, nosotros asesinos de todos los asesinos? Lo más santo y más poderoso que el mundo poseía hasta ahora se ha desangrado bajo nuestros cuchillos,

¿quién nos limpiará de esta sangre? ¿Con qué agua podríamos purificarnos? ¿Qué ceremonias expiatorias, que juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de esta hazaña demasiado grande para nosotros? ¿No tenemos que convertirnos nosotros mismos en dioses para parecer dignos de ella? No ha habido nunca hazaña mayor, ¡y quienquiera que nazca después de nosotros formará parte, por causa de esta hazaña, de una historia superior a toda la transcurrida hasta ahora!». Aquí el hombre loco se quedó callado y volvió a dirigir la vista a sus oyentes: también estos callaban y lo miraban extrañados. Finalmente tiró su farol al suelo, de modo que se hizo pedazos y se apagó. «He venido demasiado pronto», dijo después, «no es todavía mi momento. Este acontecimiento enorme está todavía viniendo y de camino, y no ha llegado aún a oídos de los hombres. El relámpago y el trueno necesitan tiempo, la luz de las estrellas necesita tiempo, las hazañas necesitan tiempo, también después de hechas, para ser vistas y oídas. Esta hazaña sigue siendo para ellos más lejana que las más lejanas estrellas, ¡*y sin embargo la han hecho*!». Se cuenta además que ese mismo día el hombre loco se metió en diferentes iglesias y que en ellas entonó su *requiem aeternam deo*[27]. Llevado fuera e interrogado, se dice que solo repuso esto: «¿Qué otra cosa son aún estas iglesias que tumbas y estelas funerarias de Dios?».

126

Explicaciones místicas

A las explicaciones místicas se las considera profundas; pero la verdad es que no son ni siquiera superficiales.

127

Repercusiones de la más vieja religiosidad

Todo el que piensa poco, cree que la voluntad es lo único que actúa; que querer es algo sencillo, dado sin más, inderivable, comprensible de suyo. Está convencido de que cuando hace algo, por ejemplo cuando da un golpe, es *él* quien ha golpeado, y que él ha golpeado porque *quería* golpear. No ve ahí absolutamente nada de problemático, sino que le basta la sensación de *voluntad*, no solo para suponer la causa y el efecto, sino también para creer *entender* su relación. Del mecanismo del suceder y del céntuple trabajo fino que tiene que ser realizado para llegar al golpe, así como de la incapacidad de la voluntad en sí de hacer siquiera la parte más pequeña de este trabajo, nada sabe. La voluntad es para él una fuerza que actúa mágicamente: la fe en la voluntad en tanto que causa de efectos es la fe en fuerzas que actúan mágicamente. Pues bien, dondequiera que veía un suceso, el hombre creía originalmente en una voluntad como causa y en seres personalmente volentes que actuaban en el trasfondo: el concepto de mecánica le quedaba bien lejos. Y dado que el hombre, durante épocas enormes, solo ha creído en personas (y no en materias, fuerzas, cosas, etc.), la fe en la causa y el efecto se ha convertido para él en la fe fundamental, que él emplea dondequiera que algo sucede, y también ahora lo sigue haciendo instintivamente y como un pedazo de atavismo de la más antigua procedencia. Los principios «no hay efecto sin causa», «todo efecto es a su vez causa», aparecen como generalizaciones de principios mucho más estrechos: «allí donde se actúa, se ha querido», «solo se puede actuar sobre seres volentes», «nunca se sufre un efecto puramente y sin consecuencias, sino que en todos ellos hay una excitación de la voluntad» (hacia el acto, la defensa, la venganza, el pago en la misma moneda), pero en las épocas primigenias del género humano estos y aquellos principios eran idénticos, y los primeros no generalizaciones de los segundos, sino los segundos aclaraciones de los primeros. Al suponer que todo lo que existe es siempre algo volente, Schopenhauer elevó al trono una viejísima mitología; parece no haber intentado nunca un análisis de la voluntad, porque, igual que todo el mundo, *creía* en la sencillez e inmediatez de toda voluntad, mientras que, en realidad, querer no es más que un mecanismo tan bien ajustado que casi se escapa al ojo que lo observa. Frente a él, establezco los siguientes

principios. Primero: para que surja voluntad es necesaria una representación de placer y displacer. Segundo: que un estímulo fuerte se sienta como placer o displacer, es cosa del intelecto *interpretante*, si bien la mayor parte de las veces este trabaja de un modo inconsciente para nosotros, y uno y el mismo estímulo *puede* ser interpretado como placer o displacer. Tercero: solo en los seres intelectuales hay placer, displacer y voluntad; la enorme mayoría de los organismos no tiene nada de eso.

128

El valor de la oración

La oración ha sido inventada para las personas que propiamente nunca tienen ideas por sí mismas y para las que una elevación del alma es cosa desconocida o que transcurre sin ser advertida: ¿qué pintan esas personas en lugares sagrados y en todas las situaciones importantes de la vida, que exigen calma y una especie de dignidad? ¡Para que al menos no *molesten*, la sabiduría de todos los fundadores de religiones, de los pequeños igual que de los grandes, les ha recomendado encarecidamente las fórmulas de la oración, como un largo trabajo mecánico de los labios, combinado con el esfuerzo de la memoria y con una misma posición establecida de manos, pies y ojos! Entonces, ya pueden, igual que los tibetanos, rumiar incontables veces su «*om mane padme hum*», o, como en Benarés, ir contando por los dedos el nombre del dios Ram-Ram-Ram (y así sucesivamente, con o sin gracia), o bien honrar a Visnú en sus mil advocaciones, o a Alá en las noventa y nueve que tiene, o bien servirse de las ruedas de oración o de los rosarios; lo principal es que con ese trabajo ya tienen ocupación por un tiempo y ofrecen un espectáculo soportable: su especie de oración ha sido inventada en beneficio de los devotos que conocen por propia experiencia ideas y elevaciones. E incluso estos últimos tienen sus horas de cansancio, en las que una serie de palabras y sonidos venerables y una mecánica piadosa les hacen bien. Sin embargo, aceptando

que esas personas poco comunes —en toda religión la persona religiosa es una excepción— saben qué hacer, aquellos pobres de espíritu no lo saben, y prohibirles el ruido de latas de la oración significa quitarles la religión: así lo manifiesta el protestantismo cada vez más. De los tales lo único que quiere la religión es precisamente que *estén tranquilos*, con ojos, manos, piernas y órganos de todo tipo: ¡de esa manera son embellecidos temporalmente y se hacen… más semejantes al hombre!

129

Las condiciones de Dios

«Dios mismo no puede subsistir sin hombres sabios», dijo Lutero, y con mucha razón; pero «todavía menos puede subsistir Dios sin hombres poco sabios»: ¡eso no lo dijo el buen Lutero!

130

Una decisión peligrosa

La decisión cristiana de encontrar el mundo feo y malo ha hecho el mundo feo y malo.

131

Cristianismo y suicidio

El cristianismo hizo del deseo de suicidarse, que en el momento de su surgimiento era enorme, una palanca de su poder: solo dejó dos formas de suicidio, las disfrazó con la máxima dignidad y las más altas esperanzas y

prohibió todas las demás de una forma terrible. Pero el martirio y el lento suicidio del asceta estaban permitidos.

132

Contra el cristianismo

Ahora es nuestro gusto, ya no nuestras razones, quien decide en contra del cristianismo.

133

Principio

Una hipótesis inevitable en la que el género humano tiene que caer una y otra vez es a la larga más *poderosa* que la fe mejor creída en algo no verdadero (tal es la fe cristiana). A la larga: esto significa aquí a cien mil años vista.

134

Los pesimistas como víctimas

Allí donde un profundo displacer por la existencia adquiere la primacía, salen a la luz las repercusiones de un gran error dietético del que un pueblo se ha hecho culpable durante largo tiempo. En efecto: la difusión del budismo (río su surgimiento) depende en buena parte de la excesiva y casi exclusiva alimentación de los indios con arroz y del debilitamiento general causado por ello. Quizá se deba considerar el descontento europeo de la época reciente desde el punto de vista de que nuestros antepasados, toda la

Edad Media, estaban entregados a la bebida gracias al influjo de las inclinaciones germánicas sobre Europa: Edad Media, es decir, la intoxicación alcohólica de Europa. El displacer alemán por la vida es esencialmente una grave enfermedad invernal, incluidos los efectos del aire de sótano y del veneno de las estufas de las habitaciones alemanas.

135

Procedencia del pecado

El pecado, tal y como ahora es sentido dondequiera que el cristianismo domina u otrora dominó, es un sentimiento judío y un invento judío, y en lo relativo a este trasfondo de toda la moralidad cristiana el cristianismo estaba en verdad encaminado a «ajudiar» el mundo entero. Hasta qué grado lo consiguió en Europa es algo que se aprecia con la mayor nitidez en lo ajena que la Antigüedad griega —un mundo sin sentimientos de pecado— resulta aún para nuestro modo de sentir, a pesar de toda la buena voluntad de acercamiento y asimilación de la que generaciones enteras y muchos individuos excelentes no han carecido en modo alguno. «Solo si te *arrepientes* Dios será clemente contigo»: esto es para un griego motivo de carcajada y de irritación; él diría: «eso es lo que pensarán los esclavos». Ahí se está presuponiendo alguien poderoso, más que poderoso, y sin embargo vengativo: su poder es tan grande que es absolutamente imposible infligirle un daño, salvo en lo tocante al honor. Todo pecado es una violación del respeto debido, un *crimen laesae majestatis divinae*, ¡y nada más! Contrición, pérdida de la dignidad, revolcarse en el polvo: esta es la primera y última condición a la que se vincula su gracia: ¡la reparación de su honor divino, por tanto! Si con el pecado se produce algún otro daño, si con él se ha plantado alguna desgracia profunda y creciente que se apodera de una persona tras otra y la asfixia como una enfermedad: eso le es indiferente a ese oriental que está en el cielo y es tan celoso de su honor; ¡el pecado es un delito contra él, no contra el género humano! A quien él concede su gracia,

le concede también esa indiferencia por las consecuencias naturales del pecado. Dios y el género humano están aquí pensados como tan separados, como tan contrapuestos, que en el fondo es estrictamente imposible pecar contra el segundo: todo acto debe contemplarse atendiendo *solamente a sus consecuencias sobrenaturales*, y no a sus consecuencias naturales, así lo quiere el sentimiento judío, para el que todo lo natural es lo indigno en sí. A los *griegos*, en cambio, les resultaba más cercana la idea de que hasta el crimen más execrable podía tener dignidad, incluso el hurto, como en el caso de Prometeo, incluso el sacrificio del ganado en manifestación de una enloquecida envidia, como en el caso de Áyax: en su necesidad de atribuir y asimilar dignidad a lo más execrable inventaron la *tragedia*, un arte y un placer que a los judíos, a pesar de todas sus dotes literarias y de su inclinación a lo sublime, les ha sido siempre ajeno en su más profunda naturaleza.

136

El pueblo elegido

Los judíos, que se sienten como el pueblo elegido entre los pueblos, concretamente porque son el genio moral entre los pueblos (en virtud de la capacidad que han tenido de *despreciar más profundamente* que ningún otro pueblo al hombre que llevan en sí), los judíos, digo, experimentaban con su monarca y santo divino un disfrute parecido al que experimentaba la nobleza francesa con Luis XIV. Esta nobleza se había dejado quitar todo su poder y su condición de señora de sí y había llegado a ser despreciable: para no notarlo, para poder olvidarlo, necesitaba el brillo de la realeza, una autoridad y plenitud de poder propios de reyes y *sin igual*, y a los que solo la nobleza tuviese libre acceso. Cuando, de conformidad con ese privilegio, se elevaban hasta la altura de la corte y mirando desde allí veían todo por debajo de uno mismo, todo como despreciable, su conciencia se sustraía a toda irritabilidad. Así iban elevando a propósito la torre del poder del rey

cada vez más, hasta que llegaba a las nubes, y ponían en ella las últimas piedras del propio poder.

137

Hablando metafóricamente

Un Jesucristo solo era posible en un paisaje judío: en un paisaje, quiero decir, sobre el que continuamente pendiese la tenebrosa y sublime nube de tormenta del Jehová colérico. Solo allí se sintió como un milagro del «amor», como el rayo de la más inmerecida «gracia», el raro y repentino brillar de un único rayo de sol a través del día-noche horrible, general y permanente. Solo allí pudo Cristo soñar su arco iris y su escala por la que Dios descendió desde el cielo hacia los hombres; en todos los demás lugares el buen tiempo y el sol se consideraban demasiado como la regla y lo cotidiano.

138

El error de Cristo

El fundador del cristianismo pensaba que nada hace sufrir tanto a los hombres como sus pecados: ¡fue su error, el error de quien se sentía sin pecado, de quien carecía de experiencia en este punto! ¡Así, su alma se llenó de aquella conmiseración maravillosa y fantástica que tenía por objeto unas necesidades que incluso en su pueblo, el inventor del pecado, rara vez eran unas necesidades grandes! Pero los cristianos han sabido darle la razón a posteriori a su maestro y sanar su error convirtiéndolo en una «verdad».

139

Color de las pasiones

Naturalezas como la del apóstol Pablo miran con malos ojos las pasiones; de ellas solo aprenden lo sucio, lo que deforma y rompe el corazón; su ímpetu ideal se encamina, por ello, a la aniquilación de las pasiones: en lo divino ven lo que está completamente puro de ellas. De modo enteramente distinto que Pablo y los judíos, los griegos dirigieron su ímpetu ideal precisamente a las pasiones y las amaron, elevaron, doraron y divinizaron; es patente que en la pasión se sentían no solo más felices, sino también más puros y divinos que fuera de ella. ¿Y los cristianos? ¿Quisieron llegar a ser judíos en este punto? ¿Llegaron quizá a serlo?

140

Demasiado judío

Si Dios quisiese llegar a ser objeto de amor, habría tenido que renunciar primero a juzgar y a la justicia: un juez no es objeto de amor, ni siquiera un juez clemente lo es. El fundador del cristianismo no sintió en este punto con la suficiente finura: era judío.

141

Demasiado oriental

¿Cómo? ¡Un Dios que ama a los hombres si creen en él, y que lanza terribles miradas y amenazas contra quien no crea en ese amor! ¿Cómo? ¡Un amor sometido a cláusulas considerado como lo que siente un Dios todopoderoso! ¡Un amor que no se ha enseñoreado ni siquiera del sentimiento de honra y de la excitada sed de venganza! ¡Qué oriental es

todo esto! «Si te amo, ¿a ti qué te importa?» es ya una crítica suficiente del cristianismo entero.

142

Sahumerio

Buda dice: «¡no adules a tu bienhechor!». Dígase este dicho en una iglesia cristiana: inmediatamente limpiará el aire de todo lo cristiano.

143

La mayor utilidad del politeísmo

Que el individuo establezca su *propio* ideal y que de él derive su ley, sus alegrías y sus derechos: es probable que este haya sido considerado hasta ahora como el más enorme de todos los extravíos humanos y como la idolatría en sí; de hecho, los pocos que se atrevieron a él han necesitado siempre a sus propios ojos una apología, y esa apología rezaba habitualmente: «¡no yo!, ¡no yo!, ¡sino *un dios* a través de mí!». El maravilloso arte y la maravillosa fuerza de crear dioses —el politeísmo— era aquello en lo que esa pulsión podía lícitamente descargarse, aquello en lo que se limpiaba, perfeccionaba y ennoblecía; pues originalmente era una pulsión vulgar y poco grata a la vista, emparentada con la obstinación, la desobediencia y la envidia. Ser *enemigo* de esa pulsión al propio ideal: esta era antes la ley de toda moralidad. Había entonces una sola norma: «*el* hombre», y todo pueblo creía *tener* esta única y última norma. Pero por encima de sí y fuera de sí, en un lejano mundo superior, era lícito ver una pluralidad de normas: ¡un dios no era la negación del otro dios o la blasfemia contra él! Aquí estuvieron permitidos por primera vez los individuos, aquí se honró por primera vez el derecho de los individuos. La

invención de dioses, héroes y superhombres de todo tipo, así como de seres paralelos al hombre y de subhombres, de enanos, hadas, centauros, sátiros, genios y diablos, fue el inestimable ejercicio previo a la justificación del egocentrismo y la jactancia del individuo: la libertad que se concedía al dios respecto de los otros dioses se daba en último término a uno mismo respecto de las leyes y costumbres y vecinos. El monoteísmo, en cambio, esta rígida consecuencia de la doctrina de un solo hombre ajustado a norma —así pues, la fe en un dios ajustado a norma, mientras que todos los demás son dioses falsos y de mentira—, ha sido quizá el mayor peligro que ha corrido el género humano hasta ahora: implicaba la amenaza de aquella detención prematura que, en lo que podemos ver, la mayor parte de las demás especies animales ya han alcanzado hace mucho, por cuanto todas ellas creen en un solo animal ajustado a norma y que constituye el ideal de su especie, y han traducido la eticidad de la costumbre, de modo definitivo, en carne y hueso. En el politeísmo estaba prefigurada la libertad de espíritu y la pluralidad de espíritus del hombre: la capacidad de hacerse ojos nuevos y propios, y una y otra vez nuevos y cada vez más propios, de tal manera que el hombre es el único entre todos los animales para el que no hay horizontes y perspectivas eternos.

144

Guerras de religión

El mayor progreso de las masas ha sido hasta ahora la guerra de religión: pues demuestra que la masa ha empezado a tratar los conceptos con veneración. Las guerras de religión solo surgen cuando la razón general está refinada por las finas disputas de las sectas: de modo que hasta el populacho llega a ser sutil y atribuye importancia a pequeñeces, es más, tiene por posible que la «salvación eterna del alma» dependa de las pequeñas diferencias de los conceptos.

145

Peligro de los vegetarianos

El predominante y enorme consumo de arroz empuja a la utilización de opio y de otros narcóticos, de igual modo que el predominante y enorme consumo de patatas empuja al aguardiente, aunque también, en una repercusión más delicada, empuja a modos de pensar y sentir que tienen efectos narcotizantes. Con ello concuerda que quienes fomentan modos de pensar y sentir narcotizantes, como aquellos maestros de la India, elogian y desean convertir en ley de la masa precisamente una dieta que es puramente vegetariana: quieren así suscitar y aumentar la necesidad que *ellos* son capaces de satisfacer.

146

Esperanzas alemanas

No olvidemos que los nombres de los pueblos suelen ser nombres insultantes. Los tártaros, por ejemplo, son por su nombre «los perros»: así fueron bautizados por los chinos. «Alemanes» significa en su origen «paganos»: así llamaron los godos tras su conversión a la gran masa de sus parientes de tribu no bautizados, guiándose por su traducción de los Setenta, en la que se designa a los paganos con la palabra que en griego significa «los pueblos»: ver Ulfilas. Aún sería posible que los alemanes hiciesen a posteriori de su viejo nombre insultante un nombre honorífico, convirtiéndose en el primer pueblo *no cristiano* de Europa: Schopenhauer consideraba que los honraba tener muy buenas disposiciones para ello. Así llegaría a su plenitud la obra de *Lutero*, quien les enseñó a ser y hablar no romanamente: «¡Aquí estoy *yo*! ¡*Yo* no puedo obrar de otro modo!».

147

Pregunta y respuesta

¿Qué es lo primero que los pueblos salvajes toman ahora de los europeos? Aguardiente y cristianismo, los narcóticos europeos. ¿Y qué es lo que los hace sucumbir más rápidamente? Los narcóticos europeos.

148

Donde surgen las Reformas

En la época de la gran corrupción de la Iglesia, donde menos corrupta estaba la Iglesia era en Alemania: por eso surgió *aquí* la Reforma, en señal de que ya los comienzos de la corrupción se sentían como insoportables. Y es que, en proporción, ningún pueblo ha sido nunca más cristiano que los alemanes en la época de Lutero: justo en ese momento su cultura cristiana estaba a punto de producir una espléndida y céntuple floración, faltaba una sola noche, pero esta trajo la tormenta que puso fin a todo.

149

Fracaso de las Reformas

Habla a favor de la superior cultura de los griegos, incluso en épocas bastante tempranas, que los intentos de fundar nuevas religiones griegas fracasaron varias veces; habla a favor de que en Grecia tiene que haber existido ya muy pronto una gran cantidad de individuos de diferentes tipos cuya indigencia de diferentes tipos no se podía solucionar con una única receta de fe y esperanza. Pitágoras y Platón, quizá también Empédocles, y

ya mucho antes los espíritus delirantes órficos, iban en pos de fundar nuevas religiones; y los dos mencionados en primer lugar tenían tan auténticas almas y talentos de fundadores de religiones que nunca nos extrañaremos lo suficiente de su fracaso: solo llegaron al nivel de las sectas. Cada vez que fracasa la Reforma de todo un pueblo y solo sectas levantan su cabeza, es lícito inferir que el pueblo ya es muy pluriforme en sí y que comienza a separarse de los toscos instintos gregarios y de la eticidad de la costumbre: un estado intermedio lleno de significado que estamos acostumbrados a injuriar como ruina de las costumbres y corrupción, mientras que anuncia la maduración del huevo y que el cascarón está a punto de romperse. Que la Reforma de Lutero tuviese éxito en el Norte, es señal de que el Norte se había quedado atrasado respecto del Sur de Europa y de que sus necesidades todavía eran bastante uniformes y monocromas; no se habría dado cristianización alguna de Europa si la cultura del viejo mundo del Sur no hubiese sido barbarizada paulatinamente por una excesiva adición y mezcla de sangre bárbara germana y no hubiese perdido su preponderancia cultural. Cuanto más general e incondicionado es el modo en que un individuo o la idea de un individuo pueden actuar, tanto más uniforme y más baja tiene que ser la masa sobre la que actúe, mientras que las tendencias contrarias dejan traslucir necesidades interiores contrarias que también quieren satisfacerse e imponerse. Y, a la inversa, es lícito inferir una altura real de la cultura siempre que las naturalezas poderosas y ávidas de dominio no llegan a producir más que un efecto pequeño y ejercen su influencia solamente sobre una secta, y esto mismo se puede aplicar también a las distintas artes y a los distintos terrenos del conocimiento. Allí donde se domina, hay masas; allí donde hay masas, hay una necesidad de esclavitud. Allí donde hay esclavitud, hay pocos individuos, y estos tienen los instintos gregarios y la conciencia en su contra.

150

Crítica de los santos

Para tener una virtud, ¿es acaso necesario querer tenerla justo en su forma más brutal? Así es como la querían y necesitaban los santos cristianos, quienes solo soportaban la vida con la idea de que al ver su virtud se apoderaba de todos el desprecio de sí. Pero una virtud con tal efecto la denomino yo brutal.

151

Del origen de la religión

La necesidad metafísica no es el origen de las religiones, como pretende Schopenhauer, sino solo un *retoño* de las mismas. Bajo el dominio de las ideas religiosas nos hemos acostumbrado a la representación de «otro mundo» (o de un mundo situado detrás, por debajo, por encima de este) y ante la aniquilación de la ilusión religiosa sentimos un vacío y una carencia incómodos: de esa sensación brota de nuevo «otro mundo», pero ahora solamente un mundo metafísico y ya no religioso. Pero eso, que en épocas muy antiguas llevó sencillamente a la suposición de «otro mundo», *no* era una pulsión y una necesidad, sino un *error* en la interpretación de determinados procesos naturales, una perplejidad del intelecto.

152

El mayor cambio

¡La iluminación y los colores de todas las cosas han cambiado! Ya no entendemos del todo cómo sentían los hombres antiguos lo más cercano y frecuente, por ejemplo el día y el estado de vigilia: dado que los antiguos creían en los sueños, la vida en estado de vigilia tenía otras luces. E

igualmente la vida entera, con la luz que reflectan la muerte y el significado de esta: nuestra «muerte» es una muerte enteramente distinta. Todas las vivencias lucían de otro modo, pues un dios brillaba desde ellas; lo mismo sucedía con todas las decisiones y perspectivas encaminadas al futuro lejano: pues se tenía oráculos e indicios secretos y se creía en la predicción. La «verdad» se sentía de otro modo, pues en aquel entonces el loco podía ser considerado su portavoz, lo que a *nosotros* nos hace estremecernos o reír. Toda injusticia actuaba de otra manera sobre el sentimiento, pues se temía un castigo divino, y no solo una pena y deshonra civiles. ¡Qué era la alegría en una época en la que se creía en los diablos y en los tentadores! ¡Qué la pasión, cuando se veía acechar a los demonios en la cercanía! ¡Qué la filosofía, cuando la duda se sentía como un pecado del más peligroso tipo, concretamente como un crimen execrable contra el amor eterno, como desconfianza hacia cuanto era bueno, elevado, puro y misericordioso! Hemos dado un nuevo color a las cosas, seguimos pintando sobre ellas, pero ¡qué podemos hacer ahora en comparación con el *esplendor de los colores* de aquel viejo maestro!, (me refiero al género humano antiguo).

153

Homo poeta

«Yo, que he hecho esta tragedia de las tragedias —aunque aún esté sin acabar— enteramente con mis propias manos; yo, que primero até el nudo de la moral a la existencia y lo apreté tanto que solo un dios puede soltarlo —¡así lo exige Horacio!—, yo mismo me he cargado en el cuarto acto a todos los dioses, ¡por moralidad! ¡Qué va a ser ahora del quinto! ¡De dónde tomar aún la solución trágica! ¿Tengo que ir pensando en una solución cómica?».

154

Diferente peligrosidad de la vida

No sabéis en modo alguno qué estáis experimentando, corréis como borrachos por la vida y de vez en cuando os caéis rodando por las escaleras. Pero gracias a vuestra embriaguez no os rompéis la crisma: ¡vuestros músculos están demasiado flojos y vuestra cabeza demasiado ofuscada para que encontréis las piedras de esta escalera tan duras como nosotros los demás! Para nosotros la vida es un gran peligro: somos de cristal, ¡ay, si nos *golpeamos*! ¡Y todo está perdido si nos caemos!

155

Lo que nos falta

Amamos la *gran* naturaleza y la hemos descubierto: ello se debe a que en nuestra cabeza faltan los grandes hombres. Con los griegos sucede a la inversa: su sentimiento de la naturaleza es distinto del nuestro.

156

El más influyente

Que un hombre preste resistencia a toda su época, que la detenga en la puerta y que le pida cuentas, ¡esto *tiene* que ejercer influencia! Que él quiera hacerlo, es indiferente; que *pueda*, es lo importante.

157

Mentiri[28]

¡Prestad atención! Está reflexionando: en seguida tendrá preparada una mentira. Este es un nivel de cultura en el que se han encontrado pueblos enteros. ¡Piénsese qué expresaban los romanos con *mentiri*!

158

Característica incómoda

Encontrar profundas todas las cosas; esta es una característica incómoda: hace que uno fuerce constantemente la vista y que al final encuentre siempre más de lo que deseaba.

159

Toda virtud tiene su momento

A quien ahora es inflexible, su sinceridad le produce frecuentemente remordimientos de conciencia: pues la inflexibilidad y la sinceridad son virtudes de épocas distintas.

160

En el trato con virtudes

Se puede perder la dignidad y caer en la adulación también en el trato con una virtud.

161

A los amantes de la época

El sacerdote que ha colgado los hábitos y el preso que ha salido de la cárcel van poniendo caras continuamente: lo que quieren es una cara sin pasado. Pero ¿habéis visto ya a esas personas que saben que el futuro se refleja en su rostro, y que son tan corteses con vosotros, los amantes de la «época», que ponen una cara sin futuro?

162

Egoísmo

El egoísmo es la ley de la *perspectiva* de la sensación, y conforme a esa ley lo próximo aparece grande y pesado, mientras que hacia lo lejos todas las cosas pierden tamaño y peso.

163

Tras una gran victoria

Lo mejor de una gran victoria es que le quita al vencedor el miedo a una derrota. «¿Por qué no salir derrotado alguna vez?», se dice, «pues ahora soy lo bastante rico para ello».

164

Los que buscan la calma

Reconozco los rostros que buscan la calma en los muchos objetos *oscuros* que colocan a su alrededor: quien quiere dormir, pone su habitación

a oscuras o se arrastra a una cueva. ¡Una señal para los que no saben qué es realmente lo que más buscan, y querrían saberlo!

165

De la felicidad de los que hacen renuncia

Quien se priva de algo a fondo y para largo tiempo, estará cerca de pensar, si casualmente vuelve a encontrarlo, que lo ha descubierto, ¡y qué felicidad tiene todo descubridor! Seamos más prudentes que las serpientes que están demasiado tiempo echadas al mismo sol.

166

Siempre en compañía de nosotros mismos

Cuanto es como yo, en la naturaleza y en la historia, me habla, me elogia, me impulsa hacia delante, me consuela: lo demás no lo oigo o lo olvido enseguida. Nunca estamos en otra compañía que la de nosotros mismos.

167

Misantropía y amor

Uno solo dice que está harto de las personas cuando ya no las puede digerir y sin embargo aún tiene el estómago lleno de ellas. La misantropía es la consecuencia de una filantropía y de un «canibalismo» demasiado ávidos, pero ¿quién te mandaba engullir personas como si fuesen ostras, mi príncipe Hamlet?

168

De un enfermo

«¡Mal va!». ¿Qué le pasa? «Sufre del apetito de ser alabado y no encuentra alimento para él». ¡Incomprensible! ¡Todo el mundo lo celebra, y no solo lo llevan en palmitas, sino que también está en boca de todos! «Sí, pero tiene mal oído para el elogio. Cuando lo elogia un amigo, le suena como si este se elogiase a sí mismo; cuando lo elogia un enemigo, le suena como si este quisiese ser elogiado por ello; cuando, finalmente, lo elogia quien no es lo uno ni lo otro —¡no hay muchos que no sean lo uno ni lo otro, tan famoso es!—, lo ofende que no se lo quiera tener como amigo o como enemigo; suele decir: ¿qué interés puedo tener en alguien que encima está en condiciones de dárselas de ser justo conmigo?».

169

Enemigos abiertos

La valentía ante el enemigo es cosa muy peculiar: con ella se puede seguir siendo un cobarde y tener una cabeza confusa e indecisa. Así juzgaba Napoleón en lo relativo a «la persona más valiente» que conocía, Murat: de donde resulta que los enemigos abiertos son imprescindibles para algunas personas, en el caso de que se deban elevar al nivel de *su* virtud, de su hombría y jovialidad.

170

Con la masa

Hasta ahora corre con la masa y es su panegirista: ¡pero un día será su adversario! Pues la sigue con fe en que su pereza saldrá recompensada: ¡todavía no ha experimentado que la masa no es lo bastante perezosa para él!, ¡que siempre empuja hacia delante!, ¡que a nadie permite quedarse parado! ¡Y a él le gusta tanto quedarse parado!

171

Fama

Cuando el agradecimiento de muchos hacia uno solo arroja de sí toda vergüenza, entonces surge la fama.

172

El que quita el gusto por las cosas

A: «Tú quitas el gusto por las cosas, ¡es lo que se dice en todas partes!».

B: «¡Sin duda! Le quito a todo el mundo el gusto por su partido: ningún partido me lo perdona».

173

Ser profundo y parecer profundo

Quien se sabe profundo, se esfuerza por ser claro; quien desea parecer profundo a la gran masa, se esfuerza por ser oscuro. Pues la gran masa considera profundo todo aquello cuyo fondo no puede ver: tan temerosa es y tan poco le gusta entrar en el agua.

174

Al margen

El parlamentarismo, es decir, el permiso público de elegir entre cinco opiniones políticas fundamentales, se hace querer, mediante la adulación, por los muchos que gustan de *parecer* independientes e individuales y desean luchar por sus opiniones. Pero, en último término, es indiferente que al rebaño se le mande una sola opinión o se le permitan cinco. Quien se separa de las cinco opiniones públicas y se hace a un lado tiene siempre al rebaño entero en su contra.

175

De la elocuencia

¿Quién ha poseído hasta ahora la elocuencia más convincente? El redoble del tambor: y mientras los reyes lo tienen en su poder, siguen siendo los mejores oradores y agitadores.

176

Compadecer

¡Pobres príncipes gobernantes! ¡Todos sus derechos se convierten ahora, visto y no visto, en pretensiones, y todas esas pretensiones suenan pronto a injustificadas! Y cuando dicen solamente «nosotros», o «mi pueblo», sonríe ya la vieja y malvada Europa. Verdaderamente, un maestro de ceremonias del mundo moderno no gastaría muchas ceremonias con ellos; quizá decretase: «*les souverains rangent auxparvenus*[29]».

177

Sobre «el sistema educativo»

En Alemania a la persona superior le falta un gran instrumento educativo: las carcajadas de las personas superiores; estas no se ríen en Alemania.

178

Sobre la ilustración moral

A los alemanes hay que quitarles de la cabeza su Mefistófeles: y su Fausto también. Hay dos prejuicios morales contra el valor del conocimiento.

179

Ideas

Las ideas son las sombras de nuestras sensaciones, siempre más oscuras, vacías y sencillas que estas.

180

La buena época de los espíritus libres

Los espíritus libres se toman sus libertades también con la ciencia, y por el momento se les conceden, ¡mientras la Iglesia siga en pie! En ese sentido,

tienen ahora su buena época.

181

Seguir y preceder

A: «De los dos, uno siempre seguirá, el otro siempre precederá, dondequiera que el destino los lleve. Y, *sin embargo*, ¡el primero, por su virtud y por su espíritu, está por encima del segundo!».

B: «¿Y sin embargo? ¿Y sin embargo? Eso está dicho para los demás, ¡no para mí, no para nosotros! *Fit secundum regulam*[30]».

182

En la soledad

Cuando se vive solo, no se habla demasiado alto, y tampoco se escribe demasiado alto: pues se teme la hueca reverberación del sonido, la crítica de la ninfa Eco. ¡Y en la soledad todas las voces tienen un sonido distinto!

183

La música del mejor futuro

El primer músico sería para mí aquel que solo conociese la tristeza de la más profunda felicidad, y por lo demás ninguna otra tristeza: un músico tal no lo ha habido hasta ahora.

184

Administración de justicia

Mejor dejarse robar que estar rodeado de espantapájaros: este es mi gusto. Y es, en cualquier caso, cuestión de gusto, ¡y nada más!

185

Pobre

Hoy es pobre; pero no porque se le haya quitado todo, sino porque lo ha arrojado todo: ¿qué le importa? Está acostumbrado a encontrar. Son los pobres quienes malentienden la pobreza voluntaria que él ha elegido.

186

Mala conciencia

Todo lo hace ahora como es debido, y sin embargo tiene una mala conciencia. Pues lo extraordinario es su tarea.

187

Lo ofensivo en el modo de exponer

Este artista me ofende por el modo en que expone sus ocurrencias, sus muy buenas ocurrencias: de manera tan dilatada y enfática, y con tan groseras artimañas de la persuasión, como si se dirigiese al populacho. Estamos siempre, tras haber dedicado algún tiempo a su arte, como «con malas compañías».

188

Trabajo

¡Qué cerca tiene ahora, hasta el más ocioso de nosotros, el trabajo y los trabajadores! La cortesía de reyes que se encierra en el aserto «¡todos somos trabajadores!» habría sido todavía bajo Luis XIV un cinismo y una indecencia.

189

El pensador

Es un pensador: es decir, sabe tomar las cosas por más sencillas de lo que son.

190

Contra los que elogian

A: «¡A uno solamente lo alaban los que son como él!».

B: «¡Sí! Y quien te elogia, te está diciendo: ¡eres como yo!».

191

Contra algunas defensas

El modo más pérfido de perjudicar una cosa es defenderla premeditadamente con razones defectuosas.

192

Los bondadosos

¿Qué distingue a aquellos bondadosos, cuyo rostro irradia benevolencia, de las demás personas? Se sienten bien en presencia de una persona nueva y rápidamente se enamoran de ella; la quieren bien por eso, su primer juicio es «me gusta». En ellos estas cosas vienen una detrás de otra: deseo de apropiación (no son demasiado escrupulosos al valorar al otro), rápida apropiación, alegría en la posesión y actuación en beneficio del poseído.

193

La socarronería de Kant

Kant quería demostrar de un modo irritante para «todo el mundo» que «todo el mundo» tiene razón: esta era la socarronería secreta de esta alma. Escribía contra los eruditos a favor del prejuicio del pueblo, pero escribía para eruditos y no para el pueblo.

194

«El que tiene el pecho de cristal»

Es probable que aquella persona siempre actúe conforme a razones que se calla, pues siempre tiene en la boca razones comunicables y casi las lleva en la palma de la mano.

195

¡Para echarse a reír!

¡Mirad!, ¡mirad! Se *aleja* de los hombres corriendo, pero estos lo siguen, porque corre *delante* de ellos: ¡a tal punto son rebaño!

196

Límites de nuestro sentido del oído

Oímos solo las preguntas a las que somos capaces de encontrar respuesta.

197

¡Por eso, cuidado!

Nada nos gusta tanto comunicar a otros como el sello de la confidencialidad… junto con lo que está bajo él.

198

Irritación del orgulloso

El orgulloso se irrita incluso con quienes lo llevan hacia delante: mira mal a los caballos de su coche.

199

Generosidad

Con frecuencia, la generosidad de los ricos no es más que una especie de timidez.

200

Reír

Reír significa alegrarse del mal ajeno, pero con buena conciencia.

201

En el aplauso

En el aplauso hay siempre una especie de ruido: incluso en el aplauso que nos tributamos a nosotros mismos.

202

Un dilapidador

No tiene todavía aquella pobreza del rico que ya se ha gastado una vez su tesoro entero; dilapida su espíritu con la sinrazón de esa dilapidadora que es la naturaleza.

203

Hic niger est[31]

Usualmente no tiene ideas, aunque para la excepción le vienen malas ideas.

204

Los mendigos y la cortesía

«No es descortés quien llama con una piedra a la puerta que carece de tirador», piensan los mendigos y los necesitados de todo tipo, pero nadie les da la razón.

205

Carencia

La carencia está considerada como la causa del surgimiento: en realidad, con frecuencia es solo un efecto de lo surgido.

206

Cuando llueve

Está lloviendo, y me acuerdo de la pobre gente que se aglomera ahora, con sus muchas preocupaciones y sin estar ejercitada en ocultarlas, cada uno dispuesto a hacer daño al otro y con la buena voluntad de hacérselo y de conseguir también con mal tiempo una lamentable sensación de bienestar. ¡Esto, solo esto es la pobreza de los pobres!

207

El envidioso

Es un envidioso, y no se le debe desear hijos; les tendría envidia porque él ya no puede ser niño.

208

¡Gran hombre!

De que uno sea «un gran hombre» no es lícito inferir ya que sea un hombre; quizá sea solo un niño, o un camaleón de todas las edades de la vida, o una mujercilla embrujada.

209

Una manera de preguntar por razones

Hay una manera de preguntarnos por nuestras razones en la que no solo olvidamos nuestras mejores razones, sino que también sentimos despertar en nosotros resistencia y repugnancia contra las razones en general: ¡un modo de preguntar muy entontecedor, y sobre todo una artimaña de personas tiránicas!

210

Mesura en la diligencia

No debemos pretender superar la diligencia de nuestro padre: eso pone enfermo.

211

Enemigos secretos

Mantener a un enemigo secreto como quien mantiene a una querida: este es un lujo para el que la moralidad de hasta los espíritus de más altas miras no suele ser lo suficientemente rica.

212

No dejarse engañar

Su espíritu tiene malos modales, es precipitado y tartamudea siempre de pura impaciencia, por lo que apenas nos hacemos idea de en qué alma de largo aliento y amplio pecho tiene su casa.

213

El camino que lleva a la felicidad

Un sabio preguntó a un bufón cuál es el camino que lleva a la felicidad. Este respondió sin demora, como alguien a quien se le pregunta el camino hacia la ciudad más cercana: «¡Admírate a ti mismo y vive en la calle!». «Alto ahí», exclamó el sabio, «exiges demasiado, ¡basta ya con admirarse a sí mismo!». El bufón repuso: «Pero ¿cómo se puede admirar constantemente, sin despreciar constantemente?».

214

La fe da la bienaventuranza

La virtud da felicidad y una especie de bienaventuranza solamente a quienes tienen buena fe en su propia virtud, pero no a aquellas almas más delicadas cuya virtud consiste en su profunda desconfianza hacia sí mismas y hacia toda virtud. ¡En último término, también aquí es la fe —y, notadlo bien, *no* la virtud— quien «da la bienaventuranza»!

215

Ideal y material

Ahí tienes a la vista un ideal noble: pero ¿eres tú una piedra tan noble que de ti pudiese esculpirse la imagen de un dios? Y, de no ser así, ¿no es todo tu trabajo un bárbaro arte escultórico? ¿Una blasfemia contra tu ideal?

216

Peligro en la voz

Cuando se tiene una voz muy alta casi se es incapaz de pensar cosas delicadas.

217

Causa y efecto

Antes del efecto se piensa en causas distintas que después del efecto.

218

Mi antipatía

No me gustan las personas que para hacer efecto tienen que reventar, igual que bombas, y en cuya cercanía siempre se corre peligro de perder repentinamente el oído, o algo más.

219

Finalidad del castigo

El castigo tiene la finalidad de hacer mejorar *al que lo aplica*: este es el último refugio para los defensores del castigo.

220

Sacrificios

Sobre los conceptos de víctima y de sacrificio los animales sacrificados no piensan lo mismo que los espectadores: pero nunca se les ha dejado tomar la palabra.

221

Respeto

Los padres y los hijos se respetan entre sí mucho más que las madres y las hijas.

222

Poetas y mentirosos

El poeta ve en el mentiroso un hermano de leche a quien él le ha bebido la leche, de modo que ha quedado enclenque y no ha llegado ni siquiera a la buena conciencia.

223

Vicariato de los sentidos

«Los ojos también sirven para oír», decía un viejo confesor que se había quedado sordo, «y en el país de los ciegos el que tiene las orejas más largas es el rey».

224

Crítica de los animales

Mucho me temo que los animales contemplan al hombre como un ser de su mismo tipo que, de modo sumamente peligroso, ha perdido el sano sentido común de los animales: lo contemplan como el animal loco, el animal que ríe, el animal que llora, el animal infeliz.

225

Los naturales

«¡Lo malo ha tenido siempre a su favor que hace mucho efecto! ¡Y la naturaleza es mala! ¡Seamos, pues, naturales!»: así infieren en secreto los grandes buscadores de hacer efecto del género humano, que con demasiada frecuencia han sido contados entre los grandes hombres.

226

Los desconfiados y el estilo

Decimos las cosas más fuertes escuetamente, presuponiendo que a nuestro alrededor hay personas que creen en nuestra fortaleza: un entorno como ese educa para la «sencillez del estilo». Los desconfiados hablan enfáticamente; los desconfiados hacen enfático.

227

Conclusión errónea, conclusión errónea

Él no puede dominarse: y de ello infiere aquella mujer que será fácil dominarlo, y le echa el lazo; la pobre, que en breve será su esclava.

228

Contra los mediadores

Quien quiere mediar entre dos pensadores resueltos lleva la marca del mediocre: no tiene ojos para ver lo único; verlo todo parecido e igualarlo todo es señal de que se tiene la vista débil.

229

Obstinación y fidelidad

Es por obstinación por lo que sigue sirviendo a una causa cuyo trasfondo ha entrevisto; pero lo llama «fidelidad».

230

Poco reservado

Nada en su forma de ser *persuade*: eso es porque nunca ha callado una buena acción que haya hecho.

231

«Los que llegan hasta el fondo»

Los lentos del conocimiento piensan que la lentitud forma parte del conocimiento.

232

Soñar

No se sueña en absoluto, o se sueña cosas interesantes. Hay que aprender a velar también así: o no velar en absoluto, o cosas interesantes.

233

El más peligroso punto de vista

Lo que yo haga u omita ahora es tan importante *para todo lo venidero* como el mayor acontecimiento del pasado: en esta enorme perspectiva del efecto todas las acciones son igual de grandes e igual de pequeñas.

234

Consuelo de un músico

«Tu vida no resuena en los oídos de los hombres: para ellos, vives una vida muda, y toda la delicadeza de la melodía, toda la tierna resolución en el seguir o el preceder, permanece escondida para ellos. Es verdad, no avanzas por una ancha avenida con música de regimiento, pero no por ello tienen esas buenas personas derecho a decir que a tu forma de vida le falta música. Quien tenga oídos para oír, que oiga».

235

Espíritu y carácter

Algunos alcanzan su cima como carácter, pero su espíritu no está a esa altura, y a otros les pasa al revés.

236

Para mover a la gran masa

¿No tiene que ser, quien desee mover a la gran masa, el actor de sí mismo? ¿No tiene que empezar traduciéndose a sí mismo a lo grotesco-nítido y *exponer oralmente* toda su persona y su asunto en esa forma más basta y simplificada?

237

El cortés

«¡Es tan cortés!». Sí, tiene siempre consigo un pastel para el Cerbero, y es tan temeroso que considera a todo el mundo el Cerbero, también a ti y a mí: esta es su «cortesía».

238

Sin envidia

Carece por entero de envidia, pero eso no tiene mérito: pues quiere conquistar un país que nadie ha poseído aún y que casi nadie ha visto siquiera.

239

El cenizo

Un solo cenizo es suficiente para producir permanente malhumor y ensombrecer el cielo en una casa entera; ¡y que falte es un milagro! La felicidad no es, ni de lejos, una enfermedad tan contagiosa, ¿por qué será?

240

Junto al mar

Nunca me construiría una casa (¡y forma parte de mi felicidad no ser propietario de una casa!). Pero si tuviese que hacerlo, yo, igual que algún romano, la construiría tal que se metiese en el mar: me gustaría bastante compartir algunos secretos del hogar con ese bello monstruo.

241

Obra y artista

Este artista es ambicioso, y nada más: en último término, su obra es solo un cristal de aumento que él ofrece a cuantos miran hacia él.

242

Suum cuique[32]

Por grande que sea la codicia de mi conocimiento, no puedo sacar de las cosas nada más que lo que ya me pertenece; las posesiones de otros se quedan en las cosas. ¡Cómo es posible que un hombre sea ladrón o salteador de caminos!

243

Origen de «bueno» y «malo»

Una mejora la inventa solo el que sepa sentir: «Esto no es bueno».

244

Ideas y palabras

Tampoco las propias ideas se pueden reproducir del todo mediante palabras.

245

Elogio en la elección

El artista selecciona sus asuntos: esa es su manera de elogiar.

246

Matemáticas

Queremos introducir en todas las ciencias la finura y el rigor de las matemáticas —en la medida en que ello sea posible— no con la fe de que por esa vía conoceremos las cosas, sino con la finalidad de, así, *fijar* nuestra relación humana con las cosas. Las matemáticas son solo el instrumento del conocimiento general y último del ser humano.

247

Costumbre

Toda costumbre hace nuestra mano más viva y nuestro ingenio menos.

248

Libros

¿Qué importancia puede tener un libro que ni siquiera nos lleva más allá de todos los libros?

249

El suspiro del que conoce

«¡Oh, mi codicia! En esta alma no habita el desprendimiento de sí, sino, más bien, un sí mismo que apetece todo, que a través de muchos individuos quisiera ver como a través de *sus propios* ojos y agarrar como con *sus propias* manos: ¡un sí mismo que recoge también todo el pasado, que no quiere perder absolutamente nada que pudiera pertenecerle! ¡Oh, esta llama de mi codicia! ¡Oh, si yo volviese a nacer en cien seres!». Quien no conozca por propia experiencia este suspiro, no conoce tampoco la pasión del que conoce.

250

Culpa

Aunque los más perspicaces jueces de las brujas, e incluso las brujas mismas, estaban convencidos de que la brujería implicaba culpa, sin embargo no había en ella culpa alguna. Eso es lo que sucede con toda culpa.

251

Dolientes a los que se ha malentendido

Las naturalezas grandiosas sufren de otro modo que como se imaginan quienes las veneran: lo que más las hace sufrir son las innobles y ruines palpitaciones de algunos malos momentos, su duda de la propia grandiosidad, en suma, y no los sacrificios y martirios que su tarea exige de ellas. Mientras Prometeo tiene compasión con los hombres y se sacrifica a ellos, es feliz consigo mismo y se siente grande; pero cuando se hace envidioso de Zeus y de la pleitesía que le rinden los mortales, ¡sufre!

252

Es preferible deber

«Es preferible quedar a deber que pagar con una moneda que no lleve nuestra efigie»: así lo quiere nuestra soberanía.

253

Siempre en casa

Un día alcanzamos nuestra *meta*: y a partir de ese momento señalamos con orgullo qué largos viajes hemos hecho para ello. En realidad no notábamos que estábamos viajando. Pero de esa manera hemos llegado tan lejos que en todos los sitios nos figurábamos estar *en casa*.

254

Contra la perplejidad

Quien siempre está profundamente ocupado, ha superado toda perplejidad.

255

Imitadores

A: «¿Cómo? ¿No quieres imitadores?».

B: «No quiero que nadie me imite, quiero que todos, imitándose a sí mismos, hagan lo que *yo* hago».

A: «¿Así que…?».

256

Epidermicidad

Todas las personas profundas ponen su felicidad en parecerse a los peces voladores y en jugar sobre las más extremas puntas de las olas; estiman como lo mejor de las cosas que tengan una superficie: su epidermicidad, *sit venia verbo*[33].

257

Desde la experiencia

Más de uno no sabe lo rico que es hasta que se entera de qué ricas personas se hacen ladronas por robarle a él.

258

Los negadores del azar

Ningún vencedor cree en el azar.

259

Del paraíso

«Bueno y malo son los prejuicios de Dios», dijo la serpiente.

260

Uno por uno es uno

Uno solo nunca tiene razón: pero con dos empieza la verdad. Uno solo no puede demostrarse a sí mismo, pero a dos ya no se los puede refutar.

261

Originalidad

¿Qué es la originalidad? *Ver* algo que todavía no tiene nombre, que todavía no puede ser nombrado, aunque está a ojos de todos. Tal y como suelen ser las personas, una cosa no se torna visible para ellas hasta que recibe un nombre. Las personas originales han sido la mayor parte de las veces las que han puesto los nombres.

262

Sub specie aeterni[34]

A: «Te alejas de los vivos cada vez más deprisa: ¡pronto te tacharán de sus listas!».

B: «Es el único medio de participar del privilegio de los muertos».

A: «¿De qué privilegio?».

B: «Ya no morir».

263

Sin vanidad

Cuando amamos, queremos que nuestros defectos permanezcan escondidos, no por vanidad, sino porque el ser querido no debe sufrir. Es más, al que ama le gustaría parecer un dios, y tampoco esto por vanidad.

264

Lo que hacemos

Lo que hacemos nunca es entendido, sino —siempre— solo elogiado y reprendido.

265

Escepticismo último

¿Qué son, en último término, las verdades del hombre? Son los errores *irrefutables* del hombre.

266

Donde hace falta crueldad

Quien tiene grandeza, es cruel con sus virtudes y consideraciones de segundo rango.

267

Con una gran meta

Quien tiene una gran meta es superior incluso a la justicia, no solo a sus propios actos y a sus jueces.

268

¿Qué nos hace heroicos?

Dirigirnos al mismo tiempo a nuestro más alto sufrimiento y a nuestra más alta esperanza.

269

¿En qué crees?

En esto: en que es necesario fijar de nuevo los pesos de todas las cosas.

270

¿Qué dice tu conciencia?

«Llega a ser el que eres».

271

¿Dónde radican tus mayores peligros?

En tener compasión.

272

¿Qué amas en otros?

Mis esperanzas.

273

¿A quién llamas malo?

A quien siempre quiere avergonzar.

274

¿Qué es para ti lo más humano?

Ahorrarle vergüenza a alguien.

275

¿Cuál es el sello de la libertad alcanzada?

Ya no avergonzarse ante uno mismo.

LIBRO CUARTO

Sanctus Januarius[35]

Tú, que con flamígera lanza
has partido el hielo de mi alma,
de tal modo que ahora, férvida, hacia el mar
de su más alta esperanza se apresura:
más luminosa cada vez, y cada vez más sana,
libre en la más amorosa necesidad:
ella ensalza tus milagros,
¡bellísimo *Januarius*!

Génova, enero de 1882.

276

Con ocasión del año nuevo

Todavía vivo, todavía pienso: tengo que seguir viviendo, tengo que seguir pensando. *Sum, ergo cogito: cogito, ergo sum*[36]. Hoy en día todo el mundo se permite expresar su deseo y su más querido pensamiento: pues bien, también yo quiero decir lo que hoy desearía de mí mismo y qué pensamiento fue el primero que me corrió este año por el corazón, ¡un pensamiento que será para mí fundamento, aval y dulzura de toda la vida ulterior! Quiero aprender cada vez más a ver lo necesario de las cosas como lo bello: así seré uno de los que hacen bellas las cosas. *Amor fati*[37]: ¡sea este a partir de ahora mi amor! No quiero hacerle la guerra a lo feo. No quiero acusar, no quiero acusar ni tan solo a los acusadores. ¡*Mirar a otro lado* sea mi única negación! Y, en general y en definitiva: ¡quiero, algún día, ser solo alguien que dice que sí!

277

Providencia personal

Hay un cierto punto elevado de la vida: cuando lo hemos alcanzado, volvemos a correr el mayor peligro —pese a toda nuestra libertad, y por

mucho que hayamos negado al bello caos de la existencia toda razón y bondad providentes— de perder la libertad espiritual, y tenemos que pasar entonces por nuestra más difícil prueba. Y es que solo en ese momento, en el momento en el que tocamos con las manos que todas, todas las cosas que nos afectan son continuamente *para nuestro mayor bien*, la idea de una providencia personal se pone ante nosotros con su más apremiante fuerza y tiene a su favor el mejor abogado, lo que entra por los ojos. La vida de cada día y de cada hora parece no querer ya otra cosa que ir dando nuevas demostraciones de este aserto y solo de él; sea lo que sea, mal o buen tiempo, la pérdida de un amigo, una enfermedad, una calumnia, una carta que no llega, la torcedura de un pie, una mirada a un comercio, un contraargumento, abrir un libro, un sueño, un fraude: todo se revela en seguida, o muy poco después, como una cosa que «no podía faltar», ¡como una cosa llena de profundo sentido y utilidad precisamente *para nosotros*! ¿Hay una seducción más peligrosa a perder la fe en los dioses de Epicuro, aquellos desconocidos despreocupados, y a creer en una divinidad cualquiera llena de preocupaciones y ruin, que conoce personalmente hasta el más diminuto pelo de nuestra cabeza y a la que no repugna ni siquiera el más lamentable servicio? Pues bien, a pesar de todo ello vamos a dejar a los dioses en paz, y a los genios serviciales también, y a conformarnos con la suposición de que nuestra propia habilidad práctica y teórica en interpretar y acomodar los acontecimientos ha llegado en ese momento a su punto culminante. No tengamos un concepto demasiado elevado de esta destreza de los dedos de nuestra sabiduría cuando a veces nos sorprende en exceso la maravillosa armonía que surge al tocar nuestro instrumento: una armonía que suena demasiado bien para que nos atrevamos a atribuírnosla a nosotros mismos. De hecho, aquí y allá alguien está jugando *con* nosotros: es el querido azar, que nos lleva en ocasiones la mano, y la más sabia Providencia no podría idear una música más bella que esa que entonces logra obtener nuestra insensata mano.

El pensamiento de la muerte

Siento una melancólica felicidad al vivir en medio de esta maraña de callejuelas, de necesidades, de voces: ¡cuánta fruición, impaciencia y apetito, cuánta vida sedienta y embriaguez de vida sale a la luz ahí en cada instante! Y, sin embargo, ¡qué gran silencio reinará pronto alrededor de todos esos hombres ruidosos, vivos y sedientos de vida! ¡Cada uno de ellos lleva tras de sí su sombra, su oscuro compañero de camino! Es siempre como en el último instante previo a la partida de un barco de emigrantes: tienen más que decirse unos a otros que nunca, el tiempo apremia, el océano y su vacío silencio esperan impacientes detrás de todo ese ruido, tan ávidos, tan seguros de su botín. Y todos, todos piensan que lo que han tenido hasta ese momento no es nada, o es poco, y que el futuro cercano lo es todo: ¡y de ahí esa premura, ese griterío, ese ensordecerse unos a otros y aprovecharse unos de otros! Todos quieren ser los primeros en este futuro, ¡y sin embargo, la muerte y el silencio de los muertos es, de ese futuro, lo único seguro y lo común a todos! ¡Qué raro que esta única seguridad y comunidad no tenga casi poder alguno sobre las personas, y que de nada estén *más lejos* que de sentirse como la cofradía de la muerte! ¡Me hace feliz ver que los hombres no quieren en modo alguno pensar el pensamiento de la muerte! Me gustaría emprender algo que les hiciese cien veces *más digno de ser pensado* el pensamiento de la vida.

279

Amistad estelar

Éramos amigos, y nos hemos vuelto extraños el uno para el otro. Pero está bien así y no queremos ocultárnoslo y oscurecérnoslo, como si tuviésemos que avergonzarnos de ello. Somos dos barcos, cada uno con su meta y su rumbo; puede que nos crucemos y que celebremos una fiesta juntos, como lo hicimos cuando los probos barcos quedaron fondeados en

un mismo puerto y a un mismo sol, tan tranquilos que parecía como si ya hubiesen llegado a su destino y hubiesen tenido un mismo destino. Pero más tarde la todopoderosa fuerza de nuestra tarea nos empujó a separarnos, hacia diferentes mares y latitudes, y quizá no volvamos a vernos nunca, o quizá nos veamos, pero sin reconocernos: ¡los diferentes mares y soles nos han cambiado! Tener que volvernos extraños el uno para el otro es la ley que está por *encima* de nosotros: ¡precisamente por eso debemos hacernos también más dignos de veneración recíproca! ¡Precisamente por eso el pensamiento de nuestra antigua amistad debe hacerse más sagrado! Hay probablemente una enorme curva y órbita estelar invisible en la que nuestros caminos y metas, tan distintos como son, puede que estén *incluidos* como pequeños tramos, ¡elevémonos a ese pensamiento! Pero nuestra vida es demasiado corta y nuestra vista demasiado débil para que pudiésemos ser más que amigos en el sentido de aquella sublime posibilidad. Y, así, *creamos* en nuestra amistad estelar, aun cuando tuviésemos que ser uno para otro enemigos terrenales.

280

Arquitectura de los que conocen

Es necesario, y probablemente urgente, darse cuenta de qué es lo que más falta les hace a nuestras grandes ciudades: lugares para reflexionar silenciosos y amplios, ampliamente extendidos, lugares con largos y altos pórticos para el mal tiempo, o para el tiempo demasiado soleado, en los que no penetre ruido alguno de coches y de pregoneros y en los que una delicada decencia prohibiría incluso al sacerdote rezar en voz alta: obras arquitectónicas y parques que como un todo expresen la sublimidad del recapacitar y hacerse a un lado. Ha pasado la época en la que la Iglesia poseía el monopolio de la reflexión, en la que la *vita contemplativa* siempre tenía que ser antes *vita religiosa*: y todo lo que la Iglesia ha edificado expresa ese pensamiento. No veo cómo podríamos darnos por satisfechos

con sus obras arquitectónicas, incluso aunque las despojásemos de su finalidad eclesiástica: hablan un lenguaje demasiado altisonante y lleno de prejuicios —pues no en vano son casas de Dios y lugares fastuosos destinados a un tráfico sobrenatural— para que nosotros los sin Dios pudiésemos pensar en ellas *nuestros pensamientos*. Queremos habernos transmutado *nosotros* en piedra y planta, queremos pasear *por dentro de nosotros mismos*, cuando caminemos por esos pórticos y jardines.

281

Saber encontrar el final

Se reconoce a los maestros de primer rango en el hecho de que, en lo grande como en lo pequeño, saben encontrar el final de modo perfecto, ya sea el final de una melodía o de un pensamiento, ya sea el quinto acto de una tragedia o de un importante asunto de Estado. Los primeros del segundo nivel siempre se ponen intranquilos conforme se acerca el final, y no caen al mar con un equilibrio tan orgulloso y tranquilo como lo hace, por ejemplo, la montaña cercana a Porto Fino, allí donde la bahía de Génova canta el final de su melodía.

282

La forma de andar

Hay modales del espíritu en los que también espíritus grandes delatan que proceden del populacho o del semippopulacho: me refiero especialmente a la forma de andar y al paso de sus pensamientos; no saben *andar*. Así, para su profunda irritación, Napoleón no sabía andar principescamente y de modo «legítimo» en ocasiones en las que realmente hay que saber hacerlo, como en grandes desfiles de coronación y en otros actos similares: tampoco

ahí era nunca otra cosa que el comandante de una columna, orgulloso a la par que apresurado, y era consciente de ello. Da risa ver a esos escritores que hacen sonar a su alrededor los ropajes llenos de pliegues del periodo: quieren tapar así sus *pies*.

283

Personas preparatorias

¡Celebro todos los indicios de que empieza una época más viril, una época más guerrera, que sobre todo volverá a honrar la valentía! Pues debe allanar el camino para una época aún más elevada y reunir la fuerza que esta necesitará un día: la época que lleva el heroísmo al conocimiento y *hace guerras* por causa de las ideas y de sus consecuencias. Para ello se necesita por ahora muchos hombres valientes preparatorios, que, ciertamente, no pueden surgir de la nada, e igual de poco de la arena y el barro de la civilización y de la cultura de gran ciudad actuales: hombres que sepan ser callados, solitarios y resueltos, y estar contentos y ser tenaces mientras desarrollan una actividad invisible: hombres que por inclinación interior busquen en todas las cosas lo que haya que *superar* en ellas: hombres a los que la jovialidad, la paciencia, la sencillez y el desprecio de las grandes vanidades les sean igual de propios que la magnanimidad en la victoria y la indulgencia con las pequeñas vanidades de todos los vencidos: hombres con un juicio aguzado y libre sobre todos los vencedores y sobre la parte de azar que hay en toda victoria y fama: hombres con fiestas propias, días laborables propios, periodos de duelo propios, acostumbrados a dar órdenes con seguridad y dispuestos igualmente a obedecer cuando hay que hacerlo, en lo uno y en lo otro con igual orgullo y sirviendo igual a su propia causa: ¡hombres que corren más peligro, hombres más fecundos, hombres más felices! Pues, ¡creedme!, el secreto para cosechar la mayor fecundidad y la mayor fruición de la existencia es este: *¡vivir peligrosamente*! ¡Edificad vuestras ciudades en las faldas del Vesubio!

¡Enviad vuestros barcos a mares inexplorados! ¡Vivid en guerra con vuestros semejantes y con vosotros mismos! ¡Sed saqueadores y conquistadores, mientras no podáis ser dominadores y poseedores, vosotros los que conocéis! ¡Pronto pasará la época en la que os era lícito conformaros con vivir escondidos en los bosques, igual que tímidos ciervos! Por fin extenderá el conocimiento la mano hacia lo que es suyo: ¡querrá *dominar* y *poseer*, y vosotros con él!

284

La fe en sí mismos

Pocos hombres tienen fe en sí mismos: y, de esos pocos, a unos les viene dada como una útil ceguera o como un oscurecimiento parcial de su espíritu (¡con qué espectáculo se enfrentarían si pudiesen verse a sí mismos *hasta el fondo*!), mientras que otros tienen que empezar adquiriéndola: cuanto hacen de bueno, eficiente y grande es de entrada un argumento contra el escéptico que habita en ellos: hay que convencer o persuadir *a ese escéptico*, y para ello hace falta ser casi un genio. Son los grandes insatisfechos de sí mismos.

285

Excelsior[38]*!*

«Nunca más rezarás, nunca más adorarás, nunca más descansarás con infinita confianza: te privas a ti mismo de detenerte ante una última sabiduría, una última bondad, un último poder, y de desembridar tus pensamientos, no tienes un vigilante y amigo permanente para tus siete soledades, vives sin vistas a una montaña que tenga nieve sobre su cabeza y brasas en su corazón, ya no hay para ti un vengador, un corrector de última

mano, ya no hay razón en lo que sucede, ni amor en lo que sucederá para ti, ya no puede acceder tu corazón a un lugar de descanso en el que solo tenga que encontrar y ya no que buscar, te defiendes contra toda paz última, quieres el eterno retorno de la guerra y de la paz: hombre de la renunciación, ¿de todo eso quieres hacer renuncia? ¿Quién te dará la fuerza para ello? ¡Nadie ha tenido aún esa fuerza!». Hay un lago que un día se privó a sí mismo de desaguar y levantó un dique donde hasta ese momento desaguaba: desde entonces ese lago va subiendo cada vez más. Quizá precisamente esa renunciación nos conceda también la fuerza con la que la renunciación misma puede ser soportada; quizá el hombre suba cada vez más alto a partir del momento en el que ya no *fluya vaciándose* en un dios.

286

Inciso

Aquí hay esperanzas; pero ¿qué veréis y oiréis de ellas si en vuestras propias almas no habéis experimentado resplandor y brasa y auroras? Solo puedo hacer recordar —¡más no puedo, no puedo mover piedras, hacer hombres de animales!—, ¿queréis esto de mí? ¡Ay, si sois aún piedras y animales, buscaos primero vuestro Orfeo!

287

Placer en la ceguera

«Mis pensamientos», dijo el caminante a su sombra, «deben mostrarme dónde estoy: pero no deben dejarme saber *hacia dónde voy*. Amo ignorar el futuro, y no quiero sucumbir por impaciencia y por anticiparme a degustar cosas prometidas».

288

Estados de ánimo elevados

Me parece que la mayor parte de las personas no creen en absoluto en estados de ánimo elevados, a no ser durante unos momentos, cuartos de hora a lo sumo, exceptuando las pocas que conocen por experiencia una mayor duración del sentimiento elevado. Pero ser persona de un solo sentimiento elevado, encarnación de un único gran estado de ánimo: esto ha sido hasta ahora solamente un sueño y una posibilidad arrebatadora, y la historia no nos proporciona todavía ningún ejemplo seguro de ello. Sin embargo, ella podría dar nacimiento a esas personas algún día: cuando haya sido creada y establecida una gran cantidad de condiciones previas favorables que ahora ni siquiera el más feliz azar puede reunir jugando a los dados. El estado usual de esas almas futuras quizá sea precisamente el que hasta ahora se ha producido aquí y allí en nuestras almas como la excepción sentida con un estremecimiento: un constante movimiento entre arriba y abajo y la sensación de arriba y abajo, un constante como subir escaleras y simultáneamente descansar sobre las nubes.

289

¡A los barcos!

Cuando se considera cómo actúa sobre cada individuo una justificación filosófica global de su modo de vivir y de pensar —a saber, igual que un sol que calienta, bendice y fecunda, y que luce *ex professo* para él—, cómo hace independiente del elogio y del reproche, capaz de bastarse a sí mismo, rico, generoso en felicidad y benevolencia, cómo recrea incesantemente el mal en bien, hace florecer y madurar todas las fuerzas y no deja en modo alguno que aparezcan las pequeñas y grandes malas hierbas de la congoja y

la irritación: cuando se considera todo eso, al final se exclama ávidamente: ¡ojalá fuesen creados muchos nuevos soles más como ese! ¡También el malo, también el infeliz, también el hombre excepcional debe tener su filosofía, su buen derecho, su brillo del sol! ¡No es compasión con ellos lo que hace falta! —tenemos que echar en olvido esa ocurrencia de la soberbia, por mucho tiempo que el género humano lleve aprendiendo de ella y ejercitándose precisamente en ella— ¡no es confesores, conjuradores del alma y perdonadores de pecados lo que tenemos que ponerles! ¡Sino que una nueva *justicia* es lo que hace falta! ¡Y una nueva contraseña! ¡Y nuevos filósofos! ¡También la Tierra moral es redonda! ¡También la Tierra moral tiene sus antípodas! ¡También los antípodas tienen su derecho a la existencia! Aún hay otro mundo por descubrir, ¡y más de uno! ¡A lo barcos, filósofos!

290

Una sola cosa es necesaria[39]

«Dar estilo» al propio carácter: ¡un gran y raro arte! Lo ejerce el que tiene una visión de conjunto de todo lo que su naturaleza ofrece en lo tocante a fuerzas y a debilidades y después lo inserta en un plan artístico, hasta que todo aparece como arte y razón e incluso la debilidad extasía el ojo. Aquí, se ha añadido una gran masa de segunda naturaleza; allí, se ha quitado un pedazo de primera naturaleza: las dos veces con largo ejercicio e invirtiendo en esa tarea un trabajo diario. Aquí, lo feo que no se dejó quitar está tapado; allí, está reinterpretado como sublime. Muchas cosas vagas y que se resistían a recibir forma han sido reservadas y aprovechadas para ver a lo lejos: se destinan a hacer señas hacia lo amplio e inmensurable. Al final, cuando la obra está terminada, se revela cómo era la coacción de un mismo gusto la que dominaba y daba forma tanto a lo grande como a lo pequeño: que el gusto fuese bueno o malo, importa menos de lo que se piensa, ¡bastaba que se tratase de un mismo gusto! Son las naturalezas

fuertes, ávidas de dominio, las que en una coacción como esa, en esa vinculación y perfección bajo la propia ley, tienen su más delicado goce; la pasión de su poderoso querer se facilita al ver a toda naturaleza estilizada, a toda naturaleza vencida y servidora; también cuando tienen que edificar palacios y disponer jardines son reacias a dejar libertad a la naturaleza. Y, a la inversa, son los caracteres débiles, no dueños de sí mismos, lo que *odian* la vinculación del estilo, pues sienten que si les fuese impuesta esta perversa coacción tendrían que hacerse *vulgares* bajo ella: se convierten en esclavos tan pronto sirven, y odian el servir. Esos espíritus —pueden ser espíritus de primer rango— van siempre en pos de configurarse o interpretarse a sí mismos y sus entornos como naturaleza *libre*: salvaje, arbitraria, fantástica, desordenada, sorprendente, ¡y hacen bien, porque solo así se hacen bien a ellos mismos! Pues una sola cosa es necesaria: que el hombre *alcance* el contento consigo mismo, ya sea a través de esta o de aquella creación literaria o arte: ¡solo entonces cabe considerar al hombre soportable de algún modo! Quien está descontento consigo mismo, está dispuesto continuamente a vengarse de ello: los demás nos convertiremos en sus víctimas, aunque solo sea por el hecho de tener que soportar continuamente el espectáculo de su fealdad. Pues ver cosas feas hace malo y pone tétrico.

291

Génova

He contemplado durante un buen rato esta ciudad, sus casas de campo y jardines de recreo y el ancho perímetro de sus alturas y laderas habitadas; al final tengo que decir: veo *rostros* de generaciones pretéritas, esta región se halla cubierta por entero de imágenes de hombres atrevidos y que se gloriaban de sí mismos. Han *vivido* y han querido pervivir —me lo están diciendo sus casas, edificadas y adornadas para siglos y no para la hora fugaz— y miraban con buenos ojos a la vida, por malos que frecuentemente

puedan haber sido consigo mismos. Veo siempre al que edifica hacer descansar su mirada sobre todo lo edificado a su alrededor, tanto lejos como cerca, e igualmente sobre la ciudad, el mar y las líneas de las montañas, lo veo ejercer poder y conquista con esa mirada: quiere insertar todo eso en *su* plan, y en último término hacerlo así de su *propiedad*. Toda esta región está cubierta por ese espléndido e insaciable egocentrismo de la avidez de posesiones y de botín, y al igual que estos hombres no reconocían fronteras en la lejanía, y que en su sed de lo nuevo colocaron un nuevo mundo junto al antiguo, así también seguían indignándose en su patria todos contra todos e inventaban un modo de expresar su superioridad y de colocar entre ellos y su vecino su infinitud personal. Cada uno conquistaba de nuevo su patria para sí, sojuzgándola con sus ideas arquitectónicas y, por así decir, recreándola como deleite para los ojos de su casa. En el Norte, cuando se contempla el modo en que están edificadas las ciudades, resulta imponente la ley y el placer general que producen la legalidad y la obediencia: se adivina en ellas aquel interior equipararse, inscribirse en un orden, que tiene que haber dominado el alma de todos los que construían. Pero aquí al doblar cada esquina encuentras un hombre de por sí que conoce el mar, la aventura y el Oriente, un hombre que es hostil a la ley y al vecino como a una especie de aburrimiento y que mide con miradas envidiosas todo lo ya fundamentado y viejo: querría, con una maravillosa picardía de la fantasía, volver a fundar todo esto, al menos con el pensamiento, imprimirle su mano y darle su sentido, aunque solo sea por el instante de una tarde soleada en la que su insaciable y melancólica alma sienta por una vez satisfacción, y solo a cosas propias, ya no a cosa alguna ajena, les sea lícito mostrarse a sus ojos.

292

A los predicadores morales

No quiero hacer una moral, pero a los que sí lo desean les doy este consejo: ¡si queréis terminar privando a las mejores cosas y a los mejores estados de todo honor y valor, seguid hablando de ellos como hasta ahora! Colocadlos en la cima de vuestra moral y hablad, de la mañana a la noche, de la felicidad de la virtud, de la tranquilidad del alma, de la justicia y de la sanción inmanente: seguid así, y todas esas cosas buenas terminarán obteniendo popularidad y tendrán a su favor el griterío de la calle, pero entonces se habrá gastado también todo su revestimiento de oro, es más, todo el oro *de su interior* se habrá transformado en plomo. ¡Verdaderamente domináis el arte contrario a la alquimia, la desvalorización de lo más valioso! Probad por una vez a echar mano a otra receta, para que, a diferencia de lo que os sucede hasta ahora, no alcancéis lo contrario de lo que buscáis: *negad* aquellas cosas buenas, sustraedles el aplauso del populacho y la fácil circulación, volved a convertirlas en escondidos pudores de almas solitarias, ¡decid que *la moral es algo prohibido*! Quizá ganéis así para estas cosas al tipo de personas que son las únicas importantes, me refiero a las *heroicas*. ¡Pero entonces tiene que haber ahí algo temible, y no, como hasta ahora, repugnante! ¡No nos faltarían ganas de decir hoy respecto de la moral lo que decía Meister Eckart: «pido a Dios que me haga llegar a no deberle nada a Dios»!

293

Nuestro aire

Bien lo sabemos: para quien solo lanza una mirada a la ciencia como de paso, al modo de las mujeres y, por desgracia, también de muchos artistas, el rigor del servicio que hay que prestarle, esta inexorabilidad en lo pequeño como en lo grande, esta rapidez en el sopesar, juzgar y condenar tienen algo que infunde vértigo y miedo. Especialmente lo asusta cómo aquí se exige lo más difícil y se hace lo mejor sin que por ello haya elogio y distinciones, sino que antes bien, como entre soldados, casi solamente *se manifiestan*

reproches y severas reconvenciones: pues hacer las cosas bien está considerado como la regla, y lo errado como la excepción, y la regla tiene, aquí como en todas partes, una boca silenciosa. Con este «rigor de la ciencia» sucede lo que con las formas y la cortesía de la mejor sociedad: asusta a los no iniciados. Pero a quien está acostumbrado a él no le gusta vivir en otro lugar que en este aire luminoso, transparente, fuerte, muy cargado de electricidad, en este aire *varonil*. Ningún otro lugar es para él lo suficientemente limpio y aireado: recela que *en cualquier otro sitio* su mejor arte no sería de clara utilidad para nadie ni motivo de alegría para él mismo, que media vida se le escaparía entre los dedos a causa de malentendidos, que constantemente le haría falta mucha precaución, mucho esconder y atenerse solo a sí: ¡todo ello pérdidas de fuerza, tan grandes como inútiles! Pero en *este* riguroso y claro elemento conserva toda su fuerza: ¡aquí puede volar! ¡Para qué volver a bajar a aquellas turbias aguas, en las que hay que nadar y chapotear y en las que se estropea el color de sus alas! ¡No! Vivir ahí es demasiado difícil para nosotros: ¡qué le vamos a hacer, si hemos nacido para el aire, para el aire puro, nosotros los rivales del rayo de luz, y si lo que más nos gustaría es, igual que él, cabalgar sobre el polvillo del éter, y no alejándonos del sol, sino *hacia el sol*! Pero esto no nos es dado, así que vamos a hacer lo único que podemos: llevar luz a la tierra, ¡ser «la luz de la tierra»! Y para eso tenemos nuestras alas y nuestra rapidez y rigor, por causa de ello somos varoniles e incluso terribles, igual que el fuego. ¡Que nos teman quienes no sepan calentarse e iluminarse con nosotros!

294

Contra los calumniadores de la naturaleza

Me desagradan las personas en las que toda inclinación natural se convierte inmediatamente en una enfermedad, en algo deformante o incluso vergonzoso: son *ellas* quienes nos han seducido a la opinión de que las

inclinaciones y pulsiones del hombre son malas; ¡son *ellas* la causa de nuestra gran injusticia hacia nuestra naturaleza, hacia toda naturaleza! A no pocas personas les es *lícito* abandonarse a sus pulsiones con gracia y despreocupación: ¡pero no lo hacen, por miedo a aquella imaginada «esencia mala» de la naturaleza! *De ahí* que entre los hombres quepa encontrar tan poca nobleza: el rasgo por el que esta se distingue será siempre no tener miedo de nosotros mismos, no esperar de nosotros mismos nada vergonzoso, volar sin reparos hacia donde nos sintamos impulsados, ¡nosotros, pájaros nacidos libres! Dondequiera que vayamos, siempre habrá libertad y luz solar a nuestro alrededor.

295

Costumbres breves

Amo las costumbres breves y las considero el instrumento inestimable para conocer *muchas* cosas y estados, y para conocerlos hasta el fondo de sus dulzuras y amarguras; mi naturaleza está dispuesta por entero para costumbres breves, incluso en las necesidades de su salud corporal y en *todo* lo que alcanzo a ver de ella, desde lo bajo hasta lo más alto. Siempre creo que *esto* me satisfará de modo permanente —también la costumbre breve tiene aquella fe de la pasión, la fe en la eternidad— y que soy digno de envidia por haberlo encontrado y reconocido: me alimenta al mediodía y al atardecer y difunde alrededor de sí y hacia dentro de mí una profunda conformidad, de modo que no albergo deseos de otra cosa, y no tengo que comparar o despreciar u odiar. Y, un buen día, se acabó: la buena cosa se separa de mí, no como algo que me infunda repugnancia en ese momento, sino pacíficamente y saturada de mí, igual que yo de ella, como si tuviésemos que estarnos recíprocamente agradecidos y, *así*, nos diésemos la mano para despedirnos. Y ya está esperando a la puerta lo nuevo, e igualmente mi fe —¡esta infatigable necia y sabia!— en que esa cosa nueva será la correcta, la última cosa correcta. Eso es lo que me pasa con

manjares, pensamientos, personas, ciudades, poesías, músicas, doctrinas, órdenes del día, formas de vida. En cambio, odio las costumbres *permanentes* y pienso que un tirano se me acerca y que mi aire vital se hace más *denso* allí donde los acontecimientos toman tal cariz que parece necesario que broten de ellos costumbres permanentes: por ejemplo, en virtud de un cargo, de una constante convivencia con las mismas personas, de un domicilio fijo, de un tipo de salud único. Sí, estoy reconocido en lo más profundo de mi alma a toda mi miseria y a todo mi estar enfermo, a cuanto es imperfecto en mí, porque esas cosas me dejan cien puertas traseras por las que puedo escapar de las costumbres permanentes. Ahora bien, lo más insoportable, lo auténticamente terrible, sería para mí una vida enteramente carente de costumbres, una vida que continuamente exigiese la improvisación: ese sería mi destierro y mi Siberia.

296

La sólida reputación

La sólida reputación era antes una cosa sumamente útil, y dondequiera que la sociedad esté dominada aún por el instinto gregario lo más útil sigue siendo para cada individuo *hacer pasar* por inmodificable su carácter y su ocupación, aun cuando en el fondo no lo sean. «Podemos fiarnos de él, permanece igual a sí mismo»: este es en todas las situaciones peligrosas de la sociedad el elogio más significativo. La sociedad siente con satisfacción que en la virtud de este, en la ambición de aquel, en la reflexión y la pasión de un tercero tiene un *instrumento* fiable, dispuesto en todo momento: honra con sus mayores honores esta *naturaleza de instrumento*, este permanecer fiel a sí mismo, esta inmodificabilidad en opiniones y afanes, e incluso en malas costumbres. Esa estimación, que florece y ha florecido por doquier al mismo tiempo que la eticidad de la costumbre, educa «caracteres» y sume en el *descrédito* todo cambiar, todo aprender a hacer las cosas de otra manera, todo transformarse. Este es en todos los casos, por

grandes que sean en otros aspectos las ventajas de esa forma de pensar, el tipo de juicio general más nocivo que existe *para el conocimiento*: pues precisamente la buena voluntad que lleva al que conoce a declararse en todo momento, sin titubeo alguno, *contra* la que era su opinión hasta entonces, y en general a desconfiar de todo lo que en nosotros quiere llegar a ser *sólido*, está aquí condenada y sumida en el descrédito. La actitud interior del que conoce, dado que se halla en contradicción con la «sólida reputación», está considerada como *deshonrosa*, mientras que la petrificación de las opiniones recibe todos los honores: ¡bajo el poder de esa consideración generalmente admitida tenemos que seguir viviendo hoy! ¡Qué difícil es vivir cuando sentimos en contra de nosotros y alrededor de nosotros el juicio de muchos milenios! Es probable que durante muchos milenios el conocimiento haya estado afectado por la mala conciencia, y que en la historia de los grandes espíritus tenga que haber habido mucho autodesprecio y mucha desgracia oculta.

297

Poder contradecir

Todos saben ahora que poder tolerar la contradicción es una elevada señal de cultura. Algunos saben incluso que todo hombre superior desea y provoca que se lo contradiga, a fin de obtener una indicación sobre su injusticia, para él desconocida hasta ese momento. Pero *poder* contradecir, la *buena* conciencia obtenida en la enemistad contra lo acostumbrado, tradicional, santificado, es más que esas dos cosas y lo verdaderamente grande, nuevo y sorprendente de nuestra cultura, el mayor paso adelante del espíritu liberado: ¿quién hay que sepa esto?

298

Suspiro

Atrapé ese conocimiento por el camino y eché mano rápidamente a las primeras palabras que se me ocurrieron, por inapropiadas que fuesen, para retenerlo y que no se me escapase volando. Y ahora se me ha muerto a causa de esas secas palabras y pende de ellas aún convulso, y apenas sé ya, cuando lo miro, cómo pude tener la fortuna de capturar ese pájaro.

299

Lo que se debe aprender de los artistas

¿Qué medios tenemos para hacer que las cosas sean para nosotros bellas, atractivas, deseables, cuando no lo son?, ¡y creo que de suyo no lo son nunca! Aquí tenemos algo que aprender de los médicos cuando, por ejemplo, diluyen lo amargo o ponen vino y azúcar en el vaso mezclador, pero todavía más de los artistas, que en realidad van continuamente en pos de hacer esas invenciones y malabarismos. Alejarse de las cosas hasta que mucho de ellas ya no se vea y haya que añadir mucho con la mirada *para seguir viéndolas*, o ver las cosas a la vuelta de la esquina y como en un corte, o ponerlas de tal modo que se desfiguren unas a otras en parte y solo permitan miradas en perspectiva, o mirarlas a través de un cristal coloreado o a la luz del crepúsculo, o darles una superficie y piel que no tenga total transparencia: todo esto debemos aprenderlo de los artistas, y por lo demás ser más sabios que ellos. Pues en ellos esa sutil fuerza que poseen suele cesar allí donde cesa el arte y comienza la vida; pero *nosotros* queremos ser los poetas de nuestra vida, empezando por lo más pequeño y cotidiano.

300

Preludios de la ciencia

¿Creéis acaso que las ciencias habrían surgido y crecido si los encantadores, los alquimistas, los astrólogos y las brujas no las hubieran precedido, toda vez que eran ellos quienes con sus promesas y fingimientos tenían que empezar abriendo el hambre y la sed de poderes *escondidos y prohibidos*, y haciendo que se tuviese un buen sabor de boca al degustarlos? Es más, ¿no creéis que, a fin de que en el reino del conocimiento se cumpla siquiera algo, ha sido necesario *prometer* infinitamente más de lo que se podrá nunca cumplir? Quizá, al igual que aquí se nos manifiestan preludios y ejercicios previos de la ciencia que *de ningún modo* son ejercitados y sentidos como tales, puede que también la *religión* entera le parezca a una época lejana ejercicio y preludio: quizá haya sido ella el extraño medio para que un día algunas personas puedan disfrutar toda la capacidad de un dios de bastarse a sí mismo y toda su fuerza de autorredención: ¡Sí! —es lícito preguntar—, ¿habría aprendido acaso el hombre, sin aquella escuela y prehistoria religiosa, a notar hambre y sed *de sí mismo* y a sacar *de sí mismo* satisfacción y plenitud? ¿Tenía Prometeo que *figurarse* primero haber *robado* la luz y expiar por ello, a fin de terminar descubriendo que era él quien había creado la luz *al apetecer la luz*, y que no solo el hombre, sino también el *dios*, ha sido la obra de *sus* manos y barro en sus manos? ¿Todo solamente esculturas del escultor?, ¿y lo mismo la ilusión, el hurto, el Cáucaso, el buitre y la entera prometeada trágica de todos los que conocen?

301

Ilusión de los contemplativos

Las personas elevadas se distinguen de las bajas en que ven y oyen indeciblemente más y en que ven y oyen pensando, y precisamente esto distingue al hombre del animal y a los animales superiores de los inferiores. El mundo está cada vez más lleno para quien crece hasta la altura de la humanidad; se lanzan hacia él cada vez más anzuelos del interés; la cantidad de sus estímulos está en constante crecimiento, y lo mismo la

cantidad de sus tipos de placer y displacer: el hombre superior va siendo, al mismo tiempo, cada vez más feliz y más infeliz. Pero una *ilusión* permanece como su perpetua acompañante: cree estar puesto en calidad de *espectador* y *oyente* ante el gran espectáculo visual y sonoro que es la vida, llama a su naturaleza *contemplativa* y pasa por alto que él mismo es también el auténtico autor que ha forjado la vida y continúa forjándola, que él ciertamente se diferencia mucho del *actor* de este drama, del denominado hombre que actúa, pero todavía más de un mero contemplador e invitado de honor que esté *delante* del escenario. A él, en su calidad de autor, le es propia, sin duda, *vis contemplativa*[40] y la mirada retrospectiva a su obra, pero al mismo tiempo, y primero, la *vis creativa*, la cual le *falta* a la persona que actúa, digan lo que digan el testimonio de los sentidos y la fe corriente. Nosotros, los sentientes-pensantes, somos los que real y continuamente *hacemos* algo que todavía no existe: el entero mundo eternamente creciente de estimaciones, colores, pesos, perspectivas, escalas, afirmaciones y negaciones. Esta creación literaria nuestra está siendo continuamente aprendida, ejercitada, traducida a la carne y a la realidad, es más, a la cotidianidad, por las denominadas personas prácticas (nuestros actores, como hemos dicho). Cuanto tiene *valor* en el mundo actual no lo tiene en sí, conforme a su naturaleza —la naturaleza carece siempre de valor—, sino que un día se le dio, se le regaló un valor, ¡y *nosotros* éramos esos donantes y regaladores! ¡Nosotros hemos creado el mundo *que importa algo al hombre*, y antes de nosotros no existía! Pero precisamente este saber nos falta, y si lo atrapamos durante un momento, en el siguiente ya lo hemos olvidado: desconocemos nuestra mejor fuerza y nos estimamos, los contemplativos, un grado menos de lo debido; no somos *ni tan orgullosos ni tan felices* como podríamos.

302

Peligro del más feliz

Tener sentidos delicados y un gusto delicado; estar acostumbrado a lo escogido y a lo mejor de todo del espíritu, y también a la dieta correcta y más próxima; disfrutar de un alma fuerte, atrevida, osada; atravesar la vida con la mirada tranquila y el paso firme, siempre dispuesto a lo extremo, como quien va a una fiesta y lleno del deseo de mundos y mares, hombres y dioses aún por descubrir; prestar oído a toda música jovial, como si en ella tomasen un breve descanso y placer hombres, soldados y navegantes valientes, y ser vencido en la más profunda fruición del instante por las lágrimas y por toda la melancolía purpúrea del feliz: ¡quién no querría que precisamente todo esto fuese *su* posesión, su estado! ¡Era *la felicidad de Homero*! El estado de quien inventó para los griegos los dioses de los griegos, ¡no, de quien inventó para sí mismo *sus propios* dioses! Pero no nos lo ocultemos: ¡con esta felicidad de Homero en el alma se es también la criatura más capaz de sufrimiento que existe bajo el sol! ¡Y solo a ese precio se compra la más preciosa concha que las olas de la existencia hayan dejado hasta ahora en la orilla! Como poseedores de ella nos hacemos cada vez más delicados en el dolor, y en último término demasiado delicados: un pequeño malhumor y repugnancia bastaría al final para quitarle a Homero el gusto por la vida. ¡No fue capaz de solucionar un insensato enigmilla que le plantearon unos jóvenes pescadores! ¡Sí, los pequeños enigmas son el peligro de los hombres más felices!

303

Dos felices

Verdaderamente, esta persona, a pesar de su juventud, domina la *improvisación de la vida* y deja asombrado hasta al más fino observador: pues parece que no comete equivocación alguna, aunque juega continuamente al más arriesgado juego. Nos recuerda a aquellos maestros del arte musical que hacen improvisaciones, a los que también el oyente querría atribuir una *infalibilidad* divina de la mano, a pesar de que aquí y

allí se equivocan, igual que todo mortal se equivoca. Pero están ejercitados y son ingeniosos, y siempre están dispuestos a insertar al instante en la estructura temática el más casual sonido al que los empuje un movimiento del dedo, un capricho, y a insuflar en el azar un bello sentido y una alma. Esa otra de allí es una persona enteramente distinta: todo lo que quiere y planea le sale mal a fondo. Aquello en lo que ha puesto en ocasiones su corazón ya le ha llevado algunas veces al borde del abismo y a la más inmediata cercanía de la perdición, y si logró escapar a ella en el último momento, sin duda que no fue solo «con lesiones menores». ¿Creéis que es infeliz por ello? Hace ya mucho tiempo que decidió en su interior no dar tanta importancia a sus propios deseos y planes. «Si esto no me sale bien», se persuade a sí mismo, «ya me saldrá bien aquello otro, y en conjunto no sé si tengo que estar más agradecido a mi fracaso que a cualquier éxito. ¿Estoy hecho para ser obstinado y llevar los cuernos del toro? No es ahí donde reside lo que constituye *para mí* el valor y el resultado de la vida; no es ahí donde residen mi orgullo y mi miseria. Sé más de la vida porque con tanta frecuencia he estado a punto de perderla; ¡y precisamente por eso le *he sacado más fruto* a la vida que todos vosotros!».

304

Al hacer, omitimos

En el fondo me repelen todas esas morales que dicen: «¡No hagas esto! ¡Renuncia! ¡Supérate!». En cambio, veo con buenos ojos las morales que me empujan a hacer algo y a volver a hacerlo, de la mañana a la noche, y por la noche a soñar con eso, y a no pensar absolutamente en nada que no sea: ¡hacer *bien* esto, tan bien como precisamente solo *a mí* me es posible hacerlo! Cuando alguien vive así, se van desprendiendo de él continuamente una tras otra las cosas impropias de una vida como esa: ve, sin odio ni repugnancia, cómo se despide de él hoy esto y mañana aquello, igual que las hojas ya amarillentas que todo airecillo algo movido arranca

del árbol, o bien no ve en modo alguno que se está despidiendo: tanto es el rigor con que sus ojos miran hacia su meta y en general hacia delante, no hacia un lado, hacia atrás, hacia abajo. «Que lo que hagamos determine lo que omitimos: al hacer, omitimos», así es como me gusta, así reza mi *placitum*[41]. Pero no quiero aspirar a mi empobrecimiento con los ojos abiertos, no me gusta ninguna de las virtudes negativas: virtudes cuya esencia son el negar y el renunciar mismos.

305

Autodominio

Aquellos maestros de moral que primero y por encima de todo ordenan al hombre llegar a controlarse echan sobre él una peculiar enfermedad, a saber, una constante excitabilidad en todos los movimientos e inclinaciones naturales y, por así decir, una especie de comezón. Sea lo que sea lo que a partir de ese momento pueda golpearlo, atraerlo, cautivarlo o impulsarlo, desde dentro o desde fuera, siempre le parecerá a ese excitable como si en ese momento empezase a peligrar su autodominio: ya no le es lícito confiarse a un instinto, a un libre golpe de ala, sino que está constantemente con un gesto defensivo, armado contra sí mismo, con mirada aguzada y desconfiada, el eterno vigilante de su castillo, del castillo en que él se ha convertido. ¡Sí, puede ser *grande* con ello! Pero ¡qué insoportable se ha vuelto para otros, qué difícil para él mismo, qué empobrecido y separado de las más bellas casualidades del alma! ¡Es más, también de toda ulterior *instrucción*! Pues hemos de poder perdernos durante cierto tiempo si es que deseamos aprender algo de las cosas que no somos nosotros mismos.

306

Estoicos y epicúreos

El epicúreo escoge la situación, las personas e incluso los acontecimientos que se adaptan a su constitución intelectual, que es extremadamente excitable, y renuncia a todo lo demás —es decir, a la mayor parte de las cosas— porque esa sería una dieta demasiado fuerte y pesada para él. El estoico, en cambio, se ejercita en tragar piedras y gusanos, cristales rotos y escorpiones, y en que nada le produzca repugnancia; su estómago debe acabar volviéndose indiferente a todo lo que el azar de la existencia vierta en él: recuerda a aquella secta árabe de los assaua que se conoce en Argel, e igual que esos insensibles gusta de tener en la exhibición de su insensibilidad un público invitado, del que precisamente el epicúreo prescinde gustoso: ¡y es que él tiene su «jardín»! Para las personas con las que el destino improvisa, para quienes viven en épocas violentas y dependiendo de personas repentinas y cambiantes, puede que el estoicismo sea muy aconsejable. Pero quien de algún modo *vislumbre* que el destino le permite *hilar un largo hilo* hará bien en acomodarse epicúreamente; ¡todos los hombres que se han dedicado a tareas intelectuales lo han hecho hasta ahora! Y es que para ellos la pérdida de las pérdidas sería verse privados de su delicada excitabilidad y que a cambio les regalasen la dura piel estoica con púas de erizo.

307

A favor de la crítica

Ahora te parece un error algo que antes amabas como una verdad o probabilidad: lo echas fuera de ti y crees ilusoriamente que tu razón ha obtenido ahí una victoria tras larga lucha. Pero quizá aquel error era para ti, entonces, cuando aún eras otro —siempre eres otro—, igual de necesario que todas tus «verdades» de ahora: era, por así decir, una piel que te ocultaba y celaba muchas cosas que todavía no te era lícito ver. Tu nueva vida ha matado por ti aquella opinión, no tu razón: *ya no la necesitas*, y ahora se hunde, y la sinrazón sale a la luz arrastrándose desde su interior

como un gusano. Cuando hacemos crítica, no caemos en lo arbitrario e impersonal, sino que se trata, al menos con mucha frecuencia, de una demostración de que hay en nosotros fuerzas vivas impulsoras que rechazan una corteza. Negamos y tenemos que negar, porque algo en nosotros *quiere* vivir y afirmarse, ¡algo que quizá nosotros todavía no conozcamos, todavía no veamos! Dicho sea esto a favor de la crítica.

308

La historia de cada día

¿Qué es lo que hace en ti la historia de cada día? Mira tus costumbres, de las que esa historia consta: ¿son el producto de innumerables pequeñas cobardías y perezas, o el de tu valentía y tu ingeniosa razón? Por diferentes que sean ambos casos, sería posible que tanto de un modo como de otro los hombres te tributasen el mismo elogio y que tú les reportases a ellos realmente la misma utilidad. Ahora bien, el elogio y la utilidad y la respetabilidad puede que sean suficiente para el que solo desea tener una buena conciencia, ¡pero no para ti, arúspice que tienes *ciencia de la conciencia*!

309

Desde la séptima soledad

Un día el caminante cerró una puerta tras de sí violentamente, se quedó parado y se puso a llorar. Después dijo: «¡Esta inclinación y este impulso hacia lo verdadero, real, no aparente, cierto! ¡Con qué malos ojos lo veo! ¡Por qué me sigue precisamente *a mí* este ojeador tétrico y apasionado! Me gustaría descansar, pero él no lo permite. ¡Cuántas cosas me seducen a quedarme! Hay por doquier jardines de Armida para mí: ¡y por ello siempre

nuevos desgarramientos y nuevas amarguras del corazón! Mis pies, mis pies cansados y heridos, tienen que llevarme más lejos: y, porque han de hacerlo, dirijo con frecuencia a lo más bello que no me pudo retener una mirada retrospectiva airada: ¡*porque* no me pudo retener!».

310

Voluntad y ola

¡Qué ávidamente se acerca esta ola, como si hubiese que alcanzar algo! ¡Cómo se arrastra con tremebunda premura hasta los más recónditos rincones de los cortados de piedra! Parece que quiere adelantarse a alguien; parece que allí está escondido algo que tiene valor, subido valor. Y ahora vuelve, algo más despacio, todavía enteramente blanca de excitación, ¿está desengañada? ¿Ha encontrado lo que buscaba? ¿Se hace la desengañada? Pero ya se acerca otra ola, más ávida y salvaje aún que la primera, y también su alma parece estar llena de secretos y del placer de excavar tesoros. Así viven las olas —¡así vivimos nosotros, los volentes!— y no digo más. ¿Así? ¿Desconfiáis de mí? ¿Os airáis en contra de mí, bellos animales monstruosos? ¿Teméis que revele del todo vuestro secreto? ¡Ea, pues! Airaos contra mí, elevad vuestros peligrosos cuerpos verdes todo lo que podáis, levantad un muro entre mí y el sol, ¡igual que ahora! Verdaderamente, ya no queda del mundo otra cosa que verde crepúsculo y verdes relámpagos. Haced lo que queráis, soberbias, bramad de placer y maldad, o volved a sumergiros, dejad caer vuestras esmeraldas a la más profunda profundidad, arrojad por encima vuestra infinita cabellera blanca de efervescente espuma: todo me parece bien, pues todo os sienta tan bien, y os miro con tan buenos ojos por todo: ¡cómo voy a *delataros*! Pues —¡oídlo bien!— os conozco a vosotras y vuestro secreto, ¡conozco vuestro linaje! ¡No en vano vosotras y yo somos del mismo linaje! ¡No en vano vosotras y yo tenemos un mismo secreto!

311

Luz refractada

No siempre somos valientes, y cuando nos cansamos también nosotros nos entregamos a grandes lamentaciones alguna vez de este modo. «Es tan difícil hacer daño a las personas, ¡oh, que sea necesario! ¿De qué nos sirve vivir escondidos si no queremos guardarnos para nosotros lo que produce irritación? ¿No sería más aconsejable vivir en medio del bullicio y reparar en el individuo lo que se debe y se tiene que pecar contra todos? ¿Ser insensato con el insensato, vanidoso con el vanidoso, delirante con el delirante? ¿No sería justo, dado un grado tan arrogante de desviación en el conjunto? Cuando oigo de las maldades de otros hacia mí, ¿no es mi primera sensación la de la reparación? ¡Está bien así! —me parece que les digo—, estoy tan poco de acuerdo con vosotros y tengo tanta verdad de mi lado: ¡pasad, pues, un buen día a mi costa, tan frecuentemente como podáis! ¡Aquí están mis carencias y equivocaciones, aquí está mi imaginación ilusoria, mi falta de gusto, mi confusión, mis lágrimas, mi vanidad, mi ocultamiento de lechuza, mis contradicciones! ¡Aquí tenéis de qué reír! ¡Reíd, pues, y alegraos! ¡No guardo rencor contra la ley y la naturaleza de las cosas que quieren que las carencias y las equivocaciones den alegría!». Ciertamente, alguna vez hubo épocas «más bellas», en las que con todo pensamiento que de algún modo fuese nuevo podíamos sentirnos tan *imprescindibles* como para salir con él a la calle y gritar a todo el mundo: «¡Mirad! ¡Ya está cerca el reino de los cielos! No me echaría de menos a mí mismo si yo faltase. ¡De todos nosotros se puede prescindir!». Pero, como dijimos, no pensamos así cuando somos valientes; no pensamos *en ello*.

312

Mi perro

Le he dado a mi dolor un nombre, y lo llamo «perro», es igual de fiel, igual de impertinente e impúdico, igual de entretenido, igual de listo que cualquier otro perro, y le puedo hablar en tono dominante y descargar sobre él mis malos humores: igual que otros hacen con sus perros, con sus criados y con sus mujeres.

313

Ningún cuadro de mártires

Quiero hacer como Rafael y no pintar ningún cuadro de mártires más. Hay suficientes cosas sublimes como para que hubiese que buscar la sublimidad allí donde vive en hermandad con la crueldad; y además mi ambición no encontraría satisfacción alguna en que yo quisiera convertirme en un sublime sayón torturador.

314

Nuevos animales domésticos

Quiero tener mi león y mi águila alrededor de mí, a fin de tener en todo momento indicios y presagios que me permitan saber cuán grande o pequeña es mi fortaleza. ¿Tengo que bajar hoy la mirada hacia ellos y temerlos? ¿Y volverá la hora en que ellos alcen la mirada hacia mí con temor?

315

De la última hora

Las tormentas son mi peligro: ¿tendré mi tormenta, en la que sucumbiré, como Oliver Cromwell sucumbió en la suya? ¿O me extinguiré como una luz a la que no apaga el soplo del viento, sino que se cansó y se hartó de sí misma, una luz consumida? O, finalmente, ¿me apagaré soplándome a mí mismo, para no consumirme?

316

Personas proféticas

No os dais cuenta de que las personas proféticas son personas que sufren mucho: creéis solo que les está dado un bello «don», y os gustaría bastante tenerlo vosotros mismos. Pero voy a expresarme mediante una comparación. ¡Cuánto puede que sufran los animales a causa de la electricidad del aire y de las nubes! Vemos que algunas especies de ellos tienen una facultad profética en lo que respecta al tiempo que va a hacer, por ejemplo los monos (como todavía se puede observar bien incluso en Europa, y no solo en parques zoológicos, a saber, en Gibraltar). ¡Pero no nos damos cuenta de que el profeta que llevan dentro es… su *dolor*! Cuando por influencia de una nube que se acerca pero que todavía no es visible, ni de lejos, una fuerte electricidad positiva cambia repentinamente en electricidad negativa y se prepara un cambio del tiempo, estos animales se comportan como si se acercase un enemigo, y se aprestan a la defensa o a la huida; la mayor parte de las veces se esconden: ¡entienden el mal tiempo no como tiempo, sino como enemigo, cuya mano ya *sienten*!

317

Mirada hacia atrás

Rara vez llegamos a ser conscientes del auténtico *pathos* que encierra todo periodo de la vida precisamente en tanto que periodo mientras estamos en el mismo, sino que siempre creemos que es el único estado que nos es posible y razonable en ese momento y de ahí en adelante, y que es enteramente ethos, no *pathos*, para decirlo con los griegos y establecer las mismas separaciones que ellos. Un par de notas musicales han hecho volver hoy a mi memoria un invierno y una casa y una vida sumamente eremítica, y al mismo tiempo la sensación en la que entonces vivía: creía poder seguir viviendo así eternamente. Pero ahora comprendo que era total y enteramente *pathos* y pasión, una cosa, comparable a esta música dolorosa-animosa y seguramente consoladora: algo así no es lícito tenerlo durante años, y menos durante eternidades, pues en ese caso uno se haría demasiado «supraterreno» para este planeta.

318

Sabiduría en el dolor

En el dolor hay tanta sabiduría como en el placer: se cuenta, igual que este, entre las fuerzas de primer rango conservadoras de la especie. Si no fuese una de ellas, el dolor habría perecido hace largo tiempo; que duela no es un argumento contra él, es su esencia. Oigo en el dolor la voz de mando del capitán del barco: «¡arriad las velas!». El audaz navegante «hombre» tiene que haberse ejercitado en recoger velas de mil maneras, pues de lo contrario se extinguiría demasiado deprisa, y el océano se lo tragaría demasiado pronto. Tenemos que saber vivir también con energía reducida: tan pronto el dolor emite su señal de seguridad ha llegado el momento de reducir la energía, pues se acerca algún gran peligro, una tormenta, y haremos bien en «hinchar las velas» lo menos posible. Es verdad que hay personas que cuando se acerca el gran dolor oyen justo la voz de mando opuesta, y que nunca tienen una mirada más orgullosa, belicosa y feliz que cuando se levanta tormenta; es más, ¡el dolor mismo les da sus más grandes

momentos! Son las personas heroicas, las grandes *traedoras de dolor* del género humano: aquellas pocas o excepcionales personas que precisamente necesitan la misma apología que el dolor como tal, ¡y, en verdad, no se les debe negar! Son fuerzas de primer rango conservadoras de la especie, fomentadoras del desarrollo de la especie: aunque solo sea porque se oponen a la comodidad y no ocultan su repugnancia por esa especie de felicidad.

319

Como intérpretes de nuestras vivencias

Un tipo de sinceridad les ha sido ajeno a todos los fundadores de religiones y a los que son como ellos: nunca han hecho de sus vivencias un caso de conciencia del conocimiento. «¿Qué vivencia he tenido realmente? ¿Qué sucedió entonces en mí y alrededor de mí? ¿Era mi razón lo suficientemente lúcida? ¿Estaba vuelta mi voluntad contra todas los engaños de los sentidos y era valiente en su rechazo de lo fantástico?»: esto no lo ha preguntado ninguno de ellos, y tampoco ahora lo preguntan aún mis queridos hombres religiosos, sino que, antes bien, tienen sed de cosas que van *contra la razón*, y no quieren ponerse demasiado difícil la tarea de satisfacer esa sed, ¡así que experimentan «milagros» y «renacimientos» y oyen las voces de los angelitos! ¡Pero nosotros, los otros, los sedientos de razón, queremos mirar a los ojos a nuestras vivencias con el mismo rigor que a un ensayo científico, hora tras hora, día tras día! Queremos ser nosotros mismos nuestros experimentos y animales de laboratorio.

320

Al volver a verse

A: ¿Te entiendo del todo? ¿Buscas? ¿Dónde están, en medio del mundo que ahora es real, *tu* rincón y tu estrella? ¿Dónde puedes *tú* tenderte al sol, de modo que también a ti te llegue una sobreabundancia de bienestar y tu existencia se justifique? ¡Que cada uno haga eso por sí mismo —pareces decirme— y se quite de la cabeza el hablar generalizando, el preocuparse por el otro y la sociedad!

B: Quiero más, no soy un buscador. Quiero crear para mí un sol propio.

321

Nueva precaución

¡Dejemos de pensar tanto en castigar, reprochar y hacer mejorar! A un individuo rara vez lo modificaremos; y si lo conseguimos, quizá hayamos conseguido a la vez, sin proponérnoslo, otra cosa: ¡ser modificados *nosotros* por él! ¡Tratemos más bien de que nuestra propia influencia *sobre todo lo venidero* contrapese y supere la suya! ¡No nos empeñemos en una lucha directa (en eso es en lo que consiste todo reprochar, castigar y querer hacer mejorar)! ¡Sino, más bien, elevémonos a nosotros mismos tanto más hacia lo alto! ¡Demos a nuestro modelo colores cada vez más brillantes! ¡Oscurezcamos al otro con nuestra luz! ¡No, no nos hagamos nosotros mismos *más oscuros* por causa de él, igual que todos los castigadores y descontentos! ¡Es preferible apartarse! ¡Mirar a otro lado!

322

Metáfora

Los pensadores en los que todas las estrellas se mueven en órbitas cíclicas no son los más profundos; quien mira en su propio interior como en un espacio cósmico enorme y lleva en sí Vías Lácteas, sabe también qué

irregulares son todas las Vías Lácteas; conducen hasta bien dentro del caos y laberinto de la existencia.

323

Felicidad en el destino

El mayor galardón nos lo concede el destino cuando durante un tiempo nos ha hecho luchar del lado de nuestros adversarios. Con ello estamos *predeterminados* a una gran victoria.

324

In media vita[42]

¡No! ¡La vida no me ha decepcionado! Antes bien, según van pasando los años la encuentro más verdadera, más apetecible y más misteriosa, desde aquel día en que vino sobre mí el gran liberador, aquel pensamiento de que es lícito que la vida sea un experimento del que conoce, ¡y no un deber, no algo fatídico, no un engaño! Y el conocimiento mismo puede que para otros sea algo distinto, por ejemplo un diván o el camino hacia un diván, o un entretenimiento, o una ociosidad: para mí es un mundo de los peligros y victorias en el que también los sentimientos heroicos tienen sus lugares de danza y de juego. «*La vida un medio del conocimiento*»: ¡con este principio en el corazón se puede vivir no solo valientemente, sino que incluso se puede *vivir alegremente y reír alegremente*! ¿Y quién sabría reír y vivir bien, si antes no supiese mucho de guerras y victorias?

325

Lo que forma parte de la grandeza

¿Quién alcanzará algo grande si no siente en sí la fuerza y la voluntad de *infligir* grandes dolores? Poder sufrir es lo de menos: en ese punto las mujeres débiles, e incluso los esclavos, llegan con frecuencia a la maestría. Pero no sucumbir de pena e inseguridad interiores cuando se inflige gran sufrimiento y se oye el grito de ese sufrimiento: esto es grande, esto forma parte de la grandeza.

326

Los médicos del alma y el dolor

Todos los predicadores de la moral, al igual que también todos los teólogos, tienen en común esta falta de educación: todos tratan de persuadir a los hombres de que se encuentran muy mal y de que necesitan una cura radical dura y última. Y como los hombres en su conjunto han prestado oídos a esas doctrinas con demasiado celo y durante siglos enteros, en último término realmente ha pasado a ellos algo de esa superstición de que les va muy mal: de tal modo que ahora están dispuestos, no poco gustosamente, a suspirar y a no encontrarle ya nada bueno a la vida y a hacerse unos a otros muecas apesadumbradas, como si fuese dificilísimo *soportarla*. La verdad es que están enormemente seguros de su vida y enamorados de ella, y llenos de indecibles astucias y sutilezas para romper lo desagradable y quitarle su aguijón al dolor y a la desdicha. Se me antoja que del dolor y de la desgracia siempre se habla *exagerando*, como si exagerar en este terreno fuese señal de buena educación: en cambio, nada se dice, intencionadamente, de que contra el dolor hay un sinnúmero de calmantes —como las narcosis, o la febril premura de los pensamientos, o una posición tranquila, o buenos y malos recuerdos, propósitos y esperanzas, y muchas clases de orgullo y compasión— que tienen casi el efecto de los anestésicos, mientras que en los más altos grados de dolor se

producen ya de suyo desvanecimientos. Se nos da muy bien hacer gotear líquidos dulces sobre nuestras amarguras, especialmente sobre las amarguras del alma; tenemos instrumentos para ello en nuestra valentía y sublimidad, así como en los delirios del sometimiento y de la resignación dotados de cierta nobleza. Una pérdida es una pérdida apenas durante una hora: en cierto modo, con ella nos ha caído un regalo del cielo, una nueva fuerza, por ejemplo, ¡aunque solo sea una nueva ocasión de fuerza! ¡Cuánto han fantaseado los predicadores de la moral acerca de la «miseria» interior de las malas personas! ¡Cuánto nos han *mentido*, sobre todo, cuando decían que las personas apasionadas no son felices! Sí, mentir es aquí el término correcto: sabían muy bien de la riquísima felicidad de este tipo de personas, ¡pero han guardado completo silencio sobre ella, porque era una refutación de su teoría de que toda felicidad surge de la aniquilación de la pasión y del silencio de la voluntad! Y, al cabo, en lo que concierne a la receta de todos estos médicos del alma y a su loa de una cura radical y dura, está permitido preguntar: esta vida nuestra, ¿es en realidad lo suficientemente dolorosa y pesada como para salir ganando al trocarla por una forma de vida y petrificación estoica? ¡No nos encontramos *lo suficientemente mal* para tener que encontrarnos mal al modo estoico!

327

Tomarse las cosas en serio

El intelecto es para la gran mayoría una máquina torpe y lenta, oscura y chirriante, muy difícil de poner en marcha: dicen que van a «*tomarse las cosas en serio*» cuando quieren trabajar y pensar bien con esta máquina… ¡Oh, qué pesado tiene que resultarles pensar bien! Esta encantadora bestia que es el hombre pierde el buen humor, según parece, cada vez que piensa bien; ¡se pone «seria»! Y «allí donde hay risa y alegría, el pensamiento no vale nada»: así reza el prejuicio de esta bestia seria contra toda «gaya ciencia». ¡Ea! ¡Mostremos que es un prejuicio!

328

Hacer daño a la estupidez

Es seguro que la fe en la reprobabilidad del egoísmo, predicada tan obstinadamente y con tanto convencimiento, ha hecho daño al egoísmo en su conjunto (¡*en beneficio*, como repetiré cien veces, de los *instintos gregarios*!), especialmente al quitarle la buena conciencia y ordenarle buscar en él mismo la auténtica fuente de toda desdicha. «Tu egocentrismo es la desgracia de tu vida», así ha sonado la prédica durante milenios: como acabo de decir, ha hecho daño al egocentrismo y le ha quitado mucho espíritu, mucha jovialidad, mucho ingenio, mucha belleza, ¡ha vuelto estúpido al egocentrismo, lo ha hecho feo y lo ha envenenado! Distinto era, en cambio, lo que la Antigüedad filosófica enseñaba como la fuente principal de la perdición: de Sócrates en adelante los pensadores no se cansaron de predicar: «vuestra irreflexividad y estupidez, vuestro ir viviendo según la regla, vuestra subordinación a la opinión del vecino es la causa de que tan rara vez consigáis llegar a la felicidad, mientras que nosotros los pensadores somos, en tanto que tales, las personas más felices». No vamos a decidir aquí si esta prédica contra la estupidez tenía a su favor mejores razones que aquella prédica contra el egocentrismo; es seguro, empero, que le quitó a la estupidez la buena conciencia: estos filósofos *han hecho daño* a la estupidez.

329

Ocio y ociosidad

En el modo en que los americanos van en pos del oro hay un salvajismo de pielrojas y que los pielrojas llevan en la sangre: y su premura a la hora de trabajar —que les hace quedarse sin respiración y es el auténtico vicio

del Nuevo Mundo— comienza ya, por contagio, a hacer salvaje a la vieja Europa y a extender sobre ella un atontamiento harto extraño. Ahora nos avergonzamos ya de la calma; la larga meditación da casi remordimientos de conciencia. Pensamos con el reloj en la mano, igual que comemos con la mirada puesta en el diario de la Bolsa: vivimos como alguien que continuamente «podría estar dejando pasar algo». «Mejor hacer cualquier cosa que no hacer nada», también este principio es una cuerda que estrangula toda cultura y todo gusto elevado. Y al igual que, visiblemente, todas las formas perecen por causa de esta premura de los que trabajan, así también perece el sentido de la forma mismo, el oído y el ojo para la melodía de los movimientos. La demostración de ello reside en la *burda claridad* que ahora se exige en todas partes, en todas las situaciones en las que las personas quieren ser sinceras con otras personas, en el trato con amigos, mujeres, parientes, niños, maestros, discípulos, caudillos y príncipes: ya no se tiene tiempo ni fuerza para las ceremonias, para la amabilidad que da rodeos, para todo *esprit* del entretenimiento, y en general para cualquier *otium*[43]. Pues la vida a la caza del beneficio fuerza constantemente a gastar el propio espíritu, hasta el agotamiento, en un constante disimular, o ser más astuto, o adelantarse: la auténtica virtud es ahora hacer algo en menos tiempo que los demás. Y, así, rara vez hay momentos de sinceridad que esté *permitida*: y en esos momentos nos encontramos cansados y nos gustaría no solo «dejarnos ir», sino *tendernos en el suelo* cuan largos somos y del modo más basto. Conforme a esa inclinación escribimos ahora nuestras *cartas*, cuyo estilo y espíritu serán siempre el auténtico «signo de los tiempos». Si se goza todavía de la sociedad y de las artes, es un goce tal y como se lo procuran los esclavos que están sobremanera cansados y trabajados. ¡Oh, este conformarse con poco, que caracteriza los «goces» de nuestros cultos e incultos! ¡Oh, esta creciente sospecha que recae sobre todo goce! El *trabajo* tiene cada vez más la buena conciencia de su lado: la inclinación a gozar se denomina ya «necesidad de descanso» y empieza a avergonzarse de sí misma. «Hay que cuidar la salud»: así decimos cuando nos pillan de jira campestre. Es más, las cosas podrían llegar pronto a tal extremo que no cediésemos a una

inclinación a la *vita contemplativa* (es decir, a pasear con pensamientos y amigos) sin autodesprecio y mala conciencia. ¡Pues bien! Antes era al revés: era el trabajo lo que daba mala conciencia. Una persona de alcurnia *ocultaba* su trabajo cuando la necesidad la forzaba a trabajar. El esclavo trabajaba bajo la presión de la sensación de que estaba haciendo algo despreciable: el «hacer» mismo era algo despreciable. «La nobleza y el honor están solo en el *otium* y en el *bellum*[44]»: ¡así sonaba la voz del prejuicio antiguo!

330

Aprobación ajena

Opción El pensador no necesita la aprobación ajena y el aplauso, siempre y cuando esté seguro de su propio aplauso: de este no puede prescindir. ¿Hay personas que también podrían prescindir de él, y en general de todo género de aprobación ajena? Lo dudo: y, Tácito, que no es un calumniador de los sabios, dice respecto de incluso los más sabios: «*quando etiam sapientibus gloriae cupido novissima exuitur*[45]», lo que en él significa: nunca.

331

Mejor sordo que ensordecido

Antes, uno quería forjarse una *reputación*; ahora esto ya no basta, puesto que el mercado se ha vuelto demasiado grande: hace falta todo un *griterío*. La consecuencia es que también las buenas gargantas gritan hasta quedarse afónicas, y que las mejores mercancías son ofrecidas por voces roncas; ya no hay ahora genio alguno que no tenga que anunciarse en el mercado a voz en grito, hasta caer en la ronquera. Esta es, en verdad, una

mala época para el pensador: tiene que aprender a encontrar su silencio entre dos ruidos y a hacerse el sordo hasta terminar siéndolo. Mientras no haya aprendido esto, corre peligro de perecer de impaciencia y de dolores de cabeza.

332

El mal momento

Probablemente todos los filósofos hayan tenido un mal momento en el que pensasen: ¡qué culpa tengo yo de que no se dé crédito tampoco a mis malos argumentos! Y después algún pajarillo de los que se alegran del mal ajeno pasó volando a su lado y gorjeó: «¿Qué culpa tienes?, ¿qué culpa tienes?».

333

Qué significa conocer

Non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere[46]!, dice Spinoza, del modo escueto y sublime que le es propio. Sin embargo: ¿qué es en su fondo último ese *intelligere* sino la forma en que precisamente las otras tres cosas se nos hacen sensibles de repente? ¿Un resultado de las pulsiones, diferentes y que se oponen entre sí, de querer reírse, quejarse y maldecir? Para que un conocer sea posible, cada una de esas pulsiones tiene que haber alegado primero su opinión unilateral sobre la cosa o suceso; después surge la lucha de esas unilateralidades y de ella, en ocasiones, un centro, una tranquilización, un dar la razón hacia los tres lados, una especie de justicia y de contrato: pues en virtud de la justicia y del contrato todas esas pulsiones pueden afirmarse en la existencia y tener razón unas respecto de otras. Nosotros, a los que solo las últimas escenas de reconciliación y

balances finales de este largo proceso nos llegan a ser conscientes, pensamos por ello que *intelligere* es algo conciliador, justo, bueno, algo esencialmente opuesto a las pulsiones; mientras que es solo *un cierto comportamiento de las pulsiones unas respecto de otras*. Durante las más largas épocas se ha considerado el pensar consciente como el pensar por excelencia: solo ahora empezamos a vislumbrar la verdad de que la mayor parte, con mucho, de nuestra actuación espiritual discurre sin que seamos conscientes de ella ni la sintamos; pero creo que estas pulsiones que aquí luchan entre sí sabrán muy bien hacerse sentir y hacerse daño *unas a otras*: aquel repentino y enorme agotamiento que aflige alguna vez a todos los pensadores puede que tenga ahí su origen (es el agotamiento en el campo de batalla). Sí, quizá haya en nuestro interior que lucha algún que otro *heroísmo* escondido, pero seguro que no hay nada divino, que eternamente descanse en sí mismo, como creía Spinoza. El pensar *consciente*, y especialmente el del filósofo, es el tipo de pensar menos vigoroso, y por ello también, en proporción, el más suave y tranquilo: y, así, es precisamente el filósofo quien más fácilmente puede engañarse sobre la naturaleza del conocer.

334

Hay que aprender a amar

Así nos pasa en la música: primero, hay que *aprender sencillamente a oír* una figura y una melodía, a sacarla con el oído, a distinguirla, a aislarla y delimitarla como una vida en sí misma; después, es necesario esfuerzo y buena voluntad para *soportarla* aunque nos resulte extraña, ejercitarse en la paciencia con su mirada y su expresión, en la suavidad de corazón con lo que tiene de caprichosa: y al final llega un momento en el que nos hemos *acostumbrado* a ella, en el que la esperamos, en el que entrevemos que la echaríamos de menos si faltase; y entonces ella obra su coacción y su encantamiento más y más, y no ceja hasta que nos hayamos convertido en

sus humildes y arrobados amantes, que ya no quieren de cuanto encierra el mundo otra cosa que música y solo música. Pero eso nos sucede no solo con ella: justo así es como hemos *aprendido a amar* todas las cosas que ahora amamos. Al fin y al cabo, nuestra buena voluntad, nuestra paciencia, nuestra equidad, nuestra suavidad de ánimo con lo ajeno siempre obtienen recompensa: lo ajeno se despoja lentamente de su velo y se presenta como una nueva e indecible belleza, y ese es su *agradecimiento* por nuestra hospitalidad. También quien se ama a sí mismo habrá aprendido a hacerlo por esta vía: no hay otra. También el amor hay que aprenderlo.

335

¡Viva la física!

¡Qué pocas personas saben observar! Y entre las pocas que saben hacerlo, ¡qué pocas se observan a sí mismas! «¡Nadie está más lejos de sí que uno mismo!», esto lo saben todos los arúspices, para su zozobra; y el dicho «¡conócete a ti mismo!» es, en boca de un dios y dirigido a hombres, casi una maldad. De *que* sea tan desesperada la causa de la autoobservación no hay mejor testigo que el modo en que *casi todo el mundo* habla de la esencia de una acción moral, ¡ese modo rápido, gustosamente dispuesto a poner de su parte todo lo que sea necesario, lleno de convencimiento y locuacidad, con su mirada, con su sonrisa, con su celo que disfruta agradando! Parece que se te quiere decir: «¡Querido, justo ese es *mi* asunto! Te estás dirigiendo con tu pregunta a aquel al que le es *lícito* responder: da la casualidad de que en ningún otro terreno soy tan sabio como en este. Así pues, cuando el hombre juzga: “*es lo correcto*”, cuando después infiere “¡*por eso tiene que suceder*!” y *hace* lo que de ese modo ha reconocido como justo y ha considerado necesario, ¡entonces es cuando la esencia de su acción es *moral*!». Pero, amigo mío, me estás hablando de tres acciones en vez de una: también tu juzgar, por ejemplo, «es lo correcto» es una acción, ¿no sería posible juzgar de un modo moral y de un modo inmoral? ¿*Por qué*

consideras bueno esto, y precisamente esto? «¡Porque mi conciencia me lo dice, y la conciencia nunca habla de modo inmoral, pues no en vano es ella la que determina lo que es moral!». Pero ¿por qué *haces caso* al lenguaje de tu conciencia? ¿Y hasta qué punto tienes derecho a considerar tal juicio como verdadero e indefectible? Para esta *fe*, ¿no hay ya conciencia? ¿No sabes nada de una conciencia intelectual? ¿De una conciencia situada detrás de tu «conciencia»? Tu juicio «es lo correcto» tiene una prehistoria en tus pulsiones, inclinaciones, aversiones, experiencias y no-experiencias; «¿*cómo* ha surgido?», tienes que preguntar, y después: «¿*qué* me empuja realmente a prestarle oído?». Puedes prestar oído a sus órdenes, como un soldado cumplidor que oye las órdenes de su oficial. O como una mujer que ama al que da órdenes. O como alguien adulador y cobarde que tiene miedo al que da órdenes. O como un cabeza de chorlito que va detrás porque no tiene nada que decir en contra. En suma, de cien maneras puedes prestar oído a tu conciencia. *Que* tú oigas este y aquel juicio como lenguaje de tu conciencia, así pues *que* sientas algo como correcto, puede tener su causa en que nunca has reflexionado sobre ti mismo y en que aceptas a ciegas lo que desde tu infancia se te ha designado como *correcto*, o en que hasta ahora se te ha dado pan y honra con aquello que denominas tu deber: lo tienes por «correcto» porque te parece la «condición de *tu* existir» (¡y que tú tienes *derecho* a la existencia es algo que consideras irrefutable!). La *solidez* de tu juicio moral podría seguir siendo una demostración de miseria personal, de impersonalidad; tu «fuerza moral» podría tener su fuente en tu obstinación, ¡o en tu incapacidad de ver nuevos ideales! Y, en suma: si hubieses pensado más sutilmente, observado mejor y aprendido más, ya no denominarías en ningún caso a este tu «deber» y a esta tu «conciencia» deber y conciencia: el conocimiento de *cómo han surgido siempre los juicios morales* te quitaría el gusto por esas palabras altisonantes, igual que ya has perdido el gusto por otras palabras altisonantes, por ejemplo «pecado», «salvación del alma», «redención». ¡Y no me vengas ahora con el imperativo categórico, amigo mío!: ese término me hace cosquillas en el oído, y tengo que reír, a pesar de tu aspecto tan serio: me acuerdo en ese momento del viejo Kant, al cual, en castigo de que se había hecho

ilegítimamente con la «cosa en sí» —¡otra cosa harto ridícula!— se le metió dentro ilegítimamente el «imperativo categórico», y con él en el corazón *se perdió y* sin darse cuenta *volvió* a «Dios», al «alma», a la «libertad» y a la «inmortalidad», igual que un zorro que se pierde y vuelve a su jaula: ¡y *su* fuerza e inteligencia eran lo que *había roto* los barrotes de esa jaula! ¿Cómo? ¿Admiras el imperativo categórico en ti? ¿Esta «solidez» de tu denominado juicio moral? ¿Esta «incondicionalidad» de la sensación de que «en este punto todos tienen que juzgar igual que yo»? ¡Admira más bien el *egocentrismo* que ahí se encierra! ¡Y la ceguera, la ruindad y la falta de pretensiones de tu egocentrismo! Y es que es egocentrismo sentir el *propio* juicio como ley universal; y además un egocentrismo ciego, ruin y sin pretensiones, porque deja traslucir que todavía no te has descubierto a ti mismo, que todavía no te has creado un ideal propio, muy, muy propio: ¡ese ideal nunca podría ser el de otro, y menos el de todos, todos! Quien juzga «así tendría que actuar todo el mundo en este caso» todavía no ha dado ni dos pasos en el camino del autoconocimiento: de lo contrario, sabría que no hay ni puede haber dos acciones iguales; que toda acción que se haya realizado ha sido realizada de un modo enteramente único e irrepetible, y lo mismo sucederá con toda acción futura; que todas las normas del actuar (e incluso las normas más interiores y sutiles de todas las morales habidas hasta ahora) se refieren solamente a la grosera cara exterior; que con ellas se puede alcanzar probablemente una apariencia de igualdad, *pero precisamente solo una apariencia*; que *toda* acción es y será siempre impenetrable, tanto prospectiva como retrospectivamente; que nuestras opiniones de «bueno», «noble», «grande», nunca pueden ser *demostradas* por nuestras acciones, porque toda acción es irreconocible; que seguramente nuestras opiniones, estimaciones de valor y tablas de bienes se cuentan entre las más poderosas palancas y engranajes de nuestras acciones, pero que en cada caso individual es imposible mostrar de modo fehaciente cuál ha sido la ley de su mecanismo. *Limitémonos*, pues, a limpiar nuestras opiniones y estimaciones de valor y a *crear nuevas tablas de bienes* propias: ¡no cavilemos más sobre «el valor moral de nuestras acciones»! ¡Sí, amigos míos! ¡Ha llegado el momento de que toda la charlatanería

moral de los unos sobre los otros nos produzca repulsión! ¡Erigirnos en jueces morales debe repugnar a nuestro gusto! Dejemos esa charlatanería y ese mal gusto a quienes no tienen otra cosa que hacer que arrastrar el pasado un poco más por el tiempo y nunca son ellos mismos presente: ¡dejémosla a los muchos, por tanto, a la inmensa mayoría! Nosotros, en cambio, *queremos llegar a ser los que somos*: ¡los nuevos, los únicos, los que no admiten comparación, los que legislan para sí mismos, los que se crean a sí mismos! Y para ello tenemos que ser los mejores aprendices y descubridores de todo lo legal y necesario del mundo: tenemos que ser *físicos*, para, en aquel sentido, poder ser *creadores*, mientras que hasta ahora todas las estimaciones de valor e ideales estaban edificados sobre la *ignorancia* de la física o en *contradicción* con ella. Y por eso: ¡viva la física! Y viva aún más lo que nos *fuerza* a ella: ¡nuestra sinceridad!

336

Tacañería de la naturaleza

¿Por qué la naturaleza ha sido tan ruin con el hombre, hasta el punto de que no lo ha dejado brillar, a este más, a aquel menos, y a cada uno según su plenitud interior de luz? ¿Por qué los grandes hombres no resultan en su amanecer y en su ocaso tan visibles y bellos como el sol? ¡Cuánto menos equívoca sería la vida entre los hombres!

337

La «humanidad» futura

Cuando miro esta época con los ojos de una época lejana no sé encontrar en el hombre actual nada más curioso que esa peculiar virtud y enfermedad suya llamada «sentido histórico». Es un punto de partida para

algo enteramente nuevo y extraño en la historia: si se diese a esa semilla algunos siglos, o más tiempo aún, de ella podría salir al final una planta tan maravillosa, y de olor no menos maravilloso, que haría nuestra vieja Tierra más agradable de habitar que hasta ahora. Nosotros, los hombres actuales, estamos empezando precisamente ahora a formar, eslabón tras eslabón, la cadena de un sentimiento futuro muy poderoso, y no sabemos apenas lo que hacemos. Casi nos parece como si no se tratase de un nuevo sentimiento, sino de la mengua de todos los sentimientos viejos: el sentido histórico es todavía algo pobre y frío, y cae sobre muchos como una helada que los hace todavía más pobres y más fríos. A otros les parece la señal de la vejez que se acerca sin ser vista, y consideran nuestro planeta como un enfermo melancólico que para olvidar su presente pone por escrito la historia de su juventud. Este es, en verdad, el único color de este nuevo sentimiento: quien sabe sentir la historia de los hombres en su conjunto como *historia propia* siente, en una enorme generalización, toda aquella congoja del enfermo que piensa en la salud, del anciano que piensa en el sueño de juventud, del amante al que se le roba la amada, del mártir al que su ideal se le hunde, del héroe la tarde siguiente a la batalla que nada ha decidido y en la que sin embargo ha sido herido y ha perdido a su amigo; pero soportar esta enorme suma de congoja de todo tipo, poder soportarla y, con todo, ser aún el héroe que cuando rompe un segundo día de batalla saluda a la aurora y a su fortuna, ser aún como el hombre que tiene un horizonte de milenios ante sí y tras de sí, como el heredero —el heredero forzoso— de toda la nobleza de todo espíritu pretérito, como el más noble de todos los viejos nobles y al mismo tiempo el primogénito de una nueva nobleza que ninguna época ha visto ni soñado: asumir todo esto en la propia alma, lo más viejo, lo más nuevo, pérdidas, esperanzas, conquistas, victorias del género humano: acabar teniendo todo esto en una sola alma y reunirlo apretadamente en un solo sentimiento: esto tendría que dar por resultado una felicidad que hasta ahora el hombre no ha conocido, la felicidad de un dios, llena de poder y amor, llena de lágrimas y de risas, ¡una felicidad que, como el sol al atardecer, continuamente se regala y se vierte en el mar desde su riqueza inagotable y que, como el sol, solo se siente plenamente rico

cuando también el más pobre pescador rema con un remo dorado! Este sentimiento divino se llamaría entonces… ¡humanidad!

338

La voluntad de sufrir y los compasivos

¿Es conveniente para vosotros mismos ser ante todo personas compasivas? ¿Y es conveniente para los que sufren que vosotros lo seáis? Pero dejemos la primera pregunta sin respuesta por un instante. Aquello que nos hace sufrir más honda y personalmente es para casi todos los demás incomprensible e inaccesible: en ese punto estamos escondidos al prójimo, aunque coma del mismo puchero que nosotros. Dondequiera que *se note* que sufrimos, nuestro sufrimiento es interpretado superficialmente; forma parte de la esencia de la afección compasiva *desvestir* de lo auténticamente personal el sufrimiento ajeno: nuestros «bienhechores» son, más que nuestros enemigos, los empequeñecedores de nuestro valor y de nuestra voluntad. En la mayor parte de las buenas obras de que se hace beneficiarios a los desdichados hay algo de indignante en la ligereza intelectual con la que el compasivo juega a ser el destino: ¡no sabe nada de toda la ilación e imbricación interiores que encierra la desdicha para *mí* o para *ti*! La entera economía de mi alma y el equilibrio que establece en ella la «desdicha», el surgimiento de nuevas fuentes y necesidades, el cerrarse de viejas heridas, el expeler pasados enteros: todo esto, que puede ir ligado a la desdicha, no preocupa al querido compasivo: quiere *ayudar* y no piensa que hay una necesidad personal de la desdicha, que a mí y a ti los horrores, las carencias, los empobrecimientos, las medianoches, las aventuras, las osadías, las equivocaciones nos son tan necesarios como su contrario, es más, que, para expresarme místicamente, la senda que conduce al cielo propio pasa siempre por la voluptuosidad del infierno propio. No, de eso no sabe nada: la «religión de la compasión» (o «el corazón») manda ayudar, ¡y creemos que cuando mejor hemos ayudado es cuando hemos ayudado más

rápidamente! Si vosotros, seguidores de esta religión, tenéis realmente también hacia vosotros mismos la misma actitud que hacia vuestros semejantes, si no queréis que vuestro propio sufrimiento se pose sobre vosotros ni una hora y continuamente prevenís ya desde lejos toda posible desdicha, si sentís el sufrimiento y el displacer, de suyo, como malos, odiosos y dignos de aniquilación, como manchas de la existencia: en ese caso, además de vuestra religión de la compasión, lleváis en el corazón otra religión distinta, y esta quizá sea la madre de aquella: la *religión de la comodidad*. ¡Ay, qué poco sabéis de la *felicidad* del hombre, vosotros comodones y bondadosos! ¡Pues la dicha y la desdicha son dos hermanos gemelos que se van haciendo grandes juntos o, como sucede en vuestro caso, juntos *se quedan pequeños*! Pero volvamos a la primera pregunta. ¡Cómo diantres es posible permanecer en el *propio* camino! Continuamente nos llama hacia un lado algún griterío, nuestro ojo rara vez ve algo que no haga necesario dejar estar instantáneamente nuestros propios asuntos y dar un salto. Lo sé: hay cien modos decentes y loables de salirme *de mi camino*, ¡y, en verdad, modos sumamente «morales»! Sí, el parecer de los actuales predicadores de la moral de la compasión va incluso en la dirección de que precisamente esto, y sola y exclusivamente esto, es moral: desviarse del *propio* camino de ese modo e ir en ayuda del prójimo. Lo sé con igual certeza: ¡tan pronto me entregue al espectáculo de una menesterosidad real también yo *estoy* perdido! Y si un amigo que sufre me dijese: «Mira, pronto moriré; prométeme morir conmigo», yo se lo prometería, igual que el espectáculo de aquel pequeño pueblo de las montañas que lucha por su libertad me llevaría a ofrecerle mi mano y mi vida: para, por una vez, elegir malos ejemplos por buenas razones. Es más, hay incluso una seducción secreta hacia todas estas cosas despertadoras de compasión y pedidoras de socorro: precisamente nuestro «camino propio» es asunto demasiado duro y exigente y demasiado alejado del amor y del agradecimiento de los demás; escapamos de él sin disgusto alguno, de él y de nuestra más propia conciencia, y nos refugiamos bajo la conciencia de los demás y en el interior del encantador templo de la «religión de la compasión». Hoy en día, tan pronto estalla alguna guerra, con ella también estalla siempre,

precisamente en los más nobles de un pueblo, un placer que, con todo, mantenían oculto: se lanzan con entusiasmo al nuevo peligro de *muerte*, porque en el sacrificio por la patria creen tener por fin aquel permiso largamente buscado, el permiso de *eludir su meta*: la guerra es para ellos un rodeo hacia el suicidio, pero un rodeo con buena conciencia. Y, si algo tengo que silenciar, no quiero silenciar, sin embargo, mi moral, que me dice: ¡vive en lo escondido a fin de que *puedas* vivir para ti mismo! ¡Vive *sin saber* lo que a tu época le parece lo más importante! ¡Pon entre ti y hoy al menos la piel de tres siglos! ¡Y el griterío de hoy, el estrépito de las guerras y revoluciones, sea para ti un murmullo! También querrás ayudar: pero solo a aquellos cuya menesterosidad *entiendas* por completo porque compartan contigo un mismo sufrimiento y una misma esperanza: a tus *amigos*, y eso solo de manera que te ayudes a ti mismo: ¡quiero hacerlos más valientes, más resistentes, más sencillos, más alegres! Quiero enseñarles lo que ahora tan pocos comprenden, y aquellos predicadores de la compasión menos que nadie: ¡a *compartir la alegría*!

339

Vita femina

Para ver las bellezas últimas de una obra no basta con todo el saber ni con toda la buena voluntad; para que de una vez se retire el velo de nubes que oculta esas cumbres a nuestros ojos y el sol brille sobre ellas necesitamos las más escasas casualidades felices. No solo tenemos que estar justo en el sitio correcto para ver ese espectáculo: tiene que haber sido precisamente nuestra alma misma quien haya retirado el velo de sus alturas y esté necesitada de una expresión y comparación externa, como para tener un apoyo y seguir estando en poder de sí misma. Todo eso, empero, se da junto tan rara vez que tiendo a creer que las más altas alturas de todo lo bueno, trátese de obra, hecho, hombre o naturaleza, han sido hasta ahora para la mayoría, e incluso para los mejores, algo escondido y velado. ¡Y,

además, lo que se nos desvela *se nos desvela una sola vez*! Es verdad que los griegos rezaban: «¡Que todo lo bello se dé dos y tres veces!». ¡Ay, en eso tenían una buena razón para invocar a los dioses, pues la realidad indivina no nos da lo bello en absoluto, o nos lo da una sola vez! Quiero decir que el mundo está repleto de cosas bellas, y sin embargo es pobre, muy pobre, en bellos instantes y desvelamientos de esas cosas. Pero quizá sea este el más fuerte encanto de la vida: hay sobre ella un velo recamado en oro de bellas posibilidades, prometedor, reacio, pudoroso, burlón, compasivo, seductor. ¡Sí, la vida es una mujer!

340

El Sócrates moribundo

Admiro la valentía y sabiduría de Sócrates en todo lo que hizo, dijo… y no dijo. Este burlón y enamorado ogro y flautista[47] no de Hamelín, pero sí de Atenas, que hacía temblar y sollozar a los más arrogantes muchachos, fue no solo el más sabio charlatán que haya habido nunca: fue igualmente grande en el callar. Me gustaría que hubiese permanecido callado también en el último instante de su vida: quizá perteneciese entonces a un orden de los espíritus todavía más alto. Ya fuese la muerte, o el veneno, o la devoción, o la maldad: algo le soltó en aquel instante la lengua y dijo: «Oh, Critón, le debo un gallo a Esculapio». Estas ridículas y terribles «últimas palabras» significan para quien tenga oídos: «¡Oh, Critón, *la vida es una enfermedad*!». ¿Será posible? Un hombre como él, que vivió jovialmente y como un soldado a ojos de todos, ¡era pesimista! ¡Se limitó a poner a la vida buena cara[48], y escondió de por vida su juicio último, su más íntimo sentimiento! ¡A Sócrates, a Sócrates *le hacía sufrir la vida*! Y además se vengó de ello: ¡con aquellas palabras veladas, horribles, pías y blasfemas! ¿Todo un Sócrates tenía que vengarse encima? ¿Le faltó una pizca de magnanimidad en su virtud sobreabundante? ¡Ay, amigos! ¡Tenemos que superar incluso a los griegos!

341

El peso más abrumador

Qué sucedería si un día, o una noche, un genio te fuese siguiendo hasta adentrarse subrepticiamente en tu más solitaria soledad y te dijese: «Esta vida, tal y como tú ahora la vives y la has vivido, tendrás que vivirla una vez más e incontables veces más; y no habrá en ella nada nuevo, sino que todo dolor y todo placer, y todo pensamiento y suspiro, y todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida tiene que volver a ti, y todo en el mismo orden y secuencia, e igualmente esta araña y esta luz de luna entre los árboles, e igualmente este instante y yo mismo. Al eterno reloj de arena de la existencia se le dará la vuelta una vez y otra, ¡y a ti con él, polvillo del polvo!». ¿No te arrojarías al suelo y harías rechinar tus dientes y maldecirías al genio que hablase así? ¿O acaso has experimentado alguna vez un instante enorme en el que le respondieses: «¡eres un dios y nunca he oído nada más divino!»? Si aquel pensamiento cobrase poder sobre ti, transformaría al que ahora eres y quizá te despedazaría; la pregunta «¿quieres esto una vez más, e incontables veces más?», referida a todo y a todos, ¡gravitaría sobre tu actuar con el peso más abrumador! Pues ¿cómo podrías llegar a ver la vida, y a ti mismo, con tan buenos ojos que *no deseases otra cosa* que esa confirmación y ese sello últimos y eternos?

342

Incipit tragoedia

Cuando tenía treinta años, Zaratustra dejó su tierra y el lago Urmi y marchó a las montañas. Allí disfrutó de su espíritu y de su soledad, y no se cansó de ellos durante diez años. Pero al final se transformó su corazón, y una mañana se levantó con la aurora, se plantó mirando al sol y le dijo así:

«¡Oh, astro rey! ¡Qué sería tu felicidad sin aquellos para quienes brillas! Diez años llevas subiendo hasta mi cueva: te habrías hartado de tu luz y de este camino sin mí, sin mi águila y mi serpiente; pero nosotros te estábamos esperando cada mañana, tomábamos parte de tu sobreabundancia y te bendecíamos por ello. ¡Mira! Estoy hastiado de mi sabiduría, e igual que la abeja que ha reunido demasiada miel necesito las manos que se extienden; querría regalar y repartir hasta que los sabios entre los hombres volviesen a alegrarse de su necedad y los pobres de su riqueza. Para ello tengo que descender a las profundidades: como tú haces al atardecer, cuando bajas detrás del mar y llevas luz aún al submundo, ¡tú, astro sobreabundante! Igual que tú, también yo tengo que ponerme[49], como lo llaman los hombres a los que quiero descender. ¡Bendíceme, pues, tú, ojo tranquilo que puede ver sin envidia también una felicidad demasiado grande! ¡Bendice el vaso que quiere desbordarse, para que el agua fluya dorada de él y lleve por doquier el resplandor de tu deleite! ¡Mira! Este vaso quiere volver a vaciarse, y Zaratustra quiere volver a hacerse hombre». Así empezó el descenso[50] de Zaratustra.

LIBRO QUINTO

Nosotros los sin miedo

Carcasse, tu trembles? Tu tremblerais bien davantage, si tu savais, où je te mène[51].

TURENNE

343

Lo que sucede con nuestra jovialidad

El mayor acontecimiento reciente, que «Dios ha muerto», que la fe en el Dios cristiano ha perdido toda credibilidad, comienza ya a lanzar sus primeras sombras sobre Europa. Como poco, a los pocos cuyos ojos, cuyo *recelo* en los ojos son lo suficientemente fuertes y delicados para este espectáculo, les parece que se ha puesto algún sol, que se ha vuelto duda alguna vieja y profunda confianza: a ellos nuestro viejo mundo tiene que parecerles diariamente más vespertino, más desconfiado, más ajeno, «más viejo». Pero en lo principal es lícito decir: el acontecimiento mismo es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado apartado de la capacidad de comprensión de muchos para que pueda decirse que siquiera haya *llegado* su noticia, y menos que muchos sepan ya *qué* es realmente lo que con él ha sucedido, y todo lo que ahora, después de enterrada esta fe, tiene que derrumbarse porque estaba edificado sobre ella, apoyado en ella, había crecido dentro de ella: por ejemplo, toda nuestra moral europea. Esta larga abundancia y secuencia de demolición, destrucción, ruina y subversión que ahora se nos avecina: ¿quién adivinaría hoy lo suficiente de ella para tener que hacer de maestro y anunciador de esta enorme lógica de horrores, de profeta de un oscurecimiento y de un eclipse del sol como probablemente no los haya habido iguales en este mundo?… Incluso nosotros, descifradores natos de enigmas, que por así decir esperamos sobre las

montañas, colocados entre el hoy y el mañana y tensados en la contradicción entre el hoy y el mañana, nosotros primogénitos e hijos prematuros del siglo venidero que ya *deberíamos* haber avistado las sombras que pronto tienen que envolver a Europa: ¿a qué se debe que incluso nosotros veamos cómo se acercan sin sentirnos realmente afectados por este oscurecimiento, sobre todo sin preocupación y miedo por *nosotros*? Quizá aún estemos en exceso bajo las *consecuencias más próximas* de este acontecimiento, y estas consecuencias próximas, sus consecuencias para *nosotros* no sean, al revés de lo que quizá podría esperarse, absolutamente nada tristes y oscurecedoras, sino más bien semejantes a una nueva especie, difícil de describir, de luz, felicidad, alivio, jovialidad, animación, aurora… En verdad, ante la noticia de que «el viejo Dios ha muerto» nosotros, filósofos y «espíritus libres», nos sentimos como irradiados por una nueva aurora; nuestro corazón rebosa agradecimiento, sorpresa, presentimiento, expectativa, por fin el horizonte vuelve a aparecernos libre, suponiendo incluso que no sea luminoso, por fin nos es lícito volver a zarpar con nuestros barcos, a zarpar dispuestos a afrontar cualquier peligro; toda osadía del que conoce vuelve a estar permitida, el mar, *nuestro* mar vuelve a estar abierto ante nosotros, y quizá no haya habido nunca un mar tan «abierto».

344

Hasta qué punto también nosotros seguimos siendo píos

Se dice, con buenas razones, que las convicciones carecen de derecho de ciudadanía en la ciencia: solo cuando se deciden a descender a la modestia de una hipótesis, de un punto de vista tentativo provisional, de una ficción regulativa, es lícito concederles acceso e incluso un cierto valor dentro del reino del conocimiento, si bien con la limitación de que queden puestas bajo vigilancia policial, bajo la policía de la desconfianza. Pero, vistas las cosas con más exactitud, ¿no quiere decir esto que solo cuando la convicción *cesa* de ser convicción le es lícito obtener entrada en la ciencia?

¿No empezaría la disciplina del espíritu científico con no permitirse ya más convicciones? Eso es probablemente lo que sucede: solo queda preguntar si, *para que esa disciplina pueda empezar*, no tiene que haber ahí ya una convicción, y concretamente una convicción tan imperativa e incondicionada que sacrifique a sí todas las demás convicciones. Se ve que también la ciencia descansa en una fe, que no hay ciencia alguna «sin presupuestos». La pregunta de si hace falta *verdad* no solo tiene que estar respondida afirmativamente ya de antemano, sino que tiene que estar respondida afirmativamente en tal grado que en ella se exprese el principio, la fe, la convicción de que «no hace falta *nada más* que verdad, y en comparación con ella todo lo demás tiene solamente un valor de segundo rango». Esta voluntad incondicionada de verdad: ¿qué es? ¿Es la voluntad de *no dejarse engañar*? ¿Es la voluntad de *no engañar*? Pues también de esta última manera podría ser interpretada la voluntad de verdad, presuponiendo siempre que en la generalización «no quiero engañar» esté comprendido también el caso individual «no quiero engañarme *a mí mismo*». Pero ¿por qué no engañar? Pero ¿por qué no dejarse engañar? Nótese que las razones de lo primero residen en un campo enteramente distinto que las razones de lo segundo: uno no quiere dejarse engañar desde la suposición de que ser engañado es nocivo, peligroso, fatídico; en este sentido la ciencia sería una larga prudencia, una precaución, una utilidad, contra la que, empero, sería justo y equitativo objetar: ¿cómo?, ¿no querer dejarse engañar es realmente menos nocivo, menos peligroso, menos fatídico?: ¡qué sabéis de antemano del carácter de la existencia para poder decidir si es más ventajoso ser absolutamente desconfiado que absolutamente confiado! Pero en el caso de que ambas cosas fuesen necesarias, mucha confianza *y* mucha desconfianza: ¿de dónde podría sacar la ciencia su fe incondicionada, la convicción en la que descansa de que la verdad es más importante que cualquier otra cosa, también que cualquier otra convicción? Precisamente esa convicción no podría haber surgido si la verdad *y* la no verdad se mostrasen ambas continuamente como útiles: y tal es el caso. Así pues, la fe en la ciencia, que sencillamente es indiscutible, no puede haber tenido su origen en un cálculo de utilidades como ese, sino más

bien *a pesar de que* la inutilidad y la peligrosidad de la «voluntad de verdad», de la «verdad a cualquier precio» se le está demostrando continuamente. «A cualquier precio»: ¡oh, lo entendemos harto bien después de haber ido ofreciendo y sacrificando en este altar una fe tras otra! En consecuencia, «voluntad de verdad» *no* significa «no quiero dejarme engañar», sino —no queda elección— «no quiero engañar, tampoco engañarme a mí mismo»: *y con eso estamos en el terreno de la moral*. Pues preguntémonos a fondo: «¿por qué no quieres engañar?», especialmente si pareciese —¡y lo parece!— que la vida está basada en la apariencia, quiero decir, en el error, el engaño, el disimulo, el cegar, el cegarse a sí mismo, y si por otra parte la forma grande de vida siempre hubiese mostrado, de hecho, que está del lado de los menos escrupulosos *πολύτροποι*[52]. Un propósito como ese podría ser quizá, interpretado benignamente, una quijotada, una pequeña demencia exaltada; pero también podría ser algo peor, a saber, un principio destructor y enemigo de la vida… La «voluntad de verdad» podría ser una voluntad escondida de muerte. De ese modo, la pregunta: ¿por qué la ciencia?, remite al problema moral: *¿para qué la moral*, si la vida, la naturaleza y la historia son «inmorales»? No cabe duda, el veraz, en ese sentido osado y último que la fe en la ciencia presupone, *afirma con ello un mundo diferente* del de la vida, del de la naturaleza y del de la historia, y al afirmar ese «otro mundo», ¿acaso no tiene que negar por ese mismo motivo su pareja, este mundo, *nuestro* mundo?… Pero ya os habréis dado cuenta de adónde quiero ir a parar: a que nuestra fe en la ciencia sigue descansando en una *fe metafísica*, a que también nosotros los que hoy conocemos, nosotros los sin dios y antimetafísicos, seguimos tomando *nuestro* fuego del incendio provocado por una fe vieja de milenios, aquella fe de cristianos, que era también la fe de Platón, en que Dios es la verdad, en que la verdad es divina… Pero ¿y si precisamente eso se volviese cada vez menos creíble, si resultase que ya nada es divino, salvo el error, la ceguera, la mentira, si resultase que Dios mismo es nuestra más larga mentira?

Moral como problema

La falta de personalidad se venga de múltiples maneras; una personalidad debilitada, delgada, apagada, que se niega a sí misma y reniega de sí misma, no vale ya para nada bueno, y para lo que menos vale es para la filosofía. El «desprendimiento de sí mismo» no tiene valor en el cielo ni en la tierra; los grandes problemas exigen todos el *gran amor*, y de él solamente son capaces los espíritus fuertes, redondos, seguros, que descansan firmes sobre sí mismos. Es muy distinto —constituye la más considerable de las diferencias— que un pensador adopte una actitud personal respecto de sus problemas, de modo que tenga en ellos su destino, su menesterosidad y también su mejor fortuna, o que tome una actitud «impersonal» hacia los mismos, a saber, que solo sepa tocarlos y cogerlos con los tentáculos del pensamiento frío y curioso. Podéis estar seguros de que en este último caso no saldrá de ahí nada bueno, pues los grandes problemas, suponiendo que se dejen coger, no se dejan *retener* por ranas y debiluchos: eso es lo que les gusta, y se trata de un gusto, por lo demás, que comparten con todas las mujercitas decentes. ¿Por qué será que todavía no he encontrado a nadie, tampoco en los libros, que adoptase como persona esa actitud respecto de la moral, que conociese la moral como problema, y ese problema como *su* personal menesterosidad, tormento, voluptuosidad, pasión? Bien se ve que hasta ahora la moral no ha sido un problema; es más, ha sido precisamente aquello en lo que se convenía después de toda desconfianza, discordia y contradicción, el lugar santificado de la paz en el que los pensadores descansaban también de sí mismos, respiraban aliviados, revivían. No veo a nadie que se haya atrevido a hacer una *crítica* de los juicios de valor morales; a ese respecto echo de menos incluso los ensayos de la curiosidad científica, de la imaginación mimada y tentadora de psicólogos e historiadores que con mucha facilidad anticipa un problema y lo coge al vuelo sin saber muy bien qué es lo que ahí ha cogido. Apenas he encontrado algunos escasos puntos de partida para una *historia del surgimiento* de estos sentimientos y estimaciones de valor (que es cosa distinta de una crítica de los mismos, y cosa distinta también de una historia

de los sistemas éticos): en un caso concreto hice todo lo necesario para alentar una inclinación y talento para este tipo de historia: en vano, se me antoja hoy. Poco cabe esperar de estos historiadores de la moral (ingleses, concretamente): suelen estar ellos mismos, sin malicia alguna, bajo el mando de una moral determinada y, sin saberlo, hacen de escuderos y de séquito suyo; por ejemplo, con aquella superstición popular de la Europa cristiana, tan ingenuamente repetida aún, de que lo característico de la acción moral radica en el desprendimiento de uno mismo, en la abnegación, en el sacrificio de sí, o en la condolencia, en la compasión. El error usual del que parten es que afirman algún *consensus* de los pueblos, al menos de los pueblos mansos, sobre ciertos principios de la moral, y de ahí infieren su obligatoriedad incondicionada, también para ti y para mí; o bien que, a la inversa, después de que se les han abierto los ojos para la verdad de que en pueblos diferentes las estimaciones morales son *necesariamente* diferentes, infieren la falta de obligatoriedad de *toda* moral: ambas cosas son niñerías igual de grandes. El error de los más sutiles entre ellos es que descubren y critican las opiniones, quizá insensatas, de un pueblo sobre su moral o de los hombres sobre toda la moral humana, esto es, sobre su origen, sobre su sanción religiosa, sobre la superstición de la voluntad libre y sobre otras cosas semejantes, y con eso creen haber criticado esa moral misma. Pero el valor de una norma que diga «tú debes» es todavía profundamente distinto e independiente de las opiniones de ese tipo sobre dicha norma y de la mala hierba del error que quizá las cubra: con la misma certeza con que el valor de un medicamento para el enfermo es completamente independiente de que el enfermo piense sobre la medicina científicamente o como una vieja. Una moral podría haber surgido incluso *de* un error: aunque dispusiésemos de ese conocimiento seguiríamos sin haber ni siquiera tocado el problema de su valor. Nadie, pues, ha verificado hasta ahora el *valor* de aquella que es la más famosa de todas las medicinas, la denominada moral: lo primero que haría falta para ello es *ponerla en cuestión*. ¡Ea! Precisamente esa es nuestra obra.

346

Nuestro signo de interrogación

Pero ¿no lo entendéis? En verdad, os costará esfuerzo entendernos. Buscamos palabras, quizá busquemos también oídos. ¿Quiénes somos? Si quisiésemos denominarnos sencillamente, con una expresión algo antigua, «sin dios» o «incrédulos», o también «inmoralistas», no creeríamos estar correctamente designados, ni de lejos: somos las tres cosas en un estadio demasiado tardío para que se comprendiese —para que lo pudiéseis comprender *vosotros*, mis señores curiosos— cómo se encuentra uno por dentro cuando está en esa situación. ¡No!, ¡ya no tenemos la amargura y pasión de quien se ha visto arrancado, de quien de su falta de fe tiene que sacar aún una fe, una finalidad, un martirio incluso! Estamos curtidos en el conocimiento, que nos ha hecho fríos y duros, de que en el mundo las cosas no marchan en modo alguno divinamente, es más, ni siquiera razonablemente, con misericordia o con justicia según criterios humanos: lo sabemos, el mundo en el que vivimos es indivino, inmoral, «inhumano»: nos lo hemos interpretado durante demasiado tiempo equivocada y mendazmente, pero conforme a los deseos y a la voluntad de nuestra veneración, es decir, conforme a una de nuestras *necesidades*. ¡Y es que el hombre es un animal venerador! Pero también es un animal desconfiado: y que el mundo *no* vale lo que hemos creído es aproximadamente lo más seguro de todo aquello con lo que nuestra desconfianza ha llegado a hacerse finalmente. Tanta desconfianza, tanta filosofía. Nos guardamos de decir que valga *menos*: hoy nos mueve a risa que el hombre quiera arrogarse la tarea de inventar valores que *superen* el valor del mundo real; precisamente de eso hemos vuelto como de un exceso y extravío de la vanidad y sinrazón humanas que durante largo tiempo no ha sido conocido como tal. Ha tenido su última expresión en el pesimismo moderno, y una expresión más antigua, más fuerte, en la doctrina de Buda, pero también el cristianismo lo contiene, más dudosa y equívocamente, por cierto, pero no por ello de modo menos

seductor. Toda esa pose de «el hombre *contra* el mundo», el hombre como principio «negador del mundo», el hombre como medida del valor de las cosas, como juez de mundos, que en último término pone la existencia misma en los platillos de su balanza y la encuentra demasiado ligera: hemos adquirido consciencia del enorme mal gusto de esta pose como tal, ya no la toleramos y nos reímos cuando encontramos «el hombre *y* el mundo» puestos uno junto a otro, separados por la sublime petulancia de la palabrita «y». Pero ¿cómo?, ¿acaso lo único que hemos hecho precisamente con ello, como reidores, es dar un paso más en el desprecio del hombre? ¿Y por tanto también en el pesimismo, en el desprecio de la existencia reconocible *para nosotros*? ¿No hemos sucumbido precisamente con ello al recelo de una contraposición, de una contraposición entre el mundo en el que hemos estado en casa hasta ahora con nuestras veneraciones —quizá gracias a ellas *soportábamos* vivir— y otro mundo distinto que *somos nosotros mismos*?: un recelo de nosotros mismos inexorable, a fondo, que llega muy abajo, que se apodera de nosotros los europeos cada vez más, cada vez peor, y que fácilmente podría poner a las generaciones venideras ante esta terrible disyuntiva: «¡o bien abolís vuestras veneraciones, o bien os abolís *a vosotros mismos*!». Lo segundo sería el nihilismo; pero lo primero, ¿no sería también… el nihilismo? Este es *nuestro* signo de interrogación.

347

Los creyentes y su necesidad de fe

Cuánta *fe* necesita uno para desarrollarse bien, cuánto de «firme» que no quiere sacudir, porque se *sostiene* sobre ello, es un criterio para medir su fuerza (o, dicho con más claridad, su debilidad). El cristianismo, me parece, lo siguen necesitando los más en la vieja Europa, todavía hoy: por eso sigue encontrando fe. Pues así es el hombre: un artículo de fe podría estar para él refutado mil veces, pero en el caso de que lo necesitase lo tendría también una vez y otra por «verdadero», según aquella famosa «demostración por

medio de la fuerza» de que habla la Biblia. La metafísica la necesitan además algunos; pero también aquel impetuoso *anhelo de certeza* que hoy descargan las grandes masas en la ciencia positiva, el anhelo de *querer* tener algo firme (mientras que, debido al ardor de este anhelo, la fundamentación de la seguridad se toma más a la ligera y descuidadamente): también este sigue siendo un anhelo de soporte, de apoyo, y sigue siendo, en suma, aquel *instinto de la debilidad* que, ciertamente, no crea religiones, metafísicas, convicciones de todo tipo, pero que sí las conserva. De hecho, todos esos sistemas positivistas están rodeados por el espeso humo de un cierto oscurecimiento pesimista, por algo de cansancio, fatalismo, desengaño, miedo a nuevos desengaños, o bien solamente rabia exhibida, mal humor, anarquismo indignado y todos los demás síntomas o mascaradas de la sensación de debilidad. Incluso la energía con que nuestros más avisados contemporáneos se pierden en míseros rincones y angosturas, por ejemplo en el patrioterismo (así llamo lo que en Francia se denomina chauvinismo, y en Alemania «alemán»), o en confesiones estéticas baratas al modo del *naturalisme* parisino (que solo extrae y desnuda de la naturaleza la parte que produce simultáneamente repugnancia y sorpresa: hoy gusta denominar a esa parte *la verité vraie*[53]), o en nihilismo de corte petersburgués (es decir, *en la fe en la falta de fe*, hasta el martirio por ella), muestra siempre antes que nada la *necesidad* de fe, de apoyo, de columna vertebral, de respaldo… Donde la fe es siempre más deseada, donde más urgentemente se la necesita, es donde falta voluntad: pues la voluntad, en tanto que emoción de la orden, es la señal decisiva de que la gloria de sí y de la fuerza. Es decir, cuanto menos sabe mandar uno, tanto más urgentemente desea que haya uno que mande, que mande con severidad, un dios, un príncipe, un estamento, un médico, un confesor, un dogma, una conciencia de partido. De lo que acaso quepa deducir que las dos religiones universales, el budismo y el cristianismo, pueden deber su surgimiento, y sobre todo su repentina extensión, a una enorme *enfermedad de la voluntad*. Y eso es lo que en realidad ha sucedido: ambas religiones encontraron que existía antes de ellas un anhelo de un «debes» que por enfermedad de la voluntad había ido creciendo hasta el absurdo, hasta la desesperación;

ambas religiones fueron maestras del fanatismo en épocas de flojedad de la voluntad, y por ello ofrecieron a incontables personas un punto de apoyo, una nueva posibilidad de querer, un disfrute en el querer. Y es que el fanatismo es la única «fuerza de voluntad» a la que puede llevarse también a los débiles e inseguros, como una especie de hipnotización de todo el sistema sensorial-intelectual a favor de la alimentación excesivamente abundante (hipertrofia) de un determinado punto de vista y de un determinado modo de sentir que alcanza el predominio a partir de ese momento: el cristiano lo llama su *fe*. Allí donde una persona llega a la convicción fundamental de que *hay que* darle órdenes se hace «creyente», y, a la inversa, cabe pensar un placer y una fuerza de la autodeterminación, una *libertad* de la voluntad, en los que un espíritu se despida de toda fe, de todo deseo de certeza, experimentado como está en mantenerse sobre ligeras cuerdas y posibilidades y en seguir bailando incluso al lado de abismos. Un espíritu como ese sería el *espíritu libre par excellence*.

348

De la procedencia del erudito

El erudito crece en Europa en todo tipo de estamento y de condición social, ya que es una planta que no necesita una tierra específica: por esa razón se cuenta, esencial e involuntariamente, entre los portadores de la idea democrática. Pero esa procedencia se delata. Cuando hemos adiestrado algo nuestra mirada para que en un libro erudito, en un tratado científico, reconozca la *idiosincrasia* intelectual del erudito —todo erudito la tiene— y la pille en flagrante, llegaremos a ver detrás de ella, casi siempre, la «prehistoria» del erudito, su familia, y en especial sus tipos de profesión y sus oficios. Dondequiera que se exprese la sensación «esto queda ahora demostrado, esto es asunto concluido», es comúnmente el antepasado que el erudito lleva en su sangre y en su instinto quien aprueba desde su ángulo visual «el trabajo realizado»: la fe en la demostración es solamente un

síntoma de lo que un linaje laborioso ha considerado desde siempre «trabajo bien hecho». Un ejemplo: los hijos de registradores y escribientes de todo tipo, cuya tarea principal ha sido siempre ordenar un material múltiple, distribuirlo en cajones y, en general, esquematizar, muestran, cuando llegan a ser eruditos, una inclinación preferente a considerar casi solucionado un problema por haberlo esquematizado. Hay filósofos que en el fondo son solamente cabezas esquemáticas: para ellos lo formal del oficio paterno se ha convertido en el contenido. El talento de hacer clasificaciones, tablas de categorías, delata algo; no se es impunemente el hijo de los padres de uno. El hijo de un abogado tendrá que ser un abogado también como investigador: en su materia querrá ante todo que se le dé la razón, y secundariamente, quizá, tener razón. A los hijos de clérigos y maestros de escuela protestantes se los reconoce en la ingenua seguridad con la que, cuando son eruditos, toman su asunto por ya demostrado con solo que haya sido expuesto por ellos enérgicamente y con calor: y es que están profundamente acostumbrados a que se les *crea*, ¡esto formaba parte del «oficio» de sus padres! Un judío, a la inversa, conforme al campo de actividades y al pasado de su pueblo, a lo que menos acostumbrado está es precisamente a eso, a que se le crea; examínese desde este punto de vista a los eruditos judíos: todos ellos consideran que es una gran cosa la lógica, esto es, *forzar* el asentimiento mediante razones; saben que con ella tienen que vencer, incluso allí donde exista repulsión de raza y clase contra ellos, allí donde disguste creerlos. Y es que nada es más democrático que la lógica: no hace acepción de personas y toma por rectas también las narices curvas. (Dicho sea de paso: precisamente en lo tocante a logificación, a costumbres mentales *pulcras*, Europa debe a los judíos no poco agradecimiento; ante todo los alemanes, en su calidad de raza lamentablemente *deraisonnable*[54], a la que todavía hoy es necesario empezar «leyéndole la cartilla». Dondequiera que los judíos hayan llegado a tener influencia han enseñado a separar más, a inferir con más rigor, a escribir con más claridad y limpieza: su tarea ha sido siempre hacer entrar «*en raison*» a un pueblo).

349

De nuevo la procedencia de los eruditos

Querer la propia conservación es expresión de un estado de necesidad, de una limitación de la auténtica pulsión vital fundamental: esta va en pos de la *ampliación del poder* y, con harta frecuencia, en esa voluntad pone en cuestión y sacrifica la autoconservación. Considérese sintomático que algunos filósofos, por ejemplo el tuberculoso Spinoza, viesen, tuviesen que ver lo decisivo precisamente en el denominado instinto de conservación: eran personas en estado de necesidad. Que nuestras modernas ciencias naturales se hayan enredado a tal punto en el dogma *espinozista* (últimamente aún, y del modo más tosco, en el darwinismo, con su incomprensiblemente unilateral doctrina de la «lucha por la existencia») se debe, probablemente, a la procedencia de la mayor parte de los investigadores de la naturaleza: a este respecto forman parte del «pueblo», sus antepasados eran gente pobre y sencilla, que conocía demasiado de cerca la dificultad de salir adelante. Alrededor de todo el darwinismo inglés se nota algo así como un irrespirable aire inglés a superpoblación, algo así como olor de gente humilde a menesterosidad y estrechez. Sin embargo, cuando se es investigador de la naturaleza se debería salir del propio rincón humano: y en la naturaleza no *domina* el estado de necesidad, sino la sobreabundancia, la dilapidación, incluso hasta el absurdo. La lucha por la existencia es solamente una excepción, una restricción temporal de la voluntad de vivir; la gran y pequeña lucha gira en todas partes alrededor de la preponderancia, del crecimiento, de la ampliación, del poder, conforme a la voluntad de poder, que es precisamente la voluntad de vivir.

350

En honor de los *homines religiosi*

Con toda certeza, la lucha contra la Iglesia también es —entre otras cosas, pues tiene significados muy variados— la lucha de las naturalezas vulgares, divertidas, superficiales y que suelen tomarse demasiadas confianzas, contra el dominio de las personas graves, profundas y meditativas, es decir, de las personas malas y recelosas que cavilan con una larga sospecha sobre el valor de la existencia, también sobre su propio valor: el instinto vulgar del pueblo, su alegría sensorial, su «buen corazón» se indignaban en contra de ellas. Toda la Iglesia romana descansa en un recelo meridional acerca de la naturaleza del hombre: en un recelo que desde el Norte siempre se entiende mal, y en el cual el Sur europeo es heredero del profundo Oriente, de la viejísima y misteriosa Asia y de su espíritu contemplativo. Ya el protestantismo es un levantamiento popular a favor de los cándidos, de los ingenuos, de los superficiales (el Norte ha sido siempre más bondadoso y plano que el Sur); pero solo la Revolución francesa puso el cetro plena y solemnemente en manos de la «buena persona» (en manos de la oveja, del asno, del ganso y de todo lo que es incurablemente plano y gritón y está maduro para el manicomio de las «ideas modernas»).

351

En honor de las naturalezas sacerdotales

Pienso que de lo que el pueblo entiende por sabiduría (¿y quién no es hoy «pueblo»?), de aquella prudente y vacuna tranquilidad de ánimo, devoción y mansedumbre de párroco rural, que está echada en el prado y que *mira* la vida con seriedad y rumiando, es de lo que precisamente los filósofos se han sentido siempre más alejados, probablemente porque no eran lo suficientemente «pueblo» para ello, y tampoco lo suficientemente párroco rural. También es probable que sean precisamente ellos los que más tarden en aprender a creer que al pueblo *podría serle lícito* entender algo de lo que más lejos le queda, de la gran *pasión* del que conoce, del que

constantemente vive, tiene que vivir, en la nube de tormenta de los más altos problemas y de las más pesadas responsabilidades (por lo tanto no, de ningún modo, mirando, al margen, indiferente, seguro, objetivo…). Cuando, por su parte, el pueblo se forja un ideal de «sabio» está venerando a un tipo de hombre enteramente distinto, y tiene razón mil veces en rendir pleitesía con las mejores palabras y honores precisamente a ese tipo de hombre: se trata de las naturalezas sacerdotales suaves, serias-simples y castas y de lo que les es afín, pues es a ellas a quien se dirige la alabanza contenida en aquella veneración del pueblo por la sabiduría. Y a quién tendría el pueblo motivos para mostrarse más agradecido que a estos varones que pertenecen a él y de él proceden, pero como consagrados, escogidos, *sacrificados* a su bien —ellos mismos se creen sacrificados a Dios—, ante los que puede volcar impunemente su corazón, *librándose* así, al entregárselos a ellos, de sus secretos, de sus preocupaciones y de cosas peores (pues la persona que «se comunica» se libra de sí misma, y quien «ha reconocido» algo, lo olvida). Aquí manda una gran necesidad fisiológica: y es que también para los desechos del alma se necesita desagües, y en ellos aguas limpias y limpiadoras, se necesita impetuosas corrientes de amor y corazones fuertes, humildes y puros que estén dispuestos a prestar un servicio como ese de atención a la salud no pública y a sacrificarse a él, pues *es* un sacrificio, y un sacerdote es y no deja de ser nunca una víctima humana… El pueblo siente a esos hombres de «fe», serios, sacrificados y que han llegado a ser silenciosos, como *sabios*, es decir, como hombres que han llegado a saber, como «seguros» en comparación con su propia inseguridad: ¿quién querría quitarle la palabra y esa veneración? Pero, a la inversa y como es justo, entre filósofos un sacerdote sigue estando considerado como «pueblo» y *no* como alguien que sabe, sobre todo porque ellos mismos no creen en «los que saben» y precisamente en esa fe y superstición perciben ya el olor a «pueblo». Fue la *modestia* quien inventó en Grecia la palabra «filósofo» y dejó a los actores del espíritu la espléndida arrogancia de llamarse sabios: la modestia de esos mozancones del orgullo y del gloriarse de sí como Pitágoras, como Platón.

352

Hasta qué punto es difícil prescindir de la moral

El hombre desnudo ofrece en general un espectáculo vergonzoso: hablo de nosotros los europeos (¡y ni siquiera de las europeas!). Suponiendo que por malicia de un encantador el más alegre grupo de comensales se viese repentinamente destapado y desvestido, creo que se les acabaría no solo la alegría y que perderían hasta el mejor apetito: según parece, nosotros los europeos no podemos prescindir en modo alguno de esa mascarada llamada vestido. Y el disfraz de las «personas morales», su envoltura bajo fórmulas y conceptos de decoro morales, el entero esconder benevolentemente nuestras acciones bajo los conceptos de deber, virtud, sentimiento de formar parte de una comunidad, honorabilidad, abnegación, ¿no iban a tener sus igualmente buenas razones? No es que yo crea que de ese modo se está enmascarando, por ejemplo, la maldad y bajeza humana, en suma el animal malo y salvaje que hay en nosotros; mi idea es, a la inversa, que precisamente como *animales mansos* ofrecemos un espectáculo vergonzoso y necesitamos el disfraz de la moral, que, precisamente, el «hombre interior» en Europa no es ni de lejos lo suficientemente malo para poder «dejarse ver» (y por lo tanto ser *bello*). El europeo se pone el disfraz *de la moral* porque se ha convertido en un animal enfermo, enfermizo, tullido, que tiene buenas razones para ser «manso», porque es casi un engendro, algo demediado, débil, torpe… No es la terribilidad del animal de presa la que encuentra necesario un disfraz moral, sino el animal gregario con su profunda mediocridad, miedo y aburrimiento de sí mismo. *La moral acicala al europeo* —¡confesémoslo!— dándole un aire distinguido, importante, de buen ver, «divino».

353

Del origen de las religiones

La auténtica invención de los fundadores de religiones es, primero, establecer un determinado tipo de vida y de cotidianidad de las costumbres que actúa como *disciplina voluntatis* y que al mismo tiempo elimina el aburrimiento; después: dar precisamente a esa vida una *interpretación* en virtud de la cual parece envuelta en el resplandor del valor supremo, de modo que a partir de ese momento se convierte en un bien por el que se lucha y por el que en determinadas circunstancias se da la vida. En verdad, de estas dos invenciones la segunda es la más esencial: la primera, el modo de vida, ya solía estar ahí, pero junto a otros modos de vida y sin ser consciente de qué valor le era inherente. La importancia, la originalidad del fundador de una religión se manifiesta usualmente en el hecho de que él lo *ve*, de que él lo *escoge*, de que él *adivina* por primera vez para qué puede ser utilizado, cómo puede ser interpretado. Jesús (o Pablo), por ejemplo, encontró la vida de la gente humilde de las provincias romanas, una vida modesta, virtuosa y apocada: él la interpretó, introdujo en ella, mediante la interpretación, el más elevado sentido y valor, y con ello el ánimo para despreciar cualquier otro tipo de vida, el callado fanatismo de los Hermanos Moravos, la reservada y subterránea confianza en sí mismo, que crece y crece y al final está dispuesta a «vencer al mundo» (es decir, a Roma y a los estamentos elevados de todo el Imperio). También Buda encontró ese tipo de personas, y, por cierto, las encontró diseminadas entre todos los estamentos y niveles sociales de su pueblo que son buenos y bondadosos (sobre todo inofensivos) por inercia, y que, asimismo por inercia, viven abstinentemente, casi sin necesidades: entendió cómo ese tipo de personas tiene que ir rodando hasta caer inevitablemente, con toda la *vis inertiae*[55], en una fe que promete *impedir* el retorno de las fatigas terrenas (es decir, del trabajo, del actuar como tal): este «entender» fue su genio. Para ser el fundador de una religión hace falta infalibilidad psicológica en detectar un determinado tipo medio de almas que todavía no se han *reconocido* como copertenecientes. Es él quien las reúne; la fundación de una religión se convierte siempre, así, en una larga fiesta de reconocimiento mutuo.

354

Del «genio de la especie»

El problema de la consciencia (más correctamente: del llegar a ser consciente) no comparece ante nosotros hasta que empezamos a comprender hasta qué punto podríamos prescindir de ella: y en ese comienzo del comprender nos sitúan ahora la fisiología y la historia animal (que, así pues, han necesitado dos siglos para ponerse en el nivel del recelo con el que *Leibniz* se adelantó a su tiempo). Y es que podríamos pensar, sentir, querer y recordar, podríamos asimismo «actuar» en todos los sentidos de la palabra, sin que todo eso tuviese por qué «llegar a nuestra consciencia» (como se dice figuradamente). La vida entera sería posible sin que, por así decir, se viese en el espejo: al igual que, de hecho, la mayor parte, con mucho, de esta vida se desarrolla en nosotros sin ese reflejo, y, por cierto, también la mayor parte de nuestra vida pensante, sentiente y volente, por ofensivo que ello pueda sonar a un filósofo de cierta edad. ¿*Para qué* la consciencia, si en lo principal es *superflua*? Pues bien —si se quiere prestar oídos a mi respuesta a esta pregunta y a la conjetura, quizá excesiva, que ella implica— me parece que la finura e intensidad de la consciencia siempre están en proporción a la *capacidad de comunicarse* de una persona (o animal), mientras que la capacidad de comunicarse está a su vez en proporción a su *necesidad de comunicarse*: esto último no entendido como si la persona individual misma que sea una maestra en la comunicación y en hacer inteligibles sus necesidades tuviese que ser al mismo tiempo la que estuviese más obligada a recurrir a los demás para subvenir a sus necesidades. Pero sí que me parece que es eso lo que sucede en lo que respecta a razas y cadenas de generaciones enteras: allí donde la necesidad, la menesterosidad han forzado durante largo tiempo a las personas a comunicarse, a entenderse recíprocamente con rapidez y finura, acaba habiendo una sobreabundancia de esta fuerza y arte de la comunicación, por así decir un patrimonio que se ha ido acumulando

paulatinamente y que ahora está esperando un heredero que lo derroche (los denominados artistas son esos herederos, y lo mismo los oradores, los predicadores, los escritores: todos ellos personas que siempre vienen al final de una larga cadena, «nacidos tarde», en el mejor sentido de la palabra, y, como hemos dicho, *derrochadores* por esencia). Suponiendo que esta observación sea correcta, permítaseme seguir hasta la conjetura de que *la consciencia como tal solo se ha desarrollado bajo la presión de la necesidad de comunicarse*, de que de antemano solo era necesaria, solo era útil entre persona y persona (especialmente entre los que mandan y los que obedecen), y también de que solamente se ha desarrollado en proporción al grado de esa utilidad. Propiamente, la consciencia es solo una red de conexión entre persona y persona, solo como tal ha tenido que desarrollarse: la persona eremítica y semejante a los animales de presa no la habría necesitado. Que nuestras acciones, ideas, sentimientos y movimientos lleguen a nuestra consciencia —al menos una parte de los mismos— es la consecuencia de un «tener que» que ha actuado sobre la persona durante un tiempo terriblemente largo: la persona, al ser el animal que corría más peligro, *necesitaba* ayuda y protección, necesitaba semejantes, tenía que expresar su menesterosidad y saber hacerse entender, y para todo ello necesitaba antes «consciencia», esto es, «saber» ella misma lo que le pasaba, «saber» cómo se encontraba, «saber» qué pensaba. Y es que —digámoslo otra vez— el hombre, al igual que toda criatura viva, está pensando continuamente, pero no lo sabe; el pensamiento que se está haciendo *consciente* es solo la parte más pequeña del mismo, digamos que la parte más superficial, la más mala: pues solo este pensar consciente *sucede en palabras*, *es decir, en signos de comunicación*, con lo que se desvela la procedencia misma de la consciencia. Dicho concisamente: el desarrollo del lenguaje y el desarrollo de la consciencia (*no* de la razón, sino solamente de la adquisición de consciencia por la razón) van de la mano. A eso se añade que no solo el lenguaje sirve de puente entre persona y persona, sino también la mirada, la presión, el gesto; el llegar a ser conscientes de nuestras propias impresiones sensoriales, la fuerza para poder fijarlas y por así decir ponerlas fuera de nosotros mismos han

aumentado en la misma medida en que crecía la coacción a transmitirlas a *otros* mediante signos. El hombre inventor de signos es al mismo tiempo el hombre cada vez más nítidamente consciente de sí mismo; solo como animal social aprendió el hombre a hacerse consciente de sí mismo, lo sigue haciendo aún, lo hace cada vez más. Mi idea es, como se ve, que la consciencia no pertenece propiamente a la existencia individual del hombre, sino más bien a aquello que es en él naturaleza comunitaria y gregaria; que, como de ahí se sigue, solo está desarrollada con finura en lo tocante a su utilidad comunitaria y gregaria, y que en consecuencia cada uno de nosotros, aun con la mejor voluntad de *entenderse* a sí mismo todo lo individualmente que resulte posible, de «conocerse a sí mismo», solo llegará a ser consciente de lo no-individual de él, de su «término medio»; que nuestra idea misma continuamente *queda en minoría*, por así decir, respecto del carácter de la consciencia, respecto del «genio de la especie» que manda en ella, y es retraducida a la perspectiva gregaria. Nuestras acciones son en el fondo todas ellas, de un modo incomparable, personales, únicas, ilimitadamente individuales, no cabe duda; pero tan pronto las traducimos a la consciencia *ya no lo parecen*… Este es el auténtico fenomenalismo y perspectivismo, tal y como *yo* lo entiendo: la naturaleza de la *consciencia animal* comporta que el mundo del que podemos ser conscientes solamente es un mundo de superficies y signos, un mundo que ha sido generalizado y vulgarizado; que todo lo que llega a ser consciente *se torna*, por esa misma razón, flaco, relativo-estúpido, genérico, signo, marca de rebaño; que a todo llegar a ser consciente va ligada una gran y profunda corrupción, falsificación, superficialización y generalización. En último término, la consciencia creciente es un peligro; y quien vive entre los europeos más conscientes sabe incluso que es una enfermedad. Como se puede adivinar, no es la contraposición de sujeto y objeto lo que aquí me interesa: esta distinción se la dejo a los teóricos del conocimiento que se han quedado prendidos en los lazos de la gramática (de la metafísica del pueblo). Tampoco, y menos aún, la contraposición de «cosa en sí» y fenómeno: pues no «conocemos», ni de lejos, lo suficiente para que nos fuese lícito hacer siquiera esa *separación*. Y es que no tenemos órgano

alguno para el *conocer*, para la «verdad»: no «sabemos» (o creemos o nos imaginamos) nada más que lo que pueda ser *útil* en interés del rebaño humano, de la especie: e incluso lo que aquí se denomina «utilidad» solamente es, en último término, una fe, algo imaginado, y quizá precisamente aquella fatídica estupidez que un día nos hará perecer.

355

El origen de nuestro concepto de «conocimiento[56]»

Tomo esta explicación de la calle; oí a un hombre del pueblo decir «me ha reconocido[57]», y en ese momento me pregunté: ¿qué entiende realmente el pueblo por conocimiento?, ¿qué quiere cuando quiere «conocimiento»? Nada más que esto: remitir algo ajeno a algo *consabido*[58]. Y nosotros los filósofos, ¿hemos entendido por conocimiento realmente *más*? Lo consabido, es decir, aquello a lo que estamos tan acostumbrados que ya no nos asombramos de ello, nuestra cotidianidad, alguna regla en la que estamos incluidos, todas y cada una de las cosas en las que nos sabemos en casa: ¿acaso nuestra necesidad de conocer no es precisamente esta necesidad de algo consabido, la voluntad de descubrir, bajo todo lo ajeno, desacostumbrado y cuestionable, algo que ya no nos intranquilice? ¿No podría ser el *instinto del miedo* el que nos mandase conocer? La exultación del que conoce, ¿no podría ser precisamente la exultación de la recuperada sensación de seguridad?… Este filósofo se figuraba que el mundo quedaba «conocido» cuando lo había remitido a la «idea»: ay, ¿no era porque la «idea» le resultaba tan consabida, tan acostumbrada, no era porque de ese modo ya temía poco a la «idea»? ¡Oh, esta capacidad de los que conocen de necesitar poco! ¡Considérese desde este punto de vista sus principios y sus soluciones del enigma del mundo! Cuando vuelven a encontrar en las cosas, bajo las cosas, detrás de las cosas, algo que por desgracia nos es muy consabido, por ejemplo nuestra tabla de multiplicar o nuestra lógica o nuestro querer y desear, ¡qué felices son! Pues

«lo que es consabido, está conocido»: en eso concuerdan. Hasta los más cuidadosos entre ellos piensan que al menos lo consabido es *más fácilmente cognoscible* que lo ajeno; que, por ejemplo, resulta obligado metodológicamente partir del «mundo interior», de los «hechos de consciencia», ¡porque este mundo *nos es más consabido*! ¡Error de los errores! Lo consabido es lo acostumbrado; y lo acostumbrado es lo más difícil de «conocer», es decir, de ver como problema, es decir, de ver como ajeno, como lejano, como «fuera de nosotros»… La gran seguridad de las ciencias naturales en comparación con la psicología y la crítica de los elementos de la consciencia —ciencias *innaturales*, como casi sería lícito decir— descansa precisamente en que toman lo *ajeno* como objeto: mientras que es casi contradictorio y absurdo *querer* tomar como objeto lo no-ajeno en tanto que tal…

356

En qué medida en Europa las cosas irán cada vez más «artísticamente»

La atención a las necesidades de la vida impone todavía hoy —en nuestro periodo transitorio, en el que tantas cosas ya no imponen nada— a casi todos los europeos de sexo masculino un determinado *papel*: lo denominan su profesión; a algunos les queda la libertad, una aparente libertad, de elegir ellos mismos ese papel, y a la mayoría se lo eligen. El resultado es harto extraño: cuando alcanzan cierta edad, casi todos los europeos se confunden con su papel y son víctima ellos mismos de su «buena interpretación teatral»: han olvidado en qué gran medida el azar, el capricho, lo arbitrario dispusieron sobre ellos entonces, cuando su «profesión» se decidió, y cuántos papeles distintos quizá habrían *podido* representar, ¡pues ahora ya es demasiado tarde! Vistas las cosas con más profundidad, el papel *se ha convertido* realmente en carácter, el arte en naturaleza. Hubo épocas en las que con rígida fiabilidad, con devoción incluso, se creía en la propia predeterminación para precisamente esa

ocupación, para precisamente esa manera de ganarse el pan, y no se quería reconocer el azar que ahí estaba presente, el papel, lo arbitrario como tal: estamentos, gremios, privilegios profesionales hereditarios han conseguido con ayuda de esa fe levantar aquellas enormes y anchas torres de sociedad que distinguen a la Edad Media y a las que en todo caso hay que elogiar aún hoy por una cosa: permanencia (¡y en este mundo la permanencia es un valor de primer rango!). Pero hay épocas inversas, las épocas propiamente democráticas, en las que esa fe se echa en olvido más y más y pasan a primer plano una cierta fe y un cierto punto de vista de lo contrario atrevidos, aquella fe de los atenienses que se advierte por primera vez en la época de Pericles, aquella fe de los americanos de hoy, que aspira, cada vez más, a convertirse también en fe de los europeos: una fe con la que el individuo está convencido de poderlo más o menos todo, de *estar a la altura* de más o menos *todo papel*, una fe con la que cada uno ensaya consigo mismo, improvisa, ensaya de nuevo, ensaya con placer, en la que toda naturaleza cesa y se convierte en arte… Los griegos, tan pronto entraron en esta *fe en papeles* —una fe de artistas de circo, si se quiere— experimentaron paso a paso, como es sabido, una transformación extraña y que no en todos los aspectos merece imitación: *se convirtieron realmente en actores*; como tales, encantaron, vencieron por completo al mundo y en último término incluso a la «vencedora del mundo» (pues fue el *graeculus histrio*[59] quien venció a Roma, y *no*, como suelen decir los inocentes, la cultura griega…). Pero lo que yo temo, lo que hoy se toca ya con las manos, en el caso de que se tenga ganas de tocarlo, es que nosotros los hombres modernos vamos ya enteramente por el mismo camino; y cada vez que el hombre empieza a descubrir en qué medida desempeña un papel y hasta qué punto *puede* ser actor, se *convierte* en actor… Con ello surge una nueva flora y fauna de hombres que en épocas más firmes, más limitadas, no pueden crecer, o bien se los deja «abajo», bajo el poder y la sospecha de la deshonra: con ello surgen en cada ocasión las épocas más interesantes y locas de la historia, en las que los «actores», *todos* los tipos de actores, son los auténticos señores. Precisamente por esa causa se perjudica cada vez más profundamente a otra especie de hombres, se termina por hacerlos

imposibles, sobre todo a los grandes «arquitectos»; ahora decae la fuerza que edifica; el ánimo para hacer planes a la larga es desanimado; los genios organizativos empiezan a faltar: ¿quién se atreve, a partir de ese momento, a emprender obras para cuya terminación habría que *contar* con milenios? Se extingue precisamente aquella fe fundamental que sirve de base para calcular, prometer, anticipar el futuro en el plan, hacer sacrificios al propio plan: la fe en que el hombre solo tiene valor, solo tiene sentido, en la medida en que sea *un sillar de un gran edificio*; para lo cual, antes de nada, tiene que ser *sólido*, tiene que ser «piedra»… Sobre todo, no ¡actor! Dicho concisamente —¡ay, se guardará silencio sobre ello todavía durante no poco tiempo!—, lo que a partir de ahora ya no es edificado, lo que a partir de ahora ya no *puede* ser edificado, es una sociedad en el viejo sentido de la palabra; para edificar ese edificio falta todo, lo primero el material. *Ninguno de nosotros es ya material para una sociedad*: ¡esta es una verdad cuyo momento ya ha llegado! Me parece indiferente que por ahora el tipo de hombre más corto de vista, quizá el más honrado, y en todo caso el más ruidoso que existe hoy, nuestros señores socialistas, siga creyendo, esperando, soñando, sobre todo gritando y escribiendo aproximadamente lo contrario; su consigna para el futuro, «sociedad libre», se lee ya en todas las mesas y paredes. ¿Sociedad libre? ¡Sí!, ¡sí! Pero, señores míos, ¿sabéis acaso con qué se construye? ¡Con hierro de madera! ¡Con el famoso hierro de madera! Y ni siquiera de madera…

357

Acerca del viejo problema: «¿qué es alemán?»

Repasemos en nuestro interior los auténticos logros del pensamiento filosófico que hay que agradecer a cabezas alemanas: ¿cabe anotarlos también, en algún sentido que esté permitido, en el haber de la raza entera? ¿Nos es lícito decir: son al mismo tiempo obra del «alma alemana», al menos su síntoma, en el sentido en que, por ejemplo, estamos

acostumbrados a tomar la ideomanía de Platón, su casi religiosa locura de las formas, al mismo tiempo como un acontecimiento y un testimonio del «alma griega»? ¿O sería verdad más bien lo inverso? ¿Son precisamente tan individuales, en tal alto grado una *excepción* al espíritu de la raza, como por ejemplo lo fue el paganismo con buena conciencia de Goethe? ¿O como lo es entre los alemanes el maquiavelismo con buena conciencia de Bismarck, su denominada «*Realpolitik*»? ¿Contradicen incluso nuestros filósofos, quizá, las *necesidades* del «alma alemana»? En suma, los filósofos alemanes, ¿fueron realmente *alemanes* filósofos? Recuérdese tres casos. Primero, la incomparable intuición de *Leibniz*, con la que tuvo razón no solo contra Descartes, sino contra cuantos habían filosofado hasta él, de que la conscienticidad es solo un accidente de la representación, *no* su atributo necesario y esencial, que por tanto aquello que denominamos consciencia solamente constituye un estado de nuestro mundo espiritual y anímico (quizá un estado enfermizo) y, *ni de lejos*, *ese mundo mismo*: ¿hay en este pensamiento, cuya profundidad tampoco hoy está aún agotada, algo alemán? ¿Hay alguna razón para presumir que no habría sido fácil que a un latino se le ocurriese dar ese giro completo a la apariencia de las cosas? Pues de un giro completo se trata. Recordemos, en segundo lugar, el enorme signo de interrogación que *Kant* puso junto al concepto de «causalidad»; no es que, como Hume, dudase en modo alguno de la legitimidad de ese concepto: más bien, comenzó a delimitar cuidadosamente el reino dentro del cual ese concepto tiene siquiera sentido (tampoco ahora hemos terminado aún de trazar esos límites). Tomemos, en tercer lugar, el asombroso manotazo de *Hegel*, que sentó la mano a todas las costumbres de una lógica demasiado consentida cuando se atrevió a enseñar que los conceptos de las especies se desarrollan *unos a partir de otros*: con esa tesis los espíritus de Europa quedaron preformados para el último gran movimiento científico, para el darwinismo, pues sin Hegel no existiría Darwin. ¿Hay algo alemán en esta innovación hegeliana por la que fue introducido en la ciencia el decisivo concepto de «evolución»? Sí, sin duda alguna: en los tres casos sentimos «destapado» y adivinado algo de nosotros mismos, y quedamos agradecidos por ello, y al mismo tiempo sorprendidos;

cada una de esas tres tesis es un pedazo de autoconocimiento, de autoexperiencia, de autocaptación alemanas que da mucho que pensar. «Nuestro mundo interior es mucho más rico, amplio, escondido»: así sentimos con Leibniz; como alemanes dudamos con Kant de la validez última de los conocimientos de las ciencias naturales, y en general de todo lo que *se deja* conocer *causaliter*: lo cognoscible nos parece ya, como tal, de *menor* valor. Nosotros los alemanes somos hegelianos, aunque nunca hubiese habido un Hegel, por cuanto nosotros (en contraposición con todos los latinos) atribuimos instintivamente al devenir, a la evolución, un sentido más profundo y un valor más rico que a lo que «es»: no creemos apenas en la legitimación del concepto de «ser»; también muestra que somos hegelianos el hecho de que no estamos inclinados a conceder a nuestra lógica humana que sea la lógica en sí, el único tipo de lógica (nos gustaría más bien persuadirnos de que es solo un caso especial, y quizá uno de los más extraños y estúpidos). Una cuarta pregunta sería si también *Schopenhauer*, con su pesimismo, es decir, con el problema del *valor de la existencia*, tenía que haber sido precisamente un alemán. Creo que no. El acontecimiento *tras* el cual cabía esperar con seguridad este problema, de modo que un astrónomo del alma habría podido calcular el día y la hora del mismo, la decadencia de la fe en el Dios cristiano, la victoria del ateísmo científico, es un acontecimiento paneuropeo en el que a todas las razas corresponde su parte de mérito y honra. Al contrario: habría que atribuir precisamente a los alemanes —a los alemanes coetáneos de Schopenhauer — haber *retardado* esta victoria del ateísmo más larga y peligrosamente que nadie; Hegel, especialmente, fue su retardador *par excellence* con el grandioso intento que hizo de persuadirnos de la divinidad de la existencia, en último término con ayuda de nuestro sexto sentido, el «sentido histórico». Schopenhauer fue como filósofo el *primer* ateo confeso e inflexible que hemos tenido nosotros los alemanes: su enemistad hacia Hegel tenía aquí su trasfondo. La indivinidad de la existencia era para él algo dado, tangible, indiscutible; perdía su circunspección de filósofo y caía en la indignación cada vez que veía a alguien dudar y hacer distingos al respecto. En este punto reside toda su honradez: el ateísmo incondicionado

y sincero es precisamente el *presupuesto* de su planteamiento del problema, como una victoria de la conciencia europea lograda por fin tras dura lucha, como el acto más rico en consecuencias de una disciplina de dos mil años para la verdad que al final se prohíbe a sí misma la *mentira* de la fe en Dios… Se ve *qué* es lo que en realidad ha vencido sobre el dios cristiano: la moralidad cristiana misma, el concepto de veracidad tomado cada vez en un sentido más estricto, la sutileza de confesor propia de la conciencia cristiana, traducida y sublimada en conciencia científica, en limpieza intelectual a cualquier precio. Considerar la naturaleza como una demostración de la bondad y de la protección de un dios; interpretar la historia para honra de una razón divina, como testimonio constante de un orden moral del mundo y de propósitos últimos morales; interpretar las propias vivencias como las han interpretado durante no poco tiempo las personas piadosas, como si todo fuese disposición de lo alto, todo señal, todo estuviese pensado y enviado en beneficio de la salvación del alma: todo esto *se acabó*, tiene a la conciencia *en su contra*, está considerado por todas las conciencias delicadas indecoroso, insincero, mendacidad, feminismo, debilidad, cobardía; es precisamente con este rigor como somos *buenos* europeos —si es que en algo lo somos— y herederos de la más larga y valiente autosuperación de Europa. Cuando sacudimos de nosotros de ese modo la interpretación cristiana y condenamos su «sentido» como una falsificación de moneda, viene sobre nosotros inmediatamente, de un modo terrible, la pregunta *schopenhaueriana*: *¿tiene la existencia algún sentido*?, esa pregunta que necesitará un par de siglos ya tan solo para ser oída completamente y en toda su profundidad. Lo que el propio Schopenhauer respondió a esa pregunta fue —perdóneseme— precipitado, juvenil, solo un arreglo, un quedarse parado y metido precisamente en las perspectivas morales cristiano-ascéticas *en las que se había dejado de tener fe al no tenerla ya en Dios*… Pero él *planteó* la pregunta, como buen europeo, según acabamos de decir, y *no* como alemán. ¿O es que los alemanes, al menos con el modo en que se apoderaron de la pregunta schopenhaueriana, han demostrado su copertenencia y parentesco internos, su preparación, su *necesidad* de su problema? Que después de Schopenhauer también en

Alemania —¡bien tarde, por lo demás!— se haya pensado e imprimido sobre el problema por él planteado no es suficiente, por cierto, para decidir a favor de esa estrecha copertenencia; se podría incluso hacer valer en contra la peculiar *falta de habilidad* de este pesimismo post-schopenhaueriano: parece evidente que los alemanes no se comportaban en él como si estuviesen en su elemento. Con esto no estoy aludiendo, en modo alguno, a Eduard von Hartmann; al contrario, hoy sigue sin haberse disipado mi vieja sospecha de que es *demasiado hábil* para nosotros: quiero decir que él, como el malicioso tunante que es, quizá no solo se haya estado riendo desde el principio del pesimismo alemán, sino que al final podría incluso «legar» testamentariamente a los alemanes hasta qué punto, en la época de las fundaciones, se les ha podido tomar el pelo. Pero yo pregunto: ¿acaso se debe considerar que es una honra para los alemanes esa vieja peonza de Bahnsen, quien durante toda su vida ha girado con voluptuosidad alrededor de su miseria real-dialéctica y de su «mala suerte personal»?, ¿sería alemán precisamente eso?, (recomiendo sus escritos, y yo mismo los he utilizado con tal fin, como dieta antipesimista, especialmente a causa de sus *elegentiae psychologicae*, con las cuales, me parece, se puede superar hasta el mayor estreñimiento de cuerpo y de ánimo). ¿O bien se podría contar esos diletantes y solteronas, como el dulzón apóstol de la virginidad Mainländer, entre los alemanes como es debido? En último término, habrá sido un judío (todos los judíos se ponen dulzones cuando moralizan). Ni Bahnsen, ni Mainländer, ni menos Eduard von Hartmann, proporcionan un punto de apoyo seguro para responder la pregunta de si el pesimismo de Schopenhauer, su horrorizada mirada a un mundo desdivinizado, estúpido, ciego, que se ha vuelto loco y cuestionable, su horror *sincero*… ha sido no solo un caso excepcional entre los alemanes, sino un acontecimiento *alemán*; todo lo demás que está en primer plano, nuestra valiente política, nuestro alegre patrioterismo —que de forma harto decidida considera todas las cosas desde el punto de vista de un principio poco filosófico («Alemania, Alemania por encima de todo»), así pues *sub specie speciei*, a saber, desde el punto de vista de la *species* alemana— atestiguan lo contrario con gran claridad. ¡No! ¡Los alemanes de hoy *no* son pesimistas!

Y Schopenhauer era pesimista, digámoslo otra vez, como buen europeo y *no* como alemán.

358

El levantamiento campesino del espíritu

Nosotros los europeos nos encontramos ante el espectáculo de un enorme mundo en ruinas en el que algunas cosas todavía se levantan hacia lo alto, muchas se mantienen apenas en pie, minadas e inquietantes, pero las más yacen ya por el suelo, no poco pintorescas —¿dónde ha habido nunca ruinas más bellas?— y cubiertas de grandes y pequeñas malas hierbas. La Iglesia es esta ciudad asolada: vemos la sociedad religiosa del cristianismo sacudida hasta en sus más profundos cimientos, la fe en Dios ha sido derribada, la fe en el ideal cristiano-ascético está luchando aún en estos momentos su última lucha. Es verdad que una obra edificada tan larga y sólidamente como el cristianismo —¡fue la última obra de romanos!— no podía ser destruida de repente; terremotos de todo tipo han tenido que sacudirla, ayudados por espíritus de todo tipo que la iban horadando, minando, royendo, humedeciendo. Sin embargo, y esto es lo más extraño, los que más se han esforzado por mantener, por conservar el cristianismo, se han convertido precisamente en sus mejores destructores: los alemanes. Parece que los alemanes no entienden la esencia de una Iglesia. ¿No son lo suficientemente espirituales para ello, lo suficientemente desconfiados? La construcción de la Iglesia descansa, en todo caso, sobre una libertad y un talante liberal *meridionales*, e igualmente sobre una sospecha meridional contra la naturaleza, el hombre y el espíritu: descansa sobre un conocimiento del hombre, sobre una experiencia del hombre enteramente distintos de los que ha tenido el Norte. La Reforma luterana fue en toda su extensión la indignación de la simplicidad contra algo «múltiple», para decirlo cautelosamente, un tosco y cándido malentendido en el que hay mucho que perdonar: no se comprendía la expresión «Iglesia *triunfante*» y

solo se veía corrupción, se malentendía el escepticismo distinguido, aquel *lujo* del escepticismo y la tolerancia que todo poder triunfante y seguro de sí mismo se permite… Hoy se pasa no poco por alto cómo en todas las cuestiones cardinales del poder la predisposición natural de Lutero era fatídicamente de cortos vuelos, superficial, descuidada, sobre todo en su calidad de hombre del pueblo, al que le faltaba toda herencia de una casta dominante, todo instinto para el poder: de modo que sin que él lo quisiese ni lo supiese su obra, su voluntad de restablecer aquella obra de romanos, no fue al cabo más que el comienzo de una obra de destrucción. Él destejió, él desgarró, con una rabia sincera, allí donde la vieja araña había tejido con más cuidado y durante más largo tiempo. Puso los libros sagrados al alcance de cualquiera: de esa forma acabaron cayendo en manos de los filólogos, es decir, de los aniquiladores de toda fe que descanse en libros. Destruyó el concepto de «Iglesia» al rechazar la fe en la inspiración de los concilios: pues solo desde el presupuesto de que el espíritu inspirador que ha fundado la Iglesia aún vive y edifica en ella, y en ella continúa edificando su casa, conserva su fuerza el concepto de «Iglesia». Devolvió al sacerdote la relación sexual con la mujer: pero tres cuartas partes de la veneración de que es capaz el pueblo, sobre todo la mujer del pueblo, descansan en la fe en que un hombre excepcional en este punto será una excepción también en otros puntos: justo aquí tiene la fe popular en algo sobrehumano del hombre, en el milagro, en el dios redentor que hay en el hombre, su más sutil y capcioso abogado. Después de darle la mujer, Lutero tuvo que *quitar* al sacerdote la confesión auricular, lo cual era psicológicamente correcto, pero con ello quedaba abolido en el fondo el sacerdote cristiano mismo, cuya más profunda utilidad ha sido siempre ser un oído sagrado, un pozo que guarda silencio sobre todo lo que en él se arroje, una tumba para los secretos. «Cada uno su propio sacerdote»: tras esas fórmulas y su cazurrería aldeana se escondía en Lutero el abismal odio contra el «hombre superior» y el dominio del «hombre superior» tal y como la Iglesia había concebido a este último: destrozó un ideal que él no sabía alcanzar, mientras parecía combatir y despreciar la degeneración de ese ideal. Él, el monje imposible, se sacudió realmente el *dominio* de los

homines religiosi; así pues, hizo dentro del orden social eclesiástico exactamente lo mismo que combatió tan intolerantemente en el orden civil: un «levantamiento campesino». Contemplemos cuanto de bueno y de malo ha ido creciendo posteriormente a partir de su Reforma y hoy puede ser objeto de un balance aproximado: ¿quién tendría la ingenuidad suficiente para elogiar o censurar a Lutero por esas consecuencias, así de sencillamente? Es inocente de todo, no sabía lo que hacía. El aplanamiento del espíritu europeo, especialmente en el Norte, su *abondadosamiento*[60], si se prefiere oírlo designado con una palabra moral, dio con la Reforma luterana un buen paso hacia delante, no cabe duda; e igualmente creció por causa suya la movilidad e intranquilidad del espíritu, su sed de independencia, su fe en un derecho a la libertad, su «naturalidad». Si en este último aspecto se le quiere reconocer el valor de haber preparado y favorecido lo que hoy veneramos como «ciencia moderna», hay que añadir, con todo, que también tiene parte de culpa en la degeneración del erudito moderno, en su falta de veneración, vergüenza y profundidad, en toda su ingenua simpleza y candidez en las cosas del conocimiento, en aquel *plebeyismo del espíritu*, en suma, que es peculiar de los dos últimos siglos y del que tampoco el pesimismo que ha habido hasta ahora nos ha redimido en modo alguno: también las «ideas modernas» siguen formando parte de ese levantamiento campesino del Norte contra el espíritu más frío, más ambiguo, más desconfiado del Sur, contra un espíritu que en la Iglesia cristiana se ha erigido su mayor monumento. En último término, no olvidemos qué es una Iglesia, concretamente en contraposición con todo «Estado»: una Iglesia es sobre todo una estructura de dominio que asegura a los hombres *más espirituales* el más alto rango y *cree* en el poder de la espiritualidad hasta el punto de prohibirse todos los medios violentos y groseros: ya por ese solo motivo es la Iglesia, en todo caso, una institución *más distinguida* que el Estado.

La venganza contra el espíritu y otros trasfondos de la moral

La moral, ¿dónde creéis que tiene sus abogados más peligrosos y maliciosos?… Ese hombre de ahí ha salido mal y no posee el espíritu suficiente para poder alegrarse de ello, pero sí la cultura suficiente, no más, para saberlo; se aburre, está hastiado, es un autodespreciador; por desgracia, a causa de algún patrimonio heredado, está privado incluso del último consuelo: las «bendiciones del trabajo», el olvidarse de sí en las «tareas cotidianas»; en el fondo, se avergüenza de su existencia —quizá albergue además un par de pequeños vicios— y por otra parte no puede evitar, mediante libros a los que no tiene derecho, o una compañía más espiritual de lo que puede digerir, mimarse e ir haciéndose vanidoso-susceptible, con resultados cada vez peores: alguien así, completamente envenenado —pues el espíritu se vuelve veneno, la cultura se vuelve veneno, las posesiones se vuelven veneno, la soledad se vuelve veneno en los que, como él, han salido mal— acaba cayendo en un estado habitual de venganza, de voluntad de venganza… ¿*qué* creéis que necesita, que necesita incondicionadamente, para conseguir en sí mismo la apariencia de la superioridad sobre personas más espirituales, el placer de la *venganza realizada*, al menos en su imaginación? Siempre la *moralidad*, podéis apostar a que sí, siempre las grandes palabras de la moral, siempre el blablablá de la justicia, de la sabiduría, de la santidad, de la virtud, siempre el estoicismo del gesto (¡qué bien esconde el estoicismo lo que uno *no* tiene…!), siempre la capa del prudente callar, de la afabilidad, de la suavidad, o cualquier otra de las capas de idealista bajo las que andan por ahí los autodespreciadores incurables, también los vanidosos incurables. Que no se me entienda mal: de esos *enemigos del espíritu* natos surge a veces aquel excepcional ejemplar de ser humano que el pueblo venera bajo el nombre de santo, de sabio; de esos hombres proceden aquellos monstruos de la moral que hacen ruido, que hacen historia: San Agustín se cuenta entre ellos. El miedo al espíritu, la venganza contra el espíritu, ¡oh, con qué frecuencia esos vicios, dotados de tanta fuerza impulsora, han llegado a ser ya la raíz de virtudes, es más, *han llegado a ser virtudes*! Y, preguntado ente nosotros, incluso

aquella pretensión de poseer la *sabiduría* que los filósofos han elevado aquí y allí alguna vez en este mundo, la más loca e inmodesta de todas las pretensiones, ¿no ha sido siempre hasta ahora, en la India igual que en Grecia, *sobre todo un escondrijo*? En ocasiones, quizá se haya elevado esa pretensión desde el punto de vista de la educación, que tantas mentiras justifica, a fin de proteger delicadamente a los que están haciéndose y creciendo, a los discípulos, los cuales, frecuentemente, tienen que ser defendidos contra ellos mismos mediante la fe en la persona (mediante un error)… Pero en los casos más frecuentes se trataba de un escondrijo del filósofo para salvarse del cansancio, de la vejez, de volverse frío, de endurecerse, como sensación del cercano fin, como prudencia de aquel instinto que los animales tienen antes de la muerte: se hacen a un lado, se vuelven silenciosos, eligen la soledad, se esconden en cuevas, se vuelven *sabios*… ¿Cómo? ¿La sabiduría un escondrijo del filósofo para esconderse… del espíritu?

360

Dos tipos de causa que confundimos

Este me parece uno de mis pasos y progresos más esenciales: he aprendido a distinguir la causa del actuar de la causa del actuar precisamente de esta o de aquella manera concreta, del actuar en esta dirección, en pos de esta meta. El primer tipo de causa es un *cuantum* de fuerza acumulada que está esperando a ser consumido de algún modo, con alguna finalidad; el segundo tipo, en cambio, comparado con esa fuerza es enteramente insignificante, un pequeño azar la mayor parte de las veces, conforme al cual ese *cuantum* «se dispara» ahora de un modo muy concreto: la cerilla en comparación con el barril de pólvora. Entre estos pequeños azares y cerillas cuento todos los así denominados «fines», y lo mismo las todavía mucho más «así denominadas» «profesiones para toda la vida»: son relativamente caprichosas, arbitrarias, casi indiferentes en

comparación con el enorme *cuantum* de fuerza que tiene urgencia, como hemos dicho, de ser consumido de algún modo. Comúnmente vemos las cosas de otra manera: estamos acostumbrados, en virtud de un viejísimo error, a ver en la meta (fines, profesiones, etc.) la fuerza *impulsora*, mientras que en realidad ella es solo la fuerza *dirigente*, y hemos confundido el timonel con el vapor. Y ni siquiera es siempre el timonel, la fuerza dirigente… ¿No sucede con harta frecuencia que la «meta», el «fin», es solamente una excusa cohonestante, un posterior cegarse a sí misma de la vanidad, que se niega a reconocer que el barco va *siguiendo* la corriente en la que casualmente ha caído, que «quiere» ir hacia allí *porque*… *tiene* que ir hacia allí, que hay, sí, una dirección, pero no, absolutamente no, un timonel? Seguimos necesitando una crítica del concepto de «fin».

361

Del problema del actor

El problema del actor es el que durante más largo tiempo me ha intranquilizado; no estaba seguro (y en ocasiones sigo sin estarlo) de si no será precisamente desde ahí desde donde debamos abordar el peligroso concepto de «artista»: un concepto que hasta ahora ha sido tratado con imperdonable bondad. La falsedad con buena conciencia; el placer en el disimulo irrumpiendo como poder, empujando a un lado el denominado «carácter», anegándolo, en ocasiones extinguiéndolo; el anhelo interior de introducirse en un papel y en una máscara, en una *apariencia*; una sobreabundancia de capacidades de adaptación de todo tipo que ya no saben satisfacerse sirviendo a la más próxima y estrecha utilidad: todo esto, ¿no es quizá *solamente* el actor en sí?… Donde con más facilidad se habrá formado un instinto como ese es en las familias del pueblo bajo que tenían que salir adelante en la vida bajo una cambiante presión y coacción y en profunda dependencia, que tenían que amoldarse a todo con suma flexibilidad y adaptarse una y otra vez a nuevas circunstancias, que tenían

que dárselas de una cosa distinta cada vez y hacerse pasar por ella, capacitadas paulatinamente a colocarse siempre al sol que más calienta, *fuese cual fuese* ese sol, y de ese modo, perdiendo prácticamente toda dignidad, como maestros de aquel arte —han llegado a hacerlo carne de su carne y sangre de su sangre— del eterno jugar al escondite que en el caso de los animales se denomina *mimicry*[61], hasta que al final todo este patrimonio acumulado de generación en generación se vuelve despótico, irracional, irrefrenable, como instinto aprende a dar órdenes a otros instintos y engendra el actor, el «artista» (el cómico, el contador de mentiras, el gracioso, el bufón, el clown primero, también el criado clásico, el Gil Blas: pues en tales tipos tenemos la prehistoria del artista y con harta frecuencia incluso del «genio»). También en condiciones sociales más elevadas crece bajo una presión semejante un tipo de persona semejante: solo que entonces la mayor parte de las veces el instinto de actor es mantenido a raya, aunque solo sea a duras penas, por otro instinto diferente, según sucede, por ejemplo, en el caso del «diplomático»: me siento inclinado a creer, por lo demás, que estaría en mano de un buen diplomático de cualquier época ser también un buen actor escénico, suponiendo que «estuviese en su mano». Y en lo que respecta a los *judíos*, aquel pueblo del arte de adaptarse *par excellence*, querríamos ver en ellos de antemano —siguiendo esta argumentación— por así decir, una institución, de gran relevancia para la historia universal, destinada a la cría de actores, una auténtica camada de actores; y en verdad resulta no poco oportuna esta pregunta: ¿qué buen actor *no* es hoy… judío? ¿Judío? Como literato nato, como dominador efectivo de la prensa europea, el judío ejerce su poder también con base en su capacidad de actor: pues el literato es esencialmente actor, a saber, representa el papel de «experto», de «especialista». Finalmente, las *mujeres*: reflexionemos sobre la historia entera de las mujeres, ¿no *tienen que* ser, antes que cualquier otra cosa y por encima de todo, actrices? Oigamos a los médicos que han hipnotizado a señoritas; al final las aman: ¡se dejan «hipnotizar» por ellas! ¿Qué sale a la luz siempre de ahí? Que «se las dan» de algo, incluso cuando se dan… La mujer es tan buena artista…

362

Nuestra fe en una masculinización de Europa

Es a Napoleón (y no, absolutamente de ningún modo, a la Revolución francesa, que iba en pos de la «fraternidad» entre los pueblos y del general y florido intercambio de los corazones) a quien hay que agradecerle que ahora puedan seguir uno a otro un par de siglos guerreros sin igual en la historia, que hayamos entrado, en suma, en la *era clásica de la guerra*, de la guerra a la mayor escala (de medios, de talentos, de disciplina), de la guerra erudita y al mismo tiempo popular, a la que todos los milenios venideros mirarán retrospectivamente con envidia y veneración, por cuanto verán en ella un ejemplo de perfección: pues el movimiento nacional del que crece esta gloria guerrera es solo la reacción a Napoleón, y sin Napoleón no existiría. A él será lícito atribuirle algún día que el *varón* haya vuelto a ser señor en Europa sobre el comerciante y filisteo; quizá incluso sobre «la mujer», que ha sido malcriada por el cristianismo y por el espíritu alucinado del siglo XVIII, y todavía más por las «ideas modernas». Napoleón, que en las ideas modernas y ya sencillamente en la civilización veía algo así como enemigos personales, ha demostrado ser con esta enemistad uno de los mayores continuadores del Renacimiento: ha vuelto a suscitar una parte entera del modo de ser de la Antigüedad, la decisiva quizá, la parte de granito. Y quién sabe si esta parte del modo de ser antiguo no volverá a enseñorearse del movimiento nacional y tendrá que declararse en sentido *afirmativo* heredera y continuadora de Napoleón, quien —como es bien sabido— quería a Europa unida, y unida como *señora de la Tierra*.

363

Cómo cada sexo tiene su prejuicio sobre el amor

A pesar de todas las concesiones que estoy dispuesto a hacerle al prejuicio monogámico, nunca permitiré que se hable de la *igualdad* de derechos del hombre y la mujer en el amor: esa igualdad no existe. Ello se debe a que el hombre y la mujer entienden por amor cada uno una cosa distinta, y se cuenta entre las condiciones del amor en ambos sexos que el uno *no* presuponga en el otro el mismo sentimiento, el mismo concepto de «amor». Lo que la mujer entiende por amor está bien claro: entrega perfecta (no solo abnegada dedicación) de cuerpo y alma, sin miramiento alguno, sin reserva alguna, con pudor y horror más bien ante la idea de una entrega sometida a cláusulas y condiciones. Por esta ausencia de condiciones su amor es una *fe*: la mujer no tiene otra. Cuando ama a una mujer, el hombre *quiere* de ella precisamente ese amor, por lo que cabe decir que el hombre, en lo que a él respecta, está máximamente alejado del presupuesto del amor femenino; y si hay hombres a los que no les sea ajeno el anhelo de abnegación perfecta, es que no son hombres. Un hombre que ama como una mujer se convierte en un esclavo, mientras que una mujer que ama como una mujer se convierte en una mujer *más perfecta*… La pasión de la mujer, en su incondicionada renuncia a los propios derechos, tiene precisamente como presupuesto que en el otro lado *no* exista un *pathos* igual, un igual querer renunciar: pues si por amor ambos renunciasen a sí mismos no sé qué resultaría de ello, ¿quizá un espacio vacío? La mujer quiere ser tomada, aceptada como posesión, quiere disolverse en el concepto de «posesión», de «poseída», y por consiguiente quiere a alguien que *tome*, que no se dé ni se entregue, a alguien a quien, a la inversa, más bien haya que hacer más rico en «sí»: mediante el incremento de fuerza, de felicidad, de fe que la mujer le proporciona al darse a él. La mujer se entrega, el hombre acepta: creo que esta contraposición natural no se superará mediante contrato social alguno, tampoco mediante la mejor de las voluntades de justicia, por deseable que sea no poner constantemente a nuestra propia vista lo duro, horrible, enigmático e inmoral de este antagonismo. Pues el amor de una pieza, grande, pensado hasta el final, es naturaleza, y en tanto que naturaleza será eternamente algo «inmoral». Por consiguiente, la *fidelidad* está incluida en el amor de la mujer, se sigue de su definición; en el hombre *puede* surgir

fácilmente como secuela de su amor, por ejemplo como agradecimiento o como idiosincrasia del gusto o como la denominada afinidad electiva, pero no forma parte de la *esencia* de su amor, y tan poca parte de él forma que, en el caso del hombre, casi tendríamos derecho a decir que existe una contraposición natural entre amor y fidelidad: ese amor es precisamente un querer tener, *no* un renunciar y entregar, y el querer tener se acaba siempre con el *tener*… Realmente es la sutil y recelosa sed de posesión del hombre, quien se confiesa este «tener» rara vez y tarde, la que hace que persista su amor; por ello, es posible incluso que su amor siga creciendo después de la entrega: no admite fácilmente que una mujer ya no tenga nada más que «entregar» por él.

364

Habla el eremita

El arte de tratar con los hombres descansa esencialmente en la habilidad (que presupone un largo ejercicio) de aceptar, de ingerir una comida en cuya cocina no tenemos confianza alguna. Cuando llegamos a la mesa con un hambre canina, todo discurre con facilidad («la peor compañía te hace *sentir*», como dice Mefistófeles); ¡pero no la tenemos, esta hambre canina, cuando más la necesitamos! ¡Ah, qué difíciles de digerir son nuestros semejantes! Primer principio: igual que ante una desgracia, echar mano de toda nuestra valentía, intervenir con decisión, admirarnos a nosotros mismos al hacerlo, hincarle el diente a nuestra repulsión, tragarnos nuestra repugnancia. Segundo principio: hacer «mejorar» al prójimo, por ejemplo mediante un elogio, de modo que empiece a exudar sobre él mismo su felicidad; o coger una punta de sus características buenas o «interesantes» y tirar de ella hasta extraer toda la virtud y que se pueda meter al prójimo entre sus pliegues. Tercer principio: autohipnotización. Fijar la vista en el objeto de nuestro trato como en un botón de cristal hasta que dejemos de sentir placer o displacer e inadvertidamente nos quedemos dormidos, nos

pongamos tiesos, adoptemos una actitud impasible: un remedio casero tomado del matrimonio y de la amistad, abundantemente puesto a prueba, loado como imprescindible, pero aún no formulado científicamente. Su nombre popular: paciencia.

365

El eremita habla otra vez

También nosotros tratamos con los «hombres», también nosotros nos ponemos modestamente el traje en el que (*en calidad del cual*) se nos conoce, se nos respeta, se nos busca, y con él nos introducimos en sociedad, es decir, nos rodeamos de disfrazados que no quieren llamarse así; también nosotros hacemos como todas las máscaras prudentes y de un modo cortés ponemos de patitas en la calle toda curiosidad que no concierna a nuestro «traje». Pero también hay otras maneras y destrezas para «saber tratar» con las personas: por ejemplo, el espectro, cosa muy aconsejable cuando queremos librarnos de ellas pronto y darles miedo. Hagamos la prueba: se echa mano a nosotros pero no se logra agarrarnos. Esto asusta. O bien: pasamos a través de una puerta cerrada. O bien: cuando todas las luces están apagadas. O bien: después de muertos. Esta última es la destreza de los hombres *póstumos par excellence*. («¿Qué os habéis creído?», dijo uno de ellos en cierta ocasión con impaciencia, «¿tendríamos ganas de aguantar esta tierra extraña, este frío, este silencio sepulcral que nos rodea, toda esta soledad subterránea, escondida, muda, no descubierta, que llamamos vida y que igual de bien podríamos llamar muerte, si no supiésemos qué *será* de nosotros, y que solo tras la muerte llegaremos a *nuestra* vida y llegaremos a estar vivos?, ¡ay!, ¡muy vivos!, ¡nosotros, los hombres póstumos!»).

366

A la vista de un libro erudito

No somos de esos que solo llegan a tener ideas entre libros, por impulso de libros: estamos acostumbrados a pensar al aire libre, andando, saltando, subiendo, bailando, y donde más nos gusta hacerlo es en montañas solitarias o justo al lado del mar, allí donde incluso los caminos se hacen reflexivos. Nuestras primeras preguntas sobre el valor de un libro, una persona o una música rezan así: «¿sabe andar?, o, mejor aún, ¿sabe bailar?»… Leemos rara vez, pero no por ello leemos peor, ¡oh, qué deprisa adivinamos cómo ha llegado uno a sus ideas!: ¡si lo ha hecho sentado, delante del tintero, con el vientre comprimido y la cabeza inclinada sobre el papel!, ¡qué deprisa dejamos de leer su libro! Las entrañas atenazadas se delatan, se puede apostar a que sí, igual que se delata el aire de cuarto cerrado, el techo de cuarto cerrado, la estrechez de cuarto cerrado. Estas eran mis sensaciones cuando cerraba un libro honrado y erudito: quedaba agradecido, muy agradecido, pero también aliviado… En el libro de un erudito casi siempre hay también algo presionante, presionado: siempre acaba asomando el «especialista», su celo, su seriedad, su rabia, su sobrestimación del rincón en el que está sentado y teje su tela, su joroba (pues todo especialista tiene su joroba). Un libro de erudito siempre refleja también un alma encorvada: todo oficio encorva. Volvamos a ver a nuestros amigos, con los que fuimos jóvenes, después de que hayan tomado posesión de su ciencia: ¡ay, cómo siempre ha sucedido lo contrario!, ¡ay, cómo han sido ellos ocupados y poseídos por su ciencia para siempre! Incrustados en su rincón, arrugados hasta que ya no es posible reconocerlos, sin libertad, privados de su equilibrio, enflaquecidos y angulosos por todas partes, solo en un punto perfectamente redondos: nos sentimos conmovidos y guardamos silencio cuando los reencontramos así. Todo oficio, aun en el caso de que tenga un suelo de oro, tiene por encima de sí también un techo de plomo que oprime y oprime el alma hasta que la convierte en un alma rara y la deja oprimida y encorvada. Esto es sencillamente así. Y no se crea que es posible evitar esa desfiguración mediante algún arte de la educación. Todo tipo de *maestría* cuesta caro en este mundo, en el que quizá todo cueste demasiado caro; se

es un especialista al precio de ser también la víctima de la propia especialidad. Pero vosotros queréis que las cosas sean de otro modo —más «baratas», sobre todo más cómodas—, ¿no es verdad, señores míos contemporáneos? ¡Muy bien! Pero entonces también obtendréis inmediatamente algo distinto, a saber, en vez del artesano y maestro el literato, el literato hábil y «lleno de recursos», al que ciertamente le falta la joroba, salvo la que se le forma cuando os hace reverencias como dependiente de la tienda del espíritu y «portador» de la cultura; el literato, que a decir verdad no *es* nada pero lo «representa» casi todo, que juega al experto y lo «representa», que con toda modestia asume la tarea de *hacer* que se le pague, honre y celebre a él en lugar de al primero. ¡No, mis eruditos amigos! ¡Os bendigo también por vuestra joroba! ¡Y por el hecho de que, igual que yo, despreciáis a los literatos y a los parásitos de la cultura! ¡Y porque no sabéis comerciar con el espíritu! ¡Y porque no tenéis más opiniones que las que no se pueden expresar en dinero! ¡Y porque no representáis nada que vosotros no *seáis*! ¡Porque vuestra única voluntad es llegar a ser maestros de vuestro oficio, porque veneráis todo tipo de maestría y eficiencia y porque rechazáis sin ningún escrúpulo todo lo aparente, semiauténtico, acicalado, propio de un virtuoso, de un demagogo o de un actor *in litteris et artibus*: todo lo que no puede acreditar a vuestros ojos una incondicionada *probidad* de la disciplina y la preparación mediante el estudio! (Ni siquiera el genio ayuda a superar una deficiencia como esa, por mucho que sepa engañar para que no se perciba: esto se comprende cuando se ha mirado de cerca a nuestros más dotados pintores y músicos: mediante una astuta inventiva para los modales, para los remedios de urgencia, incluso para los principios, todos ellos, casi sin excepción, saben apropiarse artificialmente y a posteriori de la *apariencia* de aquella probidad, de aquella solidez del estudio y la cultura, bien es verdad que sin engañarse con ello a sí mismos, sin acallar permanentemente con ello su propia mala conciencia. Pues —¿verdad que lo sabéis?— todos los grandes artistas modernos sufren de mala conciencia…).

367

Lo primero que hay que distinguir en las obras de arte

Todo lo que se piensa, escribe, pinta y compone, incluso todo lo que se edifica y forma, pertenece o bien al arte monológico o bien al arte ante testigos. Dentro de este último hay que contar también aquel aparente arte del monólogo del que forma parte la fe en Dios, la lírica entera de la oración: pues para un devoto no existe la soledad; este invento lo hemos hecho nosotros, los sin Dios. No conozco una diferencia global de la óptica de un artista más profunda que esta: que mire a la obra de arte que está haciendo (que se mire a «sí mismo») con ojos de testigo, o bien que «se haya olvidado del mundo»: esto último es lo esencial de todo arte monológico, el cual descansa *en el olvido*, es la música del olvido.

368

Habla el cínico

Mis objeciones contra la música de Wagner son objeciones fisiológicas: ¿para qué disfrazarlas bajo fórmulas estéticas? Mi «hecho» es que cuando esta música ha actuado sobre mí ya no respiro con facilidad; que enseguida mi *pie* se enfada con ella y se rebela: mi pie necesita ritmo, danza, marcha, exige de la música antes que nada los arrobamientos que hay en el *buen* andar, marchar, saltar, bailar. ¿No protesta también mi estómago?, ¿mi corazón?, ¿mi riego sanguíneo?, ¿mis entrañas? ¿No me pongo ronco sin darme cuenta al oírla? Y, así, me pregunto: ¿qué es lo que *quiere* realmente de la música todo mi cuerpo? Creo que su *alivio*: como si todas las funciones animales debiesen ser aceleradas mediante ritmos ligeros, atrevidos, desinhibidos, seguros de sí; como si se debiese dorar la vida de bronce y de plomo mediante buenas y tiernas armonías de oro. Mi

melancolía quiere descansar en los escondrijos y abismos de la *perfección*: para eso necesito la música. ¡Qué me importa el drama! ¡Qué, los calambres de sus éxtasis morales, en los que el «pueblo» encuentra su satisfacción! ¡Qué, todo el abracadabra de gestos del actor!… Ya se adivina que tengo una forma de ser esencialmente antiteatral, mientras que Wagner era, a la inversa, esencialmente un hombre de teatro y un actor, ¡el más entusiasmado mimómano que haya habido, también como músico!… Y, dicho sea de paso: si la teoría de Wagner era que «el drama es el fin, y la música no es nunca otra cosa que su medio», su *praxis* era en cambio, desde el principio hasta el final, que «la pose es el fin, y el drama, también la música, no es nunca otra cosa que el medio *de la pose*». La música como medio para aclarar, reforzar, interiorizar el gesto dramático y la evidencia con que se hace perceptible a los sentidos el actor, ¡y el drama wagneriano solamente una ocasión para muchas poses dramáticas! Junto a todos los demás instintos, él tenía los instintos de mando de un gran actor, en todas y cada una de las cosas: y, como dijimos, también en su calidad de músico. Esto se lo dije claramente en cierta ocasión a un honrado wagneriano, con algún esfuerzo; y tuve razones para añadir además: «Sea usted un poco más sincero consigo mismo: ¡no estamos en el teatro! En el teatro se es sincero solamente como masa; como individuo se miente, se miente uno a sí mismo. Uno se deja a sí mismo en casa cuando va al teatro, renuncia al derecho a su propia lengua y a elegir por sí mismo, renuncia a su gusto, incluso a la valentía que se tiene y se ejerce hacia Dios y hacia los hombres entre las propias cuatro paredes. Al teatro nadie lleva consigo los más sutiles sentidos de su arte, tampoco el artista que trabaja para el teatro: en él se es pueblo, público, rebaño, mujer, fariseo, ganado con derecho a voto, demócrata, prójimo, congénere, en él hasta la más personal conciencia está sometida a la magia niveladora “del mayor número”, en él la estupidez actúa como lascivia y contagio, en él gobierna el “vecino”, en él *se convierte* uno en vecino…». (Me olvidaba de contar qué replicó mi wagneriano ilustrado a las objeciones fisiológicas: «Así pues, ¿lo único que sucede es que usted no está lo suficientemente sano para nuestra música?»).

369

Nuestro paralelismo

¿No tenemos que confesarnos, nosotros los artistas, que en nosotros hay una inquietante diferencia, que nuestro gusto y, por otro lado, nuestra fuerza creativa son independientes entre sí de forma extraña, que permanecen siéndolo y que tienen un crecimiento independiente, quiero decir, que son viejos, jóvenes, maduros, lánguidos y perezosos en grados y *tempi*[62] enteramente diferentes? De modo que, por ejemplo, un músico podría crear durante toda su vida cosas que *contradicen* lo que su mimado oído de oyente y su corazón de oyente estiman, degustan y prefieren: ¡no necesitaría ni siquiera ser sabedor de esa contradicción! Como muestra una experiencia casi exactamente regular, puede suceder fácilmente que el propio gusto crezca hasta llegar mucho más allá que el gusto de la propia fuerza, incluso sin que por ello la última quedase paralizada o se le impidiese suscitar cosas; pero también puede suceder algo inverso, y precisamente a esto querría dirigir la atención de los artistas. Alguien que sea contantemente creador, una «madre» de hombre, en el gran sentido de la palabra, alguien que ya no sabe ni oye de otra cosa que de embarazos y puerperios de su espíritu, que carece por completo de tiempo para considerarse, compararse a sí mismo y a su obra, que tampoco está ya dispuesto a seguir ejercitando su gusto, y que sencillamente lo olvida, a saber, lo deja estar, yacer o caer: quizá alguien así termine produciendo obras *a cuya altura ya no esté él mismo, ni de lejos, con sus propios juicios*, de modo que sobre ellas y sobre él mismo diga tonterías, las diga y las piense. Esa me parece ser en el caso de los artistas fecundos casi la relación normal —nadie conoce a un hijo peor que sus padres— e incluso, para tomar un ejemplo enorme, del entero mundo griego de poetas y artistas cabe decir que nunca «sabía» lo que hacía…

370

¿Qué es el romanticismo?

Quizá se recuerde, al menos entre mis amigos, que al principio me lancé a este mundo moderno con algunos gruesos errores y sobrestimaciones, y en todo caso con *esperanza*. Entendí —quién sabe con base en qué experiencias personales— el pesimismo filosófico del siglo XIX como si fuese el síntoma de una fuerza del pensamiento más elevada, de una valentía más osada y de una *plenitud* de vida más victoriosa que las del siglo XVIII, la época de Hume, Kant, Condillac y los sensualistas: de modo que el conocimiento trágico me pareció el auténtico *lujo* de nuestra cultura, su tipo de derroche más precioso, distinguido, peligroso, pero con todo, en virtud de su riqueza sobreabundante, su lujo *permitido*. Igualmente, interpreté para mi propio uso la música alemana como expresión de un poderío dionisíaco del alma alemana: en ella creí oír el terremoto con el que una fuerza primigenia acumulada desde los más remotos tiempos termina desencadenándose, indiferente al hecho de que todo lo demás que se denomina cultura empieza a temblar en ese momento. Ya se ve que en aquel entonces malentendí, tanto en el pesimismo filosófico como en la música alemana, lo que constituye su peculiar carácter: su *romanticismo*. ¿Qué es el romanticismo? Es lícito considerar todo arte, toda filosofía, como remedio curativo e instrumento al servicio de la vida, de la vida que crece y lucha: siempre presuponen sufrimiento y personas que sufren. Pero hay dos tipos de personas que sufren, por un lado aquellas a las que hace sufrir la *sobreabundancia de vida* y quieren un arte dionisíaco, e igualmente una visión trágica de la vida y un conocimiento trágico de la misma; por otra parte, las que sufren por *empobrecimiento de la vida* y buscan tranquilidad, sosiego, mar en calma, redención de sí mismos por el arte y el conocimiento, o bien la embriaguez, el espasmo, la narcotización, la locura. A la doble necesidad de las *últimas* responde todo romanticismo en las artes y en los conocimientos, a ellas respondía (y responde) Schopenhauer, igual

que Richard Wagner, para mencionar a los más famosos y expresos de los románticos, en aquel entonces *malentendidos* por mí: *no* en perjuicio suyo, por lo demás, según es lícito concederme con toda justicia. El más rico en plenitud de vida, el dios y hombre dionisíaco, no solo se puede permitir poner la vista en lo terrible y cuestionable, sino incluso el acto terrible y todo lujo de destrucción, descomposición, negación; en él, lo malo, absurdo y feo aparece como permitido, por así decir, a consecuencia de una sobreabundancia de fuerzas engendradoras y fecundantes que está en condiciones de hacer de cualquier desierto una tierra exuberantemente fértil. Y, a la inversa, el que más sufre, el más pobre en vida, sería el que más necesitase la suavidad, lo pacífico, la bondad, tanto en el pensar como en el actuar, y a ser posible necesitaría un dios que propiamente, muy propiamente, fuese un dios para enfermos, un «salvador[63]»; asimismo necesitaría la lógica, la inteligibilidad abstracta de la existencia —pues la lógica tranquiliza, da confianza— y, en suma, una cierta estrechez y encerramiento, cálidos y destinados a defenderse del miedo, en horizontes optimistas. Así es como fui aprendiendo paulatinamente a comprender a Epicuro, que es lo más opuesto a un pesimista dionisíaco, y también al «cristiano», que en realidad solamente es una especie de epicúreo e, igual que él, esencialmente un romántico: y mi mirada se fue haciendo cada vez más perspicaz para la forma más difícil y capciosa de la *inferencia* que lleva a cometer la mayor parte de los errores, la inferencia de la obra al autor, del acto al agente, del ideal a quien *lo necesita*, de cada modo de pensar y valorar a las *necesidades* que están dando órdenes detrás de él. En lo que respecta a todos los valores estéticos me sirvo ahora de esta distinción principal: pregunto, en cada caso particular, «lo que aquí ha llegado a ser creador ¿es el hambre o la sobreabundancia?». De antemano parecería más recomendable practicar otra distinción —es, con mucho, más evidente—, a saber, prestar atención a si la causa del crear es el anhelo de hacer rígido, de eternizar, de *ser*, es, o bien lo es el anhelo de destrucción, de cambio, de lo nuevo, de futuro, de *devenir*. Pero ambos tipos de anhelo se revelan aún, mirando las cosas con más profundidad, como ambiguos, es decir, como interpretables cada uno de ellos conforme a aquel esquema, que se coloca

delante y que con razón, según me parece, se prefiere. El anhelo de *destrucción*, de cambio, de devenir, puede ser expresión de una fuerza llena hasta rebosar, preñada de futuro (mi *terminus* para ello es, como se sabe, la palabra «dionisíaco»), pero también puede ser el odio del malogrado, del indigente, del que ha salido perdiendo y destruye, *tiene que* destruir, porque a él lo existente, es más, todo existir, todo ser incluso, lo indigna e irrita: para entender esta emoción mírese de cerca a nuestros anarquistas. La voluntad de *eternizar* necesita asimismo una doble interpretación. Por un lado, puede proceder del agradecimiento y el amor: un arte que tenga este origen será siempre un arte de apoteosis, ditirámbico quizá con Rubens, bienaventurado-burlón con Hafis, luminoso y bondadoso con Goethe, y extenderá sobre todas las cosas un brillo de luz y de gloria homérico. Pero también puede ser la voluntad tiránica de alguien que padece grandes sufrimientos, que lucha, que es torturado, al que le gustaría poner el sello de ley y coacción obligatoria a lo más personal, individual y estrecho, a la auténtica idiosincrasia de su sufrimiento, y que, por así decir, se venga de todas las cosas imprimiendo, metiendo a la fuerza, grabando a fuego en ellas *su* imagen, la imagen de *su* tortura. Esto último es el *pesimismo romántico* en su forma más expresiva, ya sea como filosofía *schopenhaueriana* de la voluntad, ya sea como música wagneriana: el pesimismo romántico, el último *gran* acontecimiento en el destino de nuestra cultura. (Que todavía *puede* haber un pesimismo enteramente distinto, un pesimismo clásico: esta premonición y visión me pertenece, como indisociable de mí, como mi *proprium* e *ipsissimum*[64], solo que mi oído rechaza la palabra «clásico», la cual está ahora demasiado gastada, se ha vuelto demasiado redondeada e irreconocible. Denomino a aquel pesimismo del futuro —¡pues viene!, ¡lo veo venir!— pesimismo *dionisíaco*).

371

Nosotros los incomprensibles

¿Nos hemos quejado alguna vez de ser malentendidos, mal comprendidos, confundidos, calumniados, mal oídos y desoídos? Precisamente eso es lo que nos ha tocado en suerte —¡oh, y por mucho tiempo aún!, digamos, para ser modestos, que hasta 1901—, y es también nuestro galardón; no nos tributaríamos a nosotros mismos los honores suficientes si deseásemos que las cosas fuesen de otro modo. Si se nos confunde con otros es porque crecemos, porque estamos creciendo continuamente, porque nos desprendemos de viejas cortezas, porque cambiamos de piel cada primavera, porque nos hacemos cada vez más jóvenes, más futuros, más altos, más fuertes, porque hundimos nuestras raíces cada vez con más fuerza hacia la profundidad —hacia el mal—, mientras que al mismo tiempo abrazamos el cielo cada vez con más amor, cada vez abriéndonos más, cada vez absorbiendo su luz por todas nuestras ramas y hojas con más sed. Crecemos, como los árboles —esto es difícil de entender, ¡igual que toda vida!—, no en un solo punto, sino por todas partes, no en una sola dirección, sino lo mismo hacia arriba y hacia fuera que hacia dentro y hacia abajo: nuestra fuerza empuja al mismo tiempo en el tronco, en las ramas y en las raíces, y ya no nos está permitido, en modo alguno, hacer algo individual, *ser* algo individual… Eso es lo que nos ha tocado en suerte, como ya dijimos: crecemos hacia la *altura*; y suponiendo que ese sea incluso nuestro destino —¡pues vivimos cada vez más cerca de los relámpagos!—, ea, no por eso le vamos a tributar menos honores, sino que sigue siendo lo que no queremos compartir ni comunicar, el destino de la altura, *nuestro* destino…

372

Por qué no somos idealistas

Antes, los filósofos tenían miedo a los sentidos: ¿no habremos echado en olvido ese miedo excesivamente? Hoy, todos nosotros, los actuales y futuros, somos sensualistas en filosofía, *no* en teoría, pero sí en la praxis, en

la práctica… Ellos, por el contrario, pensaban que los sentidos los seducían para apartarlos de *su* mundo, del frío reino de las «ideas», hacia una peligrosa isla más meridional en la que sus virtudes de filósofo se derretirían como la nieve cuando le da el sol. «Cera en los oídos» era entonces casi la condición del filosofar; un auténtico filósofo ya no oía la vida en la medida en que es música, *negaba* la música de la vida: es una vieja superstición de filósofo que toda música es música de sirenas. Pues bien, hoy puede que estemos inclinados a juzgar precisamente a la inversa (lo que de suyo podría ser igual de equivocado), a saber, que las *ideas*, con toda su fría apariencia anémica, y ni siquiera a pesar de esa apariencia, son seductoras peores que los sentidos: han vivido siempre de la «sangre» del filósofo, han dejado consumidos siempre los sentidos de este último e incluso, si se nos quiere prestar crédito, su «corazón». Estos viejos filósofos no tenían corazón: filosofar era siempre una especie de vampirismo. ¿No sentís en esas figuras, como todavía la de Spinoza, algo profundamente enigmático e inquietante? ¿No veis el espectáculo que aquí se desarrolla, el constante *ir poniéndose más pálido*, la des-sensualización interpretada cada vez más idealmente? ¿No entrevéis en el trasfondo alguna chupadora de sangre que durante largo tiempo ha estado escondida, que empieza por los sentidos y que al final conserva, deja, los huesos y el ruido de latas? Me refiero a categorías, fórmulas, *palabras* (pues, perdóneseme, lo que *quedó* de Spinoza, *amor intellectualis dei*, es ruido de latas, ¡nada más!, ¿qué es *amor*, qué *deus*, si les falta hasta la última gota de sangre?…). *In summa*: todo el idealismo filosófico ha sido hasta ahora algo así como una enfermedad, a no ser que, como en el caso de Platón, fuese el cuidado de una sobreabundante y peligrosa salud, el miedo a sentidos *excesivamente poderosos*, la prudencia de un prudente socrático. ¿Quizá lo único que sucede es que nosotros los modernos no estamos lo suficientemente sanos para *necesitar* el idealismo de Platón? Y no tememos a los sentidos porque, porque…

«Ciencia» como prejuicio

Se sigue de las leyes de la jerarquía que a los eruditos, dado que pertenecen a la clase media intelectual, no les es lícito en modo alguno llegar a tener a la vista los auténticos *grandes* problemas e interrogantes, y además ni su ánimo ni su mirada llegan a tanto; sucede sobre todo que las necesidades que los hacen convertirse en investigadores, su interno anticipar y desear que las cosas sean *de esta manera y de aquella otra*, su temer y su esperar llegan ya demasiado pronto al aquietamiento, a la satisfacción. Por ejemplo, lo que a Herbert Spencer, ese inglés exageradamente minucioso, lo lleva a delirar a su manera y a trazar una raya de esperanza, una línea de horizonte de la deseabilidad, a saber, aquella final reconciliación de «egoísmo y altruismo» de la que él fabula, a quien sea como nosotros le produce casi repugnancia: ¡un género humano con tales perspectivas *spencerianas* como perspectivas últimas nos parecería digno de desprecio, de aniquilación! Pero ya el hecho de *que* tenga que ser sentido por él como suprema esperanza algo que otros consideran, y les es lícito considerar, meramente como una repelente posibilidad, es un signo de interrogación que Spencer no habría podido prever… Lo mismo sucede con aquella fe con la que ahora se dan por contentos tantos investigadores de la naturaleza materialistas, la fe en un mundo que debe tener su equivalente y medida en el pensamiento humano, en los conceptos de valor humanos, la fe en un «mundo de la verdad» al que se pudiese poner bajo control de modo definitivamente válido con ayuda de nuestra rectangular y pequeña razón humana: ¿cómo?, ¿queremos realmente dejar que la existencia se degrade de ese modo hasta convertirse en un ejercicio de máquina de calcular y en una ocupación de matemáticos ratones de biblioteca? Sobre todo, no se debe querer despojar a la existencia de su carácter *ambiguo*: ¡así lo exige el *buen* gusto, señores míos, sobre todo el gusto de la veneración por todo lo que excede vuestros horizontes! Que únicamente esté justificada una interpretación del mundo en la que *vosotros* estéis justificados, en la que se pueda investigar y seguir trabajando científicamente en *vuestro* sentido (¿queréis decir realmente en sentido *mecanicista*?), una

interpretación del mundo que permita contar, calcular, pesar, ver y coger, y nada más, es una tosquedad y una ingenuidad, suponiendo que no sea una enfermedad mental, una idiocia. O, a la inversa, ¿no os parece harto probable que sea precisamente lo más superficial y externo de la existencia —lo más aparente de ella, su piel y sensualización— lo primero que se deja captar?, ¿quizá, incluso, lo único que se deja captar? Una interpretación «científica» del mundo, tal y como vosotros la entendéis, podría seguir siendo, en consecuencia, una de las más *estúpidas*, es decir, una de las más pobres en sentido de todas las interpretaciones del mundo posibles: dicho esto al oído y a la conciencia a los señores mecanicistas que hoy en día gustan de correr a introducirse entre los filósofos, y que piensan de todas todas que el mecanicismo es la doctrina de las leyes primeras y últimas sobre las que toda la existencia tiene que estar edificada como sobre su base. ¡Pero un mundo esencialmente mecanicista sería un mundo esencialmente *sin sentido*! Si se estimase el *valor* de una música atendiendo a cuánto de ella puede ser contado, calculado, puesto en fórmulas, ¡qué absurda sería esa estimación «científica» de la música! ¡Qué se habría comprendido, entendido, conocido de ella! ¡Nada, absolutamente nada de lo que en ella es propiamente «música»!…

374

Nuestro nuevo «infinito»

Hasta dónde llega el carácter perspectivístico de la existencia, o, con mayor motivo aún, si tiene algún otro carácter, si una existencia sin interpretación, sin «sentido», no se convertirá precisamente en «sinsentido», si, por otra parte, toda existencia no será esencialmente una existencia *interpretadora*: todo esto, como es justo que suceda, no puede ser determinado ni siquiera mediante el más diligente, minucioso y concienzudo análisis y autoexamen del intelecto, ya que en ese análisis el intelecto humano no puede evitar verse a sí mismo bajo sus formas

perspectivísticas y ver *solo* en ellas. No podemos ver lo que hay a la vuelta de nuestra esquina: es una curiosidad sin esperanza alguna de éxito querer saber qué otros tipos de intelecto y perspectiva *podría* haber: por ejemplo, si algunos seres pueden sentir el tiempo hacia atrás, o alternativamente hacia delante y hacia atrás (con lo que estaría dada una diferente dirección de la vida y un diferente concepto de causa y efecto). Sin embargo, creo que hoy al menos estamos lejos de la ridícula inmodestia de decretar desde nuestra esquina que solo desde esa esquina *es lícito* tener perspectivas. Antes bien, el mundo ha vuelto a tornarse «infinito» para nosotros, ya que no podemos rechazar la posibilidad de que *encierre en sí infinitas interpretaciones*. Una vez más, se apodera de nosotros el gran estremecimiento, pero ¿quién tendría ganas de volver a divinizar inmediatamente, a la vieja manera, *este* monstruo de mundo desconocido? ¿Y quizá de adorar de ahí en adelante *lo* desconocido como «*el* desconocido»? ¡Ay, en eso desconocido están incluidas demasiadas posibilidades de interpretación *indivinas*, demasiadas cosas diabólicas, demasiada estupidez, demasiada insensatez de la interpretación, nuestra propia humana, demasiado humana incluso, a la que conocemos!…

375

Por qué parecemos epicúreos

Tenemos mucho cuidado, nosotros los hombres modernos, con las convicciones últimas; nuestra desconfianza está al acecho contra los encantamientos y los engaños de la conciencia que hay en toda fe fuerte, en todo «sí» y «no» incondicionados: ¿cómo se explica esto? Quizá sea lícito ver ahí, por una buena parte, la precaución del «gato escaldado», del idealista decepcionado, y por otra parte, distinta y mejor, la jubilosa curiosidad de un antiguo mozo de esquina al que su esquina ha llevado a la desesperación y que a partir de ese momento se regodea y se extasía en lo contrario de la esquina, en lo ilimitado, en lo «libre en sí». Con ello va

formándose una tendencia cognoscitiva casi epicúrea que no desea que se pierda así como así el carácter de signo de interrogación de las cosas; asimismo, una repugnancia contra las palabras y gestos grandilocuentes de la moral, un gusto que rechaza todas las contraposiciones bastas y rebolludas y que es consciente, con orgullo, de lo ejercitado que está en albergar reservas. Pues de *esto* es de lo que estamos orgullosos, de este ligero tirar de las riendas a nuestro impulso hacia la certeza que se abalanza hacia delante, de este autodominio del jinete en sus más salvajes cabalgadas: y es que, hoy como antaño, tenemos bajo nosotros animales desbocados y fogosos, y cuando titubeamos es harto improbable que sea el peligro lo que nos hace titubear…

376

Nuestros tiempos lentos

Así es como sienten todos los artistas y todas las personas de las «obras», el tipo maternal de persona: en cada fase de su vida —cada una de ellas viene marcada por una obra— creen siempre haber llegado ya a la meta y aceptarían la muerte pacientemente, con la sensación: «estamos maduros para ella». No es expresión de cansancio, antes bien lo es de un cierto sol y de una cierta suavidad otoñales que la obra misma, el haber llegado a madurar de una obra, deja siempre en su autor. Ahí se ralentiza el *tempo* de la vida y se hace espeso y adquiere la densidad de la miel: hasta largas fermatas, hasta la fe en *las* largas fermatas…

377

Nosotros los apátridas

Entre los europeos de hoy no faltan los que tienen derecho a llamarse apátridas en un sentido que distingue y honra, ¡justo a ellos les pido expresa y encarecidamente que tengan en cuenta mi secreta sabiduría y *gaya scienza*! Pues su suerte es dura y su esperanza incierta, y requiere gran habilidad inventar para ellos un consuelo. Sin embargo, ¡de qué serviría! Nosotros los hijos del futuro, ¡cómo *podríamos* estar en casa en este hoy! Miramos con malos ojos todos los ideales que podrían hacer que nos sintiésemos en casa incluso en este periodo transitorio frágil y fracturado, y en lo que respecta a sus «realidades» no creemos que tengan *permanencia*. El hielo que hoy sigue resistiendo se ha vuelto ya muy delgado; sopla el viento del deshielo, nosotros mismos, nosotros los apátridas, somos algo que hace que se abran el hielo y otras «realidades» demasiado delgadas… No «conservamos» nada, no queremos volver tampoco a pasado alguno, no somos de ninguna manera «liberales», no trabajamos para el «progreso», no necesitamos taparnos los oídos para no oír a las sirenas de futuro del mercado, y lo que ellas cantan, «igualdad de derechos», «sociedad libre», «no más amos ni siervos», ¡no nos seduce!: no consideramos absolutamente nada deseable que el reino de la justicia y de la concordia sea fundado en este mundo (porque en todo caso sería el reino de la más profunda mediocrización y achinamiento), nos dan alegría todos los que, igual que nosotros, aman el peligro, la guerra, la aventura, los que no se conforman y no se dejan capturar, reconciliar y castrar, nos contamos a nosotros mismos entre los conquistadores, reflexionamos sobre la necesidad de nuevos órdenes, también de una nueva esclavitud, pues ¿no es verdad que todo fortalecimiento y elevación del tipo «hombre» va unido con una nueva especie de esclavización? ¡Con todo eso, difícilmente íbamos a estar en casa en una época que gusta de reivindicar el honor de llamarse la época más humana, suave y jurídica que el sol haya visto hasta ahora! ¡Mala cosa que precisamente ante esas bellas palabras tengamos pensamientos escondidos tanto más feos! ¡Que en ellas solo veamos la expresión —también la mascarada— del profundo debilitamiento, del cansancio, de la vejez, de que la fuerza decrece! ¡Qué puede importarnos con qué lentejuelas adorne un enfermo su debilidad! Que las exhiba, si quiere, como su *virtud*:

no cabe duda alguna de que la debilidad hace suave, ¡ay, tan suave, tan jurídico, tan inofensivo, tan «humano»! La «religión de la compasión» a la que se nos quiere persuadir: ¡oh, conocemos lo suficiente a los hombrecillos y mujercillas histéricos que hoy necesitan precisamente esta religión como velo y perifollo! No somos humanitaristas; nunca nos atreveríamos a permitirnos hablar de nuestro «amor a la humanidad[65]», ¡para ello uno como nosotros no es suficientemente actor! O no lo suficientemente saintsimoniano, no lo suficientemente francés. Es necesario estar afectado por una desmesura *gálica* de excitabilidad erótica y de impaciencia enamorada para acercarse a la humanidad en búsqueda sincera de apareamiento… ¡A la humanidad! ¿Ha habido alguna vez, entre todas las viejas, una vieja más repulsiva que esta?, (a no ser «la verdad»: una pregunta para filósofos). No, no amamos a la humanidad; por otra parte, no somos, ni de lejos, lo suficientemente «alemanes», en el sentido en que hoy la palabra «alemán» anda en boca de todos, para decir lo que le gusta oír al nacionalismo y al odio de raza, para poder alegrarnos con la sarna del corazón y con el envenenamiento de la sangre «nacionales» por cuya causa ahora los pueblos se cierran y candan unos a otros en Europa como si estuviesen en cuarentena. Para ello estamos demasiado carentes de prejuicios, somos demasiado malvados, estamos demasiado mimados, también demasiado bien informados y demasiado «viajados», y preferimos, con mucho, vivir en las montañas, al margen, «extemporáneamente», en siglos pasados o venideros, solo para ahorrarnos la ira sorda a la que nos sabríamos condenados como testigos oculares de una política que hace al espíritu alemán vacío y aburrido por cuanto lo hace vanidoso, y que además es política *pequeña*: ¿no necesita ella, para que su propia creación no vuelva a desintegrarse inmediatamente, plantarla entre dos odios mortales?, ¿no *tiene que* desear la eternización de la división de Europa en muchos Estados pequeños?… Nosotros los apátridas somos por nuestra raza y procedencia demasiado múltiples y mezclados, en tanto que «hombres modernos», y en consecuencia estamos poco tentados a participar en esa fementida autoadmiración de la raza y en esa impudicia que hoy en día se exhiben en Alemania como signo de actitud interior alemana y que en el pueblo del

«sentido histórico» nos dan la impresión de ser doblemente falsas e indecentes. Nosotros somos, en una palabra —¡y va a ser nuestra palabra de honor!—, *buenos europeos*, los herederos de Europa, los ricos, repletos, pero también excesivamente obligados herederos de milenios del espíritu europeo: en calidad de tales nos hemos desgajado del cristianismo y lo miramos con malos ojos, precisamente porque procedemos *de* él, porque nuestros antepasados eran cristianos de una cristiana honradez carente de miramientos, que sacrificaron gustosos a su fe hacienda y sangre, posición y patria. Nosotros… hacemos lo mismo. Pero ¿a qué las sacrificamos?, ¿a nuestra falta de fe?, ¿a nuestra especie de falta de fe? ¡No, vosotros lo sabéis mejor, amigos míos! El *sí* que está escondido en vosotros es más fuerte que todos los «no» y «quizá» que os han hecho enfermar con vuestra época; y si tenéis que embarcaros, vosotros emigrantes, también a vosotros os fuerza a ello ¡una *fe*!…

378

«Y volvemos a iluminarnos»

Nosotros, los generosos y ricos de espíritu, estamos junto a la carretera igual que pozos abiertos y no nos gusta prohibir a nadie que saque agua de nosotros: por desgracia, no sabemos defendernos cuando querríamos hacerlo, no podemos evitar con nada que se nos haga *turbios* y oscuros, que la época en la que vivimos arroje en nosotros «lo más temporal» de ella, que sus pájaros sucios tiren dentro de nosotros sus desechos, los chicuelos sus bagatelas y los caminantes exhaustos que descansan junto a nosotros sus grandes y pequeñas miserias. Pero haremos como siempre hemos hecho: acogeremos en nuestra profundidad cuanto se nos arroje, pues somos profundos, no olvidamos y *volvemos a iluminarnos*…

379

Inciso del bufón

No es un misántropo quien ha escrito este libro: la misantropía sale hoy demasiado cara. Para odiar como antes se odiaba a *el* hombre, timónicamente, en conjunto, sin exceptuar nada, de todo corazón, con todo el *amor* del odio, para ello habría que renunciar a despreciar: ¡y cuánta delicada alegría, cuánta paciencia, cuánta bondad incluso, tenemos que agradecer precisamente a nuestro despreciar! Además, con él somos los «escogidos de Dios»: el delicado despreciar es nuestro gusto y privilegio, nuestro arte, nuestra virtud quizá, ¡de nosotros, de los más modernos entre los modernos!… En cambio, el odio equipara, pone frente a frente, en el odio hay honra, y, finalmente: en el odio hay *miedo*, una gran y buena parte de miedo. Pero nosotros los sin miedo, nosotros las personas espirituales de esta época, conocemos nuestra ventaja lo suficientemente bien para, precisamente en nuestra calidad de espirituales, vivir sin tener miedo a esta época. Difícilmente se nos decapitará, encerrará o desterrará; ni siquiera se prohibirá y quemará nuestros libros. La época ama el espíritu, nos ama y necesita, aun cuando tuviésemos que darle a entender que somos artistas en el desprecio; que todo trato con personas nos hace experimentar un ligero estremecimiento; que a pesar de toda nuestra suavidad, paciencia, amabilidad y cortesía no podemos persuadir a nuestra nariz de que abandone el prejuicio que tiene contra la cercanía de las personas; que amamos más la naturaleza cuanto menos humanamente marchan las cosas en ella, y que amamos el arte *cuando* es expresión de que el artista huye del hombre o de que el artista se está burlando del hombre o de que el artista se está burlando de sí mismo…

380

Habla «el caminante»

Para mirar nuestra moralidad europea por una vez desde lejos, para compararla con otras moralidades distintas, anteriores o venideras, hay que hacer como hace un caminante que quiere saber cómo son de altas las torres de una ciudad: *sale* de la ciudad. Las «ideas sobre los prejuicios morales», en el caso de que no fuesen prejuicios sobre prejuicios, tienen como condición previa una posición *fuera* de la moral, algún más allá del bien y del mal, al que se debe subir, trepar, volar, y, llegado el caso, en todo caso un más allá de *nuestro* bien y mal, una libertad respecto de todo lo que es «Europa», entendiendo por esta última una suma de juicios de valor que dan órdenes y que han pasado a ser carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Que precisamente se *quiera* salir hacia allí, subir hacia allí, es quizá una pequeña locura, un muy extraño e irracional «tienes que», pues también nosotros los que conocemos tenemos nuestras idiosincrasias de la «libertad esclava»: la cuestión es si realmente se *puede* subir hasta allí. Eso quizá dependa de múltiples condiciones, pero básicamente es cuestión de lo ligeros o lo pesados que seamos, el problema radica en cuál sea nuestro «peso específico». ¡Hay que ser *muy ligero* para empujar la propia voluntad de conocimiento hasta una lejanía tal y, por así decir, hasta más allá de la propia época, a fin de conseguir ojos que permitan abarca con la mirada milenios enteros, y además un cielo puro en esos ojos! Tenemos que habernos desatado de muchas cosas que nos presionan, atenazan, oprimen y hacen pesados, precisamente a nosotros, los europeos de hoy. El hombre de un más allá como ese, el hombre que quiere llegar a tener a la vista él mismo las medidas de valor supremas de su época, necesita primero «superar» esa época en sí mismo —es su prueba de fuerza— y por consiguiente no solo su época, sino también la repulsión y contradicción que ha tenido hasta ahora *contra* esa época, su sufrimiento por esta época, su extemporaneidad, su *romanticismo*…

381

Sobre la cuestión de la inteligibilidad

Cuando se escribe se quiere no solo ser entendido, sino también —no es menos cierto— *no* ser entendido. Que alguien encuentre un libro ininteligible no es aún, en modo alguno, una objeción contra ese libro: quizá justo eso formaba parte del propósito de quien lo escribió, pues no *quería* ser entendido por «cualquiera». Cuando quiere comunicarse, todo espíritu y gusto dotado de cierta distinción elige también sus oyentes; al elegirlos traza al mismo tiempo sus barreras contra «los otros». Todas las leyes estilísticas dotadas de cierta sutileza tienen ahí su origen: mantienen al mismo tiempo lejos, crean distancia, vedan «la entrada», la comprensión, como dijimos, mientras que abren los oídos a quienes están emparentados con nosotros por sus oídos. Y —dicho sea entre nosotros y en mi caso— no quiero dejar que mi ignorancia ni la vivacidad de mi temperamento me impidan ser inteligible para *vosotros*, amigos míos: que no me lo impida la vivacidad, por mucho que me obligue a poner bajo control una cosa rápidamente para poder de algún modo ponerla bajo control. Pues hago con los problemas profundos lo mismo que con un baño de agua fría: rápido para dentro, rápido para fuera. Que de esa forma no se llega a la profundidad, que no se llega lo suficientemente *abajo*, es la superstición de los que tienen miedo al agua, de los enemigos del agua fría; hablan sin experiencia. ¡Oh!, ¡el mucho frío hace andar listo! Y, preguntado sea de paso: ¿una cosa queda realmente sin ser entendida ni conocida ya por el mero hecho de que sea tocada, mirada o contemplada solo por un instante?, ¿es absolutamente necesario empezar sentándose bien sobre ella?, ¿haberla empollado como se empolla un huevo? ¿*Diu noctuque incubando*[66], como decía Newton de sí mismo? Al menos hay verdades de tan especial timidez y sensibilidad a cualquier roce que no es posible hacerse con ellas de otro modo que repentinamente, a las que hay que *tomar por sorpresa* o dejar… Finalmente, mi brevedad tiene aún otro valor: dentro de cuestiones como las que me ocupan tengo que decir muchas cosas brevemente para que sean oídas aún con mayor brevedad. Y es que cuando se es inmoralista hay que cuidarse de no corromper la inocencia, me refiero a los asnos y a las solteronas de ambos sexos que no han sacado de la vida otra cosa que su inocencia; es más, mis escritos aspiran a entusiasmarlos, a elevarlos, a

animarlos a la virtud. No sabría mencionar nada de este mundo que sea más divertido que ver viejos asnos entusiasmados y solteronas excitadas por los dulces sentimientos de la virtud: y «lo he visto», así hablaba Zaratustra. Hasta aquí en lo que respecta a la brevedad; peor están las cosas en lo tocante a mi ignorancia, y ni siquiera a mí mismo quiero ocultarla. Hay horas en las que me avergüenzo de ella; ciertamente también hay horas en las que me avergüenzo de esa vergüenza. Quizá nosotros los filósofos estemos hoy todos en mala situación en lo que respecta al saber: la ciencia crece, los más eruditos de nosotros están cerca de descubrir que no saben lo suficiente. Pero aún sería peor que las cosas fuesen de otro modo, que supiésemos *demasiado*; nuestra tarea es y será antes de nada no confundirnos a nosotros mismos. *Somos* algo distinto de eruditos: aunque no cabe eludir que, entre otras cosas, también somos eruditos. Tenemos otras necesidades, otro crecimiento, otra digestión: necesitamos más, necesitamos también menos. No existen fórmulas acerca de cuánto necesita un espíritu para su alimentación; pero si su gusto está orientado a la independencia, al rápido ir y venir, a la caminata, quizá a aventuras a cuya altura solo están los que andan más listos, prefiere vivir libre con una dieta escasa a vivir sin libertad y atiborrado. No grasa, sino la mayor flexibilidad y fuerza es lo que un buen bailarín exige de su alimentación: y no sabría qué desearía ser el espíritu de un filósofo más que ser un buen bailarín. Y es que el baile es su ideal, también su arte, en último término su única devoción, su «acto de culto»…

382

La gran salud

Nosotros los nuevos, los sin nombre, los poco inteligibles, nosotros los hijos prematuros de un futuro todavía no demostrado, nosotros necesitamos para un nuevo fin también un nuevo medio, a saber, una nueva salud, una salud más fuerte, sagaz, tenaz, osada y divertida que todas las saludes

habidas hasta ahora. Aquel cuya alma tiene sed de haber experimentado todo el conjunto de los valores y deseabilidades habidos hasta ahora y de haber navegado todas las costas de este «Mediterráneo» ideal, quien pasando las aventuras de la más propia experiencia quiere saber qué siente un conquistador y descubridor del ideal, qué siente un artista, un santo, un legislador, un sabio, un erudito, un devoto, un adivino, alguien divinamente marginal al viejo estilo: ese, digo, necesita para ello antes que nada una sola cosa, la *gran salud*, ¡una salud que no solo se tiene, sino que también se adquiere y es necesario adquirir constantemente, porque una vez y otra la arruinamos y tenemos que arruinarla!… Y ahora, tras haber estado de camino largo tiempo de esa manera —nosotros los argonautas del ideal, más animosos quizá de lo que sería prudente, y con harta frecuencia náufragos y dañados, pero, como dijimos, más sanos de lo que se desearía permitirnos, peligrosamente sanos, una y otra vez sanos—, se nos antoja como si, en recompensa por ello, tuviésemos aún ante nosotros un país por descubrir, cuyas fronteras todavía no ha alcanzado a ver nadie, un más allá de todos los países y rincones del ideal habidos hasta ahora, un mundo tan sobreabundantemente rico en cosas bellas, ajenas, cuestionables, terribles y divinas, que nuestra curiosidad y nuestra sed de posesión se han puesto fuera de sí, que, ¡ay, a partir de ahora ya no puede saciarnos ninguna otra cosa! ¿Cómo podríamos nosotros, tras haber visto todo eso y con tal hambre canina en la conciencia y en el saber, darnos por satisfechos con el *hombre actual*? Mala cosa esa, pero es inevitable que al mirar sus más dignas metas y esperanzas nos cueste trabajo conservar la seriedad, y puede que hasta dejemos de mirarlas. Un ideal distinto corre ante nosotros, un ideal extraño, tentador, lleno de peligros, al que no nos gustaría persuadir a nadie, porque a nadie concedemos tan fácilmente el *derecho a él*: el ideal de un espíritu que ingenuamente, es decir, sin pretenderlo y desde una plenitud y un poderío desbordantes, juega con todo lo que hasta ahora se ha llamado santo, bueno, intocable, divino; para el que lo más alto, aquello en lo que, como es justo, el pueblo tiene su medida de valor, ya significaría tanto como peligro, ruina, rebajamiento, o, al menos, reposo, ceguera, autoolvido temporal; el ideal de un bienestar y de una benevolencia humanos-

demasiado humanos, que con harta frecuencia aparecerá como *inhumano*, que, por ejemplo, cuando se coloque junto a toda la seriedad habida hasta ahora en el mundo, junto a todo tipo de solemnidad en el gesto, la palabra, el sonido, la mirada, la moral y la tarea, aparecerá como su más palpable parodia involuntaria, y con el que, a pesar de todo, quizá comience *la gran seriedad*, se ponga el signo de interrogación propiamente dicho, el destino del alma dé un giro, se mueva la manecilla del reloj, *empiece* la tragedia…

383

Epílogo

Cuando, para terminar, pinto despacio, despacio, este lúgubre signo de interrogación y tengo aún la voluntad de recordar a mis lectores las virtudes del correcto leer —¡oh, qué olvidadas y desconocidas virtudes!— me sucede que alrededor de mí se hace oír la risa más malvada, vivaz y propia de un gnomo: los espíritus de mi libro caen ellos mismos sobre mí, me dan un tirón de orejas y me llaman al orden. «No lo soportamos más», me gritan, «fuera, fuera con esta música negra como un cuervo. ¿No nos rodea una luminosa mañana? ¿Y un suelo y un césped verdes y mullidos, el reino de la danza? ¿Ha habido alguna vez una hora mejor para estar alegre? ¿Quién nos canta una canción, una canción matutina, tan soleada, tan ligera, tan alada que *no* espanta a los grillos, que, antes bien, invita a los grillos a que se sumen al canto, a la danza? ¡Y mejor una simple y aldeana gaita que esos sonidos misteriosos, esas advertencias agoreras, esas voces sepulcrales y esos silbidos de marmota con los que usted nos ha regalado hasta ahora en su despoblado, mi señor eremita y músico del futuro! ¡No!, ¡no esos tonos! ¡Sino otros más agradables y más alegres!». ¿Os gusta *así*, mis impacientes amigos? ¡Ea! ¿A quién no le gustaría concederos ese deseo? Mi gaita espera ya, mi garganta también, ¡puede que suene un poco áspera, probad! Para eso estamos en la montaña. Pero lo que llega a vuestros oídos al menos es nuevo; y si no lo entendéis, si entendéis mal al que *canta*, ¡qué importa! Esa

es sencillamente «la maldición del que canta». Y tanto más claramente podréis oír su música y su melodía, tanto mejor podréis también danzar al son de su flauta. ¿*Queréis*?…

APÉNDICE

Canciones del príncipe Vogelfrei[67]

A Goethe

¡Lo imperecedero
es solamente tu metáfora!
Dios el insidioso
es una ilegítima adquisición de los poetas…

Rueda del mundo que va rodando
roza meta tras meta:
necesidad, lo llama el rabioso
y juego el insensato…

Juego de mundos, despótico,
mezcla ser y apariencia:
lo eterno-insensato
¡nos mete a *nosotros* en la mezcla!…

Vocación de poeta

Cuando hace poco, para solazarme,
estaba sentado bajo oscuros árboles,
oía un tictac, un callado tictac,
bonito, como según ritmo y medida.

Me enfadé, puse cara larga,
pero al final cedí,
hasta que, igual que un poeta,
empecé a hablar también con un tictac.

Cuando al ir yo haciendo versos
iba saltando delante de mí sílaba tras sílaba
tuve que reírme de repente, reírme,
durante un cuarto de hora.
¿Tú, un poeta?, ¿tú, un poeta?
¿Tan mal estás de la cabeza?
«Sí, señor mío, usted es un poeta».
Se encoge de hombros el pájaro carpintero.

¿A quién estoy esperando aquí en el matorral?
¿A quién acecho yo, bandido?
¿Es un dicho?, ¿una imagen? Visto y no visto
le ha saltado encima mi rima.
A todo lo que se esconde y salta, el poeta
inmediatamente lo pincha en un verso.
«Sí, señor mío, usted es un poeta».
Se encoge de hombros el pájaro carpintero.

Las rimas, digo yo, ¿serán como flechas?
¡Cómo sacude al aire sus patas, tiembla y salta,
cuando la flecha penetra
en sus órganos vitales, el cuerpecillo de la lagartija!
¡Ay, morís por su causa, pobres diablos,
o bien os balanceáis como ebrios!
«Sí, señor mío, usted es un poeta».
Se encoge de hombros el pájaro carpintero.

¡Dicho pequeño y oblicuo lleno de prisa,
palabrita borracha, cómo trata de abrirse paso!

Hasta que todos vosotros, línea a línea,
colgáis de la cadena del tictac.
¿Y hay una cruel canalla
a la que esto alegra?, ¿son malos los poetas?
«Sí, señor mío, usted es un poeta».
Se encoge de hombros el pájaro carpintero.

¿Te burlas, pájaro? ¿Estás de broma?
Si ya no está bien mi cabeza,
¿estaría peor mi corazón?
¡Teme, teme mi rabia!
Pero el poeta rimas teje,
incluso con rabia, mal que bien.
«Sí, señor mío, usted es un poeta».
Se encoge de hombros el pájaro carpintero.

En el Sur

Así pendo de una rama torcida
y columpio mi cansancio.
Un pájaro me invitó,
es en un nido donde reposo.
Pero ¿dónde estoy? ¡Ay, lejos!, ¡ay, lejos!

El blanco mar yace dormido,
y purpúrea se alza una vela sobre él.
Roca, higuera, torre y puerto,
idilio todo alrededor, balido de ovejas,
¡inocencia del Sur, acógeme!

Paso a paso, esta no es vida,
siempre un pie delante de otro hace alemán y pesado.
Mandé al viento elevarme hacia arriba,

aprendí a cernerme con los pájaros,
hacia el Sur volé cruzando el mar.

¡Razón! ¡Enfadoso negocio!
¡Nos lleva demasiado pronto a la meta!
Volando aprendí lo que me imitaba,
ya siento ánimo y sangre y jugos
para nueva vida, nuevo juego…

A pensar en solitario lo llamo sabio,
pero cantar en solitario, ¡sería estúpido!
Oíd, pues, una canción en alabanza vuestra
y colocaos tranquilos alrededor de mí en círculo,
¡vosotros pajarillos malos, alrededor de mí!

Tan jóvenes, tan falsos, tan errabundos,
me parecéis hechos totalmente para amar,
¿y para todo bello pasatiempo?
En el Norte —lo confieso temblando—
amé a una mujercilla, tan vieja que daba miedo:
«la verdad» se llamaba esa vieja…

La devota Beppa

Mientras siga siendo bello mi cuerpecillo,
compensa ser devota.
Se sabe que Dios ama a las hembras,
y a las guapas, además.

Perdonará gustoso, sin duda,
al pobre monjecillo,
que, al igual que a más de un monjecillo,
le guste tanto estar conmigo.

¡No un cano padre de la Iglesia!
No, joven aún y con frecuencia rojo,
con frecuencia, a pesar de la más horrible resaca,
lleno de celos y de necesidades.
No amo a los ancianos,
él no ama a las viejas:
¡qué asombrosa y sabiamente
lo ha dispuesto Dios!

La Iglesia sabe vivir,
examina corazón y rostro.
Siempre quiere perdonarme,
¡sí, quién no me perdona!
Se susurra con la boquita,
se hace una reverencia y se sale,
y con el nuevo pecadillo
se extingue el antiguo.

Loado sea Dios en la tierra,
que ama a chicas guapas
y alteraciones del corazón como esas
gustoso se perdona a sí mismo.
Mientras siga siendo bello mi cuerpecillo
compensa ser devota:
cuando sea una vieja mujercilla tambaleante
¡que me pretenda el diablo!

El batel misterioso

Ayer por la noche, cuando todo dormía,
y el viento apenas con inciertos
suspiros corría por las calles,

no me daba descanso la almohada,
ni la adormidera, ni lo que por lo general hace dormir profundamente:
una buena conciencia.

Al final sacudí de mí el sueño
y corrí a la playa.
La luna brillaba y se estaba bien,
encontré un hombre y una barca sobre la cálida arena,
con sueño ambos, pastor y oveja:
con sueño se separó de tierra la barca.

Una hora, fácilmente también dos,
¿o fue un año? Entonces se me hundieron
el sentido y los pensamientos súbitamente
en una uniformidad eterna,
y un abismo sin barreras
se abrió: ¡y pronto había pasado todo!

La mañana llegó: sobre negras profundidades
está una barca y descansa y descansa…
¿Qué ha pasado? Así se gritaba, así gritaron
cientos pronto: ¿qué ha ocurrido?, ¿sangre?
¡Nada ha sucedido! Hemos dormido, hemos dormido
todos: ¡ay, tan bien!, ¡tan bien!

Declaración de amor
(pero al expresarla el poeta se cayó en una zanja)

¡Oh milagro! ¿Vuela aún?
¿Él sube, y sus alas descansan?
¿Qué lo eleva y lo lleva?
¿Qué es ahora para él meta y tirón y rienda?

Igual que las estrellas y la eternidad
vive él ahora en alturas que la vida rehuye,
compasivo incluso con la envidia:
¡y alto voló, quien alcanza a verlo cernerse!

¡Oh, pájaro albatros!
Hacia la altura me siento impulsado con eterno impulso.
Pensé en ti: y entonces me brotó
lágrima tras lágrima, ¡sí, te amo!

Canción de un pastor de cabras teocrítico

Ahí yago con mis entrañas enfermas,
me comen las chinches.
¡Y del otro lado todavía luz y ruido!
Lo oigo, están bailando…

Ella quería a esta hora
llegar a escondidas hasta mí.
Yo espero como un perro,
pero no hay señal alguna.

¿La cruz, cuando ella lo prometió?
¿Cómo pudo mentir?
¿O es que va detrás de cualquiera,
como mis cabras?

¿De dónde procede su falda de seda?
¡Ah, orgullosa mía!
¿Todavía vive algún macho cabrío
en ese bosque?

¡Qué complicado y venenoso hace
el esperar enamorado!
Así crecen en las noches de bochorno
setas venenosas en el jardín.

El amor me consume
igual que siete males.
No quiero comer absolutamente nada.
¡Que os vaya bien, cebollas!

La luna se metió ya en el mar.
cansadas están todas las estrellas,
gris se acerca el día,
y yo querría morirme.

«A estas almas inciertas»

A estas almas inciertas
les tengo una horrible rabia.
Todo su honrar es un atormentar,
toda su alabanza es irritación con uno mismo y vergüenza.

Porque no soy de *su* cuerda
en mi paso por el tiempo:
por ello me saluda en sus miradas
una envidia venenosamente dulce y sin remedio.

¡Ojalá me maldijesen cordialmente
y al hacerlo arrugasen la nariz!
El desvalido buscar de estos ojos
seguirá en mí eternamente caminos errados.

Bufón desesperado

¡Ay! Lo que yo escribí en la mesa y en la pared
con corazón de bufón y mano de bufón,
¿iba a adornar mesa y pared?…
Pero *vosotros decís*: «Manos de bufón ensucian,
¡y hay que purgar mesa y pared,
hasta que desaparezca hasta la última huella!».

¡Permitidme! Voy a echaros una mano,
he aprendido a manejar la esponja y la escoba,
como crítico, como genio de las aguas.

Pero, cuando esté terminado el trabajo,
me gustaría veros, requetesabios,
embadurnar mesa y pared con la m…[68] de vuestra sabiduría.

Rimus remedium
o bien: cómo se consuelan los poetas enfermos

De tu boca,
salivante bruja tiempo,
gotea despacio una hora tras otra.
De nada sirve que toda mi repugnancia grite:
«¡Maldito, maldito sea el abismo
de la eternidad!».

El mundo… es de metal.
Un toro ardiente no oye ningún grito.
Con dagas voladoras escribe el dolor
en mis huesos:

«¡El mundo no tiene corazón,
y estupidez sería tomárselo a mal!».

¡Riega todas las amapolas,
riégalas, fiebre! ¡Vierte veneno en mi cerebro!
Ya llevas demasiado tiempo examinando mi mano y mi frente.
¿Qué preguntas? ¿Qué? «¿Para obtener qué pago?».
¡Ah, maldice a la ramera
y a su sarcasmo!

¡No!, ¡vuelve!
Fuera hace frío, oigo cómo llueve.
¿Debería tratarte con más delicadeza?
¡Coge! Aquí hay oro: ¡cómo brilla la moneda!
¿Llamarte «felicidad»?
¿Bendecirte a ti, fiebre?

¡La puerta se abre violentamente!
¡La lluvia salpica mi cama!
El viento apaga la luz, ¡las desgracias se acumulan!
Quien no tuviese ahora cien *rimas*,
¡apuesto, apuesto a que
perecería!

«¡Mi felicidad!»

Vuelvo a ver las palomas de San Marcos:
la plaza está silenciosa, la mañana descansa sobre ella.
En el suave aire frío lanzo hacia el azul,
igual que bandadas de palomas, canciones ociosas.
Y las atraigo para que vuelvan,
para colgar una rima más en su plumaje
¡mi felicidad, mi felicidad!

Silencioso techo del cielo, azul y luminoso, de seda,
cómo te ciernes, protector, por encima del polícromo edificio,
al que yo —¿qué estoy diciendo?— amo, temo, *envidio*…
¡En verdad, le sorbería con gusto el alma!
¿Se la devolvería alguna vez?
¡No, calla, maravilla para mis ojos!
¡mi felicidad, mi felicidad!
¡Severa torre, con qué ímpetu de león
te alzas aquí, victoriosa, sin esfuerzo!
Con tu profundo son llenas la plaza:
en francés, ¿serías su *accent aigu*[69]?
Si me quedase atrás igual que tú,
sabría de qué coacción suave como la seda…
¡mi felicidad, mi felicidad!

¡Fuera, fuera, música! ¡Deja primero que las sombras se oscurezcan
y crezcan hasta la noche parda y tibia!
Para ese tono es demasiado temprano, todavía no centellean
los adornos de oro con esplendor de rosas,
todavía queda mucho día,
mucho día para escribir, adentrarse subrepticiamente, murmurar solitariamente
¡mi felicidad, mi felicidad!

Tras nuevos mares

Hacia allí *quiero* ir; y me fío
de mí y de mi mano.
Abierto está el mar, hacia lo azul
se desliza mi barco genovés.

Todo brilla para mí nuevo y más nuevo,

el mediodía duerme en espacio y tiempo:
solo *tu* ojo, enorme,
¡me mira, infinitud!

Sils-Maria

Aquí estaba sentado, esperando, esperando, pero a nada,
más allá del bien y del mal, disfrutando
ya de la luz, ya de la sombra, enteramente y solo juego,
enteramente lago, enteramente mediodía, enteramente tiempo sin meta.
De repente, ¡amiga!, uno se convirtió en dos,
y Zaratustra pasó de largo a mi lado…

Al mistral
Una canción de baile

Viento mistral, cazador de nubes,
asesino de la tribulación, limpiador del cielo,
hirviente, ¡cómo te amo!
¿No somos nosotros dos las primicias
de un solo seno, de una sola suerte,
predeterminados eternamente?

Aquí sobre resbaladizos caminos de rocas,
me acerco a ti danzando,
danzando, como tú silbas y cantas:
tú, que sin barco ni remo,
el más libre hermano de la libertad
saltas sobre mares salvajes.

Apenas despierto, oí tus llamadas,
me arrojé hacia los escalones tallados en la roca,

hacia la pared amarilla junto al mar.
¡Salve!, ya venías tú
igual que luminosos y diamantinos torrentes
victorioso desde las montañas.

Por las llanas eras del cielo,
vi correr a tus corceles,
vi el carro que te lleva,
vi agitarse tu mano
cuando sobre el lomo del caballo
como un relámpago hace restallar la fusta.

Te vi saltar del carro,
más rápidamente bajar de él,
te vi, como acortado en una flecha,
golpear vertical hacia la profundidad,
igual que un rayo de oro se arroja
a través de la rosas de las primeras auroras.

Danza sobre mil espaldas,
espaldas de olas, malicias de olas,
¡salve al creador de *nuevas* danzas!
Dancemos con mil melodías,
¡libre sea llamado *nuestro* arte,
gaya *nuestra* ciencia!

¡Cojamos de cada flor
un capullo para fama nuestra
y dos hojas para una guirnalda!
¡Dancemos igual que trovadores
entre santos y rameras,
entre Dios y mundo la danza!

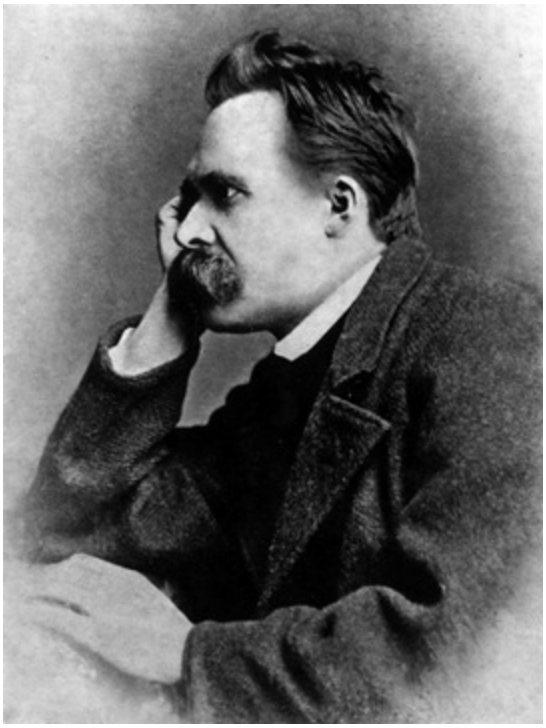
Quien no puede danzar con los vientos,

quien tiene que envolverse en vendas,
atado, anciano y tullido,
quien se parezca a los hipocritillas,
tontos de la honra, gansos de la virtud,
¡que se vaya de nuestro paraíso!

Arremolinemos el polvo de las calles
en la nariz de todos los enfermos,
¡ahuyentemos toda esa prole de enfermos!
¡Libremos la costa entera
del aliento de pechos secos,
de los ojos sin ánimo!

Persigamos a los enturbiadores del cielo,
a los que pintan de negro el mundo y atraen las nubes,
¡iluminemos el reino de los cielos!
Hirvamos… ¡oh, espíritu
de todos los espíritus libres, con ti a dúo
hierve mi felicidad igual que la tormenta!

¡Y que sea eterna la memoria
de tal felicidad!, ¡sube aquí con su legado,
con su *guirnalda*!
Lánzala más arriba, más lejos, más allá,
sube por la escala para asaltar el cielo,
¡cuélgala de las estrellas!



FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX.

Realizó una crítica exhaustiva de la cultura, la religión y la filosofía occidental, mediante la deconstrucción de los conceptos que las integran, basada en el análisis de las actitudes morales (positivas y negativas) hacia la vida. Este trabajo afectó profundamente a generaciones posteriores de teólogos, antropólogos, filósofos, sociólogos, psicólogos, poetas, novelistas y dramaturgos.

Meditó sobre las consecuencias del triunfo del secularismo de la Ilustración, expresada en su observación «Dios ha muerto», de una manera que determinó la agenda de muchos de los intelectuales más célebres después de su muerte.

Si bien hay quienes sostienen que la característica definitoria de Nietzsche no es tanto la temática que trataba sino el estilo y la sutileza con que lo hacía, fue un autor que introdujo, como ningún otro, una cosmovisión que

ha reorganizado el pensamiento del siglo XX, en autores tales como Martin Heidegger, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Gianni Vattimo o Michel Onfray, entre otros.

Nietzsche recibió amplio reconocimiento durante la segunda mitad del siglo XX como una figura significativa en la filosofía moderna. Su influencia fue particularmente notoria en los filósofos existencialistas, críticos, fenomenológicos, postestructuralistas y postmodernos, y en la sociología de Max Weber. Es considerado uno de los tres «Maestros de la sospecha» (según la conocida expresión de Paul Ricoeur), junto a Karl Marx y Sigmund Freud.

El 3 de enero de 1889 Nietzsche sufrió un colapso mental. Ese día fue detenido tras, al parecer, haber provocado algún tipo de desorden público, por las calles de Turín. Lo que pasó exactamente es desconocido. La versión más extendida sobre lo sucedido dice que Nietzsche caminaba por la Piazza Carlo Alberto, un repentino alboroto que causó un cochero al castigar a su caballo llamó su atención, Nietzsche corrió hacia él y lanzó sus brazos rodeando el cuello del caballo para protegerlo, desvaneciéndose acto seguido contra el suelo. En los días siguientes, escribió breves cartas para algunos amigos, incluidos Cósima Wagner y Jacob Burckhardt, en las que mostraba signos de demencia y megalomanía.

El 25 de agosto de 1900, Nietzsche murió después de contraer neumonía. Por deseo de Elisabeth, su hermana, fue inhumado como su padre en la iglesia de Röcken.

Notas

[1] Hemos traducido el texto de *La gaya ciencia* que ofrecen Colli y Montinari en su edición de las obras completas de Nietzsche: *Die fröhliche Wissenschaft («la gaya scienza») in Friedrich Nietzsche: Sämtliche Werke, kritische Studienausgabe in 15 Bänden, herausgegeben von Giorgio Colli und Mazzino Montinari, Deutscher Taschenbuch Verlag-de Gruyter, München-Berlin/New York, 1988, 2., durchgesehene Auflage*, v. III, pp. 343-651. (Esta y todas las notas son del traductor. Agradezco a Michael Binzer y a Nieves Vázquez sus sugerencias). <<

[2] En latín en el original. <<

[3] Por «conciencia» traducimos siempre y solo el término alemán «*Gewissem*», que alude no a la «conciencia psicológica» sino a la «conciencia moral» (ver la nota 9). <<

[4] A no ser que indiquemos otra cosa, por «humanidad» traducimos el término «*Menschlichkeit*» (que significa «humanidad» en el sentido que tiene esa palabra en expresiones como «tratar a alguien con humanidad, no brutal ni cruelmente», o también, aunque sea menos usual, en los sentidos de «índole de hombre» y de «imperfección, debilidad, fragilidad disculpable en el hombre»), a fin de evitar su confusión con «*Menschheit*» (esto es, habitualmente «humanidad» en el sentido de «el conjunto formado por todos los hombres»), que traduciremos por «género humano» (con algunas excepciones, que indicaremos como tales). <<

[5] «Vademécum (literalmente: ven conmigo) — ve contigo». <<

[6] «Séneca y todo este género de personas». <<

[7] «Primero escribir, después filosofar». <<

[8] «Alfa y omega»: en alemán sencillamente «*A und O*», lo que permite a Nietzsche jugar con el «*Ah! und Oh!*» del cuarto verso de esta estrofa. <<

[9] «Discordante concordia de las cosas». <<

[10] Aquí, y siempre que aparece, traducimos «*Bewußtsein*» (esto es, «conciencia» en el sentido de la capacidad de tipo psicológico de darnos cuenta de las cosas a la que aludimos en expresiones como «no era consciente de mis actos», y otras muchas análogas) por «consciencia», a fin de evitar su confusión con «*Gewissen*» (la «conciencia moral» a la que nos referimos en expresiones como «siento remordimientos de conciencia», «obró siguiendo los dictados de su conciencia» y otras parecidas), que, como ya dijimos (nota 2), traducimos siempre por «conciencia». <<

[11] Con este término intentamos traducir la palabra «*Bewußtheit*» que Nietzsche emplea en este y en otros lugares. <<

[12] «El orden del día para el rey». <<

[13] «Historia escondida». <<

[14] «Aplaudid, amigos, se acabó la comedia». <<

[15] «¡Qué buen artista soy hasta en el momento de mi muerte!». <<

[16] «¡Qué buen espectador soy hasta en el momento de mi muerte!». <<

[17] «*Menschheit*»: aquí este término parece indicar «índole de hombre», por lo que en esta ocasión lo hemos traducido por «humanidad», y no por «género humano» (ver nota 4). <<

[18] Los términos alemanes empleados por Nietzsche que hemos traducido por «lunático» y «ávido de Dios», «*mondsüchtig*» y «*gottsüchtig*», respectivamente, tienen en alemán una composición paralela, lo que permite a nuestro autor hacer aquí un juego de palabras. <<

[19] «Pudendo, torpe, que debe causar vergüenza». <<

[20] «Recitativo seco, sin acompañamiento». <<

[21] «Callar es cosa de gran dificultad». <<

[22] «Fiereza de ánimo, ánimo fiero». <<

[23] «Melodía, canto suave». <<

[24] «¡Ah!, amigo mío, me voy de este mundo, en el que el corazón necesariamente se rompe o se endurece». <<

[25] Traducción de Luis Astrana Marín (en William Shakespeare, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1964, p. 1320) del pasaje de Shakespeare (*Julio César*, IV, 2) que Nietzsche cita aquí: «*I'll know his humour when he knows his time. What should the wars do with these jigging fools? Companion, hence*!». <<

[26] «Para uso de los delfines»: Nietzsche altera intencionadamente la expresión «*in usum Delphini*» o «*ad usum Delphini*», esto es, «para uso del delfín» (de Francia). <<

[27] «Descanso eterno para Dios». <<

[28] «Mentir». <<

[29] «Los soberanos se cuentan entre los advenedizos». <<

[30] «Se hace siguiendo la regla». <<

[31] «Ese sí que es un mal hombre». <<

[32] «A cada uno lo suyo». <<

[33] «Valga la expresión». <<

[34] «Desde el punto de vista de lo eterno». <<

[35] «San Enero», «Enero Santo», y también, probablemente, «San Jenaro». <<

[36] «Existo, luego pienso; pienso, luego existo». <<

[37] «Amor al destino». <<

[38] «Más elevado, más eminente». <<

[39] Nietzsche no entrecomilla, sin duda por juzgarla archisabida, esta cita evangélica (Lc. 10, 41-42). <<

[40] «Fuerza contemplativa». <<

[41] «Decreto, dictamen». <<

[42] «En la mitad de la vida». <<

[43] «Ocio». <<

[44] «Guerra». <<

[45] «Cuando los sabios pierdan la última avidez de la gloria». <<

[46] «No reír, no llorar, no maldecir, sino entender». <<

[47] Nietzsche dice en alemán «*dieser Rattenfänger Athens*», literalmente «el capturador de ratas de Atenas», «el cazador de ratas de Atenas», pero tanto el contexto como el hecho de que en alemán por «*Rattenfänger*» se entiende por excelencia y casi siempre el flautista de Hamelín autorizan a pensar que con ese término nuestro autor se refiere aquí, igual que en otros lugares de sus obras, a esa conocida figura del cuento popular. <<

[48] «poner buena cara a la vida», en alemán «*eine gute Miene zum Leben*»: Nietzsche altera intencionadamente el refrán alemán «*gute Miene zum bösen Spiel machen*», equivalente a nuestro «poner al mal tiempo buena cara». <<

[49] «*untergehen*». Nietzsche juega probablemente con los diversos significados que puede tener aquí este verbo: «ponerse el sol», «bajar, descender» y «perecer, acabarse». <<

[50] «*Untergang*»: también este sustantivo puede significar, simultáneamente, «ocaso», «descenso» y «perecimiento, muerte, ruina». <<

[51] «Cuerpo mío, ¿estás temblando? Temblarías mucho más si supieses adónde te llevo». <<

[52] «Hombres muy hábiles, llenos de recursos». <<

[53] «La verdad verdadera». <<

[54] «Poco razonable». <<

[55] «Fuerza inercial». <<

[56] «*Erkenntniss*», ver las dos notas siguientes. <<

[57] «*Er hat mich erkannt*», ver la siguiente nota. <<

[58] «*Bekannt*». En todo este apartado Nietzsche juega con el matiz que distingue en alemán, en virtud de sus respectivos prefijos, a los términos «*bekannt*», por un lado, y «*Erkenntniss*» (sustantivo), «*erkannt*» (participio), «*erkennen*» (infinitivo), por otro. En «*bekannt*», el prefijo «*be*» transmite la idea de que algo *ya* se conoce «de antes», de que se está en su pacífica posesión cognoscitiva, valga la expresión, y por tanto ese término mira al pasado y tiene un significado más bien estático. En cambio, el prefijo «*er*» da a los mencionados términos que lo incluyen un matiz dinámico y que mira al futuro: se refiere a lo «por conocer» o por asimilar en virtud de una actividad interior del sujeto, a aquello cuyo conocimiento aún no se tiene, sino que se ha de adquirir, seguramente con cierto esfuerzo. Hemos tratado de reflejar esa diferencia traduciendo «*bekannt*» por «consabido» y dejando «conocimiento, conocer, conocido» para los mencionados términos que llevan el prefijo «*er*». <<

[59] «Histrión griego». <<

[60] Tratamos de reflejar con este término la palabra alemana «*Vergutmüthigung*» que aquí forja Nietzsche. <<

[61] «Mimetismo». <<

[62] «Ritmos». <<

[63] El término que Nietzsche emplea aquí, «*Heiland*», significa propiamente «salvador» en sentido religioso o asimilado al religioso, pero por su etimología también podría significar «sanador, el que sana, el que cura una enfermedad». <<

[64] «Lo más propio de mí y lo mismísimo de mí». <<

[65] En este apartado parece más conveniente traducir «*Menschheit*» por «humanidad», pero conservando el sentido más usual de ese término alemán: «el conjunto formado por todos los hombres» (ver a este respecto la nota 4). <<

[66] «Incubando día y noche». <<

[67] O bien, traduciendo el adjetivo «*vogelfrei*», que Nietzsche parece querer emplear como si fuese un nombre propio: «Canciones del príncipe Proscrito». <<

[68] Los dos últimos versos de esta estrofa son:

«*Säh' gern ich euch, ihr Ueberweisen,*

Mit Weisheit Tisch und Wand besch…»

La necesidad de completar «*besch*…» para que rime con «*Ueberweisen*» indica que con toda probabilidad Nietzsche desea que aquí se lea «*bescheißen*», esto es, «manchar con excrementos» o, más exactamente, alguna expresión sinónima pero más vulgar. <<

[69] «Acento agudo». <<